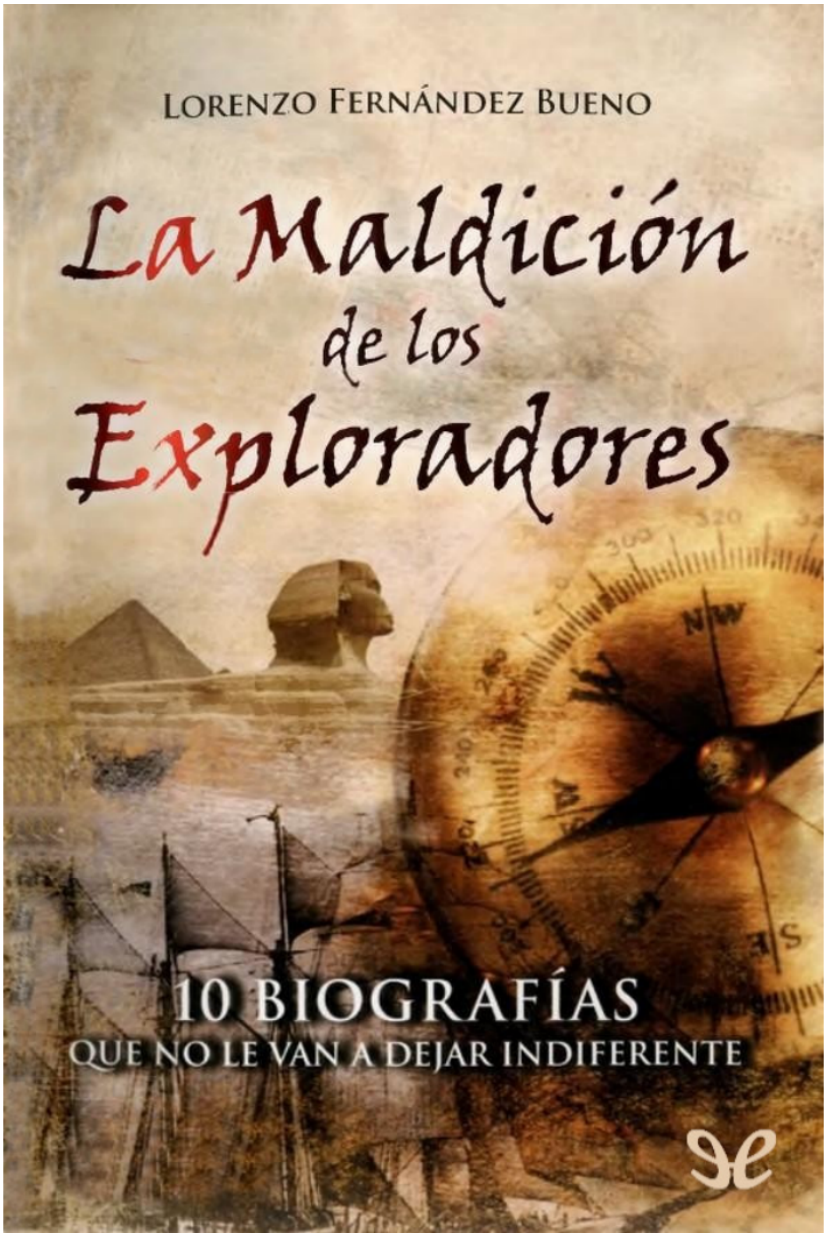

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO
La Maldición de los Exploradores
10 BIOGRAFÍAS
QUE NO LE VAN A DEJAR INDIFERENTE

¿Qué encontró el coronel Percy Fawcett en la sección de Obras Raras de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, para que desde ese instante dedicara su vida a la búsqueda de una enigmática ciudad perdida en las entrañas de la selva amazónica?

¿Por qué el arqueólogo nazi Otto Rahn recorrió durante años los enclaves cátaros convencido de que el Grial se ocultaba en alguna de las cuevas repartidas por la montañosa región?

¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a Ernest Shackleton a emprender la mayor aventura jamás imaginada, en la que solo le aguardaba la muerte?

¿A quiénes representaban los gigantescos seres de cabeza redonda que halló el explorador Henri Lhote en las montañas de la meseta de Tassili, en Argelia?

¿Dio el trujillano Francisco de Orellana con alguna pista que le condujera hasta El Dorado?

Estos son algunos de los misterios que presenta Lorenzo Fernández Bueno, después de haber viajado a los lugares en los que diez grandes exploradores persiguieron sus sueños, intentando llegar donde nadie había llegado… territorios inhóspitos y repletos de misterio en los que muchos de ellos perdieron la vida, y cayeron en las redes de la peor de las maldiciones: el olvido.

Lorenzo Fernández Bueno

La maldición de los exploradores

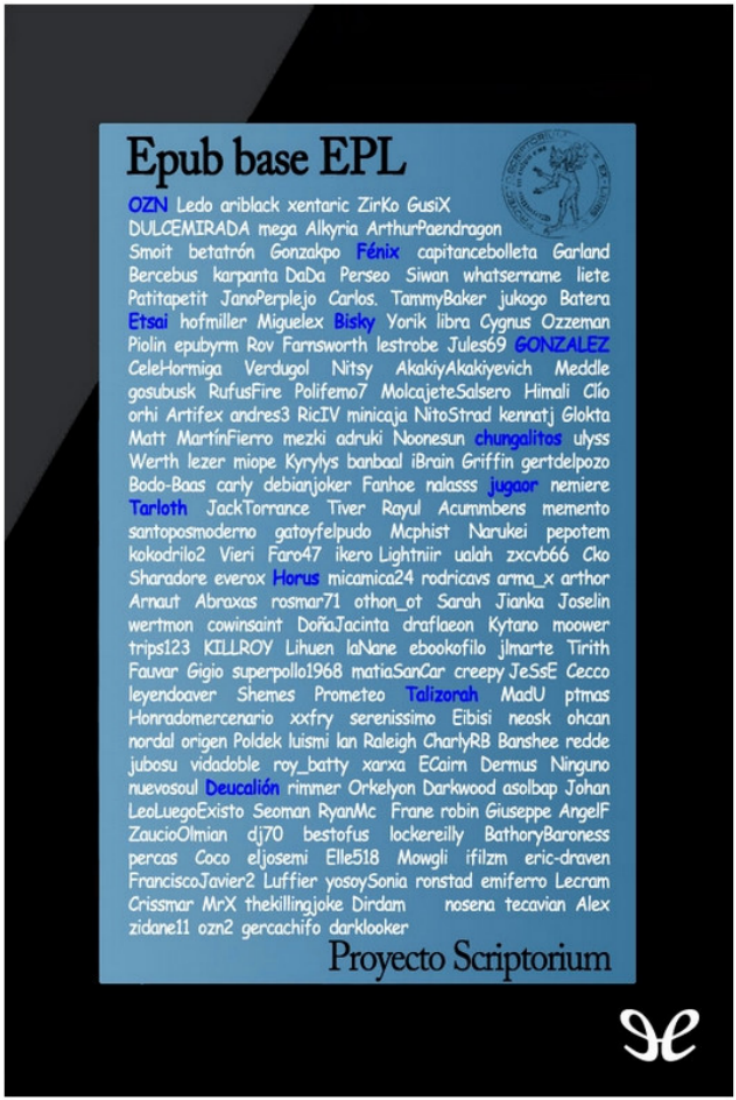
10 biografías que no le van a dejar indiferente

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Lorenzo Fernández Bueno, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X Aniversario



Primera portada para el Epub base, creada por orhi

A mi padre,
… más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
[…] en el buen sentido de la palabra, bueno.

Y a Alfredo Velasco,
el mayor de mis críticos, pero también el mejor.
Espero que este libro llegue allá donde sea que estés.
Aguardo tus palabras…

Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor,
la electricidad y la energía atómica: la voluntad.

ALBERT EINSTEIN

AGRADECER A…

Mis libros… casi siempre comienzan así, con esas personas que han contribuido, a veces sin ser conscientes de ello, a que este trabajo que ahora inicia sus primeras páginas sea un poco mejor. Porque los que nos dedicamos a esta difícil tarea de juntar letras, y hacer que además de legibles sean interesantes, somos incapaces de disociar este oficio de cuanto nos rodea, porque posiblemente es parte de nuestra forma de concebir la vida, de entender el mundo y a quienes en él han habitado y actualmente habitan; en definitiva, de ser. Es por ello que a veces, y solo a veces, se nos tacha de seres antisociales, encerrados en nuestras particulares atalayas disfrutando de la exclusiva compañía de un libro; de huraños y hoscos, e incluso de egoístas, porque cuando nos lanzamos a la aventura de llenar tantas páginas, que al principio se visten de un blanco impoluto, disfrutamos narrando a todos cuantos se cruzan en nuestro caminar aquel paisaje, aquel dato, aquel personaje que nos ha llamado enormemente la atención. Así las cosas, y después de esta breve confesión, únicamente quisiera añadir que no se asusten: somos gente normal pero algo extraños, y que, al menos en mi caso, tenemos mucho que agradecer a mucha gente. Así pues, allá voy.

A mi esposa Nuria, que es quien de manera más evidente «sufre» lo anteriormente escrito; y a Alfredo, por haberme permitido «robarle» su tesoro más preciado. Ha sido un honor compartir tiempo y conversación contigo; la providencia quiso que así fuera…; por lo tanto, gracias también al destino, aunque a veces sea tan caprichoso como para regalarme la alegría del trabajo terminado y, al mismo tiempo, la marcha de un amigo tan querido.

A mis dos hijas, a las que intento entregar ese tiempo que me piden, porque el tiempo jamás regresa.

A mis chicos de la revista *ENIGMAS*, Javier, Nacho y Óscar, mi mejor defensa contra los malos tiempos.

Al extraordinario explorador Diego Cortijo, por su humildad a pesar de su juventud… ambas claves del éxito.

A mi editora, Laura Falcó Lara, porque cuando el camino se presenta turbio, la visión del amigo es clave para aclarar las dudas, y porque con tus palabras has logrado que este libro… ya sea una realidad.

A mis compañeros de tertulia en «La Zona Cero», dentro del programa «La Rosa de los Vientos», Jesús, Martín, Manuel, Silvia y Bruno, el más «especial» de todos, con los que he compartido, y espero tener la fortuna de seguir compartiendo, micrófono cada fin de semana.

A mis «hermanos» Miguel Blanco, J. J. Revenga, José Manuel García Bautista, José Gregorio González, Luis Mariano Fernández y Fran Contreras… y al dídimo Mariano F. Urresti, porque a pesar del tiempo, el tiempo no pasa.

Y a todos aquellos que antes y ahora se acercan a la vida de personajes como los que habitan en las páginas que siguen, porque muchos de ellos han sido olvidados por ese ente descomunal al que llamamos historia; porque aunque sea descomunal, no siempre es justo.

A todos, ¡GRACIAS!

INTRODUCCIÓN

No pretendo que este nuevo trabajo sea una continuación de mi anterior libro, *Desafíos a la Historia* —Libros Cúpula, 2010—, pero es indudable que si en aquel cuaderno de viajes por el mundo abordé esos misterios que permanecen aguardando la presencia de la bata blanca o del salacot para rescatarlos de su injusto olvido, en este nuevo desafío, aquellos que partieron, en ocasiones con la única ayuda de su esperanza y vocación, son los justos protagonistas de las páginas que ahora se disponen a leer.

No puedo negar que me siento un privilegiado; un buscador que por su peculiar «trabajo» ha tenido la oportunidad de recorrer algunos de los lugares más fascinantes y desconocidos de cuantos se reparten por el planeta. Pero tampoco he de negar que cuando el viajero llega a la meta, no puede dejar de echar un vistazo atrás en el tiempo y admirar la labor de aquellos que llegaron antes, porque los medios, en su más amplio abanico, no eran los mismos.

Y es que como daba comienzo mi anterior libro, los protagonistas de esta nueva aventura bien podrían mimetizarse con la presencia de ese «hombre, enjuto, parapetado tras un enorme mostacho, con un traje pasado de moda y un sombrero de pana gris», que tras recibir el penúltimo desprecio de los sabios que practican la más recalcitrante de las ortodoxias, «recogió sus papeles, los introdujo en un enorme cartapacio, y con la mirada triste tras sus gruesas antiparras marchó en dirección a la salida». Por su gesto se intuía que no era la primera vez; y por la tensión de sus rasgos era evidente que apretaba los dientes porque sabía que no sería la última…

Aquel explorador que viajaba a diario del cielo de sus ideas al infierno del rechazo constante, que en otro tiempo bien pudiera haberse llamado Gene, Heyerdahl, Cabrera, Bingham o Crisóstomo, llevaba años estudiando unas tesis lo suficientemente arribistas

como para generar el rechazo de la comunidad arqueológica; porque la historia ya estaba escrita, y ¿quién era él para remover entre sus cimientos…?

Cualquiera de los anteriormente citados, que como ya habrán imaginado tienen su justo lugar en mi particular Olimpo de exploradores, hubo de luchar, como advierte el tópico, contra viento y marea para hacerse oír. Porque en una actitud incomprensible, sin más objetivo que dar a conocer sus estudios, pretendieron convencer a la sociedad de su tiempo de que la realidad no iba en una sola dirección; mucho menos cuando mirábamos de reojo a ese pasado que tanto pavor despertaba en determinados colectivos; tan ignoto como, en ocasiones, imposible.

Ellos sí se atrevieron a remover los cimientos de sólidas instituciones: con su esfuerzo titánico, con sus propios recursos, con una vocación sin fisuras, para que hoy nosotros podamos acercarnos a su obra, y a los lugares que fueron rescatados de las selvas más profundas o de los desiertos más áridos.

Porque uno de los objetivos principales a la hora de diseñar este trabajo ha sido el de reflejar la existencia de un puñado de grandes buscadores, intentando llegar allí donde ellos antes que nadie lo hicieron. Esa es la forma de poder contar, con los ojos del siglo XXI, las dificultades y penurias que sufrieron en su tiempo, pues únicamente con grandes dosis de fe, de fe en sus sueños, se pueden explicar.

Es probable que dentro de unos meses ustedes sepan que hubo un coronel del ejército británico llamado Percy Harrison Fawcett, que desapareció en la década de los veinte del pasado siglo mientras buscaba una ciudad perdida en el Amazonas, extraña según las crónicas y de la que nadie regresaba según las tradiciones, simplemente porque la todopoderosa factoría de Hollywood está preparando una película sobre su vida, y sobre sus últimos días… Entonces se hará algo de justicia, ya que en cierto modo la maldición del explorador se romperá, y Fawcett volverá a ser recordado como merece. Pero no fue mejor ni peor que el resto de exploradores…

Ahora, cuando estoy a punto de partir tras los pasos de otro de los protagonistas de estas páginas, el gran Henri Lhote, la emoción me embarga al ver este trabajo al fin terminado, porque mi deseo es

que este granito de arena sirva para que personajes como los anteriormente citados, o conquistadores como Francisco de Orellana —en cuyo quinto centenario de su nacimiento nos hallamos inmersos—, o exploradores transantárticos como Ernest Shackleton, o «buscavidas» como Frederick Mitchell-Hedges y sus calaveras de cristal, o miembros de las SS como el arqueólogo Otto Rahn, que jamás comulgó con la barbarie… sean simplemente recordados. Quizá esa y no otra es la única manera que tenemos de mostrarles nuestro agradecimiento. Porque ellos, al igual que otros antes y después, dieron la vida para que nosotros ahora sepamos más. Apostaron al «todo o nada» porque entendieron que no todo estaba explicado; que, como ya dije en *Desafíos a la Historia*, no se conformaron con la versión oficial, porque esa misma historia, que es la nuestra, se tambalea a cada nuevo descubrimiento; tan dúctil que puede ser constantemente reescrita, como decía líneas atrás, no en una sola dirección.

Y como nuestra dirección tampoco es única, partimos de viaje a diferentes épocas y lugares de la Tierra. Ellos nos esperan, y con ellos la maldición del injusto olvido, cuando no algo peor…

Que se diviertan. [*]

PERCY HARRISON FAWCETT, EN BUSCA DE CIUDAD Z

Desapareceremos de la civilización hasta el año próximo, sitúanos con la imaginación a más de mil millas al oriente de ti, en selvas jamás holladas por el hombre.

P. H. FAWCETT

Los murciélagos eran tantos, que investían la cara de la gente, y hacían tal ruido, que admiraba. Por la puerta principal de la calle hay una figura tallada a medio relieve en la misma piedra, dispuesta de la cintura para arriba, con corona de laurel; representa una persona joven, sin barba, con una banda atravesada en el dorso, y un faldellín por la cintura; debajo del escudo de esta figura hay algunos signos ya gastados por el tiempo.

Documento 512, J. DE LA C. BARBOSA

A lo lejos, las fantasmagóricas luces refulgían en las alturas, iluminando las montañas, de aspecto tan lechoso que parecían de

cuarzo. La selva, como siempre, se cerraba a cada paso, reteniendo el avance del experimentado coronel: no quería que este siguiera adelante.

Tras observar el horizonte, tan cubierto de vegetación que apenas si permitía observar la marcha del astro rey, Percy dio la orden, alzando la mano, de que descargaran el equipo. Jack y Raleigh, sin mediar palabra, dejaron caer sobre el verde la pesada carga, y casi sin tiempo para reponerse, se apostaron sobre los sucios sacos de dormir, en un intento porque el veterano expedicionario mostrase algo de clemencia y les permitiese descansar al menos unas horas… Sus cuerpos, maltrechos por los avatares de las jornadas de marcha y castigados por insectos que en años no habían encontrado mejor manjar que aquellos arriesgados exploradores, ya no atendían siquiera a los misteriosos fogonazos que como una siniestra advertencia parecían escapar de las entrañas de la montaña que se alzaba a lo lejos, iluminando, ahora sí, la desapacible madrugada.

El coronel Percy Harrison Fawcett en su etapa de plenitud, cuando vivía obsesionado con la expedición descrita en el «Documento 512», y que hacía clara alusión a la ciudad perdida de Z. (Fotografía de R. de Montet-Guerin).

Ya les quedaba poco, apenas otra jornada de camino, para llegar al campamento Caballo Muerto; si hasta ahora las comunicaciones habían sido extremadamente complicadas, a partir de allí quedarían aislados, dueños de su suerte pero inequívocamente unidos a ese destino negro que, como la peste de los siglos medievales, parecía cebarse con los que llevados por el ansia de alcanzar el sueño, después de tantas horas de estudio en soledad, traspasaban la línea sutil que delimitaba el riesgo del no retorno.

El cansancio se percibía en sus rostros. Después de treinta días, los ánimos que transmitía el coronel, animando a su escasa tropa por su protagonismo en uno de los pasajes más épicos de la historia, ya no calaban con la misma fortaleza; porque precisamente esa fortaleza, la física, mermaba a cada crepúsculo.

Percy extrajo de su casaca un viejo Moleskine. Pulcro y riguroso como era, desató el bramante que lo mantenía firme como una tabla y, con una caligrafía exquisita, comenzó a redactar la crónica que desde hacía semanas enviaba desde cada punto «civilizado», allí donde siempre había alguien que por unas monedas estaba dispuesto a llevarlo río abajo, hasta sitios más benignos, pues tal era el compromiso que a cambio de una modesta subvención había adquirido con la North American Newspaper Alliance. Tras encender el fuego, y después de haber asentado el campamento, guiado por las muescas que surgían de las llamas, comenzó a escribir, consciente de que serían las últimas líneas que enviaría… hasta su regreso:

> Nuestra ruta comenzará en el campamento de Caballo Muerto, a
> 11° 43’
> sur y
> 54° 35’
> oeste, visitando en nuestro camino la torre de piedra que es temor de los indios vecinos pues de noche sale luz de sus puertas y ventanas. Nos adentraremos luego entre el río Xingu y el Araguaya y desde allí cruzaremos el río Tocatins en Pedro Alfonso. Nuestro camino quedará entre la latitud
> 10° 30’
> y
> 11°
> hasta el terreno alto de los estados de Goyaz y Bahía, región totalmente desconocida habitada por salvajes. Allá espero hallar vestigios de las ciudades. Visitaremos la ciudad de 1753, que queda aproximadamente a
> 11° 30’
> sur y
> 42° 30’

oeste.

Después, llegó el silencio…

El explorador perfecto

Percy H. Fawcett vino al mundo en la localidad de Torquay (Devon, Inglaterra) en el año 1867. Desde muy pequeño, su espíritu inquieto —y una posición acomodada— le permitieron acceder a una inmensa biblioteca, en lo que sería su primer encuentro con mundos hasta entonces desconocidos para él y que, sin duda alguna, potenciaron la imaginación de un joven poco dado a la palabra y sí a la introspección.

Su padre, de formación militar, había nacido en India, el país donde la tradición competía desde milenios atrás con la lógica que querían imponer intelectuales, miembros de las clases pudientes y algún que otro heredero despistado, en la creencia de que su cultura era más civilizada que la de aquellos salvajes empeñados en adorar a dioses paganos y sonreír a pesar de su mísera existencia. Esto pensaban los soberbios hijos del Imperio, menospreciando a culturas más antiguas que la propia, en las que —como tantas otras veces— la magia desconocía el paso del tiempo, así como saberes que parecían pertenecer a otra humanidad.

Porque esa tierra inhóspita y habitada por desarrapados, para aquellos colonizadores era lo más parecido a una gran aventura; tan exótica por sus gentes como singular en sus creencias, lo que daba un juego más que evidente a la hora de tomar el té, a eso de las cinco, ya saben, e iniciar la más aventurera de las tertulias, ya fuese en los centros sociales que entonces se repartían por toda India, exclusivos para el extranjero, o en los salones de la madre patria, donde por aquellas fechas muchos eran los que, por otro lado, flirteaban con una «nueva religión» que llegaba desde el tosco nuevo continente y que pretendía que cualquiera podía entrar en contacto, a través de determinadas técnicas, con los espíritus descarnados de aquellos que ya habían partido.

En este ambiente de efervescencia cultural y espiritual creció el futuro explorador, disfrutando de cada tertulia, conversando con los

nativos, los mismos que amasaban un conocimiento fascinante y que como una nueva atracción eran enviados al viejo continente, y observando como sus progenitores, conforme pasaban los años, se distanciaban más y más sin apenas mostrar sentimientos hacia él. No en vano, en algunos escritos del coronel, redactados décadas más tarde, ya advertía que:

> quizá haya sido para mejor el que mi infancia en Torquay se haya deslizado huérfana de cariño materno y paterno, porque esta circunstancia me hizo más circunspecto, aunque pasé espléndidos ratos con mi hermano mayor y mis hermanas. Hubo también años escolares en Newton Abbot que en nada alteraron la visión que me había formado sobre el mundo. Vinieron después los años de cadete en Woolwich, y en 1880, cuando tenía diecinueve años, fui destinado a la Artillería Real, pasando mis primeros años de juventud en la guarnición de Trincomalee, Ceilán. Allí fue donde conocí a mi futura esposa, cuyo padre en esa época era juez de distrito en Gálle.

En 1880, cuando apenas tenía diecinueve años, el joven cadete Fawcett fue destinado a la Artillería Real, en la guarnición de Trincomalee, Ceilán, donde por vez primera se enfrentó a culturas fascinantes y milenarias. En esta época se cinceló su personalidad exploradora. (Fotografía de Royal Military Academy Sandhurst).

Su padre, como ya he comentado, fiel a su férrea formación castrense, no se caracterizó por ser un hombre cercano o cariñoso con sus tres hijos, pero sí un compulsivo tertuliano que aprovechaba la más mínima reunión social para alardear de sus aventuras en el subcontinente asiático, o para exponer los logros de otros grandes exploradores con los que se jactaba mantener una buena amistad, y a los que veía en las exclusivas reuniones que organizaba la no menos inaccesible y laureada Royal Geographical Society. Por eso, cuando iniciaba sus intensas peroratas, el joven Percy no distinguía

la realidad de la ficción, y se dejaba llevar allí donde la aventura y el riesgo eran ley; y todo para descubrir parajes jamás imaginados por el resto del mundo.

Es probable que fuera entonces cuando germinó en él la vocación de explorar lugares «jamás hollados por el hombre»; porque cuando otros se rendían a las dificultades, el futuro coronel siempre tuvo aliento para enfilar el sendero, por dificultoso e inexplorado que fuere el camino a recorrer.

En 1886, y siguiendo los deseos de su distante progenitor, ingresó en la Artillería Real, y fue destinado a Trincomalee, ciudad situada al noroeste de Sri Lanka, que por aquellas fechas era el puerto militar más importante del país. Pocos biógrafos dudan que el destino asiático supuso un trascendental «antes y después» en la vida de Fawcett. Durante su estancia en el país tuvo tiempo para desarrollar sus conocimientos de geografía y navegación, así como también el manejo de las armas… Mientras, paralelamente, disfrutaba paseando por la ruina que de manera inmisericorde vestía los viejos templos, porque en ellos atisbaba la evidencia de que aún quedaban poderosas civilizaciones ancladas en un pasado remoto, sumergidas en las arenas de áridos desiertos o cubiertas por la maraña de las selvas sudamericanas.

Fawcett no dejaba de ser otro producto de ese tiempo en el que los viejos mitos regresaban al presente con fuerza, removiendo las conciencias de los soñadores que, como nuestro protagonista, ansiaban ser los primeros… De este modo entendió que la historia, en algunos de sus pasajes fundamentales, había sido reescrita para ocultar la evidencia de una época desconocida, en la que habitaron pueblos avanzadísimos en ciudades desubicadas del entorno histórico y cultural que hoy las ocultaba.

Así, y no de otra forma, llegó a la convicción de que en las entrañas de las frondosas junglas del Amazonas existía una ciudad perdida; y la confirmación de su ignota presencia llegaría tiempo después.

Sobre sus aficiones escribía David Hatcher Childress en su obra *Las ciudades perdidas de Lemuria*:

> En 1893, un joven oficial británico llamado Percy Fawcett se hallaba destinado en Ceilán —actual Sri

Lanka—. Sentía un gran interés por la arqueología, la historia y el budismo, y a menudo salía de Trincomalee para dar largos paseos, que a veces duraban días, hacia las lejanas junglas de la isla. Durante una de sus excursiones lo sorprendió una tempestad que lo obligó a refugiarse debajo de unos árboles con la intención de pasar allí la noche. Al amanecer de un día nuevo y soleado, se encontró cerca de una roca inmensa que estaba cubierta de extrañas inscripciones de carácter y significado desconocidos. Fawcett copió las inscripciones y más tarde se las mostró a un sacerdote budista. Este le dijo que la escritura se parecía a la que utilizaban los antiguos budistas asokas, y que estaba en clave, una clave que solo aquellos antiguos sacerdotes podían entender. Su afirmación la confirmó diez años después un erudito oriental cingalés en la Universidad de Oxford, el cual afirmó que probablemente él era el único hombre vivo que podía entender la escritura. Percy Fawcett, que más adelante sería un respetado coronel y uno de los exploradores de América del Sur más famoso de todos los tiempos, creía que las letras que había visto en la antigua roca de Ceilán procedían de un antiguo alfabeto sanzar, que para el propio Fawcett estaban íntimamente relacionadas con las ciudades perdidas que tiempo después buscaría en las profundidades del Mato Grosso brasileño.

En 1901, Percy contrajo matrimonio con una joven británica llamada Nina Agnes Paterson cuando esta apenas si alcanzaba la veintena. Fue una de esas flechas que en ocasiones lanza Cupido, ya que sorprende que alguien tan recto y meticuloso como el coronel desposara a una muchacha vehemente y algo malcriada, a pesar de su exquisita educación. Ella sería la madre de sus tres hijos, Jack, Brian y Ruth, a los que, pese a la sucesión de viajes y largas estancias que caracterizaron su existencia, trató con cariño y cercanía, quién sabe si intentando corregir el trato que su padre le dio cuando era niño.

Tras una breve estancia en el norte de África y Malta, estuvo llevando a cabo tareas de topografía del terreno y otros asuntos relacionados con la inteligencia militar. A este último país llegó antes de tiempo, pues entrado el año 1906 se produjo un gran

descubrimiento del que, con toda seguridad, le hubiera gustado formar parte: el conjunto megalítico del Hipogeo de Hal Saflieni. No en vano durante su estancia en el lugar, Fawcett entabló cierta amistad con el padre de la arqueología maltesa, Themistocles Zammit, que a la postre sería el descubridor de este prehistórico mundo subterráneo, conformado por una veintena de oquedades naturales y artificiales, en las que destaca el sanctasanctórum en el extremo sur, y la sala del oráculo, junto a la galería norte-sur, donde sorprendió la potentísima resonancia que se producía, aun hablando en voz baja. Además, en uno de los extremos de la pared rocosa había una hendidura por la que «la palabra pronunciada» se amplificaba sobremanera, logrando que aquellos que accedieran en tiempos pasados a su interior creyeran que eran los mismos difuntos los que se dirigían a ellos desde su particular inframundo.

Pero como ya he dicho, su paso por la isla fue breve, pese a lo cual consiguió perfeccionar sus estudios de topografía que tan útiles le serían en el futuro.

Así las cosas, en 1906 por fin pisaba Sudamérica, donde, por orden del gobierno boliviano y como miembro de la Royal Geographical Society, se dedicó a delimitar las fronteras que por aquellas fechas constituían un reguero constante de enfrentamientos entre unos países y otros. A pesar de lo cual, Fawcett intuía el potencial que poseían aquellos estados emergentes:

> Estos mismos países están ahora en pleno vigor de la juventud y comienzan a ocupar su verdadero puesto en el mundo; los juguetes de la infancia y las pedanterías de la adolescencia han sido ya dejados de lado para siempre, y sus pueblos, una sola raza, aunque separados por fronteras políticas, adquirirán, inevitablemente, conciencia de unidad. La grandeza que les espera está solo un poco más allá del horizonte, si no se encuentra ya ante nuestra vista.

A comienzos del siglo XX, el coronel Fawcett logró hacer realidad su gran sueño: viajar a América donde, en sus primeros años, estuvo cartografiando las fronteras de Brasil y Bolivia. (Fotografía de Royal Geographical Society).

Fueron años en los que el tedio de la labor topográfica quedó en un segundo plano, pues el explorador entendió que al fin tenía la oportunidad de conocer las fascinantes culturas que conformaban el pasado de este maravilloso continente. Y no solo eso: podía viajar a países cercanos como Brasil, Paraguay o Perú para «palparlo» en primera persona.

Ahora bien, si hubo un lugar del que se enamoró perdidamente, al punto de que ha pasado a la historia como su más o menos justo descubridor, ese fue la mágica meseta de Caparú, actualmente parte

del Parque Nacional Noel Kempff, repartido entre Brasil y Bolivia. No en vano en su interior se encuentran unas bellísimas cataratas que llevan el nombre del coronel. Pensemos en lo abrupto del terreno en la actualidad para imaginar lo complicado que hubo de ser que en 1910 Percy Harrison Fawcett llegara hasta allí con medios limitados. Y también imaginemos lo que observó por vez primera en este entorno de roca arenisca y cuarcita de origen precámbrico, para que posteriormente, y según las descripciones que hizo de estos remotos parajes, sirviera para que en 1912 su gran amigo sir Arthur Conan Doyle ubicara en esta atmósfera tomada por la selva y el olvido el «plato» natural en el que el profesor Challenger habría de buscar *El mundo perdido*.

No exento de cierta vehemencia, así describía los avatares de aquella expedición:

> Ante nosotros se levantaban las colinas Ricardo Franco —meseta de Caparú—, de cumbres lisas y misteriosas, y con sus flancos cortados por profundas quebradas. Ni el tiempo ni el pie del hombre habían desgastado esas cumbres. Estaban allí como un mundo perdido, pobladas de selvas hasta sus cimas, y la imaginación podía concebir allí los últimos vestigios de una era desaparecida hacía ya mucho tiempo. Aislados de la lucha y de las cambiantes condiciones, los monstruos de la aurora de la existencia humana aún podían habitar esas alturas invariables, aprisionados y protegidos por precipicios inaccesibles.

Como ya ocurriera con otros exploradores de aquel tiempo, la Gran Guerra supuso un determinante e innecesario paréntesis en sus estudios. No en vano Fawcett, explorador antes que coronel, pero militar al fin y al cabo, se vio obligado a acudir a la llamada a filas, lo que con el paso de los años enturbió su carácter, que se volvió hosco y áspero. Pero aquello pasó, y en 1921 regresaba a su amada y salvaje Sudamérica para no abandonar jamás su piel de tonos ocres y esmeraldas a partes iguales.

No sin los problemas que entonces devenían de un continente que a pesar de mostrar tintes de avance aún se debatía entre la miseria de la mayoría y la riqueza de la escasa clase pudiente, logró acceder a archivos y bibliotecas para continuar con sus

investigaciones. Y así, en un momento de esta historia que aún permanece difuso, oyó hablar por vez primera de la epopeya protagonizada por un militar portugués llamado Francisco Raposo, que en el año 1743, pretendiendo llegar a las minas de Muribeca, en las entrañas de las selvas de Brasil, escribió una de las historias más sorprendentes jamás vividas. Buscaba su particular El Dorado, del que nada se sabía desde las postrimerías del siglo XVI, y del que aseguraban los cronistas de Indias que guardaba fabulosas riquezas.

Ahora bien, para poder acceder a ellas primero había que salvar una especie de maldición que golpeaba a quienes pretendían robar su preciado tesoro; porque cuentan las tradiciones, entonces y ahora, que quien se sumerge en esta región del Mato Grosso, jamás regresa. Sea como fuere, después de diez años de supervivencia en la selva, en una de las exploraciones más extremas jamás realizada, Raposo llegó sin pretenderlo a una ciudad en ruinas de la que no se tenía noción, al menos hasta entonces, ni tampoco de la cultura que en un tiempo impreciso la levantó en un entorno tan inapropiado para la vida.

Fue el premio a la tenacidad, pues según indica la crónica que por entonces redactó uno de los sufridos miembros de la expedición, el canónigo J. de la C. Barbosa, el militar regresó, no solo para contarlo, sino para dar fe de la existencia de la misteriosa ciudad que, flanqueada por unas montañas blancas como el cuarzo, se elevaba a los cielos, cubierta por la espesura de la jungla y con una antigüedad tan incierta como se quisiese estimar.

Y ahora, haciendo nuevamente un ejercicio de introspección, imaginemos al coronel Fawcett atendiendo a este relato y descubriendo que la historia, además, era real, tal y como se desprendía de un misterioso manuscrito que encontró en la sección de Obras Raras de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, que bajo la denominación de «Documento 512», el ya citado canónigo J. de la C. Barbosa describía al detalle la expedición de Francisco Raposo, sus diez años de penuria al mando de un nutrido grupo de «buscafortunas» portugueses, y sus increíbles hallazgos. Así se produjo el revelador descubrimiento:

> Yo mismo di con ese documento que aún se encuentra en Río. La historia comienza en 1743, cuando un nativo de Minas Gerais, cuyo nombre no se ha conservado, decidió

> buscar las minas de Muribeca. Francisco Raposo —tengo que identificarlo con algún nombre— partió con sus intrépidos compañeros, 18 colosos, quizá este fue el secreto de su supervivencia; existe un informe de una Bandeira de 1.400 hombres de los cuales ninguno regresó.

Así, de esta manera, se toparon los expedicionarios de Raposo con la misteriosa ciudad, a la que Fawcett ya tenía reservado un nombre: Z.

> Relato histórico de una oculta y gran población antiquísima sin habitantes, que se descubrió en el año 1753: habiendo viajado diez años por las selvas, para ver si descubrían las decantadas minas de plata del gran descubridor Moribeca, que por culpa de un gobernador no se hicieron patentes, pues quería usurparle esta gloria […] llegó esta noticia a Río de Janeiro a principios del año 1754.
>
> Después de una larga e infortunada peregrinación, incitados por la insaciable codicia del oro, y casi perdidos por muchos años en esa profunda selva, descubrimos una región de montes tan elevados que parecían llegar a la Región Etérea, que servían de trono al viento y a las estrellas; el esplendor que se veía desde lejos, principalmente cuando el Sol daba en el cristal del que estaba compuesta, formaba una visión tan grande y agradable, que ninguna podía desviar sus ojos de aquellos reflejos; comenzó a llover antes de que pudiéramos comenzar a registrar esa maravilla cristalina, y veíamos sobre la piedra calva correr las aguas precipitándose de los altos peñascos, pareciéndonos como nieve herida por los rayos del Sol […] Resolvimos investigar aquel admirable prodigio de la naturaleza, llegando al pie de los montes, sin importarnos las dificultades de ríos o matas que nos impidiesen el paso; no obstante, circundando las montañas, no encontramos paso libre para poder ejecutar la resolución de acercarnos a estos Alpes y Pirineos brasileños, este desengaño nos produjo una inexplicable tristeza.

Abarrancándonos, y con el designio de retroceder al día siguiente, de pronto un negro que iba caminando hacia la leña, vio un venado blanco, quien nos hizo descubrir, el camino entre dos sierras, que parecían cortadas a propósito, y no por la naturaleza; con la alegría de la novedad comenzamos a subir, encontrando muchas piedras sueltas y otras amontonadas, lo que parecía un camino desgastado por el correr del tiempo. Tardamos más de tres horas en la subida, suavemente por los cristales que admirábamos, y en las cumbres del monte, hicimos alto, y extendiendo la vista vimos un campo raso, más demostraciones para nuestra admiración.

Divisamos más o menos a legua y media, un gran poblado, pareciéndonos por lo dilatado de la figura, una Ciudad de la Corte de Brasil; descendimos al valle con cautela […]

Estuvimos casi dos días esperando a los exploradores —habitantes— para el fin que muchos deseábamos, y solo oíamos cantar los gallos, como comprobación de que allí había pobladores; hasta que llegó nuestro desengaño, ahí no había habitantes, quedándonos todos confundidos; se resolvió que entrara a todo riesgo y precaución, un indio de nuestra comitiva; volvió asombrado diciendo que no encontró, rastros de ninguna persona; esto nos confundió más todavía, no lo podíamos creer ya que veíamos las casas, y entonces todos los exploradores decidimos seguir los pasos del indio.

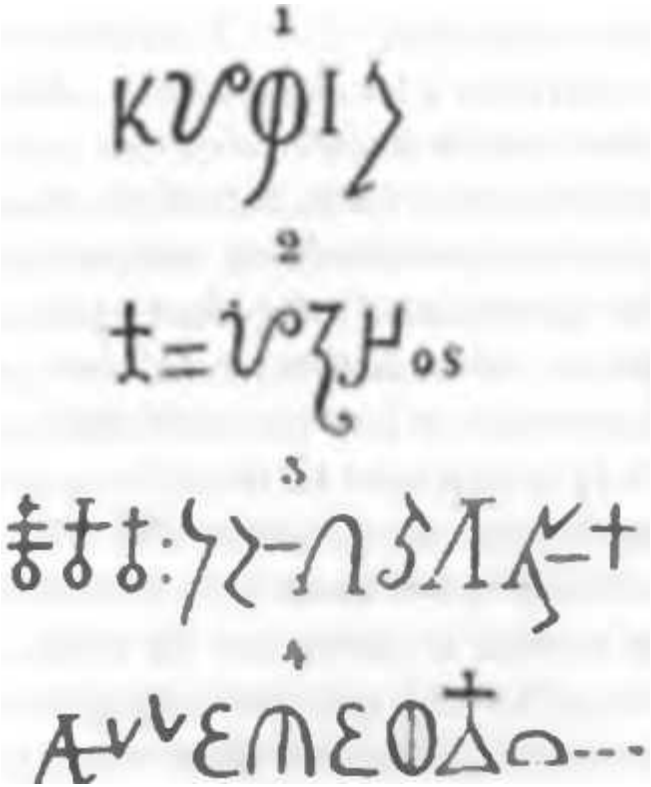
Vimos y confirmamos lo dicho por el indio de que no había gente, y así determinamos la entrada al pueblo con las armas, y entramos una madrugada, sin que hubiese quien nos saliera al encuentro para impedir nuestros pasos, no encontramos otro camino, más que el único que tiene la gran población, cuya entrada está hecha por tres arcos de gran altura, el del medio más grande que el de los dos costados; sobre el grande y principal, divisamos letras que no pudimos copiar por la gran altura.

Hay una calle del largo de los tres arcos, con casas de pisos de una y otra parte, con los frentes de piedra labrada

y ya obscurecidas, notando que por la regularidad y simetría con que están hechas, parece solo una casa, y sin tejas, porque los techos son de ladrillos quemado unos y de lajas otros.

Recorrimos con bastante miedo algunas casas y en ninguna encontramos vestigios de vajillas, ni muebles, que pudiésemos por el uso y el trato, conocer la calidad de los nativos: las casas son todas oscuras en el interior, con apenas una luz escasa, y como son abovedadas, resonaban los ecos de los que hablaban, y nuestras mismas voces nos atemorizaban.

Pasada y vista la calle de gran distancia, dimos en una plaza regular, y en el medio de ella una columna de piedra negra de tamaño extraordinario, y sobre ella una estatua de hombre común, con una mano en el costado izquierdo, y el brazo derecho extendido, mostrando con el dedo índice el Polo Norte en cada ángulo de dicha plaza, una lanza, a imitación de la que usaban los romanos, más algunas ya maltratadas y partidas como dañadas por los rayos.



Por el lado derecho de la plaza, hay un soberbio edificio, como la casa principal de algún Señor de la Tierra.

Los murciélagos eran tantos, que investían la cara de la gente, y hacían tal ruido, que admiraba. Por la puerta principal de la calle hay una figura tallada a medio relieve en la misma piedra, dispuesta de la cintura para arriba, con corona de laurel; representa una persona joven, sin barba, con una banda atravesada en el dorso, y un faldellín por la cintura, debajo del escudo de esta figura hay algunos signos ya gastados por el tiempo; divisándose no obstante los siguientes:

En la parte izquierda de dicha plaza, hay otro edificio totalmente arruinado, por los vestigios se nota bien que fue un Templo, porque todavía conserva parte de su magnífica fachada, y algunas naves de piedra entera: ocupa gran territorio, y en sus arruinadas paredes se ven obras

primorosas con algunas figuras, y retratos embutidos en la piedra con cruces de varios caracteres curvos y otras delicadezas, que se necesitaría mucho tiempo para describirlos.

Siguiente a este edificio una gran parte de casas todas arruinadas, y sepultadas en grandes y pavorosas aberturas en la tierra, sin que se vea vegetación en toda esa circunferencia, árbol o planta producido por la naturaleza, pero sí montones de piedras, unas en bruto y otras labradas.

Al frente de dicha plaza corre arrebatadamente un largo y caudaloso río, espacioso, con costas que son muy agradables a la vista: tendrá un largo de once, hasta doce brazas [c/braza 2,2 metros], las costas limpias de árboles y troncos que en las inundaciones acostumbran a traer las aguas; sondeamos su altura y encontramos en las partes más profundas de 15 a 16 brazas. Además de todo los campos son de exuberante vegetación y con tanta variedad de flores, que al parecer la naturaleza estuvo más cuidadosa y generosa que en otras partes, haciendo producir los más primorosos campos de la flora: admiramos también algunas lagunas, llenas de arroz, de lo cual nos aprovechamos y también de las inmensas bandadas de patos, criados en la felicidad de esos campos, se nos hizo difícil cazarlos sin perdigones, lo hicimos con las manos.

Caminamos tres días río abajo, nos topamos con unas cataratas que hacían tanto estruendo por la fuerza de las aguas, y resistencia en el lugar, que juzgamos que no hacía mayor las bocas del decantado Nilo: después de ese salto, se dilata tanto el río, que parece el gran Océano, lleno de penínsulas, cubiertas de césped verde, con algunos árboles dispersos […]

De lado del oriente de esta catarata encontramos varias subcavaciones y horrorosas cuevas, haciendo la experiencia de medir con muchas cuerdas; con las cuales por muy largas que eran, no pudimos llegar al centro. Encontramos también algunas piedras sueltas; y en la superficie de la

tierra, clavos de plata, como sacados de las minas, dejados en el tiempo.

Entre esas cavernas, vimos una, cubierta con gran laja, y con […] figuras labradas en la misma piedra, que al parecer insinúan gran misterio.

Apartado del pueblo, a tiro de cañón, está un edificio como una casa de campo de doscientos cincuenta pasos de frente, el cual se entra por un gran portón y se sube por una escalera de varios colores, llegando a una gran sala, y 15 casas pequeñas y todas con puertas que dan a esa sala, y cada una con un caño de agua.

Después de quedar admirados por todo esto, entramos por las márgenes del río a tratar de descubrir oro, sin trabajo encontramos una buena pinta [antigua medida portuguesa] en la superficie de la tierra, prometiéndonos mucha grandeza, de oro como de plata: nos extraña el que los habitantes hubieran abandonado ese pueblo. No habiendo encontrado ninguna persona por esas selvas, que nos contasen de esta deplorable maravilla, alguien que fuera de esta población, mostrándonos en sus ruinas la grandeza que tenían, y cómo era su población, si era opulenta en los siglos en que esa población floreciera; estando hoy habitada por golondrinas, murciélagos, ratas y zorras, que cebadas por la gran cantidad de gallinas y patos, se hacen mayores que un perro perdiguero. Los ratones tienen las patas tan cortas, que en lugar de caminar saltan como pulgas, no corren como las de los poblados.

De este lugar se apartó un compañero, al cual se unieron otros que después de nueve días de buena marcha avistaron, la gran orilla de la gran ensenada que hace un río, una canoa con dos personas blancas, de cabellos negros sueltos y vestidas europeas […]

Uno de nuestros compañeros, llamado Joao Antonio, encontró en las ruinas de una casa una moneda de oro, esférica, mayor que nuestras monedas de seis mil cuatrocientos: de un lado con la imagen o figura de un joven de rodillas, y del otro lado, un arco, una corona y una flecha, no dudamos que haya muchas en dicho pueblo,

> o ciudad desolada, porque si fue castigada por un terremoto, no les hubiera dado tiempo a poner a buen resguardo las cosas preciosas, más es necesario un brazo muy fuerte y poderoso para remover aquellos escombros, de tantos años como se ve.
>
> Mandé estas noticias a Vm. de la selva de Bahía, y de los ríos Parácacu, asegurándole no haber dado informes a ninguna persona, porque juzgamos se despoblaron villas y arrayanes; más yo le doy a Vm. de las minas lo que hemos descubierto, recordando lo mucho que le debo.
>
> Por supuesto que de nuestra compañía salió un compañero con ideas diferentes, con todo, pido a Vm. dejara esas penurias, y fuera a abastecerse de esas grandezas, sobornando a ese indio, para hacerse el pedido y conducir a Vm. hacia esos tesoros…

Ya no disimulaba sus ansias por partir. Creía en esta historia; tanto como para hipotecar su existencia, sufrir el acoso de aquellos que intuían que navegaba en un barco a la deriva, o para empeñar su propia vida. Si Raposo, con menos medios y posiblemente igual coraje, logró llegar y regresar, ¿por qué no intentarlo? En su obra *Expedición Fawcett, a través de la selva amazónica*, aseguraba, sin tapujos, tener la ubicación exacta de la legendaria ciudad:

> Descubrí el sitio exacto muy hacia el norte, vagabundeando durante diez años. El grupo se encontró viajando otra vez al este, desanimados por este peregrinaje sin fin, y desmoralizados por el fracaso de las minas perdidas. Más allá de los pantanos aparecieron unas montañas dentadas. Al escalarlas observaron unas llanuras y más allá selva virgen. La exploración de los indios del grupo los llevó a contemplar una ciudad completamente solitaria. Sin embargo, Raposo y los suyos no encendieron un fuego llegada la noche, y nadie durmió por la intensa expectación. Muy temprano, Raposo envió una guardia de cuatro indios y avanzó hacia la ciudad con el resto de sus hombres. Llegaron a una enorme estructura ciclópea de tres arcos de enormes losas, similar a la de Sacsahuamán, en Perú.

El resto del relato ya es conocido, pues se narra con sumo detalle en el citado «Documento 512». Después de horas de lectura, de dejar rienda suelta a la imaginación mientras las fosas nasales se deleitaban con el olor a libro viejo, Fawcett llegó a la conclusión inequívoca de que:

> la ciudad perdida de Raposo no es la única en su género. El difunto cónsul británico en Río fue llevado a un lugar semejante en 1913 por un indio mestizo, pero se trataba de una ciudad mucho más accesible, en un terreno no montañoso y completamente hundido en la selva; también se distinguía por los restos de una estatua colocada en un gran pedestal negro en el centro de una plaza. Por desgracia, un chaparrón ahuyentó a su animal de carga y tuvieron que regresar inmediatamente para evitar la muerte por el hambre. Hay otras ciudades perdidas además de estas dos, y existe otro remanente de una vieja civilización; su pueblo ha degenerado ahora, pero aún conserva vestigios de un pasado olvidado, en momias, pergaminos y láminas de metal cinceladas; es un lugar como el que describe la historia, pero algo menos estropeado por terremotos y muy difícil de encontrar. Los jesuitas lo conocían, y también un francés, que en este siglo hizo varios esfuerzos infructuosos por encontrarlo. Igual cosa puede decirse de cierto inglés que había viajado mucho por el interior y que supo del sitio por un viejo documento que está en poder de los jesuitas. Sufría de cáncer avanzado, o bien murió de su mal o se perdió.

Es decir, que daba una veracidad absoluta al texto del siglo XVIII, y no solo eso: además se acogía a las tesis de aquellos que defendían —sin demasiadas pruebas, todo hay que decirlo— que los autóctonos de América, en períodos de tiempo remotos

> vivían en un estado de civilización superior que, por una causa desconocida, degeneró y tendió a desaparecer, pero Brasil aún posee los vestigios.

Y terminaba diciendo:

> Yo soy probablemente el único que posee ahora el secreto, y lo obtuve en la dura escuela de experiencia de la selva apoyada en un cuidadoso examen de todos los documentos de valor en los archivos de la República, así como también en otras fuentes de información, de ninguna manera fáciles de conseguir.

Llegados a este punto, permítame el lector que haga un pequeño inciso para destacar el enorme bagaje documental que nos legó P. H. Fawcett antes de su desaparición, ya que al contrario de lo que ocurre con otros exploradores que recorren estas mismas páginas, en el caso del coronel británico el número de escritos que han llegado hasta nuestros días no solo nos permiten conocer los sentimientos, las pasiones, las ideas o creencias de este extraordinario personaje; es que además nos permiten hacer una secuencia de sus últimos años de vida casi con exactitud diaria. Dicho esto, sigamos adelante, porque a estas alturas es muy fácil apasionarse con esta historia y con su protagonista.

Sea como fuere, al coronel Fawcett no cesaban de llegarle «pruebas» de la existencia de Ciudad Z, y una de ellas, posiblemente la más enigmática, fue un regalo que le obsequió su gran amigo el escritor y autor de *Las minas del rey Salomón*, sir H. Rider Haggard. Se trataba de una estatuilla de basalto negro en la que aparecía representado un extraño ídolo de aproximadamente veinticinco centímetros de alto que poseía una especie de placa en el pecho en la que, al igual que en el arco de la ciudad de Raposo, tenía grabados una sucesión de caracteres desconocidos, y cuyo origen Fawcett estaba convencido de que había que situarlo en una ciudad perdida. Sobre el contenido de la misma, su posible procedencia y traducción ya hablaré más adelante; quedémonos con la idea de que Percy H. Fawcett veía en ella otra prueba más que lo llevaba sin ambages hasta Z, más aún cuando el misterioso ídolo, como él mismo lo llamaba, parecía poseer unas extrañas cualidades dependiendo de las manos que lo sostuviesen, como si hubiese sido concebido para albergar algún tipo de energía desconocida, que era liberada en un tiempo remoto por aquellos capaces de dominar el poder que emanaba de su interior. Así, Fawcett aseguraba que

> cuando alguien la sostiene en sus manos es como si una

corriente eléctrica le subiera a uno por los brazos. Solo se me ocurrió una posibilidad para descubrir el secreto de la imagen: la psicometría, y aunque esto pueda provocar mucha burla por parte de algunas gentes, puede ser aceptada por aquellos que mantienen su mente libre de prejuicios.

Esta parte de su relato es ciertamente trascendente, porque nuestro coronel está mostrando «a las claras» que a pesar de su formación científica, estaba abierto, posiblemente a raíz de la propia experiencia, a otros «métodos» que por entonces contaban con el mismo número de seguidores que de detractores. Continuaba con contundencia:

> Admito que la Ciencia de la Psicometría está aún en su infancia aunque se ha desarrollado ampliamente en Oriente. De todas maneras voy a contar los hechos: yo era absolutamente desconocido para el psicómetro que sostuvo la figura en la mano y que en plena oscuridad escribió: «Veo un continente grande de forma irregular, desde el norte de África a Sudamérica. La vegetación es prolífica. Veo ciudades y signos que revelan avanzada civilización. Me parece que me transportan al lado occidental del país. Procesiones de seres que parecen sacerdotes entran y salen de templos, y un alto jefe usa una placa en el pecho semejante a la que tengo en mis manos. Sobre el altar veo la invocación a un gran ojo por parte de los sacerdotes.
>
> La numerosa población de las ciudades occidentales es dueña absoluta del mundo. Oigo una voz que dice: "Contemplen el destino de los presuntuosos…". Entonces veo volcanes en violenta erupción, el mar se levanta como un huracán, la mayoría de los habitantes han sido aniquilados. El sacerdote al que se le dio esta efigie huye a las colinas. La voz dice: "La sentencia de Atlanta será el destino de todos los que pretendan alcanzar poder divino". No puedo obtener fecha exacta de la catástrofe, pero fue muy anterior al esplendor de Egipto y ya ha sido olvidada, excepto en los mitos».
>
> Otros psicómetros concordaron estrechamente con lo

que acabo de trasmitir. En todo caso, cualquiera que sea su historia yo la miro como la posible llave que descubra el secreto de la Ciudad Perdida. La conexión de Atlanta con actuales regiones de Brasil no debe ser mirada despreciativamente.

Años más tarde, la figura de basalto negro, el «ídolo de Fawcett», fue sometido a diferentes estudios, entre los que destacó, por sus conclusiones más o menos argumentadas, el del investigador de origen israelí Aldo Ottolenghi, que dejó constancia de su investigación en el libro *Civilizaciones Americanas Prehistóricas*:

> Encontramos también cinco columnas de escritura, cuatro verticales en la tabla en la que la estatuilla misteriosa apoya las manos y una en la tablilla horizontal que la estatuilla lleva apoyada sobre los pies. Vemos, por lo tanto, que para la civilización misteriosa de la cual proviene esa estatuilla, el número cinco, y posiblemente el número diez, tenían una importancia que acaso estuviera relacionada con la ceremonia del culto. El número de piedras que figuran colocadas en líneas horizontales detrás de la estatuilla es de diez. Haremos ahora otra constatación: la estatuilla lleva la cabeza cubierta. Es posible, pero no es seguro, que la estatuilla represente a un sacerdote que muestra a los fieles un texto sagrado. Debemos recordar que existen dos formas de demostrar el respeto a las cosas sagradas: una acercándose a ellas con la cabeza cubierta, y otra acercándose con la cabeza descubierta; los judíos por ejemplo, se cubren la cabeza cuando entran en sus templos, mientras que los varones cristianos, para demostrar su respeto a los lugares sagrados se descubren. La historia de las religiones comparadas nos sugiere que el misterioso personaje representado en la estatuilla puede cubrirse la cabeza en un acto de respeto hacia un superhombre o una divinidad, y que posiblemente muestra a sus fieles el texto de una intuición mística o de una revelación desconocida […] Y ahora nos encontramos frente a otro problema cuya solución, por lo menos en un primer momento, parece prácticamente imposible. Se trata

de la lectura de lo que está escrito en las cinco columnas; cuatro verticales y una horizontal.

Nos encontramos frente a una escritura desconocida, mediante la cual un pueblo desconocido se expresa en un idioma desconocido, siendo desconocido también el lugar de origen y la época en la cual vivió ese pueblo […] Después de varios meses de trabajo, llegué a descubrir que todos los caracteres de la escritura que la estatuilla llevaba sobre los pies podían clasificarse como pertenecientes a las escrituras consonánticas —es decir, un tipo de escritura en el cual escriben únicamente las consonantes, y no las vocales— pertenecientes en época histórica a la escritura líbica y las sudarábigas antiguas conocidas como safaítica y sabeena; muchas letras escritas en las columnas verticales cuya semejanza pude hallar pertenecen también a esos tipos de escritura.

Y así, con más dudas que respuestas y tras retomar la investigación del que a estas alturas ya era el objeto de sus desvelos, Ottolenghi concluyó, preso de la sorpresa más rotunda, que

de pronto, en mi cerebro surgió la luz; como los signos consonánticos que componen los antiguos alfabetos semitas del norte van del 22 al 24, llegué a la conclusión de haber encontrado un viejo alfabeto, posiblemente emparentado con los alfabetos líbicos, semitas y griegos arcaicos […] La figura de la estatuilla representa, por lo tanto, un dios o un hombre, que ofrece a la humanidad una escritura fonética […] Esta forma de escribir —que emparentamos, en parte, con la escritura de la isla de Pascua— es más antigua que la que encontramos en la época histórica en la escritura paleohebrea, en la aramea y en la fenicia; llegué por lo tanto a la conclusión de que esa escritura vertical hallada en América es más antigua que las escrituras consonánticas semitas horizontales y que, si por lo tanto existe un parentesco entre las mismas, es más probable que el área cultural —por el momento desconocida— en la cual surgió la escritura de Fawcett, haya ejercido influencia en el área

de las escrituras semitas del Medio Oriente.

La cuestión, como habrá observado el lector, se enredaba por momentos. Y sin embargo, Fawcett parecía convencerse a cada paso de la veracidad de esta historia; porque, ¡qué demonios!: ¿quién dijo que una buena historia era asequible para todo el mundo…?

Y al final… la leyenda

Antes de partir en busca de Z, el coronel Fawcett llevó a cabo otras expediciones, a lo largo de las cuales, amén de sufrir dramáticos episodios que a punto estuvieron de acabar con su vida, logró entablar contacto por primera vez con comunidades indígenas que, de nuevo, le arrojaron pistas acerca de una enigmática ciudad en las profundidades de ese infierno verde y de sus habitantes, tan extraños y escurridizos que se movían como auténticos fantasmas. No en vano, en la voz del administrador de unas dependencias de recolectores de caucho, Fawcett tuvo conocimiento del enfrentamiento que el hermano de este había tenido

> con unos indios blancos. De improviso, él y sus hombres fueron atacados por salvajes, completamente blancos, apuestos, de pelo rojo y ojos azules que luchaban como demonios, y cuando mi hermano mató a uno de ellos, los demás recobraron el cadáver y huyeron con él. La gente dice que no existen tales indios, que son mestizos. Pero quienes los han visto piensan de manera diferente.

Razas de hombres absolutamente ajenas a ese entorno, extraños ídolos que en un mercado de Antofagasta adquirió a un indio, convencido de que eran más antiguos que los egipcios y que pertenecían a la cultura que buscaba con ahínco… El destino negro manejaba los hilos con tenebroso deleite, y parecía estar conduciendo al coronel hacia su triste final, dejando en el camino de su vida pequeñas piezas que hacían que el ya veterano explorador jamás perdiese la esperanza de dar con Z.

En 1920, de nuevo la casualidad quiso que durante otra expedición arribara al rancho que el coronel Hermenegildo Galvao poseía en la frontera del inexpugnable Mato Grosso. Allí, después de horas de animada charla, siempre con la mítica ciudad entre palabra y palabra, llegó un jefe indio de la tribu de los nafaqua,

cuyas tierras se ubicaban allí donde los ríos Xingú y Tabatinga se unían, y tras participar de lleno de la animada conversación, afirmó a los presentes que él conocía esa ciudad eternamente alumbrada por unas luces que los nativos decían que jamás se apagaban. Fawcett, picado con el veneno de la obsesión, dejó escrito que

> esta fue la primera, pero no la última vez, que oí hablar de las luces permanentes, encontradas en antiguas casas por esa civilización olvidada […] Este medio —entorno— descubierto por los antiguos aún no ha sido redescubierto por los científicos hoy en día.

Llegado a este punto, habría que hacer un inciso. No sé si dichas luces correspondían a pasajes de una leyenda esquiva y mentirosa, o por el contrario eran vistas por los habitantes de esa selva primigenia, pero intentando emular aquellos días en los que el coronel dejaba tiempo y conversación alrededor de la hoguera, cubriendo todo su cuerpo con un grueso manto para evitar la picadura de los mosquitos, años atrás recorrimos la vertiente oeste de esta región, disfrutando de cada día, y por supuesto de cada noche, conviviendo con los miembros de las comunidades indígenas que, ya en pleno siglo XXI, seguían defendiendo la existencia de dichas luces procedentes del interior de la jungla, como emisarias de un mal augurio. El que por aquellos inolvidables días fue guía de selva de la expedición organizada por el productor de TVE Juanjo Revenga, en la que tuve la suerte de participar, un muchacho indígena del que sabía que se llamaba José Antonio y poco más, al calor del fuego de madrugada que evitaba que los enormes mosquitos se acercaran, en una playa del río donde plantamos nuestro campamento, narró conmovido una de esas historias que te marcan para siempre.

Siendo un niño, en la década de los ochenta del pasado siglo, su padre trabajaba en el ejército peruano, patrullando desde los cielos la vegetación que ahora nos rodeaba, buscando buhoneros, traficantes o narcofactorías, que por desgracia abundan en la región. En el transcurso de una incursión rutinaria sobre las pirámides de Pantiacolla, a la vera del gran río Madre de Dios, abajo, oculto por la vegetación, observaron movimientos extraños. Unas misteriosas luminosidades lanzaban destellos a los cielos, pero

es que además estas parecían proceder del interior de unas misteriosas viviendas. Recordaba José Antonio, mientras decaía por la pena, que

> a fin de saber de qué se trataba, si de terroristas o de narcotraficantes, descendieron con cuerdas, dando la orden al piloto de que regresara al cabo de dos horas. Cuando este lo hizo, allí ya no había casas, ni luces, ni tampoco soldados. En los siguientes meses se organizaron misiones de búsqueda para dar con los desaparecidos; se recorrió esta parte de la selva del Amaraumary, pero ni a mi padre ni a los otros seis soldados los encontraron. Desde entonces yo recorro la «trocha», no para dar con él, pero sí para encontrar alguna explicación a lo que sucedió. Se lo llevaron los habitantes del Paititi…

¿Les recuerda algo? A mí, en esos instantes, huelga decir que me vinieron a la mente las palabras manuscritas de mi admirado coronel Fawcett, especialmente las últimas que redactó poco antes de que se perdiera su rastro para siempre, donde advertía que ya se encontraba muy cerca de la gran montaña de cuarzo de la que los nativos aseguraban que durante la madrugada surgían potentes fogonazos, como un preludio, un aviso de que seguir adelante podría resultar fatal.

Dejando atrás las lucecitas de marras, lo cierto es que, a pesar de lo que narran la mayoría de los biógrafos de Fawcett —gran explorador, hombre de extensa formación científica e histórica, superviviente nato y fiel al método y a la disciplina militar—, muy poco es lo que se habla de su «ideario», entiendo que porque está tan vestido de heterodoxia que a muchos podría llegar a molestar que el más grande de los exploradores de la primera mitad del siglo XX disfrutara creyendo en atlántidas, en otras humanidades, o en esos dioses que aparecen en el panteón precolombino y que poseen una apariencia sospechosamente humana. Así lo reflejaba, de su puño y letra:

> Tiahuanaco fue construida como Sacsahuamán y gran parte del Cuzco por una raza que manipulaba rocas ciclópeas y que las esculpía para ajustar tan perfectamente

> que es imposible introducir una hoja de un cuchillo entre sus junturas. Contemplando estas ruinas no es difícil creer en la tradición que relata que fueron levantadas por gigantes […] Los nativos atribuían la construcción de Tiahuanaco a hombres blancos barbudos que vinieron mucho antes del Imperio inca. En esa época ocurrieron las migraciones por el norte y la Polinesia […] Heredaron fortalezas de una raza anterior, y oí decir que unían las piedras por medio de un líquido que suavizaba las superficies hasta que tenían la consistencia de arcilla.

Esta misma tesis fue defendida años después por el sacerdote Jorge Lira, experto en el folclore andino, que después de décadas de estudio llegó a la conclusión, como así se lo hizo saber a mi querido doctor Fernando Jiménez del Oso para su serie «El otro Perú», que los nativos de estas tierras ya en tiempo remotos dominaban la técnica de la masificación, a tal punto que lograron reblandecer la piedra, que quedaba como una masa muy blanda moldeable con facilidad. Para ello utilizaban un compuesto químico que se extraía de la mezcla de varias plantas con el arbusto de la *jotcha*, endémico de la cordillera andina.

Ahora bien, si cierto es que logró reblandecer la piedra, al extremo de casi licuarla, no menos lo es que el proceso de endurecimiento fue un fracaso.

Evidentemente, en ese mundo antiguo poseían la técnica, o más bien la fórmula, pero esta, si es que alguna vez existió, se había perdido en el tiempo. Incluso en el otro extremo del planeta, donde también se llevaron a cabo sorprendentes desplazamientos de bloques colosales para elevar pirámides y templos a los cielos —habrán imaginado que me refiero a Egipto—, en la década de los ochenta, el profesor Joseph Davidovits, entonces director del Instituto para la Aplicación de las Ciencias Arqueológicas de Florida, tras años de intenso estudio localizó, gracias a la tecnología radiográfica, restos de cabello, bolsas de aire o fibras de hilo en el interior de grandes bloques de arenisca. ¿Cómo se podía explicar tal circunstancia si no se acudía a la polémica técnica del citado reblandecimiento?

Además, de haberlo logrado, ¿con qué fórmula química?

Davidovits también creyó haber dado con la respuesta a este enigma cuando, tras estudiar la conocida como Estela de Famine, que hoy día aparece grafiteada en la Isla de Sehel, muy cerca de Asuán —en el sur—, concluyó que, tras traducir los más de 2600 jeroglíficos dispuestos en 32 columnas, en ellos se contenían las diferentes fórmulas que se precisaban para lograr este prodigio, y no solo eso: habían sido reveladas al faraón Zóser por el dios Jnum, de ahí que su conocimiento solo estuviese al alcance de arquitectos y sacerdotes, que en esa época era lo más parecido a ser un semidiós.

Tras su desaparición fueron muchos los que se lanzaron a la búsqueda del coronel, su hijo, y Raleigh RimmeL Incluso hubo quien aseguró haber encontrado los restos del explorador. Uno de los más destacados fue Orlando Villas-Boas, que aparece en esta imagen de 1952 junto a dos indígenas *kuiruros*.

Pues bien, con este bagaje de creencias, el coronel Fawcett pensó, entrada ya la década de los veinte, que había llegado el momento de comprobar si la historia relatada por Raposo era cierta,

algo hacia lo que él albergaba pocas dudas dada la riqueza de detalles del relato y de las pistas que él mismo había logrado recabar durante las múltiples expediciones realizadas desde principios de siglo hasta la fecha:

> No dudo en ningún momento de la existencia de las ciudades —afirmaba en su obra póstuma—. ¿Cómo podría dudarlo? Yo mismo he visto parte de una de ellas, y lo que allí observé ha hecho imperativo mi regreso. Los restos parecen ser como los puestos de avanzada de una ciudad grande. Estoy convencido de que podré descubrirlas. Infortunadamente no puedo inducir a los científicos a aceptar esto; he viajado a aquella región, y una y otra vez los indígenas me han hablado de lo que se encuentra más allá. Un hecho es cierto: entre el mundo exterior y los secretos de la antigua Sudamérica ha descendido un velo, y el explorador que ansíe descorrerlo, deberá estar preparado para afrontar peligros que pondrán a prueba su resistencia a un límite increíble. Es probable que no pase, pero si lo logra, estará en situación de ampliar nuestro conocimiento histórico.

A pesar de usar la tercera persona, a estas alturas de su vida Fawcett era consciente de que el siguiente en intentarlo sería él. La expedición ya iba cobrando forma…

La desaparición de un mito

Con este amplio equipaje de creencias, y gracias a las cartas que Percy Fawcett fue enviando con meridiana periodicidad a su hijo pequeño Brian, podemos hacer la crónica vital de los últimos meses de un hombre que ya, por méritos más que sobrados, forma parte de la leyenda.

Pese a la motivación inicial, a la preparación que tanto física como mental estaba llevando, o a los múltiples proyectos que presentó a varias sociedades científicas a fin de que sufragaran en parte los elevados costes de la expedición, a comienzos de 1924 los

fondos no llegaban y Fawcett se empezaba a desesperar. Sin embargo, hubo periodistas que, confiando o no en la aventura que se estaba tejiendo, sí comprendieron que tras la misma había una buena historia que podría aportarles un buen puñado de lectores y más beneficios para sus diarios. Así, en 1925 el *Atlanta Constitution* reflejó en sus páginas que

> se trata quizá de la aventura más arriesgada y, sin duda, la más espectacular de su clase jamás emprendida por un científico de renombre con el respaldo de cuerpos científicos conservadores.

Y es que, tras no pocas luchas intestinas contra envidiosos y escépticos, el coronel logró implicar en su proyecto a instituciones de renombre internacional, como la Royal Geographical Society, a la que pertenecía casi desde la cuna, y llegó a un acuerdo muy suculento con la North American Newspaper Alliance, a cuyos responsables entregó los derechos de explotación de la expedición, de tal manera que P. H. Fawcett se comprometía a enviar una crónica continuada durante el tiempo que durase la expedición, con los avatares, descubrimientos y anécdotas que se produjesen durante la misma. Gracias a esto tenemos la crónica, prácticamente diaria, de lo que ocurrió con los tres expedicionarios que finalmente formaron parte de dicha aventura, hasta muy pocos días antes de su desaparición.

Uno de los puntos más incomprensibles de esta historia es el hecho de que el veterano militar contase para llevar a cabo la difícil travesía con dos jóvenes inexpertos: por un lado su propio hijo Jack, un muchacho virtuoso que desde muy joven se había entregado con empeño al culto al cuerpo, y que siempre había querido acompañar a su padre en una de sus expediciones; y el amigo íntimo de este, llamado Raleigh Rimmell, hijo de un doctor de Seaton (Devonshire), que a decir de Brian, el hijo pequeño del coronel y a la postre receptor de las informaciones que ya en zona de selva iban enviando, era «un payaso innato, compañero perfecto del grave Jack».

Y así llegó el mes de enero de 1925. Fueron despedidos como héroes, y en su primera escala, Nueva York, recibidos con entusiasmo por aquellos que ya los habían encumbrado a su

particular Olimpo. Durante su estancia en el lujoso Waldorf Astoria, especialmente los muchachos disfrutaron de agasajos y parabienes, porque a la vista de todos, aquellos valientes de voluntad inquebrantable se encaminaban al infierno del que, hasta entonces, nadie había regresado.

Tras su última escala en el hotel Internacional de Río de Janeiro, donde ultimaron los preparativos de la complicada expedición, poco más había que esperar. Menos aún a la vista del miedo que en este tiempo había ido amasando el coronel Fawcett; no a la selva ni a los peligros que allí les aguardaban. Su temor lo encarnaba el que por aquellas fechas era su gran rival, el multimillonario norteamericano Alexander Hamilton Rice, que ya le llevaba varios días de ventaja, y cuyos medios, anunciaban los diarios a bombo y platillo, «constituían la vanguardia de la tecnología y del progreso».

Así las cosas, antes de partir envió una misiva a su hijo Brian, donde exponía cómo habrían de ser los días sucesivos:

> Desapareceremos de la civilización hasta el año próximo, sitúanos con la imaginación a más de mil millas al oriente de ti, en selvas jamás holladas por el hombre. Nuestra ruta comenzará en el campamento de Caballo Muerto, a
> 11°
> 43’ sur y
> 54° 35’
> oeste, visitando en nuestro camino la torre de piedra que es temor de los indios vecinos, pues de noche sale luz de sus puertas y ventanas. Nos adentraremos luego entre el río Xingu y el Araguaya y desde allí cruzaremos el río Tocatins en Pedro Alfonso. Nuestro camino quedará entre la latitud
> 10° 30’
> y
> 11°
> hasta el terreno alto de los estados de Goyaz y Bahía, región totalmente desconocida habitada por salvajes. Allá espero hallar vestigios de las ciudades. Visitaremos la ciudad de 1753 que queda aproximadamente
> 11° 30’

sur y
42° 30’
oeste.

Febrero despertaba especialmente lluvioso. La selva dejaba escapar murmullos de advertencia, pero nuestro protagonista, obsesionado con un sueño que le permitía respirar jornada tras jornada, parecía haber ensordecido a esas llamadas.

Tras algo más de treinta días abriendo senderos, el 14 de abril nuestro protagonista enviaba su segundo escrito; la gente, como ya ocurriera con los seriales de Sherlock Holmes que publicara su amigo Conan Doyle, seguía la aventura con absoluta devoción. Y Fawcett, que debía de intuirlo, se aplicaba a la hora de mezclar con presteza las dosis justas de vehemencia, pasión e información:

> Los tres nos sentimos bien, tenemos dos perros bravos, *Pastor* y *Chulim*, dos caballos y ocho mulas. Un ranchero amigo me comentó que desde niño él y su familia, a seis días de camino de este lugar, escuchaban extraños sonidos que venían de las selvas del norte; los describe como siseos similares a los de los cohetes, o de grandes bombas elevándose en el aire y luego cayendo a la selva. Otro hombre que vive en Chapada me cuenta que ha visto esqueletos de grandes animales y árboles petrificados, e incluso construcciones prehistóricas.
>
> Veremos la famosa torre que los indios temen por la luz en puertas y ventanas, y yo sospecho que se trata de la famosa luz que nunca se apaga.
>
> Poco tiempo atrás, un brasileño bien educado y un oficial del Ejército, ocupados en describir la superficie de un terreno, supieron por los indios que había una ciudad al norte. Estos se ofrecieron a llevarlos allá siempre y cuando les dieran protección contra los salvajes. La ciudad tenía edificios de piedra, con muchas calles, un gran templo, y parece ser Z, aunque su ubicación no concuerda con mis cálculos.

Y continuaba aportando datos de la misteriosa ciudad, convencido de que se encontraban en el camino correcto:

> Mi amigo el ranchero me contó que trajo a Cuyaba a un indio de una tribu remota, y para impresionarlo lo llevó a recorrer las iglesias de este pueblo. «Esto no es nada —replicó el indio—. Cerca del sitio donde yo vivo, pero a cierta distancia de viaje, hay construcciones más grandes y elevadas que estas, con grandes puertas y ventanas y un gran pilar que sostiene un enorme cristal cuya luz ilumina y hace parpadear los ojos».

Ya no había vuelta atrás, aunque tampoco hubieran retrocedido. Una vez más, los indígenas que iban encontrando en su periplo, y que nada sabían de quiénes eran aquellos tres hombres de aspecto lechoso, les advertían de la existencia de ruinas en las profundidades de la jungla que pertenecían al tiempo de los antiguos dioses, dada su monumentalidad y colosal tamaño.

La primavera entró con fuerza, y la explosión de vida que caracteriza a la selva se multiplicó sobremanera. Las temperaturas eran elevadas, y la humedad, cercana al ciento por ciento, dificultaba la respiración. Los contratiempos empezaban a minar el ánimo de los dos muchachos, especialmente del joven Rimmell, que a esas alturas del viaje tenía las piernas completamente ulceradas por las mordeduras de las garrapatas. El 20 de mayo, el coronel Fawcett continuaba con su relato, mostrando cierto temor:

> Jack lo soporta todo bien, Raleigh me tiene preocupado, no sé si podrá soportar la parte más difícil del viaje, porque tiene la pierna ulcerada e hinchada por las garrapatas. Enviaremos una carta desde el último puesto en donde regresen nuestros dos peones. Espero llegar en agosto al objetivo principal. En todo caso, nuestra suerte está… en manos de los dioses.

Unos dioses que, como ocurre en tantas ocasiones, optaron por mirar hacia otro lado. Nueve días más tarde, el 29 de mayo, el coronel Percy Harrison Fawcett, militar y explorador, hombre de férreas creencias y cierto idealismo, escribía la última carta a su hijo Brian. Decía así:

> Esperamos atravesar esta región en pocos días y

acamparemos aquí solo dos jornadas para llevar a cabo los preparativos del regreso de los peones que están ansiosos por volver, pues están hartos de viajes, y lo comprendo. Continuaremos con ocho animales: tres mulas de montar, cuatro de carga y un animal guía, que mantiene reunidos a los otros.

Jack está en buenas condiciones pese a que sufre por las picaduras de insectos. Yo mismo estoy mordido por las garrapatas. Pero siento ansiedad por Raleigh. Aún tiene una pierna vendada, pero no quiere regresar. Hasta ahora tenemos abundancia de alimentos y no necesitamos caminar, pero no estoy seguro de cuánto durará esta situación. Los animales encontrarán muy poco que comer. Siento que no voy a soportar este viaje mejor que Jack o Raleigh, pero tengo que hacerlo. Calculo que entraremos en contacto con los indios en una semana o diez días como mucho. Estamos en el campamento de Caballo Muerto, latitud
11° 43’
sur y
54° 35’
oeste. Aquí fue donde murió mi caballo en el año 1920. Ahora solo quedan sus huesos blancos. En este lugar podemos bañarnos, pero los insectos nos obligan a hacerlo rápidamente. Sin embargo, la estación es buena. Hace mucho frío de noche y fresco en la mañana, por lo que los insectos y el calor llegan al mediodía. Desde esa hora hasta la seis de la tarde, el campamento se transforma en un infierno […] No temas que fracasemos… Ya sea que pasemos y que volvamos a salir a la selva, o que dejemos nuestros huesos para pudrirse en ella, una cosa es indudable: la respuesta al enigma de la antigua Sudamérica será encontrada cuando hayan sido descubiertas las antiguas ciudades y queden abiertas a la investigación científica. Porque las ciudades existen, de eso estoy seguro…

Correio da

OS DOIS ITINERÁRIOS DO CORONEL FAWCETT

Los medios de comunicación, que en un principio seguían las crónicas de Fawcett a través de la Newspaper Alliance, encontraron otra vía de buenas ventas cuando este desapareció en la región del Xingú.

Nunca más se volvió a saber de ellos. Durante décadas fueron muchos los que se lanzaron a la búsqueda de los expedicionarios, fracasando siempre, y desapareciendo o siendo hallados muertos en demasiadas ocasiones, lo que aumentó la creencia en la maldición que sufrían quienes se atreviesen a internarse en estas selvas. Entre los pocos que lograron salir del infierno verde, hubo quien aseguró haber encontrado al coronel Fawcett, anciano, en manos de tribus indígenas tan agresivas como los temidos *morcegos*, incapaz de recordar su pasado, preso de su propia locura. Sin embargo, jamás se hallaron pruebas concluyentes de su paradero; estuvieran vivos o muertos. Incluso el gran rival de Fawcett, el médico Alexander Hamilton Rice, visitó a la esposa del coronel tiempo después, y en un intento por infundirle ánimos le aseguró que

> la única persona por la que no debemos preocuparnos cuando está en el jungla es el coronel.

Rice estaba convencido de que si su competidor y los suyos habían caído en manos de indígenas hostiles, sin duda alguna encontrarían la forma de escapar. Pero esto no ocurrió. Tiempo después, Brian recordó que su padre, antes de partir, le lanzó una seria advertencia:

> Si no regresamos, no deseo que organicen partidas de salvamento: si yo con mi experiencia fracaso, no queda esperanza de triunfo para otros.

Así pues, esta historia, tan apasionante como trágica, también posee un poso de romanticismo, porque a pesar de la «maldición de Atlanta», a pesar de la advertencia indígena, a pesar de que la tradición advertía que esta era tierra de no retorno, quién sabe si Fawcett finalmente alcanzó su meta y quedó atrapado en Z, la ciudad que tantas noches le robó el sueño… y hay quien dice que la propia vida.

FREDERICK ALBERT MITCHELL-HEDGES Y LAS CALAVERAS DE CRISTAL

La vida que es vivida sin entusiasmo y aventura no es una vida completa.

F. A. MITCHELL-HEDGES

Hoy, en la época en que el hombre escala las montañas de la Luna, sería prácticamente imposible duplicar este logro. Las lentes, tubos de luz y prismas demuestran una competencia técnica que la raza humana solo alcanzó en época reciente. De hecho, no existe en el mundo en la actualidad nadie dispuesto a intentar duplicar la calavera.
Esta fue tallada sin prestar la menor atención al eje natural del cristal de cuarzo y sin considerar la fragilidad del material en sí mismo.

RICHARD GARVIN, *The Crystal Skull*

La selva castiga. Eran ya muchos los días que el equipo de expedicionarios, formado por arqueólogos, mecenas y porteadores, llevaba abriéndose camino en la «trocha», observando con temor

que al día siguiente los senderos abiertos se habían cerrado como por arte de magia.

La desesperación cundía, porque pese a que las tradiciones indígenas situaban la ciudad perdida en esas latitudes, hasta ese instante no habían dado con pista alguna que les indicara precisamente eso: que se encontraban tras la pista correcta.

Otra noche más.

El machete daba paz pero endurecía la almohada. En el exterior, la jungla castigaba los oídos de los aventureros con sus mil llamadas a la caza. Los anofeles se cebaban con los animales, que en un intento baldío por liberarse de sus afilados aguijones gemían entre susurros, como un canto siniestro que invadía la madrugada, llenándola de oscuros recuerdos del pasado.

Frederick salió de su tienda consciente de que la protección que esta le proporcionaba llegaba hasta el límite de la fina tela. Más allá, el cuerpo se exponía a los múltiples suplicios que sobrevolaban en la oscuridad. Pero esa noche algo no le permitía conciliar el sueño. Con caminar pausado se aproximó al fuego que aún ardía en el corazón del campamento, y sin mediar palabra se sentó en una piedra. Con la mirada absorta en las llamas que como fantasmas de un tiempo perdido danzaban mecidas por el viento, en su cabeza una idea anulaba cualquier flaqueza, cualquier atisbo por dar marcha atrás. Porque Frederick, experto explorador capaz de sobrevivir en el entorno más hostil, aún recordaba las palabras del viejo maya, ese hombre de rostro curtido por el sol y cuarteado por la edad que muchas lunas atrás le confesó el secreto de su estirpe; porque vio en los ojos de aquel hombre la pureza del descubridor, ajenos a la ambición o al saqueo. Y quién sabe si oteando el horizonte de su vida, le murmuró:

> Has de reunir los cráneos; esa es tu misión.

Un explorador de cuna

Frederick Albert Mitchell-Hedges vino al mundo un 22 de octubre de 1882, un año después de que el escritor irlandés Bram Stoker, al que sus allegados llamaban el «bondadoso barbarroja», decidiera

llenar las madrugadas de muchas generaciones con los protagonistas de sus terroríficas novelas, entre ellas la más destacada: *Drácula, el no muerto*.

Poco es lo que se sabe de su más tierna infancia, salvo que su padre, hombre sobrio y de férreas convicciones, decidió que su vástago tenía que someterse a la dura disciplina de un internado, donde nuestro protagonista permaneció hasta los doce años, sin apenas relacionarse con sus familiares, «puliendo» una personalidad rebelde y soñadora en exceso.

Es probable que la imagen de nuestro protagonista recuerde a muchos alguna de las pocas fotografías que existen del histriónico escritor H. P. Lovecraft. Y es también probable que ambos fueran igual de excéntricos, ególatras y apasionados por las empresas que ponían en marcha.

Sea como fuere, a esa edad el joven Mike llegó a la conclusión de que ya había cumplido con creces el castigo, porque no se podía ver de otra manera, al que su padre lo condenara tiempo atrás, y después de echar un vistazo a las frías paredes de su habitación, decidió que había llegado el momento de abandonar aquella prisión forrada de caoba.

Fueron años difíciles, e imagino que Frederick decidió esperar antes de escapar del internado en vista de que la sociedad inglesa caminaba con pies de plomo, atenta a cualquier esquina, con el miedo que atenaza al que sabe que puede ser la siguiente víctima del mismísimo diablo. No en vano en esos años los rotativos londinenses abrían sus portadas con las andanzas nocturnas de Jack el Destripador, que inició su travesía de sangre y horror en 1888, y se volatilizó como por arte de magia en 1891.

Así las cosas, Mike Hedges pasaba el tiempo practicando sus deportes favoritos, la caza y la pesca, que compaginaba con la lectura compulsiva de los grandes exploradores de ese tiempo, entre los que ya empezaba a despuntar un joven capitán del ejército británico llamado Percy Harrison Fawcett, ante la desesperación de sus progenitores, que veían en aquel muchacho sin aspiraciones palpables una vida plena de fracasos y frustraciones.

Sin embargo, en la mente de aquel joven bullían con fuerza las ansias por viajar; por conocer lugares remotos; por contrastar los argumentos de aquellos que veían en ese pasado de las grandes civilizaciones la presencia de restos procedentes de un supercontinente ya desaparecido, tan mitológico en apariencia como real para él. Y así, cuando apenas tenía dieciséis años, emprendió viaje a uno de los enclaves más inhóspitos del planeta: el Ártico. Allí pasó un tiempo conviviendo con los rudos esquimales, compartiendo pan, leña y conversación, aprendiendo que lejos de su cómoda Inglaterra existían lugares fascinantes pero extremos para la vida.

Cuando sus ansias de aventura se vieron saciadas, regresó a su hogar, pero su padre, hastiado del carácter díscolo de su hijo, que tan pronto se encerraba en la biblioteca familiar devorando grandes volúmenes un día sí y otro también, como se daba a la desmesura, participando de peleas callejeras y en alguna ocasión pasando la noche agarrado a las frías rejas de una celda, le tendió la mano en

forma de severo ultimátum. Y a Mike Hedges, poco acostumbrado a asumir órdenes, aquel atrevimiento le pareció demasiado, y en febrero de 1900 abandonó definitivamente la mansión familiar. Desde la cubierta del vapor observó, nervioso ante el futuro y en cierto modo triste por la cómoda existencia que dejaba atrás, las costas de Inglaterra empequeñeciendo con la distancia mientras el barco iba dejando un surco en la dermis del océano. Canadá lo aguardaba…

El cambio de centuria marcó un antes y un después en la vida de este arqueólogo vocacional. Su paso por el país del castor fue anecdótico; pronto, los efluvios de modernidad que llegaban desde el otro lado de la frontera, allí donde se cimentaba la leyenda de una ciudad que ya comenzaba a rasgar el velo de las nubes, lo convencieron de que su futuro estaba en Nueva York. En la gran urbe llevó a cabo los más diversos trabajos: desde anticuario de piezas pequeñas que llegaban de las ruinas que se repartían entonces por una desconocida Centroamérica, meca de los grandes exploradores de esa época, a corredor de bolsa, donde mostró su rapidez para tomar decisiones y derrochar lo ganado. No en vano por aquellas fechas sus relaciones sociales se dispararon al conocer al magnate de la banca J. P. Morgan, junto al cual logró amasar una pequeña fortuna, que tal y como vino desapareció. Mike, acostumbrado a gastar lo que no era suyo, daba al dinero una importancia relativa, de ahí que no le produjera alteración mental alguna observar cómo este atravesaba su mano cada vez que lograba cierta renta. Porque su pasión era otra, y nada tenía que ver con alcanzar una posición social aceptable, o con llenar las cajas de los bancos con enormes cantidades dineradas.

Estados Unidos era, sin duda, el país de los sueños cumplidos a comienzos del siglo XX. Pero también ofrecía una diversidad cultural al alcance de aquellos que buscaran otro tipo de oportunidades. Y el ferrocarril era el medio más seguro para llegar a las tierras del sur, que ya poco o nada tenían que ver con los tiempos en que los últimos comanches y kiowas, dirigidos por jefes indios con nombres tan sonoros como Pequeño Cuervo o Cafetera Negra, asolaban las granjas de los colonos o las pequeñas ciudades que se empezaban a levantar con no poco esfuerzo en Texas, casi frontera con México, otro país que se deslizaba por la historia y los libros de Hedges

como un delicioso y en apariencia inalcanzable enigma.

Una vez en territorio texano trabajó de gaucho, y a pesar de que el contacto con el campo, con los caballos y con los estertores de grandes culturas que habitaron en esta difícil geografía, donde los chamanes tenían importancia capital y sus dioses los proveían de una magia que se podía palpar, Mike no dejaba de mirar de reojo lo que todos decían que se ocultaba allende aquel inmisericorde mar de arena, en las profundas selvas de Centroamérica.

Y sin pensarlo, que no era hombre de dar muchas vueltas cuando tenía claro el objetivo, cruzó la frontera, asumiendo por fin que nacía nuevamente; que si desde ese instante su vida sería un éxito o un cúmulo de fracasos, como vaticinara su padre, dependía de los pasos que diera a partir de entonces.

Cierto es que los primeros no fueron venturosos en exceso. Al cruzar la frontera y penetrar en las tierras desérticas del estado de Chihuahua fue hecho prisionero por los villistas, una suerte de revolucionarios nacionalistas que se dedicaban al pillaje, a la cabeza de los cuales se encontraba un personaje casi taumatúrgico, considerado tiempo después de su muerte uno de los grandes héroes de la nación mexicana: José Doroteo Arango de Arámbula *el Centauro del Norte*, conocido popularmente como Pancho Villa. Imagino que Mike debía de ser un joven extrovertido, despierto, pero ante todo muy flemático, como correspondía a un buen británico, y aquello debió de hacer gracia a los insurrectos, que al cabo de un tiempo, y sin pago previo que se sepa, lo dejaron libre. Él, con la adrenalina desbordando por los poros de su piel, regresó a su país después de catorce intensos años con la intención de alistarse en las filas del ejército británico para defender los colores de la patria en la Gran Guerra que estaba a punto de desencadenarse, pero bien fuera porque los mandos vieron un ardor innecesario en la presencia de aquel joven, bien por las heridas de bala que sufriera —todas de carácter leve— durante su breve aventura mexicana, desestimaron su ingreso, y Mike, decepcionado y con el rencor del que a su regreso a casa es rechazado por los suyos, hizo nuevamente las maletas y regresó allí donde se sentía libre, capaz de llevar a cabo sus, en ocasiones, difíciles propósitos.

En América era feliz, a pesar de que con su esposa, Lillian Agnes Clarke, con la que contrajo matrimonio años atrás, en 1906, apenas

si compartía algo más que unas horas entre viaje y viaje. Y como poco era el tiempo que tenían para menesteres más íntimos, los hijos no llegaban. Así que en 1917, unos dicen que tras el fallecimiento de una amiga muy cercana, la canadiense Anna Le Guillon; otros que tras visitar un orfanato de dicho país, adoptó a la niña de trece años Anna Marie, que desde aquel día tomaría los apellidos de su protector.

La muchacha, que creció en un entorno de viajes constantes, de gentes diversas y de encuentros con el pasado más rocambolesco y enigmático, pronto se vio atraída por aquello que su padre amaba sobre todas las cosas, y con el tiempo se convertiría en confidente y apoyo fundamental de las expediciones de Mike Hedges.

Durante las excavaciones llevadas a cabo en la ciudad perdida de Lubaantún se produjo el hallazgo de una pieza que lanzaría a

Mitchell-Hedges a la fama… Eso sí, años después.

Reminiscencias de la Atlántida

Hay historias rayanas con la más pura de las fantasías, y esta es una de ellas. Entre las lecturas favoritas de nuestro protagonista se encontraban constantes referencias a un continente que, habitado por gentes diferentes a nosotros, sucumbió víctima de la ira de los dioses en un tiempo demasiado lejano.

La existencia de aquel lugar, que se diluye en los albores de la leyenda, marcó un antes y un después en la línea de investigación que desarrollaría a lo largo de su longeva carrera. Pero ¿qué encontró —o que leyó— que tanto influiría en sus años venideros y en sus propias expediciones a lugares remotos? Esto es lo que pudieron revelarle esos textos anónimos…

El año 9600 a. C., aproximadamente, una poderosa fuerza naval, la más grande que hayan conocido los tiempos, avanza inmisericorde hacia el continente europeo. La soldadesca, diestra en el arte de la guerra, se jalea, disfrutando de cada golpe de ola, respirando la espuma salada que arroja a los cielos la quilla de los barcos. Se sienten poderosos; no en vano sus conquistas sobre todos y cada uno de los pueblos que se apostan a la vera de las costas mediterráneas los avalan. Pero aún queda la batalla final, la que los ha de encumbrar a los altares de la historia. Atraviesan las Columnas de Hércules en dirección a la tierra ateniense, el último bastión que resiste orgulloso el constante ataque de las tropas de la Atlántida…

Más o menos así hubo de realizar su exposición Critias a su maestro Sócrates y a dos compañeros al socaire del templo de Zeus. Hemos de situarnos en 421 a. C., y la historia la había oído por vez primera de voz de su abuelo, que a su vez la recogió de las palabras que tiempo atrás pronunciara el sabio legislador ateniense Solón. Pero como no hay dos sin tres, el propio Solón quedó fascinado con el mito atlante cuando en un viaje que realizó por el Egipto preptolemaico mantuvo una conversación con un sacerdote egipcio que le aseguró que en las paredes del templo donde se encontraban estaba escrita la existencia del supercontinente, del que alrededor

de 12 000 años atrás partió

> una poderosa hueste que, de un lugar lejano del océano Atlántico, avanzaba insolente para atacar a toda Europa, y a Asia por añadidura.

Aquella tierra, ubicada al oeste del país de los faraones, era garante de un poderoso imperio que además abarcaba el resto de islas atlánticas, y su extensión era tan vasta que ni Asia Menor ni el norte de África juntos lograban superar su tamaño. Así, Platón, en su *Diálogo de Timeo*, termina reflejando que después de la dura batalla, que en nada se corresponde a esa imagen idílica de los sabios atlantes, como si de un castigo de los mismos dioses se tratase, se desencadenaron

> violentos terremotos y pleamares, y en un día y una noche de desgracia, todos aquellos hombres belicosos se hundieron como un solo cuerpo en la tierra, y la propia isla de Atlántida desapareció en las profundidades del mar. Razón por la cual el mar es en esas partes intransitable e impenetrable, pues en medio hay un banco de barro, causado por el hundimiento de la isla.

El *Diálogo de Critias* es algo más descriptivo, pues no en vano advierte que en la isla habitaban, junto a esos poderosos hombres, animales poco comunes en esas latitudes, tales como elefantes o caballos. Su arquitectura y administración también se veían reflejadas en este escrito, e incluso las causas por las que el continente acabó sucumbiendo bajo las aguas, víctima de la soberbia de unos hombres que no apreciaban los dones que los dioses les habían concedido:

> Desdeñaban cuanto no fuese la virtud y tenían en poco la prosperidad de que disfrutaban […] Cuando el elemento divino que había en ellos empezó a debilitarse debido al cruce constante con los mortales y predominó el temperamento humano, no pudieron seguir siendo dignos de su suerte, y empezaron a comportarse de modo indecoroso.

Y de esta manera llegó el fin, siempre y cuando no admitamos que, como ya hemos visto que ocurre en otras tradiciones de ese pasado que insistentemente nos lleva más de diez milenios atrás, un grupo de escogidos lograra escapar a tan descomunal catástrofe y se repartiera por el mundo, quedando como un pequeño recuerdo de lo que habían sido allá donde se asentaron…

Sea como fuere, y si seguimos navegando por las procelosas aguas de la mitología, la cólera de Zeus se cebó con ese pueblo antaño sabio, y en ese tiempo de apocalipsis demasiado mundano y codicioso. Por otro lado, la historia de Solón pudo ser «malinterpretada» por quienes posteriormente la recogieron; incluso por el mismísimo Platón. Porque si vamos a la cuna del mito, el país del Nilo donde Solón conversó con el sacerdote que lo puso tras la pista de «la tierra de Atlas», aquel que sostenía el cielo para que no se desplomase sobre las cabezas de los mortales, observamos que aquí el legendario continente que sucumbe bajo el océano es conocido con el nombre de Keftiu, un enclave maravilloso que según la leyenda egipcia se ubicaba al oeste. Platón —o Solón, que en este punto son pocos los que se ponen de acuerdo— se fue algo más allá del «oeste de Egipto», interpretando que el anónimo sacerdote se refería al «oeste del continente», en mitad del extenso océano Atlántico. Quizá fue una interpretación torticera por algún motivo que desconocemos; o quizá tuvo argumentos para así escribirlo, pero lo cierto es que desde ese instante, la Atlántida se ubicó más allá de las Columnas de Hércules, esto es, el estrecho de Gibraltar.

Su hija Anne-Marie, que aparece en esta instantánea junto a su padre, fue quien dio con la sorprendente pieza de cristal de roca cuando uno de los muros de un templo invadido por la vegetación se vino abajo. Allí, oculta desde hacía siglos, permanecía la misteriosa calavera… o al menos eso es lo que aseguran sus descubridores.

No obstante, si nos limitamos a ir al oeste de Egipto, podríamos dar con la historia que pudo originar la confusión, si es que la hubo, y, por ende, el mito: la civilización minoica, cuya capital era Creta, y que hace casi cinco milenios gozaba de una estructura social, un lenguaje y un ejército tan poderoso que acabó por anexionarse la mayor parte de las islas del Egeo. Y pese a todo, si por algo destacó este pueblo fue por su talante poco belicista, tal y como Platón describía al poderoso imperio atlante. Ahora bien, ¿dónde se encuentra ese punto de inflexión entre la Atlántida de Platón y el Keftiu egipcio? Si atendemos a lo que la historia nos cuenta de la civilización minoica, Tera —actual Santorini—, isla que pertenecía a dicho imperio, entre el 1630 y el 1550 a. C., sufrió una serie de erupciones volcánicas que culminaron con la brutal explosión de un gran volcán —los estudios realizados afirman que era cinco veces más grande que el Krakatoa (1883), y que su capacidad destructiva era dos veces mayor— que durante meses cubrió la atmósfera de

cenizas, en lo que con toda probabilidad hubo de ser un acontecimiento de proporciones bíblicas; tsunamis, terremotos, lluvia ácida, hambruna… El planeta se vio abocado a un tiempo que parecía estar guiado por los peores augurios. Y la culta y poderosa civilización minoica acabó sucumbiendo como la propia isla de Tera, que fue cubierta en gran parte por las aguas, de un día para otro, como ocurriera con la Atlántida.

Hace tiempo comprendí que buscar en los mitos es encontrar elementos que nos hablan de un tiempo impreciso pero común a muchas culturas del pasado, donde la catástrofe, bien fuera por mandato de esos dioses de expresión encolerizada o por la propia tierra que removió sus entrañas demostrando una vez más lo frágiles que somos, se cebó con pueblos poderosos. Quién sabe si uno de estos fue el que el marino griego de Alejandría, Cosmas Indicopleustes, representó en el plano terrestre que incluyó en su obra *Topografía cristiana*, grabado con una inscripción que induce a la reflexión:

> La tierra más allá del Océano, en donde los hombres vivían antes de la Inundación.

Quién sabe si es hora de que dejemos atrás la soberbia de este tiempo y comencemos a leer entre líneas; es un buen primer paso para empezar a creer…

Estos y otros datos, unidos a la gran cantidad de construcciones «imposibles» que se fueron hallando en ese tiempo, llevó a muchos exploradores de prestigio a coger algunos de los elementos de ese pasado mitológico y tomarlos como reales para explicar algunas de las anomalías que se iban encontrando. De lo contrario, de qué manera se podía explicar el desplazamiento de grandes bloques de piedra, algunos de varias toneladas de peso, que los incas llevaron a cabo para construir la fortaleza de Sacsahuamán, a más de tres mil quinientos metros de altitud, y sin conocer la rueda, si no era aludiendo a una casta de hombres muy especial, cercanos al gigantismo, que habitaron en ese continente en un pasado del que prácticamente no guardamos memoria. O cómo, si no, se argumentaba el hecho de que en civilizaciones tan distantes cronológica e históricamente como la egipcia, la maya, la mochica o la china elevaran a los cielos poderosas estructuras piramidales, si

no era acudiendo a un recuerdo ancestral que unía a esos pueblos en el momento en que se produjo la gran evacuación. O cómo era posible que grandes pueblos del pasado reflejaran en sus mitos, que para ellos eran ley, que la procedencia de sus antepasados había que ubicarla en grandes trozos de tierra que acabaron sucumbiendo bajo las aguas, unas veces por la siempre injusta justicia divina, y otras por fenómenos naturales de dimensiones globales… Lo más razonable era acudir a un punto de partida común, y para ello lo más importante era dar con las pruebas que se hallaban en estos vestigios cubiertos por la selva o por las ardientes arenas del desierto.

El encuentro con el doctor Gann

Y eso es lo que hizo Mike Hedges, porque era consciente de que había otros que pensaban igual, entre ellos el coronel británico James Churchward, con el que, probablemente, nuestro protagonista mantuviese alguna que otra interesante conversación; tertulias que a la postre serían fundamentales para el rumbo que estaban adquiriendo las indagaciones del joven Hedges. No en vano el citado coronel, como ya advertía en mi anterior trabajo *Desafíos a la Historia* —Libros Cúpula, 2010—, fue el culpable de que una vez más la mirada al pasado estuviese envuelta de tintes heterodoxos:

> En el año 1926 llegó a las librerías una obra destinada a vender cientos de miles de ejemplares en todo el mundo. Era Mu, el continente perdido, escrita por un coronel de setenta y cinco años llamado James Churchward. Durante años, el viejo militar vivió en India, por aquellas fechas una de las colonias más exóticas del vasto Imperio británico. Allí Churchward entró en contacto con un monje que habitaba en un templo hindú y que durante años había custodiado unas pequeñas y enigmáticas tablillas de barro que aparecían cubiertas de escritura.
>
> A partir de aquel día, y con la obsesión propia del que se adivina detrás de un gran descubrimiento, el coronel

> continuó recopilando datos, convenciéndose a cada jornada que en un pasado muy remoto —que estimaba en 25 000 años— existió una tierra habitada por gentes cuyo nivel de evolución sobrepasaba lo entendible, más aún si atendemos a textos milenarios, como el manuscrito Troano, un códex maya conservado en el Museo Británico londinense en el que se puede atisbar la presencia de una civilización que sucumbió a un gran cataclismo —otra vez—, y que, como imaginarán, Churchward asoció rápidamente con su «mundo perdido». Decía así: «Después de haber sido levantado dos veces, el país de Mu fue engullido durante la noche, después de haber sido minado por debajo de manera ininterrumpida por volcanes subterráneos. El continente subió y bajó varias veces. Por último, el globo cedió y diez naciones quedaron arrasadas y aniquiladas. Se hundieron con sus sesenta y cuatro millones de habitantes». Y es que tal y como ya hemos podido ver, se llame diluvio, Atlántida, Mu, Lemuria o Mahabalipuram; se vista como castigo de dioses o se deba a catástrofes naturales de dimensiones apocalípticas, lo cierto es que tradiciones, leyendas y algunos manuscritos nos hablan de un pasado en el que floreció una cultura de la que deviene todo lo que hoy en día existe. Pues bien, de esta misma historia narraban épicas y epopeyas las tablillas que comenzaron a surgir como por arte de magia, a las que se llamó Naacal, y que fueron descubiertas en India pero también en México, estableciendo así una conexión difícil de explicar en la actualidad.

Naacal, cristales de roca en los que los sabios de esta civilización, aseguraba Churchward, encerrarían todo su conocimiento… ¿qué había de verdad en toda esta historia?

En 1924 Mike Hedges arribó a Belice, entonces la ciudad más importante de Honduras Británica. El país era el reclamo perfecto para millonarios que deseaban alejarse del mundanal ruido, navegando en sus fastuosos yates por la costa virginal del país. Fue allí donde entró en contacto con uno de los arqueólogos *amateurs* más singulares del momento: el doctor Thomas Gann, irlandés de

Murrish nacido en 1867, y que en 1894, cuando hacía pocos años que el díscolo Hedges había huido del internado, fue destacado como médico auxiliar en Ciudad de Belice, donde pasaría un cuarto de siglo dando rienda suelta a su verdadera pasión: explorar ciudades perdidas.

Sin demasiados obstáculos, rápidamente, acompañados de una acaudalada dama, aventurera para más señas, llamada *lady* Richmond Brown, ambos personajes trabaron una buena amistad —esta, tiempo después, escribiría el libro *Tribus desconocidas, mares inexplorados*, donde desarrollaba los años de vivencias y anécdotas de sus viajes en barco—. El doctor Gann por aquellas fechas era una institución, después de los meses que había estado trabajando en una excavación arqueológica tan exenta de comodidades como era la ciudad maya de Xunantunich, donde, por cierto, pocos eran los que se atrevían a levantar la voz; mucho menos el sonido agudo de sus piquetas. Y es que cuenta la tradición que del nombre del enclave, del auténtico, poco es lo que se sabe. El que hoy posee se debe a una historia sobrenatural: según los beliceños de la región, la traducción de Xunantunich es «mujer de piedra», y haría referencia al fantasma de una dama que aparece muy cerca de las ruinas de El Castillo, una de las construcciones más célebres del sitio arqueológico, y que pasaría el tiempo asustando a los visitantes, vestida completamente de negro y con los ojos amenazantes encendidos como ascuas.

En un tiempo en que la superstición y la ciencia caminaban de la mano, zarandeándose por esa fina línea que entonces era la arqueología, las tesis de Hedges no sorprendieron demasiado a su nuevo interlocutor. Cierto es que él, médico por encima de cualquier vocación, había dedicado una gran parte de su existencia a «inventariar» y descubrir al mundo ciudades que hasta aquel momento apenas si existían en los libros de historia. Pero como la arqueología en América, incluso hoy día, nada tiene que ver con el resto del planeta, el doctor Gann pronto comprendió que aquel muchacho apasionado y un tanto descarado era el perfecto complemento a su formación cientifista y disciplinada.

Fue, durante las largas sobremesas, cuando Frederick Mitchell Hedges oyó, por vez primera, hablar de la existencia de una fascinante ciudad perdida: Lubaantún.

La región en la que se hallaba el enclave maya tenía fama de maldita. No en vano entre la espesura de esta selva se habían producido una serie de desapariciones inexplicables en un punto conocido como el Triángulo de Yalbac, que el propio Gann, tal y como reflejara el ocultista y periodista californiano Sibley S. Morrill en su obra *Ambrose Bierce, F. A. Mitchell-Hedges y la calavera de cristal*, se había ocupado de investigar:

> La primera fue la de un tal Bernardino Coh, de diecisiete años, quien salió una mañana para visitar Yalbac con la intención de cazar alguna presa en el camino. Desayunó con un amigo en el pueblo de San Pedro, por donde debía pasar, y cuando partió, fue la última ocasión en que fue visto. Tres días más tarde, su familia y amigos, alarmados por su desaparición, comenzaron a buscarlo. A lo largo del sendero de San Pedro a Yalbac, «el ojo avizor de uno de los indios descubrió el lugar en el que alguien recientemente había abierto un paso desde el sendero hacia el interior de la selva». Siguiendo ese rastro durante unos dos kilómetros, hallaron el morral del joven tirado en el suelo, todavía conteniendo sus municiones, el cuerno de pólvora, fósforos y un paquete de cigarrillos de farfolla de maíz. Más allá se podía seguir con facilidad el rastro, parecía como si el joven hubiese avanzado dando tumbos de un lado a otro, pisoteando las matas y rompiendo numerosas ramas pequeñas. De pronto se abría un claro como los que se ven a menudo en el bosque… La huella, hasta llegar al espacio abierto, era clara e inconfundible, pero no había ningún rastro de alguien que hubiese caminado sobre el pasto, donde siempre queda una marca característica… No había ninguna indicación de que alguien hubiese abandonado el claro, ningún signo de lucha y ninguna señal del muchacho.

Hubo tres desapariciones que contribuyeron a aumentar la leyenda negra que ya cabalgaba con autonomía propia por estos selváticos parajes, lejos de cuchicheos o murmullos. Porque como verá el lector, esta parece ser una de las características comunes a las ciudades perdidas: que aquellos que van en su busca, o se

aproximan demasiado, desaparecen sin dejar rastro; ni tan siquiera sus huesos carcomidos por las alimañas.

Continuando con nuestro relato, quizá la más extraña fue la protagonizada por un tal Bascombe, a la sazón miembro de la policía de la localidad de Cayo, que debía de ser algo así como el primo que todos deseamos tener en determinadas circunstancias; «un hombre de proporciones hercúleas, capaz de vencer a tres hombres normales», que camino de Yalbac para arrestar a un delincuente se esfumó como absorbido por el aire en la misma franja de terreno en la que tiempo atrás se volatilizara el muchacho Bernardino.

Pues bien, con estos y otros argumentos que servían de aviso para navegantes, tan morbosos y poco atendidos por los que ansían un poco de riesgo en vena, el doctor Gann marchó a la región. El estrambótico Morrill continuaba así su relato, ahora sí, con Gann como indiscutible maestro de ceremonias:

> Si bien cuando llegó al lugar el doctor Gann no halló nada en Yalbac que entrase en la categoría de lo misterioso, se topó con algo que podría haberlo sido si su mente hubiese estado más despierta a ciertas posibilidades. En la tarde de su llegada, un indio le informó acerca de una cueva por él descubierta donde encontró algunas antiguas vasijas de cerámica. Al día siguiente —y contrariando los deseos del jefe de la comunidad—, el médico partió al amanecer para investigarlo. Después de atravesar diez kilómetros de espesa selva, él y el indio encontraron unos «acantilados escarpados de piedra caliza sin vegetación, de unos quince a treinta metros de alto». En el frente de uno de ellos vieron una abertura a unos seis metros de altura desde el suelo. Treparon y entraron en ella.
>
> «El suelo de la cueva era al comienzo plano, cubierto con un duro depósito calcáreo que había goteado del techo… Mientras arrancaba fragmentos del depósito —aseguraba Gann— con golpes de mi machete, descubrí tres pequeños abalorios pulidos de verde jade». Próximos a una gran roca hallaron dos montones de estacas de pino. Gann decidió que estaban allí desde hacía siglos, pero

como se encontraban en buenas condiciones, encendió una de ellos y comenzó a explorar.

Codiciada por unos, desmitificada por otros; temida por casi todos, la «calavera del destino» ha sido objeto de diversos estudios, que han concluido que, cuando menos, merece la pena seguir indagando en su historia.

«El pasaje era estrecho y llano durante una distancia considerable —continuaba el doctor irlandés—, pero de pronto, el suelo entró en una pendiente y encontramos el paso bloqueado por una pequeña laguna de agua completamente clara. La rodeamos caminando sobre las rocas elevadas y llegamos a una pared de piedra de alrededor de un metro y medio de altura, tras la cual entramos en otro pasaje».

Había otros pasajes que desembocaban en esa caverna, y antes de que se consumiera la última antorcha Gann notó que «el extremo de las estalagmitas existentes allí había sido tallado de manera burda en forma de cabeza humana, y frente a ella se encontraba un bloque de piedra de forma más o menos cúbica que pudo haber servido como altar».

Al poco de haber salido de la cueva, un indio lo alcanzó

> con el mensaje de que su presencia era necesaria inmediatamente en Yalbac debido a que había ocurrido un accidente grave. «Cómo logró seguirnos a lo largo de diez kilómetros de selva y suelo rocoso donde, a la luz de mis ojos inexpertos no habíamos dejado ni una huella, me resultó inexplicable, pero lo hizo, y además, lo hizo rápido».
>
> Todo esto sugiere que los indios lo tenían bajo una cuidadosa vigilancia, y al determinar que, en definitiva, su principal interés estaba en Lubaantún, pensaron que era mejor permitirle hacer su inocente inspección y luego dejarlo partir. En pocas palabras, se ocuparon de que él no encontrase nada del orden de lo que Coh o Bascombe habían visto, y por lo tanto no hubo ninguna razón para hacerlo desaparecer de la civilización.
>
> Porque la única explicación razonable de por qué Bernardino Coh, el sargento Bascombe y el comisionado Rhys desaparecieron, es que vieron algo que no deberían haber visto.

Así las cosas, el propio Morrill creyó ver en este enigma la presencia de unas piezas muy singulares que ya pusieron espanto en el corazón de Bernal Díaz del Castillo, cronista de Indias, que acompañó durante la conquista a Hernán Cortés y a Pedro Arias Dávila, y que dejó escrito en su obra *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, después de una difícil expedición por las selvas de Xocotlán, que los nativos que habitaban las ciudades ocultas por este manto verde

> tenían en una plaza, adonde estaban sus adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían contar, según el concierto como estaban puestas, que al parecer que serían más de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil.

Es probable que las jornadas de cansancio, así como la impresión de enfrentarse cara a cara con los ritos de otra cultura tan distante a la de aquellos conquistadores, facilitasen que Díaz del Castillo exagerase en la cantidad de cráneos dispuestos bajo los

altares, pero qué duda cabe que aquellas letras, y la propia historia que parecía cebarse con los incautos en estos lares, encendieron la curiosidad del doctor Gann, que interpretó que los símbolos calavéricos tenían en esta trama una importancia capital que en aquellos instantes se le escapaba, pero que no tardaría en descubrir…

La maldición de las calaveras

Así pues, retomemos esa madrugada de duermevela con la que iniciábamos este capítulo, cuando un entonces por ustedes desconocido explorador se defendía como podía del ataque constante de garrapatas, serpientes y mosquitos.

El camino había sido abierto décadas atrás por el doctor Thomas Gann, pero ahora, cuando a punto estaban de alcanzar su meta, el terreno parecía revolverse, como si no desease que los expedicionarios alcanzaran la ciudad perdida de Lubaantún. Sin embargo, el hombre no puede luchar contra el tiempo, pero el tiempo tampoco puede quebrar los sueños, y con la llegada del nuevo día, a lo lejos, cubierta por la frondosa vegetación, la piedra manufacturada revelaba su ubicación; en apenas una jornada alcanzarían el primer objetivo.

Que Mitchell-Hedges parecía conocer lo que supuestamente se ocultaba en la antiquísima urbe maya parece quedar de manifiesto en algunos textos posteriores, como su única novela *The White Tiger*, donde el protagonista es una suerte de tigre blanco, un avatar al que los aztecas —en la vida real son mayas— veneran como si de un semidiós se tratase, y al que revelan, no solo la ubicación de un gran tesoro, sino del mayor de sus secretos:

> Muganii, el anciano sabio, previendo que su muerte estaba próxima, inició por fin al tigre blanco en el gran secreto de los indios, celosamente guardado por ellos durante siglos. El tesoro escondido de los aztecas ya no era una simple leyenda. Suspendida del cordón colocado por Muganii alrededor del cuello del tigre blanco había una placa de jadeíta, y grabada sobre la misma estaba la

situación exacta del tesoro. El jeroglífico, si bien muy desgastado por el tiempo, aún era legible.

Sea como fuere, tras horas de difícil camino lograron llegar a los primeros muros de la vieja ciudad de Lubaantún, una maravilla de más de mil quinientos años de antigüedad que alumbraron los enigmáticos mayas en el apogeo de su cultura, y que no tardaría en ser, con sus tres juegos de pelota, la ciudad más importante de todo el sur de Belice.

Pero en aquel lejano enero de 1924 todavía quedaba mucho por hacer para ganar terreno a una selva que cobraba vida conforme se iba poniendo el sol, como si no desease que aquellos profanadores escaparan de sus entrañas y contaran su secreto.

Los días pasaron, y el equipo de exploradores, a los que se había unido una jovencita de dieciséis años de nombre Anna Marie Mitchell-Hedges, llevó a cabo prospecciones en algunos de los lugares más emblemáticos del sitio, con la intención de dar con alguna pieza que los hiciera pasar a la historia. Solo Mike, embebido de una locura difícil de sanar, pretendía hallar pistas que indicaran que los habitantes del enclave, o bien esos dioses de aspecto sospechosamente humano a los que veneraban —casi siempre— con auténtico pavor, podían proceder del continente atlante, en el que creía con verdadera fe.

Y a veces, como el destino parece aliarse con los soñadores lanzando guiños difíciles de interpretar, la versión oficial de los hechos asegura que durante la mañana en que la jovencita cumplía diecisiete años, mientras hacía sus pinitos excavando bajo el altar de un templo que debía de estar en un estado de ruina deplorable, el muro que sostenía parte de la estructura se desplazó provocando el pánico de los que se encontraban en la cercanía, que se temieron que las piedras acabaran por sepultar para siempre a la aprendiz de exploradora. Pero esto no ocurrió, y cuando por fin Anna salió del interior, el estupor y la sorpresa contenida se hicieron presentes. La muchacha, con la mirada puesta en su mano derecha, observaba extasiada un extraño cristal de roca que acababa de desprenderse de entre las piedras del citado muro. Cubierto de escorias y polvo, sí, pero a todas luces se apreciaba que se trataba de una calavera de cristal…

Aquel día, a pesar del silencio que mantuvieron durante años

respecto al importante descubrimiento, F. A. Mitchell-Hedges supo que su nombre pasaría a la historia.

Tres meses más tarde y dentro del mismo templete descubrieron, a poco más de un metro bajo la tierra lo que parecía ser un maxilar en perfecto estado de conservación y del mismo material que la pieza anterior. Y además, como ya habrán imaginado, encajaba en esta a la perfección. Poco más los retenía en el lugar. Tras pasar una última noche en la vieja ciudad maya, y de reflexionar sobre el hallazgo realizado, el equipo de aventureros pudo por fin descansar en aquel entorno hostil. Sabían que aquella madrugada había nacido una leyenda que se encarnaba en un objeto extraño y de gran belleza: la calavera del destino…

¿Tenía alguna relación esta calavera con aquellas cien mil que protegían los indígenas en la selva cuando llegó hasta sus dominios Bernal Díaz del Castillo? No lo puedo asegurar, pero lo que es indudable es que, tal y como afirma Richard Garvin en su libro *The Crystal Skull*,

> es evidente que el culto a las calaveras, o al menos su adoración, fue en el pasado una práctica mundial entre los pueblos antiguos. Desde las islas del Pacífico hasta el Tíbet, desde Egipto hasta México, la adoración de calaveras se halla en cada rincón del globo. Y parece ser que todas estas prácticas las tuvieron en muy alta estima. Fue objeto de culto, adorada, conservada y venerada.

Pero esto era diferente. Y es probable que por ello mantuviesen un prudente silencio, porque ni tan siquiera en las crónicas que prácticamente cada semana realizaban para el *London Ilustrated*, donde se detallaron punto por punto los avatares de la difícil expedición, en ningún momento se citó el descubrimiento.

Este silencio hizo dudar a investigadores de décadas más recientes de que la historia de Mitchell-Hedges y su calavera fuera auténtica, ya que existían incongruencias en el relato del descubrimiento, y la más destacada de ellas es que la primera vez que cita el pedazo de cristal pulido es en su autobiografía, *Danger my Ally* (1954), un panfleto no exento de mucha pompa y autoalabanzas en el que apenas si le dedicaba unas cuantas páginas.

Era como si quisiera ocultar un importante enigma; y no por miedo a ser acusado de tráfico de antigüedades… Fuera lo que fuere adquiría aspectos más siniestros, especialmente cuando en dicho libro, en el previo de un viaje al continente africano que realizara en 1947, Mike Hedges aseguraba:

> También llevamos con nosotros la siniestra calavera del destino, acerca de la que mucho se ha escrito. De cómo llegó a mi poder, tengo razones para no revelarlo. La calavera de cristal está hecha de puro cristal de roca, y según los científicos debe de haber tomado ciento cincuenta años de trabajo diario durante toda la vida de una generación tras otra de paciente restregar con arena un inmenso bloque de cristal hasta obtener al fin la calavera perfecta.
>
> Tiene al menos tres mil años de antigüedad, y según la leyenda, el Sumo Sacerdote maya la utilizaba para realizar ritos esotéricos. Se dice que cuando él deseaba la muerte con la ayuda de la calavera, esta invariablemente se producía. Se la ha descrito como la personificación de todo mal. No es mi intención tratar de explicar estos fenómenos.

Danger my Ally fue el primer libro, novelado, eso sí, que escribió Mitchell-Hedges, donde ya se ponía de manifiesto de manera velada que el descubrimiento de la calavera podría haber sido de otro modo.

Mucho se había escrito a raíz de dimes y diretes que circulaban por medio mundo, pero lo cierto es que su descubridor callaba, y no solo eso: ahora introducía nuevas dosis de secretismo al afirmar que «de cómo llegó a mi poder, tengo razones para no revelarlo». ¿No la

había descubierto su hija durante una inocente excavación que a punto estuvo de terminar en tragedia? ¿A qué fenómenos se refería? Después hablaremos de ello… La sensación de que aquel objeto, aparentemente rescatado de un pasado ignoto y desconocido, estaba «cargado» de una maldad incontrolable empezó a cundir entre aquellos que participaron del descubrimiento, y no fueron pocos los que miraron de refilón a los extraños acontecimientos que estaban asolando a los grandes descubridores de la década: Howard Carter y el equipo de arqueólogos que unos años antes dieran con la tumba del joven rey Tut en el Valle de los Reyes egipcio.

No obstante, la ambigüedad mostrada por Mike Hedges a la hora de desvelar cómo, cuándo y de qué forma había dado con la fascinante pieza, hizo que surgieran las primeras suspicacias. Incluso hubo quien aseguró, en base a argumentos poco sólidos, todo sea dicho, que esta primera calavera de cristal —y otras posteriores— pertenecieron a la colección privada del presidente mexicano Porfirio Díaz, lo que nos obliga a ubicar la aparición primera de esta, al menos sesenta años atrás, ya que la fecha en la que se estima que pudo caer en manos del militar revolucionario estaría enmarcada entre los años 1861 y 1870, tiempo convulso en el país de los mayas, pues estamos en un período de constantes enfrentamientos internos. Estas mismas fuentes afirman que posteriormente fue adquirida por la casa de subastas
Tiffany’s,
ya a finales del XIX, y en la década de los cuarenta del siglo XX habría llegado a las manos del protagonista de estas páginas. Pero estos datos no han podido ser verificados, por lo que en principio nos vemos obligados a aceptar la versión oficial, que además parece la más coherente… entre otras cosas porque en la realidad ya nos encontrábamos con dos calaveras similares, pero independientes. No en vano, en épocas más recientes el antropólogo G. M. Morant, ya sobre la base de que la calavera de
Tiffany’s
correspondía a la pieza que a día de hoy se expone en el British Museum de Londres, y la del destino se encontraba en manos de la hija de Mike Hedges, realizó un estudio comparativo llegando a la conclusión de que si bien eran muy semejantes, una parecía la copia de la otra. En este caso, la primera no tenía la mandíbula

articulada, y la de Lubaantún sí. Las sospechas hicieron que a mediados de los noventa, y utilizando la técnica de Microscopía Electrónica de Barrido, se hallaran surcos regulares que únicamente pudieron haber sido realizados mediante un pulimentado mecánico con una rueda de abrasión, lo que como mucho arrojaba una antigüedad de algo más de siglo y medio. Incluso se afinaba al punto de asegurar que el cuarzo era cristal brasileño, jamás utilizado en Mesoamérica, y sí en la Alemania del siglo XIX. En definitiva, que se trataba de una copia de la primera, pero esto también invitaba a pensar que la auténtica había estado en otras manos antes que en las de Mike Hedges, que, recordemos, la encontró en enero de 1924 según la versión oficial.

En cuanto a los fenómenos extraños que se producían alrededor de la calavera del destino, mucho es lo que se ha escrito. Sin embargo, la persona que más tiempo pudo convivir con la citada pieza fue el conservador y restaurador Frank Dorland, que con el permiso de la familia MitchelL Hedges llevó a cabo una serie de pruebas directas sobre la codiciada calavera. Y así, quién sabe si sugestionado por la historia que había detrás de la misma, Dorland aseguraba, en una entrevista concedida al escritor Richard Garvin que

> las propiedades sobrenaturales de la calavera son inquietantes, por supuesto, pero existen y se pueden demostrar a cualquier persona sensata. La calavera exhibe y transmite al cerebro humano los cincos sentidos: gusto, tacto, olor, vista y oído. Cambia visiblemente de color y de transparencia, exhibe un color propio e inconfundible cuando así lo desea, instala pensamientos en la mente de quien la observa, hace que la gente sienta sed, impone sonidos audibles en los oídos del observador. Aquellos que meditan en su presencia experimentan todo esto y también sienten presiones físicas en el rostro y en el cuerpo. Cuando una persona sensible pone las manos cerca de la calavera, percibe diferentes sensaciones de vibración y energía, y también frío y calor dependiendo de dónde se coloca.
>
> Con respecto a la vista, la calavera parece estar en un flujo constante y exhibe cambios de aspecto, claridad y

> color. Se ha podido observar que la parte frontal del cráneo se nubla como algodón de azúcar. El mismísimo centro de la calavera a veces se torna tan claro que parece desaparecer en un gran vacío. La calavera misma por momentos ha cambiado de color en su totalidad, de cristal claro a tonalidades de verde, violeta, púrpura, ámbar, rojo, azul, etc. El estudio visual de la calavera tiende a ejercer un fuerte efecto hipnótico en la mayoría de los observadores. En al menos alguna ocasión la calavera irradió un aura que persistió y fue muy visible durante un lapso de al menos seis minutos, permitiendo un estudio muy exacto de su apariencia.

Además, las propias tradiciones de los indígenas kekchi que participaron de la expedición de Mitchell-Hedges y del posterior descubrimiento, aseguraban que la «calavera perversa», como la denominaban, poseía una serie de cualidades mágicas, entre las que destacaban la posibilidad de curar, pero también de acabar con la vida de aquellos que el sacerdote decidiese. Porque la calavera había pertenecido en un tiempo remoto a un poderoso antepasado, que como si se tratase del anillo del destino de Tolkien, había sido creado cuando los humanos éramos unos imberbes aprendices para controlar precisamente eso, el destino, otorgando un poder ilimitado a aquel que la poseyera. Pero no solo eso: las tradiciones indígenas aseguraban que había otras doce calaveras repartidas en diferentes templos de su geografía sagrada, de tal modo que una de ellas guardaba con celo el conocimiento del origen y el futuro de los seres humanos, como si de un archivo acásico se tratase, que solo sería revelado el día que las trece estuvieran juntas. Y ese tiempo aún no ha llegado.

En este punto llama poderosamente la atención la historia de los cráneos de cristal, y los cristales de roca que los sabios de Mu «cargaron» con todo su saber antes de la hecatombe para que su memoria no se perdiera; al menos en su totalidad.

Pero ahora imaginemos aquellos días, a principios de los setenta, y pensemos en las múltiples sensaciones que se podían tener, subjetivas todas, al mimar entre las manos a un objeto tan extraño, y con una historia rayana con el mito en la que la sangre, el rito y la magia parecían converger en su tamaño, todo sea dicho, muy

parecido al de un ser humano. Porque su pulido es perfecto, y la dureza de este cristal de roca es de siete en la escala de Mohs. Dicho así puede resultar una cuestión baladí, pero lo cierto es que es importante, ya que únicamente con minerales de una dureza mayor se podría llevar a cabo un pulido tan perfecto. Un ejemplo sería el diamante, y da la sensación de que si fue manufacturada por mayas, estos no poseían la técnica ni el conocimiento para llevar a cabo una obra de tales características. Y es que como comentara en un artículo publicado en la revista que dirijo mi querido amigo, el escritor Jesús Callejo,

> tiene características muy similares a una verdadera calavera humana, con una mandíbula móvil provista de dientes. Hasta ahora no se ha logrado determinar la forma en la que fue tallada. Se trata de un trabajo casi imposible de realizar por los orfebres o escultores de nuestra época. Fabricada con cristal puro de cuarzo, tanto la mandíbula como el cráneo provienen de la misma roca. Para lograr tallarla hacen falta grandes conocimientos en tecnología óptica. No posee ni una sola marca de herramientas o arañazos producidos durante su proceso de creación. Es anatómicamente perfecta, de 12,7 centímetros de altura, y un peso de 5 kilos.

Fue precisamente el citado Frank Dorland quien logró que la pieza fuera sometida a un estudio exhaustivo en los laboratorios Hewlett-Packard de Santa Clara, en California. Y las conclusiones a las que llegaron resultaron, cuando menos, sobrecogedoras:

1. La pieza había sido tallada, como ya se ha dicho anteriormente, en contra del eje natural del cristal, punto este que, aparte de devenir en la rotura inmediata del cristal, únicamente podría haber sido realizado de poseer una tecnología cercana al láser. Hoy día, para trabajar con cristal lo primero a determinar es la dirección de su eje para evitar la fractura.
2. Ni en la superficie ni en el interior de la calavera había rastro alguno de muescas, restos de lascas u otra pista que indicase el uso de uno u otro utensilio para llevar a cabo su tallado,

que por otro lado estaba libre de arañazos.

3. Para llevar a cabo tamaña proeza se estimaban como necesarios unos trescientos años ininterrumpidos, con sus días y sus noches, frotando constantemente la piedra tosca de cuarzo con una solución de arena y silicio, que propiciaría el desgaste de la misma.
4. El cráneo y el maxilar que apareció unos días más tarde procedían de la misma roca madre.
5. Los arcos cigomáticos están separados del resto del cráneo, de tal manera que son como tubos de cristal que han sido «colocados» en el interior, lo que ha hecho barajar la posibilidad de que bajo la calavera se colocara una fuente de luz, de tal manera que el cuarzo la reflectaba, en un efecto siniestro y espectacular, a través de sus cuencas vacías.
6. No se pudo datar con exactitud ya que la técnica del carbono-14 es ineficaz con objetos inorgánicos.
7. Era, por su tamaño, un cráneo femenino. Además, la conclusión fue que era cuarzo natural sumamente puro, de dióxido de silicio piezoeléctrico anisótropo.

Un apunte más: décadas después, en 1986, el escritor norteamericano Frank Joseph entró en contacto con Dorland para que le facilitase el molde que había realizado de la calavera del destino, a fin de que fuese analizado por el doctor Clyde Snow, de la Universidad de Oklahoma, y por el Departamento de Antropología de Instituto Smithsonian, para así tener más pruebas de contraste.

Con las conclusiones sobre la mesa de ambos equipos de forenses, el dibujante Frank Domingo, que por aquellas fechas trabajaba en el Departamento de Policía de Nueva York, realizó un dibujo en el que se mostraba el rostro de la supuesta dueña de la calavera. La sorpresa, una vez más, se apropió de los implicados en esta historia al comprobar que se trataba de una muchacha de rasgos amerindios, posiblemente una sacerdotisa maya.

Por otro lado, Richard Garvín, en su trabajo de investigación *The Crystal Skull* citaba a un operario de la empresa californiana llamado Jimmy Pruett, que aseguraba sin tapujos que

> no hay forma de demostrar su edad. Mucho del aura de lo

> oculto, historias de misterio y de maldad que surgieron a su alrededor pueden muy bien provenir de sus ojos. Con mover una fuente de luz, o cuando el observador mueve la vista aunque sea de forma muy leve, se puede ver una variedad infinita de refracciones. Pueden ser muy hipnóticas. Yo la veo como una hermosa obra de arte, más allá de su edad y su autenticidad. Eso es algo que no se puede negar.

Las falsas calaveras

Habrá comprobado el lector que esta historia perfectamente podría servir de argumento para una película de éxito, más allá de la última de la saga del aventurero por excelencia, *Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal*. Porque con los años empezaron a aparecer, antes y después según se demostró en Lubaantún, otros cráneos de cuarzo, detrás de los cuales se encontraba un personaje oscuro: el traficante y coleccionista Eugène Roban Duvergé, que se hacía llamar a sí mismo «el anticuario de Maximiliano», lo que ya nos arroja la sospecha de que al efímero emperador de México le hubo de vender alguna pieza que otra. En el caso que nos ocupa, fue al menos el intermediario de la venta de dos cráneos de cristal supuestamente mayas. Por ejemplo, el cráneo que fue vendido en 1897 a
Tiffany’s
y posteriormente al British Museum habría sido parte de una transacción llevada a cabo por este francés afincado en el país centroamericano. Incluso se ha llegado a comprobar que años antes ya lo intentó colocar en las vitrinas del Instituto Smithsonian por ciento veinte libras esterlinas.

Hasta el final de sus días, Mitchell-Hedges fue un firme defensor de la autenticidad de la calavera de cristal, llegando a calificarla de maldita. Hubo incluso quien afirmó que esta poseía oscuros poderes que, en su tiempo, salvo el gran sacerdote pocos más eran capaces de controlar.

Poco después logró vender otra calavera de cristal a un coleccionista privado de París, quien a su muerte la donaría al Museo del Hombre de la ciudad, donde todavía hoy permanece expuesta al público con la siguiente leyenda:

PARTE DE UN CETRO AZTECA DEL SIGLO XIII O XIV D. C.,
USADO PARA ESPANTAR A LAS SERPIENTES
Y COMO ORÁCULO PARA PREVER EL FUTURO.

En 1992 llegó al Smithsonian otra pieza, supuestamente hallada

en Ciudad de México en 1960 durante unas excavaciones clandestinas, y cuando la arqueóloga de la institución norteamericana Jane McLaren Walsh intentó seguir la pista del preciado objeto, averiguó que la primera transacción la hizo Eugène Roban. Así las cosas, que a día de hoy se sepa hay unas veinte calaveras, la mayoría falsificaciones para engañar a ricos coleccionistas, algunas de reciente manufactura. Sin embargo, las que brillan con luz propia, y que manifiestan una antigüedad suficiente como para tenerlas en cuenta, son las que siguen, en una recopilación llevada a cabo por el escritor Jesús Callejo:

- ***Maya:*** Esta calavera está tallada en cuarzo y tiene 20,48 cm de largo, 12,54 cm de ancho y 10,79 cm de alto. Pesa 3,95 kg.
  Dicen que fue descubierta en la finca San Agustín, Departamento de Zacapa, Guatemala, en 1912, por un tal Héctor Montano. Hoy se encuentra en paradero desconocido. Se encuentra esculpida contra el eje del cristal y recibe este nombre porque en su interior se han percibido imágenes holográficas alusivas a escenas mayas.
- ***ET:*** Descubierta en 1906 en Guatemala por una familia de origen maya. Es de cuarzo ahumado y de tamaño humano. Se caracteriza por la forma puntiaguda del cráneo y la mandíbula pronunciada. De ahí su nombre, al poseer un cierto aire no humano. La actual propietaria es la holandesa Joke van Dieten, que vive en Florida (Estados Unidos), quien se la compró a un tratante de arte de Los Ángeles en 1991. Asegura que la pieza posee poderes curativos, demostrados en la remisión de un tumor cerebral que la propia Van Dieten padecía, tal como ella misma relata en su libro *Mensajeros de la antigua sabiduría. ET* fue mostrada en la Feria de Objetos Misteriosos de Viena en 2001, y Rudolf Distelberger, director de la Cámara del Tesoro del Museo de Historia del Arte de Viena, comentó que fue esculpida a mano hace unos

quinientos años. Su propietaria viaja con ella invitando a líderes de todo el mundo a realizar meditaciones a favor de la paz.

- ***Max:*** Es una de las mayores calaveras de cristal conocida, una pieza única de cuarzo transparente que pesa más de 8 kg.

  Actualmente está en poder de Anna y Carl Parks, de Houston (Texas). Dicen que procede de una tumba maya de Guatemala hallada en 1926. Luego pasó de las manos de un nativo maya a las de un lama tibetano llamado Norbu Chen en 1970, quien la utilizó en su centro de sanación de Houston. Sus amigos Carl y Anna Parks, que lo ayudaron a financiar en parte la construcción de ese centro, heredaron esta pieza cuando el lama murió en 1981. En 1987, tras ver un programa de televisión sobre la calavera de Mitchell-Hedges, decidieron dar a conocer su pieza al mundo, y actualmente —según cuenta el escritor Joshua Shapiro—, al menos durante dos o tres fines de semana al mes la señora Parks viaja con *Max* a través de Estados Unidos para mostrar su reliquia.
- ***Amy:*** El nombre le viene porque está tallada en una amatista púrpura, y fue descubierta en el estado de Oaxaca, México, hacia principios del siglo XX. Tiene talladas las cavidades temporales a cada lado. La nariz y los dientes son casi idénticos a los del cráneo llamado *Maya*. Pesa aproximadamente 3,7 kg y durante años estuvo en la colección particular del presidente de México, Porfirio Díaz. En diciembre de 1982 fue llevada a Estados Unidos. Como la calavera de Mitchell-Hedges, fue estudiada por Hewlett Packard y su análisis arrojó que había sido esculpida contra el eje del cristal. En la actualidad se encuentra en San José (California) y es propiedad de un grupo de empresarios. Otra hipótesis, mantenida por Joshua Shapiro, dice que está expuesta en un gran banco de Japón.
- ***Sha-Na-Ra:*** Descubierta por un estudioso de estos objetos ya fallecido, el médium norteamericano Nick Nocerino, en una excavación de un templo maya de México en la segunda mitad del siglo XX. Fue bautizada así en memoria de un

chamán. Su dueño llevaba la página web más completa sobre cráneos de cristal y dirigió The Society of Crystal Skulls International. Es una de las dos que se han demostrado antiguas. Está tallada en cuarzo transparente. Pesa aproximadamente
6,4 kg.

A nuestro querido explorador Frederick Albert Mitchell-Hedges, Mike Hedges para sus allegados, le llegó la hora en 1959.

Sus últimos años fueron un afluente de reconocimientos y enconados ataques a partes iguales. La ortodoxia jamás le perdonó sus constantes silencios sobre los hallazgos que llevó a cabo y sus flirteos con mitos tan improbables a la luz de la historiografía oficial como el de la Atlántida. Pero él creyó, como otros antes, en la verdad que se oculta tras la leyenda, a pesar de exagerar sus propias vivencias o de, llegado el caso, no ser capaz de discernir dónde terminaba la verdad y dónde empezaban sus mentiras. Llegados a este punto, poco más hay que añadir. Las calaveras de cristal continúan siendo un delicioso enigma, que quién sabe si revelará su secreto el día que alguien logre reunir las trece…

HOWARD CARTER, LA MALDICIÓN DE LAS ARENAS

Realizado en Valle descubrimiento maravilloso. Tumba sorprendente con sellos intactos. He cubierto todo hasta su llegada. Mi felicitación.

Carta de H. CARTER a LORD CARNARVON

Veo cosas maravillosas.

CARTER al abrir la tumba de TUTANKAMÓN

Hotel Winter Palace, Luxor, 1914. El viejo reloj victoriano bullía de vida, dejando escapar el sonido de los segundos con el balanceo del enorme péndulo, que en su caja de caoba maciza resonaba como los cañonazos que se dejaban sentir en Europa Central. No eran fechas de grandes masificaciones en el país de los faraones, por lo que el gran salón permanecía vacío; casi vacío. Al fondo, abrazado por un enorme sillón bergère de madera natural de estilo Luis XVI, un hombre delgado de gran mostacho pasaba desapercibido. Observaba la mezcolanza de especies arbóreas que engalanaban el jardín tropical; y más allá, al otro lado de la carretera, el Nilo se abría majestuoso a ojos del viajero; y aún más allá, la ardiente franja del desierto…

Llevaba meses esperando ese momento, una llamada que nunca

llegaba. Una vez más ojeó el *Times*. En sus primeras páginas, George Andrew Reisner, profesor de egiptología de la Universidad de Harvard, lucía una amplia sonrisa. Era el único que había logrado continuar con las excavaciones, pues no en vano sus apoyos, dentro y fuera de Egipto, eran muy fuertes. Tiempo atrás había tenido la fortuna de conocer en el Cairo a la señora Phoebe Hearst, madre del rico empresario de la prensa y senador norteamericano William Randolph Hearst, que con una mentalidad firmemente filantrópica no recriminó a su director de excavaciones la carestía de resultados, como hacían otros mecenas, por lo que su trabajo se desarrollaba con una tranquilidad impropia entre sus colegas, lo que a su vez facilitó que se tomara el tiempo necesario para rescatar de las arenas piezas de gran valor… histórico.

La soledad del mecenas es palpable en esta fantástica instantánea,

donde la compañía de un libro es la mejor de las excusas para seguir disfrutando de las reflexiones. Es lord Carnarvon, la primera víctima de una «maldición» universal.

Y él, si bien es cierto que contaba con la admiración y fondos de un noble excéntrico que mostraba una confianza casi ciega por su persona, llevaba ya demasiados años levantando piedras resecas y abrasadas por el paso del tiempo sin encontrar aquello que buscaba con obsesión: la tumba inviolada de un joven rey, con toda seguridad la única que quedaba en estas condiciones en el mágico Valle de los Reyes.

Al fondo, la recepción quedó en silencio cuando se oyeron varios timbrazos. El conserje, un hombre estirado de mirada serena, cabeceaba como si estuviera confirmando algo de vital importancia mientras tomaba notas en un folio de color hueso con el logotipo del viejo hotel. Despacio, colgó el teléfono y con solemnidad introdujo el folio, que previamente había doblado con gran cuidado, en un sobre blanco que instantes después colocó en una bandeja de plata tras, eso sí, ajustarse la corbata.

Sin expresar sentimiento alguno que delatara qué estaba haciendo, o qué demonios había apuntado en aquella hoja, salió de su mostrador y con paso firme se dirigió hacia la posición del solitario observador. Al llegar frente a él, y tras realizar una protocolaria reverencia, sin mediar palabra le hizo entrega del sobre. Este alargó la mano derecha, sintiendo como los nervios le atenazaban el corazón, realizó otra reverencia de agradecimiento, y como si de un ancestral ritual se tratase, abrió el sobre y extrajo el mensaje:

A la atención de *Mr*. Howard Carter:

Le ha sido concedido el permiso para iniciar las excavaciones en el Valle de los Reyes. En breve viajaré a El Cairo para planificar la próxima campaña, así como para estimar los fondos necesarios para llevar a cabo la empresa.

Mis sinceras felicitaciones.

LORD GEORGE EDWARD STANHOPE,
V conde de Carnarvon

Al fin; la oportunidad de demostrar que no estaba equivocado. Preso de la euforia corrió a su habitación. Ahora sí, ya podía iniciar un nuevo diario de trabajo. Todavía con los nervios a flor de piel, logró escribir en la primera página, con una excelente caligrafía, el nombre de aquel con el que llevaba soñando los últimos años, campaña tras campaña, fracaso tras fracaso. El faraón que se había convertido en el objeto de sus desvelos, tan desconocido como enigmático. Se llamaba Tutankamón…

Un explorador en el desierto

Howard Carter nació el 9 de mayo de 1874 en la localidad de Kensington, al norte de la capital inglesa. Era el menor de una familia numerosa en exceso; once hermanos de los que tan solo sobrevivirían ocho, y cuyos padres, el virtuoso ilustrador Samuel Carter y su esposa Martha Joyce, hacían lo imposible por sacar a sus vástagos adelante, pero que en épocas de penuria no lograban evitar que su economía se resintiese y, con ello, que las necesidades hicieran acto de presencia. Es por esta razón que el más pequeño de los Carter, el avispado Howard, no gozó de las oportunidades de otros grandes arqueólogos de su tiempo, al punto de que en más de una ocasión afirmó que empezó a estudiar tarde y terminó quizá demasiado pronto, ya que a los quince años la vida lo obligaba a tomar otros derroteros con la finalidad de subsistir.

La situación familiar, con la miseria merodeando a cada amanecer sus alcobas disfrazada de constantes enfermedades, sirvió de excusa para que finalmente fuera enviado al campo, a casa de unos familiares, donde el fresco aire de la campiña inglesa sería más benigno para su frágil salud que la incómoda y contaminada gran ciudad, donde además, había una mesa con pocos platos y aún menos viandas con que llenarlos…

Este período de su infancia, solo en una casa en la que salvo sus dos tías, dos orondas mujeres con mucha vida recorrida, nadie más

habitaba, despertaron por un lado su amor por la lectura, en la que empleaba una gran parte del día, posiblemente para matar el aburrimiento, pero por otro lado moldearon su carácter, ya de por sí retraído y hosco. De este modo se convirtió en un muchacho introvertido al que no le gustaban las multitudes, pero sí cualquier papel que destilara historia antigua, especialmente si dicha historia estaba iluminada con la magia de Amón Ra.

Con los años, el don que atesoraba su padre parece que se coló en los genes de su hijo, porque aquellos que lo rodeaban alababan las cualidades que el adolescente Howard Carter manifestaba para la pintura. Dichas dotes no pasaron desapercibidas para los barones de Amherst, que disfrutando del arte del muchacho, y aún más de su serena introversión, decidieron «adoptarlo», acogiéndolo en su seno como a un protegido, y le abrieron las enormes puertas de su mansión londinense, donde, al margen de una espléndida biblioteca, en cada rincón, en cada pasillo, incluso en el jardín, los barones eran dueños y señores por aquel entonces de una de las mejores colecciones de estatuas, sarcófagos, frisos… traídos desde el lejano Egipto, que muy poco tenía que envidiar al más grande de los museos de la época. En este entorno, Carter, por vez primera, alimentó sus ansias de conocimiento, bebió de las fuentes originales de los grandes arqueólogos de todos los tiempos, olió y palpó la historia que contenían aquellas piedras milenarias, talladas en un tiempo pretérito por los hijos de la más fascinante de las culturas que jamás poblaran la Tierra.

Y se vio como esos mismos a los que tanto admiraba, recorriendo el país del Nilo, embarcándose en una aventura de final incierto, descubriendo a la humanidad los tesoros que aún guardaban las arenas de aquel desierto infinito…

De este modo, con el aval de un padre que aunque pobre llevaba décadas realizando ilustraciones para museos y periódicos, y el firme apoyo de los barones de Amherst, logró ser aceptado en las filas de la Archaeologycal Survey, una institución que estaba ligada al propio Museo Británico, y con apenas diecisiete años fue enviado a Egipto para participar como ilustrador en algunas de las más importantes excavaciones que se estaban llevando a cabo por aquel entonces. El siglo XIX expiraba, y la extraordinaria calidad de las pinturas de Carter no pasaron desapercibidas para otro de los

grandes prohombres de la egiptología de todos los tiempos; posiblemente el más grande de ellos: William Flinders Petrie.

Petrie había alcanzado la fama internacional en el año 1896 cuando descubrió, en el templo funerario de Merenptah, la conocida como Estela de la Victoria, en cuya base aparece un pequeño trazo desgastado por los cientos de miles de dedos que en los últimos años la han tocado. Porque, no en vano, es la primera mención histórica que se hace al pueblo de Israel… Y el gran egiptólogo, una leyenda viva, había puesto su vista cansada sobre los trabajos de Carter, que atisbando que se hallaba ante su gran oportunidad, no dudó a la hora de arrimarse al mítico arqueólogo. Y este, que tampoco dejaba escapar los pocos trenes que se aproximaban a la estación de la vida, comprendió que aquel joven terminaría por inmortalizar su carrera, mezclando con maestría los colores de su fiel maletín.

De él llegó a decir Petrie, en uno de los escasos errores que se le atribuyen, que

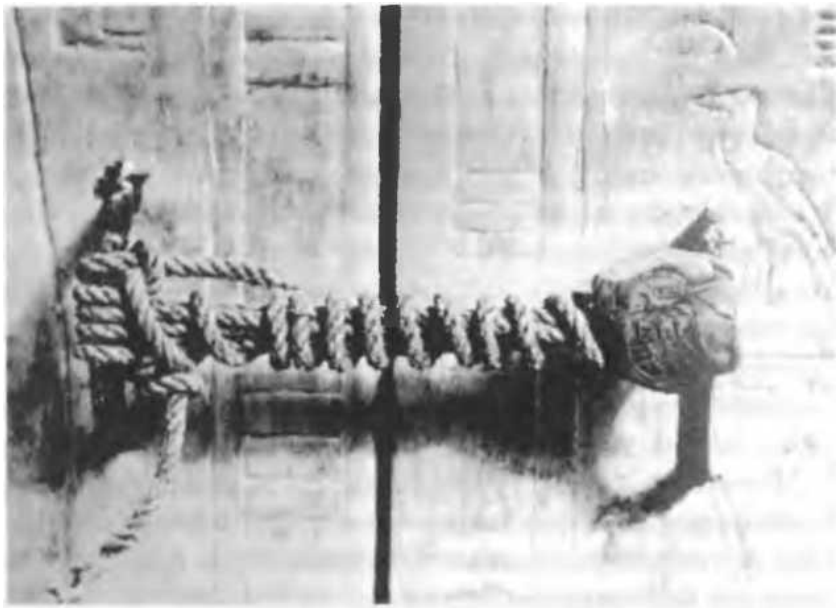
> Carter es un buen hombre, centrado por entero en el dibujo y en la historia, pero poco cualificado para trabajar en las excavaciones.

Porque no mucho tiempo después ya se destacó como un hombre capaz, no solo a la hora de coger los bártulos y trabajar a pie de yacimiento, sino de ordenar con criterio y resolver los lances que iban surgiendo durante las excavaciones.

Egipto era su pasión; pasión fría, todo sea dicho, porque no era hombre dado a grandes alharacas. Pero su tenacidad y rigor en el trabajo le siguieron granjeando buenos mecenas, que apostaron por su trabajo para inmortalizar los propios. Así, en esta época deliciosamente turbadora en la historia de la egiptología, entró a formar parte del equipo que comandaba un no menos turbador suizo de nombre Henri Naville, que por entonces dirigía la Egypt Exploration Foundation, para quien realizaría algunas de sus mejores ilustraciones en uno de los lugares más emblemáticos de todo el valle del Nilo: el colosal templo de la reina «faraón» Hatshepsut.

No obstante, los métodos que empleaba su superior no eran del agrado de Carter, así que cuando tuvo la oportunidad de alejarse de

él, no lo dudó. No en vano, cuando el último año del siglo XIX anunciaba el nacimiento de la centuria más trágica de la historia moderna, el recién llegado director del Servicio de Antigüedades, el arqueólogo francés Gaston Maspero, sin duda el hombre que haría que los trabajos de su amigo Petrie alcanzaran la dimensión internacional que merecían, impulsándolos desde la Egypt Foundation Society de la escritora Amelia Edwards, en una decisión que sorprendió a propios y extraños nombró a un veinteañero Howard Carter Inspector General de los Monumentos del Alto Egipto, cargo que desempeñaría hasta 1905. Ese año, y tras una más que rocambolesca disputa que mantuvo con unos turistas franceses, que deseaban entrar en el Serapeum de Sakkara sin pagar, y lo que es peor, borrachos como esponjas en cubetas de coñac, recibió la orden de su superior de pedir perdón a los descarados visitantes. Y él, hombre reflexivo como era, consciente de que no había ofendido a nadie, sino más bien al contrario, decidió abandonar el puesto que un lustro antes le ofreciese Maspero. Era evidente que, de no hacerlo, su mentor tendría problemas con el cónsul de Francia, que ya lo había puesto al día de la desagradable situación que se había vivido en el recinto funerario del rey Zoser. Los años siguientes serían especialmente duros; había pasado en cuestión de minutos de ser uno de los arqueólogos más destacados del país a ser un paria…



Al atravesar la oscuridad del pasillo, una vez este fue liberado de escorias, apareció el sello real con los emblemas del Alto y del Bajo Egipto: ¡la tumba se encontraba intacta!

La alianza Carter-Carnarvon

Y así, los años pasaron, con más penas que glorias como corresponde a un hombre que lo tuvo todo a su alcance, que despertó odios y envidias a partes iguales a pesar de su carácter distante, pero comprometido con los que trabajaban a su lado, y que, llegado el momento, se convirtió en leña de un árbol que cayó vertiginosamente, y del que hubo quien disfrutó haciéndolo astillas. Hasta 1907…

Ese año Carter conoció a un hombre más o menos joven; más o menos, porque su apariencia delataba una existencia de riesgos con finales poco venturosos. Era George Edward Stanhope Molyneux Herbert, quinto conde de Carnarvon, y multimillonario desde que heredara una inmensa fortuna a la edad de veintitrés años. Desde entonces su vida había estado metida en una maleta, hasta el fatídico día en que ese destino negro en el que casi siempre hay que

creer se cruzó en su camino. Narra mi querido amigo el director de *Revista de Arqueología*, Nacho Ares, en su libro *El último hijo del Sol*, que

> en 1903 […] Carnarvon tuvo un dramático accidente cuando conducía él mismo un automóvil en Alemania. El conde circulaba a la «friolera» velocidad de 30 kilómetros por hora. Sufrió conmoción cerebral, quemaduras en las dos piernas, el pecho completamente hundido, una muñeca fracturada, erosiones en el interior de la boca, las dos mandíbulas rotas, los brazos dislocados y pérdida temporal de la visión. El conductor que lo acompañaba en el vehículo, su verdadero chofer, dijo que el corazón de su patrón había dejado de latir en varias ocasiones en los minutos posteriores al accidente. Para recuperarlo tuvo que echarle un cubo de agua helada sobre el rostro con el fin de hacerlo reaccionar.
>
> A pesar del trabajo realizado por los médicos y las costosísimas operaciones a que se vio obligado, Carnarvon quedó maltrecho, necesitando la ayuda de un bastón para poder sostenerse en pie.

Como ya imaginará el lector, la vida de este hombre quedó limitada a las constantes consultas con los médicos, que un día sí y otro también le aconsejaban que, al menos en las épocas de frío y humedad tan propias del clima británico, se desplazara a lugares más cálidos. Y así lo hizo…

El conde de Carnarvon encontró en Egipto un lugar al que retirarse durante los desapacibles meses de invierno, lugar que aunaba dos de sus grandes pasiones: un clima benévolo cuando en otras latitudes se helaban hasta las ideas, y la egiptología, por la que desde décadas atrás sentía algo más que interés. Pero, como queda reflejado unas líneas atrás, las limitaciones de su nueva situación le impedían estar a pie de excavación, de modo que necesitaba un hombre de confianza que llevara a cabo sus deseos por encontrar las riquezas que se creían cubiertas por la fina arena de las dunas. Y ese hombre apareció cuando menos lo esperaban uno y otro.

Por aquellas fechas era más la obsesión que la cordura la que llevaba a estos mecenas a, en ocasiones, apostar toda su fortuna en empresas que resultaban ruinosas, simplemente porque aquellas arenas se negaban a dejar escapar los secretos que todos buscaban con ahínco.

Pero lord Carnarvon era diferente; tanto que decidió acometer una serie de excavaciones cuando ya nadie lo hacía; quién sabe si por aburrimiento o por intuición, lo cierto es que puso al mando de sus expediciones a Howard Carter, en cuyo extenso currículum estaba el haber sido ayudante de Theodor Davis, el descubridor de la última gran tumba: la de Amenofis IV, el faraón hereje.

Tras el importante hallazgo, Davis y sus colegas mostraban el convencimiento de que del valle poco más se podía sacar. La sombra del fracaso pendía sobre aquellos que habían depositado sus esperanzas, sus ilusiones y su tiempo en llegar al gran descubrimiento; a beber de las mieles de la gloria que muy pocos habían saboreado. Así, en tromba, algunos de los más importantes arqueólogos abandonaron sus campañas; los maestros no solían equivocarse, nunca lo habían hecho… Pero Carter, obstinado y trabajador, defendía con vehemencia su convicción de que en el Valle de los Reyes aún faltaba por descubrir la tumba de un faraón menor, al que la historia quizá no trató como se merecía por el mero hecho de que su reinado fue tan fugaz como los destellos de un cometa. Se llamaba Tutankamón…

De este joven faraón no es mucho lo que se sabe, ya que su reinado fue tan breve que prácticamente quedó borrado de la memoria de los grandes historiadores. El tamaño de su tumba nos da una idea de la importancia real que tuvo en su tiempo, ya que posiblemente nos encontramos ante la más pequeña cámara sepulcral de cuantas jalonan el ardiente Valle de los Reyes, motivo por el cual permaneció intacta hasta la primera mitad del siglo XX, cuando el resto de grandes tumbas ya habían sido profanadas. Conviene recordar que muy cerca del valle-cementerio siglos atrás se instalaron los ladrones, fundando la ciudad de Qurna, el lugar en el que todos vivían del oficio del asalto. No en vano se levantó para tal fin: servir de refugio para los que se aventurasen en plena madrugada a vaciar las tumbas de los reyes del Antiguo Egipto que allí fueron enterrados entre inocentes maldiciones y previsibles

medidas de seguridad. Las oquedades que se sumergían en las entrañas del valle como una serpiente voraz que desgarraba la piedra en decenas de kilómetros de galerías habían hecho de aquel sitio la delicia de asaltantes y forajidos. El egiptólogo danés Frederik Ludwig Norden, tras la visita que realizó al enclave en 1737, reflejó que

> estas gentes ocupan en nuestros tiempos las grietas que tanto abundan en las montañas circundantes. No obedecen a nadie; viven a una altura tal que desde lejos descubren si llega alguien para atacarlos. Entonces, si se creen lo bastante fuertes, bajan al llano para defender su territorio; si no, se refugian en las grutas o se retiran al interior de las montañas, adonde nadie desearía seguirlos.

A lo que en 1769 el explorador escocés James Bruce añadía:

> Cierto número de ladrones, muy parecidos a nuestros gitanos, habitan en las oquedades de las montañas más arriba de Tebas. Todos viven fuera de la ley, condenados a muerte en caso de ser capturados. Osman Bey, un antiguo gobernador de Girge, decidido a no soportar por más tiempo los desmanes cometidos por esta gente, ordenó reunir gran cantidad de arbustos secos, y con sus soldados ocupó el lado de la montaña donde vivía la mayoría de aquellos miserables. Luego ordenó llenar las cuevas con esta leña, a la cual prendió fuego, pereciendo muchos de ellos; sin embargo, han vuelto a reclutar el mismo número desde entonces sin haber cambiado de costumbres.

Dejando por un momento atrás el valle y regresando a la figura de Tutankamón, este faraón fue el antepenúltimo de la XVIII Dinastía, y gobernó el Alto y el Bajo Egipto entre el 1354 y el 1346 a. C. Los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de confirmar si era hijo, hermano o yerno del gran Amenofis IV, que en una de las revoluciones espirituales más sobrecogedoras de todos los tiempos instauró en contra de sus sacerdotes —los todopoderosos siervos de Amón— el culto a Atón, pasando a llamarse Ajnatón, el faraón hereje. De ahí que en sus primeros años

de vida el joven rey Tut fue bautizado como Tut Anj Atón, «la imagen viviente de Atón». Aproximadamente a los diez años contrajo matrimonio con la princesa Ankhsen Amón, y a la muerte de Smenker, del que no sabemos si era su hermano o su tío, marchó a Tebas para coger el cetro del gobierno de su país junto a su esposa. Así las cosas, lo cierto es que reinar, lo que se dice reinar… Las riendas del gobierno durante su reinado se las repartieron dos hombres muy poderosos en el Egipto de entonces: por un lado, Ay, que era abuelo de la esposa del faraón, y que a la muerte de este no mostraría escrúpulo alguno en desposar a la reina viuda —su nieta— ascender al trono, y Horembeb, que durante el mandato de Tutankamón comandó con brazo firme el poderoso ejército egipcio y que, a la muerte de Ay, se convirtió en el último faraón de la XVIII Dinastía, disfrutando de un reinado longevo de veintisiete años.

Es, sin lugar a dudas, la foto más vista de la historia de la arqueología moderna, el instante en el que Carter observa el interior de la tumba, y descubre «cosas maravillosas».

Tras esta breve visita a la conflictiva época de Tutankamón, volvamos a montar en nuestra particular máquina del tiempo y regresemos al siglo XX. Howard Carter, como ya se ha dicho líneas atrás, estaba firmemente convencido de que, a pesar de que sus colegas aseguraban que todas las tumbas del valle ya habían sido expoliadas, él tenía una extraña intuición que le insuflaba nuevas

fuerzas para, al menos, intentarlo. Por aquellas fechas el inhóspito enclave era un lugar árido en el que al amanecer el mercurio parecía cobrar vida, ascendiendo a una velocidad vertiginosa. Era, al menos en su envoltura, un paraje sacado de otro planeta, en el que la vida parecía haberse extinguido para siempre. Es probable que la primera descripción que se posee del mismo sea la que realizó el viajero inglés Richard Pococke en su obra *A description of the East*, donde aseguraba, tras visitar el desértico valle, que

> el jeque me proporcionó caballos y partimos para Biban-el-Meluke. Avanzamos aproximadamente un kilómetro y medio hacia el norte por una especie de calle, a cada lado de la cual la roca, de tres metros de altura, tiene habitaciones talladas en ella, algunas sostenidas por pilastras; como no había señal alguna de edificios privados en la llanura, pensé que en tiempos muy antiguos debieron servir de casas, ya que proporcionaban mejor protección para el viento y el frío de la noche. La piedra es de una especie de gravilla y las puertas están talladas a la calle de un modo regular. Luego giramos hacia el noroeste, a las altas colinas rocosas, y nos encontramos en un valle muy estrecho. Luego volvimos a girar hacia el sur y luego hacia el noroeste, avanzando entre las montañas durante un kilómetro y medio o dos… Llegamos a una parte más ancha, con una abertura parecida a un anfiteatro, y subimos por un estrecho pasadizo con escalones de unos tres metros que parecía haber sido tallado en la roca, perteneciendo el antiguo pasadizo al Memnonium, al pie de las colinas; puede que provenga de las grutas en las que entré por el otro lado. A través de este pasadizo llegamos a Biban-el-Meluke, esto es, la puerta o patio de los reyes, donde están los sepulcros de los reyes de Tebas.

Así las cosas, entre la angostura del terreno, los asaltantes que habitaban en las cuevas de Qurna, el excesivo calor que, independientemente de la época del año, parecía agarrarse con fuerza a la reseca superficie del valle, y por último, la falta de esperanza que mostraban los grandes descubridores, pocos eran los argumentos que quedaban para que Carter iniciara las excavaciones

en aquel lugar infernal. Y sin embargo, algo en su interior le decía que debía hacerlo…

El descubrimiento de la tumba

Las calles de El Cairo en aquellos días nada tenían que envidiar a las recientes imágenes que todos guardamos en la retina de las movilizaciones que han tenido como epicentro la plaza de Tahrir, muy cerca del museo de la ciudad, y que han supuesto el inminente cambio de régimen en este viejo país. En las primeras décadas del siglo XX una marabunta humana recorría sus calles; vivía y sufría al aire libre, día y noche, noche y día, dando color a una urbe ya de por sí sobrada de exotismo. Comerciantes de seda, vendedores de alfombras, especias que parecían evaporarse en una atmósfera repleta de mil y un olores… Y en mitad de este «caos», exploradores… aventureros llegados desde latitudes lejanas, persiguiendo el éxito, que poseía la forma indiscutible de un gran descubrimiento.

Howard Carter, que ya desde niño gozó de la caricia de la soledad, y al que las multitudes transformaban en un ser arisco y poco social, llegó a la conclusión de que ese maremagno humano, tan estrambótico como absorbente, no beneficiaba a alguien metódico como él, cuya única finalidad era trabajar sin interferencias. De este modo logró los permisos oportunos para instalarse allí donde nadie lo hubiera hecho por los peligros que acarreaba, a la entrada del angosto desfiladero que permitía el acceso al Valle de los Reyes. En dicho lugar levantó una casa de adobe y ladrillo, adonde llevó sus libros, su material de excavación y sus ilusiones. Allí, salvo los maleantes de Qurna o los escorpiones que se protegían del abrasador calor bajo las piedras quemadas, poco más iba a encontrar. 1914 anunciaba su fin, y los ecos de la guerra en Europa llegaban hasta allí, advirtiendo que las dimensiones del conflicto estaban alcanzando una inquietante escala mundial. Los cuatro años que duró la Gran Guerra mermaron las ayudas que Carnarvon había destinado a las excavaciones que debía llevar a cabo el entusiasta Carter, pero en modo alguno hubo de suspenderlas, como ocurrió con otros equipos de arqueólogos

que se hallaban trabajando en campañas cercanas. No obstante, el tiempo pasaba, y salvo la esperanza de dar con la tumba del joven faraón, pocas pruebas más avalaban su existencia… Carter reflejó en su libro *La tumba de Tutankamón* las dudas que comenzaban a acosarlo tras siete duros años:

> Ya habíamos trabajado en el valle durante varias campañas con escasos resultados y discutimos mucho sobre si debíamos continuar allí o buscar un yacimiento más productivo en alguna otra parte. Después de estos años sin éxito, ¿era lógico que continuáramos? Mi opinión era que mientras quedara un solo lugar por explorar, valía la pena correr el riesgo. Es cierto que se puede encontrar menos en el valle que en cualquier otro lugar de Egipto, pero, por otra parte, si se da un golpe de suerte, uno se recupera de años y años de trabajos infructuosos.

Durante años Carter había excavado sin obtener los resultados esperados, y la paciencia y el dinero de su mecenas se iban agotando. Pero lord Carnarvon era hombre de ideas y no de razón, por lo que cuando todos desaconsejaron que continuaran las excavaciones, él decidió dar una oportunidad más al impulsivo Howard Carter. El arqueólogo era consciente de que de no alcanzar sus objetivos ya no habría más ocasiones para lograrlo, así que, con medio valle horadado por la piqueta de su cuadrilla, decidió regresar al lugar que antaño desestimó: el triángulo que formaban las tumbas de Ramsés II, Merenptah y Ramsés VI. De hecho, en la sepultura del último de estos monarcas se hallaron varias oquedades que se identificaron como chozas de obreros. A esa profundidad era evidente que de tratarse de casas era porque más abajo podía haber algo.

El 3 de noviembre de 1922, Carter centró sus esfuerzos en esta zona, en la que, dicho sea de paso, cinco años atrás no había confiado demasiado. Ahora bien, ¿qué otra posibilidad le quedaba? Abatido por el ultimátum comenzó a retirar los restos del derrumbe, y al traspasar los frágiles basamentos de la primera choza se percató de que bajo esta había un escalón. Sudor, corazón acelerado, ansiedad e impaciencia: la nueva estructura no pertenecía a la tumba de Ramsés VI, era de otro habitáculo. Al cabo de unas horas

habían logrado desenterrar doce escalones, hasta que llegaron, a algo más de dos metros bajo la superficie, frente a una pared; más bien se trataba de una puerta, porque en ella aparecían los sellos perfectamente lacrados e intactos de la necrópolis tebana. Al otro lado había una tumba, y todo apuntaba a que no había sido profanada…

Tembló al coger la piqueta. Dubitativo realizó un pequeño agujero, y al introducir la cabeza pudo comprobar que había un pasillo, oscuro y de final incierto, pero pasillo al fin y al cabo.

Años después reflejaría en su libro, no exento del lógico apasionamiento, cómo se produjo el gran descubrimiento:

> En la historia del valle […] no ha faltado nunca el elemento dramático, y en este último episodio la tradición se ha mantenido. Véanse sino las circunstancias: iba a ser nuestra última campaña en el valle. Habíamos excavado allí durante seis campañas completas, y todas y cada una de ellas había terminado en nada; trabajamos durante meses al máximo esfuerzo sin encontrar nada, y solo un excavador sabe lo desesperante y deprimente que esto puede ser. Ya casi nos habíamos convencido de nuestra derrota y nos preparábamos para dejar el valle y probar suerte en otro lugar. Y entonces, apenas habíamos dado el último golpe de azada en un último esfuerzo desesperado, cuando hicimos un descubrimiento que excedía en mucho nuestros sueños más exagerados. Estoy seguro de que nunca en la historia de una excavación se ha condensado toda una campaña en el espacio de cinco días.
>
> Voy a intentar explicar toda la historia. No será fácil, ya que la dramática rapidez del descubrimiento inicial me dejó como aturdido, y los meses que han pasado han estado tan llenos de incidentes que apenas he tenido tiempo para pensar […]

De esta manera, todavía conmovido por la magnificencia del descubrimiento, iniciaba su relato Howard Carter, que ahora sí, daba por buenos tantos años de decepciones y sinsabores:

> Apenas llegamos a la excavación al día siguiente —4 de

noviembre de 1922—, cuando un extraño silencio, producido por la detención de los trabajos, me hizo dar cuenta de que había ocurrido algo fuera de lo común. Se me recibió con la noticia de que se había descubierto un escalón tallado en la roca bajo la primera cabaña que se había derruido. Parecía demasiado bueno para ser verdad, pero el agrandamiento de la abertura nos aclaró de hecho que estábamos en la entrada de un profundo corte en la roca, unos cuatro metros por debajo de la entrada de la tumba de Ramsés VI y a una profundidad similar a la del nivel actual del valle. El corte era del tipo de entrada con escalera subterránea, tan común allí, y yo casi me atreví a esperar que hubiéramos encontrado finalmente una tumba […]

El trabajo avanzaba ahora más rápidamente; un escalón seguía a otro, y al nivel del duodécimo, hacia la puesta del sol, descubrimos la parte superior de una puerta tapiada, enyesada y sellada.

¡Una puerta sellada! Así pues, era cierto. Nuestros años de paciente trabajo iban a quedar recompensados después de todo. Creo que mi primer sentimiento fue de alegría por el hecho de que mi fe en el valle no había sido injustificada. Con una excitación que se convirtió en ardor febril busqué los sellos de la puerta, en busca de pruebas sobre la identidad del dueño del lugar, pero no pude encontrar nombre alguno: lo único descifrable era el conocido sello de la necrópolis real, el chacal y nueve cautivos. Sin embargo, dos cosas eran claras: en primer lugar, el empleo del sello real era una prueba evidente de que la tumba había sido construida para un personaje de gran categoría. En segundo lugar, el hecho de que la puerta sellada estaba completamente tapada por las cabañas de los trabajadores de la Dinastía XX, construidas encima de ella, era una prueba suficientemente evidente de que no había sido tocada por lo menos a partir de aquella época.

Los días sucesivos al descubrimiento fueron más estresantes que los años de trabajo y búsqueda. Había que inventariar todo y evitar el asalto de los ladrones, que como una marabunta se acercaban hasta la excavación.

La incertidumbre por saber si se trataba de un alto mandatario, que con autorización real había sido enterrado en un lugar destinado exclusivamente para reyes, o si se encontraba ante la tumba de un faraón perdido, sobrevoló durante semanas el campamento de Carter que, únicamente con sus hombres de más confianza, se limitó a limpiar el acceso a la tumba, descubriendo que había un total de dieciséis escalones, a la espera de que apenas dos semanas después llegara el paciente mecenas que durante los años de infructuosa búsqueda no había dudado a la hora de seguir subvencionando los trabajos del arqueólogo inglés. Así pues, era

obligado esperar a lord Carnarvon, aunque ello supusiese quince días de nervios, peligro de saqueo e impaciencia.

Ya con este a pie de excavación, tras la apertura de esa primera puerta se toparon de bruces con un largo pasillo lleno de escombros, que se preocuparon en extraer con sumo cuidado, a fin de catalogar las piezas de cerámica que se iban encontrando. Y así, el 26 de noviembre quedaron resueltos muchos misterios:

> El trabajo de limpieza continuó toda la mañana, forzosamente despacio a causa de los objetos delicados mezclados con el relleno. Luego, a media tarde, encontramos una segunda puerta sellada a unos diez metros de la puerta exterior, casi una réplica exacta de la primera. La marca del sello era menos clara en este caso, pero aun así se podía identificar como los de Tutankamón y la necrópolis real.

La tensión se respiraba, mezclada con el polvo del ambiente que gestaba una densa neblina que no permitía a los allí presentes observar con claridad lo que sin duda se definía, en aquel reino de tinieblas milenarias, más allá de la puerta de la antecámara. Carter, tras treinta años en Egipto, más de la mitad de su vida pisando las arenas de aquel desierto sembrado de secretos, medía con maestría los tiempos, pese a lo cual no podía evitar que la saliva se le secase en la garganta, víctima de una impaciencia que conforme pasaban los minutos se volvía más y más notable. De este modo, llegó el gran momento…

> Despacio, desesperadamente despacio para los que lo contemplábamos, se sacaron los restos de cascotes que cubrían la parte inferior de la puerta en el pasadizo y finalmente quedó completamente despejada frente a nosotros. El momento decisivo había llegado. Con manos temblorosas abrí una brecha minúscula en la esquina superior izquierda. Oscuridad y vacío en todo lo que podía alcanzar una sonda demostraba que lo que había detrás estaba despejado y no lleno como el pasadizo que acabábamos de despejar. Utilizamos la prueba de la vela para asegurarnos de que no había aire viciado y luego,

ensanchando un poco el agujero, coloqué la vela dentro y miré, teniendo detrás de mí a lord Carnarvon, *lady* Evelyn y Callender que aguardaban el veredicto ansiosamente.

Al principio no pude ver nada, ya que el aire caliente que salía de la cámara hacía titilar la llama de la vela, pero luego, cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, los detalles del interior de la habitación emergieron lentamente de las tinieblas: animales extraños, estatuas y oro; por todas partes el brillo del oro. Por un momento, que debió parecer eterno a los otros que estaban esperando, quedé aturdido por la sorpresa, y cuando lord Carnarvon, incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Puede ver algo?», todo lo que pude hacer fue decir: «Sí, cosas maravillosas». Luego, agrandando un poco más el agujero para que ambos pudiésemos ver, colocamos la linterna.

Habían pasado más de tres mil años desde que los ojos de los sacerdotes observaron por última vez la cámara sepulcral; tres milenios desde que unas manos piadosas decidieron colocar los últimos adobes que cerraban la tumba, y ahora él, Howard Carter, sabía que su nombre, desde aquel mismo instante, ya estaba impreso en los libros de historia; unido por un hilo etéreo a la existencia del joven faraón para siempre…

La maldición de la momia

Estaba eufórico. En los meses sucesivos, tras elevar la lona de un laboratorio de campaña junto al lugar de las excavaciones, se esmeraron día y noche en inventariar los objetos que permanecían durmiendo su milenario sueño en el interior de la tumba. La idea de rescatar todas y cada una de las piezas allí custodiadas llegó al extremo de que Carter y los suyos hicieron especial hincapié en rehabilitar aquellas que hubieran sufrido algún deterioro, ya fuera por el paso de los siglos o por las faenas del trabajo arqueológico.

De este modo, el 17 de febrero de 1923 la sala principal ya había quedado completamente vacía, y todos esperaban con avidez

la orden de Carter de derribar el muro que con toda seguridad daba acceso a la cámara principal, el lugar donde descansaban los restos del faraón y donde se encontraban las principales riquezas del ajuar funerario. El acontecimiento alcanzó unas dimensiones insospechadas, y al acto de apertura fueron invitadas una veintena de personalidades, entre autoridades egipcias y extranjeras. Carter, sumido en sus pensamientos, observaba los movimientos de los operarios y la impaciencia de los que pisaban por vez primera esta arena para no perder un ápice de protagonismo en un hallazgo que se antojaba como el más grande de todos los tiempos. Y así, imaginando lo que habría en el interior de la habitación inviolada, pensaba en la figura del joven rey, al que, ahora sí, había puesto rostro merced a las tallas de madera que encontró en la antecámara y que representaban a un muchacho imberbe; demasiado niño. Y pensó…

> El misterio de su vida todavía se nos escapa; las sombras van desapareciendo, pero la oscuridad no acaba de levantarse.

Sea como fuere, al cabo de unos minutos los excavadores desmontaban el muro que los separaba de la gloria, tan eterna como la momia que ocupaba aquella estancia. Al otro lado, tres capillas de oro, plenas de jeroglíficos y desprendiendo un fuerte olor a cedro, evidenciaban que se encontraban ante una cajita de muñecas rusa, perfectamente encajadas una dentro de la otra, en un habitáculo tan reducido que apenas si podían acceder en los escasos espacios que quedaban entre la más grande y la pared.

Carter se dispuso a abrir las dos superiores, y cuando tan solo la última lo separaba del instante en el que podría ver cara a cara el rostro de aquel por el que sus sueños a punto habían estado de convertirse en pesadillas, quedó sumido en su propia ensoñación ante la mirada desesperada de los que lo observaban y que ansiaban ver el contenido de esa última capilla:

> De nuevo nos veíamos ante lo desconocido. ¿Qué contendría este último féretro? Con la más profunda emoción, corrí los pestillos de las últimas puertas no selladas, y estas, lentamente, se abrieron. Ante nosotros,

> llenando todo el féretro, apareció el inmenso sarcófago amarillo, de cuarzo; estaba intacto, como si unas manos piadosas acabaran de cerrarlo. ¡Qué aspecto tan inolvidable, tan magnífico! Era más emocionante aún que el brillo del oro en los féretros. Sobre el extremo del sarcófago correspondiente a los pies, una diosa extendía con gesto protector los brazos y las alas como si quisiera retener al intruso. Estábamos llenos de respeto ante ese signo tan claro.

Algo invisible, aterrador, inundaba el ambiente, como si deseara detener la profanación; como si la tumba hubiera quedado protegida por una energía sutil que ahora, liberada de su cautiverio de siglos, se afanaba en convencer a los presentes de que se estaban equivocando perturbando el sueño de aquel que yacía en el interior del sarcófago.

Pero Carter, hombre de ciencia poco dado a las supersticiones que menguaban los límites de la existencia de los habitantes del país del Nilo, no disponía de más tiempo, así que, sin dudarlo dos veces ni tres, abrió la última de las capillas, y en su interior comprobó que había un gran sarcófago de madera revestido de planchas de oro. Dentro de este, uno más; y en su interior, el sarcófago real, una joya del pasado realizada por los mejores artesanos de aquel tiempo, que únicamente utilizaron oro macizo en su elaboración. Era una maravilla que relucía con el fulgor de antaño, como si aquí el tiempo no hubiera transcurrido, como una cápsula que, en aquel lejano 1923 descubría sin pudor la grandeza de un pueblo diferente.

Bajo el mismo dieron con una pequeña puerta, tanto que en un principio pasó completamente desapercibida, pero que, una vez abierta, comprobaron que en su interior se encontraban los objetos más valiosos de la tumba, hechos con metales nobles y tal filigrana que resultaban conmovedores. Porque gracias a ellos se podía reconstruir a la perfección la corta vida de un faraón que hasta entonces había sido un absoluto desconocido.

En esta casa permaneció, aislado, Howard Carter hasta la fecha del gran hallazgo. Allí pasó días, meses, años… convencido de que en el Valle de los Reyes aún permanecía oculta la tumba de un faraón menor; y no se equivocó.

Fue en ese momento cuando los supersticiosos *fellahs*, los obreros egipcios y nubios que Cárter había contratado años atrás para desescombrar el lugar, se empezaron a mostrar tensos, nerviosos… La tumba había sido protegida en el momento de ser sellada para evitar la escena que se estaba desarrollando en esos instantes: el expolio del ajuar que el faraón había de llevar consigo al otro mundo, a la otra vida. Ellos sabían que aquel lugar parecía despertar de su sueño, lanzando un aviso, advirtiendo que los dioses del Alto y Bajo Egipto se encargaban de velar por los restos de uno de sus hijos, y por eso no entraron.

La maldición había sido liberada…

No obstante, Carter poseía la capacidad de velar por el patrimonio de ese fascinante pasado como lo haría cualquier arqueólogo universitario, pero del mismo modo no ocultaba el ansia del «cazatesoros» que quería encontrar más, sin someterse a las supercherías ni caer en el error de creer en milenarias advertencias. No creía… al menos los primeros meses.

Ocurrió una mañana, tan monótona que apenas si resultaba diferente a otras anteriores. Uno de los ayudantes de Carter se afanaba en inventariar las diferentes piezas que con meticulosidad matemática iban sacando del interior de la tumba cuando, muerto de sed, entró en la tienda de campaña de su superior, y tras acostumbrarse a la penumbra, contempló horrorizado cómo una gran cobra, de manera inexplicable, había abierto la jaula del pájaro de Howard Carter y disfrutaba de su orgía de sangre engullendo al pequeño animal que, todavía vivo, sufría lo indecible. El hombre salió de la tienda lívido, y no tardó en comentar lo sucedido a algunos *fellahs*, que rápidamente encontraron una explicación simbólica a lo sucedido. Y lo interpretaron como una señal de lo que se avecinaba, un augurio negro de que la maldición de Tutankamón comenzaba a caminar libre buscando a su siguiente presa. Aquí el símbolo se lee como parte de la rica historia de Egipto, por lo que aquella horrible escena representaba el ataque de la diosa cobra Wadjet, que regresaba desde las profundidades del inframundo para proteger a la realeza y acabar con los enemigos de los faraones difuntos.

El valle empezaba a recibir cada día un mayor número de visitas, más aún después del anuncio del fabuloso descubrimiento. Y a la misma velocidad se extendió el rumor de que los arqueólogos que habían descubierto la tumba, bautizada con el tecnicismo KV62, hablaban abiertamente de una maldición.

Así las cosas, la historia del canario no hacía sino agrandar la estela negra que ya iba dejando la misma. La situación cobró tintes dramáticos cuando se produjo la primera de las muertes. Poco antes de la apertura de la cámara mortuoria, todavía en el hotel, el excéntrico lord Carnarvon se echó la mano a la cara. *Lady* Evelyn lo miró contrariada, ya que el conde se había golpeado a sí mismo con especial violencia. Además, por su mejilla izquierda surgía un hilillo de sangre que marcaba aún más la rojez que en cuestión de segundos se le había formado.

«No te preocupes, ha sido un mosquito», aseguró, intentando con ello tranquilizar a la dama.

No le dio importancia, como imagino que ninguno en su mismo caso se la hubiéramos dado. Menos aún en el estado de euforia que manifestaban todos los implicados en el descomunal

descubrimiento. Sin embargo, con el paso de las horas, el noble inglés comenzó a notar que algo no iba bien: al malestar general inicial le siguió una subida de temperatura repentina que desembocó en un proceso febril extremo. Los doctores que lo atendían en su habitación del hotel Continental no eran capaces de calmarlo, observando consternados cómo el agua de la toalla con la que pretendían bajar su temperatura, y que le colocaban en la frente, se evaporaba al cabo de unos minutos en los que el enfermo no cesaba de gritar y de observar con la mirada perdida el fondo de la estancia, en un delirio sin fin.

Poco se pudo hacer por él. El 5 de abril de 1923, seis semanas después de que cayera enfermo de una patología que no supieron diagnosticar, el quinto conde de Carnarvon fallecía en su alcoba del hotel, a las dos de la madrugada, preso de aquel delirio intratable, con los ojos inyectados en sangre, pronunciando una y otra vez una misteriosa frase que ya forma parte indisoluble de esta rocambolesca historia:

«He oído su llamada, y le sigo».

¿De quién estaba hablando? ¿Quién permanecía, invisible y amenazante, en un rincón de la estancia?

Y ahora, imaginemos por unos instantes los titulares con los que los principales medios de comunicación de la época abrieron sus portadas. Porque eran muchos los que tenían la certeza de que la maldición de Tutankamón era real, y que a aquellos que habían participado de la profanación de la tumba les aguardaba el mismo castigo que había sufrido el mecenas inglés.

Es importante destacar que, si bien es cierto que el cúmulo de luctuosas casualidades que se produjeron entre algunos de los personajes que, o bien participaron en las excavaciones, o bien se acercaron al asunto poco después, rompe ligeramente lo estadísticamente razonable, no menos cierto es que lo más fácil es pensar precisamente en eso: en una fatídica casualidad. Sin embargo, ya en su momento esos mismos medios, ávidos de nuevas muertes que les garantizaran grandes titulares y suculentas ventas, dada la fascinación que el asunto despertaba en la sociedad del viejo continente, reflejaron una historia que quizá sería interesante tener en cuenta. Así la relataba en mi anterior libro, *Desafíos a la historia*:

A la una y cuarenta y cinco de la madrugada de ese mismo día, aseguran las crónicas que en el mismo instante en que lord Carnarvon expiraba, la ciudad de El Cairo quedó sumida entre sombras, pues durante más de cinco minutos un fallo en los generadores provocó una interrupción de la corriente eléctrica. Como en ese pasado glorioso y mágico, la ciudad del desierto quedó cubierta por un manto de oscuridad, y de nuevo las antorchas iluminaron las pirámides.

Mientras el faraón «desencadenaba» su infausto poder sobre la tierra que siglos atrás gobernó, a miles de kilómetros de distancia, en el castillo de Highclere, la residencia de la familia Carnarvon, la perra favorita del conde, una pequeña foxterrier llamada *Susie* que era la debilidad del filántropo, pasó a mejor vida víctima de un infarto fulminante, a la vez que profería horribles aullidos a un cielo que esa madrugada lucía un extraño tono rojizo.

Así, a la edad de cincuenta y siete años lord Carnarvon partía de este mundo, víctima de una infección que oficialmente le provocó una neumonía lobular, que más tarde, al no recibir los cuidados oportunos, se complicó con una pleuresía que finalmente acabó con su vida. Pero ¿fue un mosquito? Los cronistas lo confirman, pero hay otras voces no menos informadas que aseguran que no se trató del alado bichejo, sino que fue picado mortalmente por un escorpión, que como bien se sabe, era uno de los arácnidos sagrados de los antiguos egipcios.

Símbolos y más símbolos… Y por supuesto, muertes y más muertes que con toda rapidez fueron achacadas a la incómoda maldición que a estas alturas no distinguía entre sus víctimas. Los mataba entre horribles padecimientos, sin más… Así continuaba mi relato:

Otro de los infortunados que sufrió el poder de la maldición fue el magnate de ferrocarriles norteamericano George Jay Gould. Pues bien, a primera hora de la mañana visitó la tumba de Tutankamón, excitado por enfrentarse a la historia; una historia tan especial como era esta. A

media tarde sufrió un proceso febril muy virulento, y esa misma noche se «marchaba» a hacer compañía a su gran amigo lord Carnarvon. Días después, desoyendo las advertencias que le hicieron amigos y familiares que abiertamente hablaban de una terrible maldición, el industrial inglés Joel Woolf descendió los escalones que conducían al interior de la cámara del rey, y a su regreso a Londres falleció durante la travesía víctima de una enfermedad que no lograron determinar.

No es cuestión de convertir este capítulo en una necrológica, pero el siguiente en caer fue el radiólogo inglés Archibald Douglas Reid, el primero en radiografiar los restos que quedaron de la pobre momia —fue desmantelada para sacar las piezas rituales que había entre los vendajes—. No demasiados días después comenzó a notar molestias que fueron creciendo conforme pasaban las horas, y ya en Londres, mientras efectuaba una nueva radiografía a otra momia, se desplomó sobre el frío suelo para no despertar jamás. Y hubo más: el arqueólogo Arthur C. Mace, colaborador de Carter y quien literalmente «desarmó» la momia, o James Henry Breasted, arqueólogo de la Universidad de Chicago y amigo de Carter, que también visitó la tumba. Sin olvidar a *lady* Elisabeth Carnarvon, que pese a fallecer cinco años después que su marido, también fue a causa de la picadura de un insecto. Los casos relacionados con el hallazgo de una u otra manera eran tantos, y las evidencias, para los periodistas de la época, tan meridianamente claras, que el 21 de febrero de 1930 aparecía esta nota en un diario inglés, confirmando que ocho años después la historia de la maldición se encontraba en su máximo apogeo:

«Hoy, lord Westbury, hombre de setenta y ocho años, se ha arrojado desde un séptimo piso por la ventana de su vivienda en Londres y ha muerto instantáneamente. El hijo de lord Westbury, Richard Bethell, que en su época participó como secretario del investigador Howard Carter en la excavación de la tumba de Tutankamón, fue también

hallado muerto en noviembre del año pasado en su casa, aunque la noche anterior se había acostado completamente sano. No se ha podido averiguar la causa de su muerte».

Muy sano no debía de estar cuando fue víctima de una muerte tan fulminante.

Imagino que a estas alturas, cuando a punto estamos de finalizar este capítulo, se estarán preguntando si la célebre y un millón de veces mentada maldición afectó al principal protagonista de estas líneas. La respuesta, en este caso, es no.

Howard Carter murió el 2 de marzo de 1939 en el 49 de Albert Court a la edad de sesenta y cinco años, anciano, habiendo disfrutado de una vida plena de éxitos, emociones y logros, reconocido como el descubridor del mayor tesoro arqueológico jamás hallado por ningún otro hombre. La causa de su muerte fue la enfermedad de Hodgkin, un cáncer linfático que se lo llevó a la tumba en muy poco tiempo.

Cuentan que su decisión a la hora de despertar el espíritu del rey Tut de su largo sueño, unido al respeto que siempre mostró, antes, durante y después del magnífico hallazgo por preservar de expoliadores y colecciones privadas el cuerpo y el ajuar funerario del joven faraón, estableció una conexión invisible, una empatía trascendente entre ambos, de modo que quedó inmunizado, o quién sabe si liberado de los efluvios negativos de la supuesta maldición.

Fue enterrado en el cementerio de Putney Vale, un lugar tranquilo al oeste de la capital londinense. Hoy día su lápida es visitada por miles de personas cada año, pues en ella se puede leer, como no podía ser de otro modo, el reconocimiento eterno a su infatigable labor:

AQUÍ YACE HOWARD CÁRTER,
EL DESCUBRIDOR DE LA TUMBA DE
TUTANKAMÓN

Howard Carter, el hombre al que sus sueños, la consecución de estos, lo hicieron tan inmortal como aquel que venido de un tiempo remoto le concedió la gloria…

ERNEST SHACKLETON, EL TRIUNFO EN EL FIN DEL MUNDO

Se buscan hombres para un viaje peligroso. Paga reducida. Frío intenso. Largos meses en la más completa oscuridad. Peligro constante.
Es dudoso que puedan regresar a salvo.
En caso de éxito, recibirán honores y reconocimiento.

The Times, 1901

¡Dios mío, este es un lugar espantoso! Y espantoso sobre todo para nosotros, que nos hemos esforzado tanto sin vernos premiados por la prioridad…

ROBERT FALCON SCOTT

Frío. La noche antártica había caído como un iceberg sobre las cabezas de los marineros. El barco llevaba varado en los hielos desde hacía unas semanas, y la esperanza de escapar de aquella trampa inmisericorde se iba disipando conforme pasaban los días. El capitán mantenía una extraña tranquilidad, como si supiera que, al contrario de lo que ocurriera con la expedición del capitán Scott y su tripulación dos años antes, nosotros sí íbamos a lograr escapar de este purgatorio helado. Pero la monotonía nos devolvía a la realidad; a un horizonte tan blanco que cegaba la vista. Al caer la

madrugada, los perros, especialmente *Sally* y *Sansón*, se mostraban intranquilos, llorando su desgracia, dejando escapar un lastimero cántico con el que parecían atraer a los gélidos espíritus de los hielos.

El desánimo fue calando como el frío extremo de esta región del planeta, y sin embargo, el capitán permanecía inalterable a los acontecimientos, enigmáticamente tranquilo. La última noche, después de pelotear unos minutos sobre el campo de hielo que se extendía como una mancha inquebrantable bajo el casco del barco a fin de desentumecer los maltrechos huesos, ocurrió… El estruendo fue tan fuerte que el silencio se hizo aún más silencioso. El hielo se fortalecía por segundos bajo nuestros pies, y el casco de madera ya no soportaba la presión. Si se astillaba, las pocas esperanzas quedarían reducidas a cenizas. Y él, con la mirada perdida en la noche polar, como si estuviera disfrutando de un fascinante y a la vez aterrador espectáculo prediseñado, continuaba impasible, insensible a la inevitable tragedia.

Aterrados, con el ambiente haciendo de nuestro aliento incómodas esquirlas de hielo, respetamos el silencio de nuestro capitán sin dejar de seguir todos y cada uno de sus leves movimientos. Fue entonces cuando, tras el último quebranto en la línea de flotación del noble *Endurance*, Shackleton nos miró, y con calma señaló las velas del viejo barco.

—Descansad. Al amanecer recogeremos las velas y los botes salvavidas y emprenderemos camino hacia la base de Isla Elefante. Dad de comer algo a los perros; nos van a ser extremadamente necesarios. Mañana será un gran día…

Y contemplando una vez más la oscura bóveda celeste, cerró los ojos y respiró profundamente. Era un hombre feliz…

La conquista del continente helado

Es difícil explicar la soledad que el explorador siente cuando se encuentra en este enorme páramo de hielo que es el continente antártico; eso es al menos lo que todos refieren, porque si bien es cierto que nos encontramos en uno de los lugares más altos del

planeta, con una media de más de dos mil metros sobre el nivel del mar, apenas si despuntan rocas en su superficie, simplemente porque estas permanecen bajo la capa helada desde hace miles de años.

Sir Ernest Shackleton pasó a la historia, no por haber logrado sus objetivos, sino más bien por haber fracasado en el intento, y pese a ello, salir vivo de la extraordinaria y mortal aventura.

Baste recordar que en febrero de 2009, es decir, «anteayer», al fin se desarrolló la tecnología necesaria para confirmar, ahora sí, la existencia de una imponente cordillera bajo la masa helada, de aproximadamente setecientos kilómetros de largo por casi doscientos cincuenta de ancho. Pero no solo eso: dicha cordillera, de una altura estimada similar a la de los Alpes, muestra en su base

la presencia de ingentes cantidades de agua líquida, en lo que podrían ser una suerte de ríos subglaciares que vendrían a añadir más misterios al origen de esta tierra sin tierra.

La noticia, que pasó sin pena ni gloria en los medios de comunicación, decía así:

> Bajo las nieves perpetuas de la Antártida se esconde una cordillera de montañas del tamaño de los Alpes y una gran cantidad de agua líquida, asegura un equipo internacional de expertos. Mediante el uso de sensores, científicos de Australia, Gran Bretaña, Canadá, China, Alemania, Japón y Estados Unidos realizaron el primer mapa detallado de la región, con lo que corroboraron la presencia de picos y valles detectados por especialistas rusos hace cincuenta años.

En Punta Arenas, en el salón del palacio Eduardo Nogueira, Shackleton pudo celebrar que habían sobrevivido todos tras casi dos años en los hielos antárticos. En su mente estaba la trágica expedición de Falcon Scott. Esta fotografía recuerda su paso por el lugar.

Fausto Ferraccioli, geofísico del British Antarctic Survey, manifestó que lo más sorprendente de la cordillera es su aspecto, muy parecido al de las montañas europeas. Además, destacó que la presencia de picos afilados sugiere que el hielo polar se formó muy rápido, pues de lo contrario las elevaciones hubieran sido erosionadas y aplanadas.

> Durante los trabajos de investigación los científicos detectaron también la presencia de agua líquida bajo el hielo. En ese sentido, Robin Bell, del Observatorio Terrestre Lamont-Doherty Earth de la Universidad de Columbia, señaló que en el fondo del grueso manto de hielo que cubre el territorio los instrumentos captaron la presencia del líquido.
>
> En la superficie, la temperatura era de treinta grados bajo cero, sin embargo, el agua se ubicó a unos tres kilómetros de profundidad, agregó. Se estima que la Antártida ha estado cubierta por hielo durante unos treinta y cinco millones de años, y contiene suficiente agua en forma de hielo capaz de elevar el nivel de los mares en cincuenta y siete metros si alguna vez llegara a derretirse.

Pues bien, este entorno tan hostil para el hombre, comparable perfectamente a la Luna, desde hace siglos ha despertado la fascinación de aquellos que, bien fuera a través de una imaginación desbordante, bien a base de fuerza, coraje, dinero y expediciones, han pretendido conquistar los secretos de la única región del planeta que, todavía hoy, permanece en gran medida inexplorada. Muchos de ellos inspiraron al indiscutible protagonista de este capítulo para, llegado el momento, llevar a cabo una de las aventuras más inauditas de la historia de la exploración humana. Muchos de ellos acudieron a estos hielos milenarios con el propósito de culminar un anhelo, y muchos de ellos perecieron en el intento…

Y es que la presencia de un inhóspito continente austral ya fue imaginada en tiempos pretéritos por hombres como Aristóteles, que consciente de la imposibilidad de comprobar su existencia, sí fue capaz de formular su presencia en la creencia de que en un planeta esférico como se estimaba era el nuestro, a fin de contrapesar las masas continentales del hemisferio norte, Dios, el Demiurgo o la

madre naturaleza debían de haber creado un continente similar en el hemisferio sur. Nacía así, hace dos milenios, la Tierra de Antiarktos —por oposición al Ártico—, lejana en el espacio y en el tiempo, anclada en los albores de la historia, cuando los elementos se enfrentaban unos a otros por la conquista del planeta, y aquí venció el frío…

En un ambiente gélido, eso sí, ni por asomo cercano al antártico, llegó al mundo Ernest Shackleton el 15 de febrero de 1874. Los verdes prados de Kilkee House, en el condado de Kildare, se cubrían de blanco cuando una cascada de nieve desbocada se precipitaba desde las cumbres cercanas sobre la frágil pradera. Era el mayor de diez hermanos, y como en las casas de clase media las cucharas estaban contadas, a los diecisiete años ingresó en la marina mercante, en primer lugar para que en casa la comida que había alimentara las bocas de sus hermanos, y en segundo lugar para labrarse un futuro acorde a las ambiciones románticas que atesoraba, tan alejadas de su antaño precaria situación como imprevisibles.

Las consecuencias de las hambrunas de finales de la década de 1840 aún se cebaban con algunos sectores de la población, a los que no quedaba más remedio que emigrar a otros países para lograr subsistir. Y en este entorno cercano a la miseria, el terrateniente protestante Charles Stewart Parnell lograba con su Partido Parlamentario Inglés que finalmente el Parlamento aceptara sus propuestas de autonomía, dando pie a la República Británica de Irlanda el 2 de agosto de 1881. En la misma se integraban todos los territorios irlandeses salvo el Ulster, de mayoría protestante y cuyas autoridades prefirieron permanecer bajo el paraguas de Inglaterra, sin intermediarios, en lo que fue el comienzo de un conflicto cuyas heridas, en pleno siglo XXI, aún no han cicatrizado.

Este era el mundo en el que Shackleton buscaba fortuna. Y parece ser que esta no tardó en aliarse con nuestro atrevido protagonista, porque ya a la edad de veinte años, y tras haber demostrado en apenas tres sus extraordinarias cualidades para la navegación y el mando, fue ascendido a teniente, y cuando, apenas cuatro años después, el siglo XIX llegaba a su ocaso, Ernest, con tan solo veinticuatro años, fue nuevamente ascendido; ya era el flamante capitán que desde niño había soñado ser.

Su vida dio un giro —uno más— con el nacimiento de la nueva centuria. En 1900 oyó hablar de una «misteriosa» expedición que estaba preparando el veterano lobo de mar Robert Falcon Scott, un hombre apenas seis años mayor que él, pero con una trayectoria brillante. Por aquel entonces eran muy pocos los lugares que aún quedaban inexplorados en el planeta, por lo que la organización de este tipo de empresas era llevada en el más absoluto de los secretos; todos querían reservarse el privilegio de ser los primeros en llegar a dichos enclaves situados en los confines del mundo.

Un año después, el diario londinense *The Times* publicaba la siguiente nota:

> *Men wanted for hazardous journey. Small wages. Bitter cold. Long months of complete darkness. Constant danger. Safe return doubtful. Honour and recognition in case of success.*
>
> «Se buscan hombres para un viaje peligroso. Paga reducida. Frío intenso. Largos meses en la más completa oscuridad. Peligro constante. Es dudoso que puedan regresar a salvo. En caso de éxito, recibirán honores y reconocimiento».

Si hay un barco célebre, casi tanto como el «insumergible *Titanic*», ese es el *Endurance* «Resistencia», capaz de atravesar los hielos que como un puzle infinito se extendía por el mar de Weddell. (Fotografía de Frank Hurley, del libro *Atrapados en el hielo*).

Para entonces, Shackleton ya había entrado en contacto con el capitán Scott, y lo que era más importante: ya sabía que formaba parte de la primera expedición del siglo XX al continente helado… Habían transcurrido seis décadas desde que el capitán de la Marina británica James Clark Ross llevara a cabo la última incursión en los hielos antárticos con cierto éxito a bordo de sus barcos *Terror* y *Erebus*, que acabarían por dar nombre a dos de los montes más emblemáticos del continente austral. Y es que en la mente de muchos de los integrantes de esta nueva expedición aparecían, como fantasmas venidos del pasado, las historias de los desaparecidos, de aquellos que en su intento por llegar a la región más remota del orbe terrestre perdieron la vida, o simplemente se esfumaron para siempre. Nombres como los de los marinos John Franklin o Georges Nares eran sinónimos de fracaso, como una advertencia de lo que podría encontrar el osado que pretendiese

profanar el silencio de la Antártida.

Pese a las complicaciones que día tras día iban avocando la expedición hacia el más rotundo fracaso, cuando no hacia la muerte de todos sus integrantes, el ánimo de Shackleton jamás decreció, manteniendo siempre la expresión serena de esta instantánea. (Fotografía de Frank Hurley, del libro *Atrapados en el hielo*).

Pero ellos atravesaban el ecuador de la llamada edad de oro de la exploración antártica, y no solo eso: eran los indudables protagonistas de un tiempo difícilmente repetible.

El capitán Scott, además, poseía los más altos atributos del marino británico: por un lado ansiaba llegar allí donde nadie antes lo había hecho, pero prefería sacrificar su deseo personal por el

avance de las ciencias. No en vano la Expedición *Discovery* —así se llamaba el barco— estaba estructurada de tal modo que el objetivo fundamental era, una vez llegaran a los hielos del sur, llevar a cabo una serie de investigaciones científicas, y ya de paso, iniciar la exploración de un continente todavía hoy desconocido para el hombre. Y para desarrollar tamaña empresa, Scott contaba con el respaldo de prestigiosas instituciones como la Royal Society, o la Royal Geographical Society, que no dudaron a la hora de facilitar cuanto estuvo a su alcance para que finalmente la expedición llegase a buen puerto.

Nada es predecible en aquel recóndito lugar, así que una vez allí, unido al mal tiempo reinante, uno de los hombres de Scott, el segundo oficial Albert Armitage, dejó escrito en su autobiografía que las relaciones entre el capitán y el joven tercer teniente Shackleton fueron poco venturosas desde el inicio de la travesía. El carácter firme y disciplinado de Scott parecía colisionar frontalmente con la vehemencia calculada que parecía mostrar aquel muchacho, elegido más por su fortaleza física que por su destreza; eso al menos pensó el capitán Scott cuando apenas un año antes decidió incorporarlo a su tripulación, y no solo eso, sino también convertirlo, como ya dijera anteriormente, en su tercer hombre de confianza.

En agosto de 1901 el *Discovery* zarpó rumbo al estrecho de McMurdo, en la Antártida. Pese a que dicha expedición, como tantas otras, se quiso vestir con los carísimos trajes del progreso de la ciencia, lo cierto es que pocos podían obviar que el continente helado jamás había sido habitado: allí no había tribus salvajes que acosaran a los exploradores, en ocasiones causándoles la muerte, como ocurría en las selvas del Amazonas. El peligro real lo representaban los fuertes vientos de hasta trescientos kilómetros por hora, los cambios de temperatura extremos, el desconocimiento del terreno por el que se transitaba…

Entrada al Shackleton Bar de Punta Arenas, donde los expedicionarios pudieron celebrar su supervivencia, cosa extraña cuando fracasaban este tipo de empresas.

Para Shackleton aquella primera toma de contacto con el frío polar fue decisiva cara a sus aspiraciones futuras. Con el *Discovery* amarrado en la costa helada, inició la travesía transantártica acompañando al doctor Edward Wilson y a Robert Falcon Scott. Es probable que la improvisación que constantemente sobrevoló la difícil empresa de llegar hasta el Polo Sur, y así reclamarlo para el Reino Unido, facilitara que desde el inicio de la misma se gestara una idea en la mente del joven tercer oficial. Y es que si salía con vida de esta aventura, sabía a la perfección qué no debía hacer. Así, el 2 de noviembre iniciaron la marcha con cinco trineos atiborrados de víveres, ropa, material científico… y diecinueve perros, que por lo que se vería poco después, debían de estar menos acostumbrados a deambular por estas regiones que sus amos. Frente a ellos, una durísima travesía de más de mil kilómetros hasta alcanzar su objetivo; travesía que se convirtió en un infierno, gélido, eso sí…

Los animales pronto sufrieron los avatares del clima y

comenzaron a caer, obligando a los tres expedicionarios a tirar durante horas de la pesada carga, arrastrando los trineos por lugares prácticamente intransitables. La naturaleza salvaje se revolvía con violencia a cada jornada, como si no desease que aquellos osados alcanzasen su objetivo; como si los estuviera advirtiendo de que, de continuar, acabaría con sus vidas. La situación alcanzó límites esperpénticos cuando los perros, cansados y ateridos de frío, decidieron que era el momento de plantarse. Incluso el propio Scott reflejaba la insólita escena en su diario de ruta:

> En conjunto, nuestros esquís hasta ahora han sido de poca ayuda… Los perros se han convertido en un estorbo; tuvimos que atarlos a los trineos […] Sacamos a los animales de las tiraderas y arrastramos los trineos nosotros mismos durante siete horas, recorriendo dieciséis kilómetros, mientras los perros caminaban regularmente al lado de los trineos.

Llegados a este punto, imaginemos a esos tres valientes, caminando con la nieve hasta las cejas, atravesando la ventisca mientras los poderosos canes los seguían despacio, a cierta distancia, que por algo se encontraban cansados…

Los días pasaron y el desánimo comenzó a cundir entre aquellos hombres, que veían pocas salidas a la encerrona en la que, como burros que persiguen la zanahoria, se habían metido. Las tensiones, especialmente entre Shackleton y Scott parecían aumentar conforme pasaban las horas, al punto de que este último, tal y como reflejara a la vuelta el doctor Wilson, y también el capitán del *Discovery*, quién sabe si en un estado alterado de conciencia propiciado por el intenso frío llegó a insultar de manera obscena a su tercer teniente, lo que propició que a partir de entonces, y hasta que lograron escapar de las terribles garras del hielo antártico, no se dirigieran la palabra.

Es simplemente dantesco pensar en tres hombres, sometidos a los vaivenes del más extremo de los climas, donde el apoyo y la confianza en tu compañero es clave para continuar vivo, manteniendo su dignidad británica por encima de cualquier eventualidad, al punto de no doblegar su orgullo, aunque con ello,

como ya he comentado, les fuera la propia vida.

Sea como fuere, tres meses después de partir, Ernest tuvo que abandonar la expedición aquejado de escorbuto. Era el 3 de febrero de 1903, y el joven marino y explorador no dejaba de toser y de expulsar sangre por la boca.

Finalizaba así, de manera quizá demasiado drástica, su primera incursión antártica; pero nacía la necesidad imperiosa de regresar, más aún cuando, a pesar de no haber logrado su objetivo, se convirtió en uno de los pocos hombres en pisar por vez primera los 82° 17’
sur, es decir, el punto más austral jamás alcanzado por el ser humano. Fue el 31 de diciembre de 1902, y a apenas ochocientos kilómetros de su meta, se veían obligados a regresar. Lo contrario era equivalente a perder la vida…

Pasando el límite de las cien millas…

Si bien es cierto que las voces más autorizadas aseguran que al emprender la vuelta a casa Shackleton ya estaba enfermo de escorbuto, y el buen criterio del capitán Scott dictó que el paciente debía partir rumbo al Reino Unido, no lo es menos que a esas alturas, después de casi dos años juntos, las tensiones entre ambos marinos parecían aumentar a un ritmo vertiginoso.

El doctor Wilson comentaría años después que en plena travesía el capitán Scott se dirigió a ellos, porque allí, salvo perros no había nadie más, en los siguientes términos: «Venid, cabrones».

A la pregunta del médico de si se refería a él, este señaló con odio irracional a Shackleton, y cuando este quiso saber si se dirigía a él, Scott respondió: «Sí, usted es el mayor cabrón de todos, y cada vez que se atreva a hablarme así me las pagará».

Por un lado, Scott veía en su suboficial a un muchacho de provincias que había aprendido el oficio en la marina mercante, lo que a ojos de un capitán de la Marina Real era un desprestigio; oficiales de segunda… Y por otro lado, Ernest no soportaba los aires de grandeza tan propios de la aristocracia militar, que con la excusa de agrandar el glorioso imperio únicamente buscaban con ahínco la propia gloria. Es probable que este y no otro motivo fuera el que

llevó al capitán Scott a tomar la decisión de deshacerse de Shackleton de manera tan sorprendentemente fulminante; esto, y que el joven irlandés cada vez gozaba de mayor predicamento entre los miembros de la tripulación, que veían en él la figura de un líder nato.

Los impresionantes hielos del fin del mundo frenaron el avance del *Endurance*, al punto de que si el objetivo era atravesar el continente helado por vez primera, ni tan siquiera lograron tocar tierra.

Si tal era la pretensión del veterano capitán, la táctica le salió mal, porque al regreso de Ernest Shackleton a las islas Británicas fue recibido como un héroe. Su travesía antártica, y la demostración de que habían logrado llegar hasta el punto más austral del planeta, al menos hasta ese momento, fueron motivos más que suficientes para que él, hombre carismático y muy inteligente, pusiera en marcha sus dotes de persuasión para emprender exploraciones más ambiciosas, conseguir apoyos entre las instituciones científicas y financieras, y para que, a partir de ese instante, su nombre ya no fuera olvidado, ni por grandes ni por pequeños. Porque su futuro se estructuraba en su cabeza con sorprendente precisión, y si todo iba como él planificaba, el capitán Ernest Shackleton pasaría a la

historia…

Es en este tiempo, tras la Expedición Discovery, cuando el protagonista de este capítulo dio un pequeño parón a sus ambiciones y aprovechó, entre otras cosas, para casarse con su novia de toda la vida, la joven Emily Dorman, que además era hija de un poderoso abogado. Los años pasaron, y si bien es cierto que todos recordaban la aventura de Shackleton junto a uno de sus marinos más apreciados, tales credenciales de poco le habían servido a la hora de iniciar otras empresas como el periodismo o la política, donde sufrió varios fracasos estrepitosos.

Y él, que además estaba al cabo de todo cuanto se refería a nuevas expediciones antárticas, tenía meridianamente claro que si alguien podía alcanzar la última de las metas invioladas de nuestro planeta, ese, sin duda, era él.

Tras siete meses de intensos preparativos, intentando sin éxito obtener el apoyo de las diferentes instituciones científicas de su país, Shackleton ya estaba preparado para emprender nuevamente la dirección al Polo Sur. Sus fuerzas renovadas y su experiencia anterior le daban la suficiente seguridad para lanzarse a una aventura que, como otras antes, tenía un final incierto. Pero ese era el riesgo que asumían quienes deseaban alcanzar un sueño, y ya de paso el reconocimiento de ser los primeros… Por otro lado, el irlandés quería demostrar que estaba capacitado para llevar a cabo esta y otras empresas que requiriesen de inteligencia, dotes de mando y fortaleza física. No podía olvidar el libro publicado en 1905 por Robert Falcon Scott titulado *The voyage of the Discovery*, donde, al margen de narrar las aventuras y desventuras de su expedición al punto más austral del planeta, daba una serie de pistas sobre el regreso obligado de su suboficial, enfermo debido a su fragilidad física.

Ahora él era el ideólogo; no debía dar cuentas a nadie, salvo a Dios y a Su Graciosa Majestad. De este modo, y tras obtener parte de la financiación de manos privadas, entre ellos del conde de Iveagh, Edward Guinness, que pertenecía a la familia que producía la cerveza del mismo nombre, o del magnate industrial sir William Beardmore, sin duda alguna su mayor benefactor, logró reunir la cantidad de 30 000 libras, con las que, entre otras inversiones, compró el barco polar *Nimrod*, muy alejado en dimensiones —y

principalmente en precio— de su primer objetivo, un navío noruego de setecientas toneladas. Cuentan los cronistas que cuando el *Nimrod* arribó a las costas inglesas en junio de 1907, aquellos que aguardaban impacientes su llegada no pudieron evitar una sensación de náusea al comprobar que el fortísimo olor a aceite de foca que se apoderaba del ambiente procedía del viejo barco, al que, a simple vista, le hacía falta más de un apaño. Pero Shackleton no era hombre de grandes ni pequeñas flaquezas, y tras reponerse del impacto inicial, fue consciente de que aquellas viejas tablas con las que pretendía llegar al lugar más inhóspito del planeta poseían unos mimbres robustos y moldeables. Así las cosas, un mes más tarde, y tras presentar los propósitos de la ya bautizada como «Expedición Antártica Imperial Británica» a la todopoderosa Royal Geographical Society, el *Nimrod* zarpó ante un público expectante y entusiasmado que despedía a aquellos héroes, entre los que no se encontraban ni Shackleton ni sus suboficiales, que se unieron a la expedición en Nueva Zelanda. Desde allí, el horizonte, una vez más, se tornaba blanco. Era el 31 de diciembre de 1907, y ahora sí, la gran aventura daba comienzo…

El 19 de octubre de 1908, y tras sufrir los avatares del duro invierno antártico, Shackleton inició la expedición saliendo de la cabaña de apenas sesenta metros cuadrados que levantaran en esta latitud del cabo Royds, en la Gran Barrera de Hielo, meses atrás. Junto a él iban cuatro caballos de Manchuria, acostumbrados a las gélidas temperaturas de las estepas siberianas, y el teniente Jameson Adams, el doctor Eric Marshall y su amigo Frank Wild. Conforme avanzaron hielo adentro comprobaron que la idea de llevar caballos no era demasiado buena, puesto que estos resbalaban más de lo deseado, y quedaban encajados en la nieve hasta la misma crin, con el esfuerzo añadido de tener que liberarlos de esta jaula natural. Finalmente acabaron matándolos, y como en estos lares los alimentos escasean…

Las vicisitudes empezaban demasiado pronto, pero no cundió el desánimo. Shackleton había previsto que la travesía hasta el Polo Sur duraría noventa y un días, en los que habrían de recorrer más de 2700 kilómetros —contando con el regreso—, y previsor como era se aprovisionó lo suficiente como para, llegado el momento, aguantar hasta ciento diez días.

En el citado Shackleton Bar se exponen esta serie de dibujos que recuerdan la aventura vivida por el irlandés y sus hombres, porque en este caso la resistencia del protagonista de estas páginas fue clave para que finalmente salieran ilesos.

Cansados, al coronar una pequeña colina, algo a lo lejos captó su atención. Era un «objeto» de tamaño descomunal que brillaba casi tanto como el propio astro rey postrado sobre la superficie de una cadena montañosa de proporciones inimaginables. El equipo de expedicionarios continuó camino con la intención de ver satisfecha su curiosidad y descubrir qué había detrás de la potente luminosidad. Al cabo de unas horas llegaron allí donde la Gran Barrera de Hielo comenzaba su ascensión, o más bien su caída, por la pendiente de una montaña infinita, creando un maravilloso espectáculo de hielos gigantescos y encorvados, en los que se reflejaba el sol con tal fuerza que reflectaba la potente luz que ellos, unas horas antes, habían contemplado. Se hallaban en la base de un mundo desconocido: el glaciar más grande del mundo, al que en homenaje al hombre que apostó por su empresa desde los comienzos, el industrial sir William, fue bautizado con el apellido de este, pasando a llamarse glaciar Beardmore.

Las circunstancias empezaban a pasar factura: los miembros se congelaban, la nieve los cegaba y el hambre hacía mella en el ánimo de los exploradores, pese a lo cual, tras hacer un recuento de los víveres que les quedaban y del tiempo que habrían de emplear

en su regreso, decidieron continuar. De este modo, Shackleton, Wild, Adams y Marshall siguieron camino más allá del impresionante glaciar, hasta que las fuerzas y las provisiones lo permitieron. Después, únicamente los esperaba, tan gélida como aquel mundo extraño, la muerte…

Una hazaña con final feliz

El esfuerzo fue extraordinario, pero finalmente lograron atravesar las montañas y, cegados por la nieve y con las articulaciones al borde la congelación, pisaron por vez primera la meseta continental. En ese instante, a apenas ciento sesenta kilómetros de la ansiada meta, las complicaciones se antojaban insalvables: su último caballo, el noble *Socks*, había caído en una grieta en el hielo muriendo en el acto, y Jameson Adams mostraba un aspecto deplorable. Si continuaban, el joven teniente no tenía posibilidad alguna de sobrevivir, y el resto, apenas ninguna. Además, los enfrentamientos se hicieron más evidentes entre algunos miembros de la expedición, tal y como tiempo después reflejaría Wild en uno de sus escritos, en el que amén de plasmar las terribles vicisitudes pasadas, que tuvieron su *tempo horribilis* el día de fin de año de 1908 dada la dificultad que acarreaba caminar arrastrando los trineos por la meseta antártica, exponía su opinión respecto a sus dos compañeros Adams y Marshall, asegurando que

> si hubiésemos tenido aquí a Joyce y Marston —otros miembros de la expedición que tras ascender al monte Erebus regresaron al barco— en lugar de estos dos mendigos inútiles, habríamos alcanzado el Polo fácilmente.

Shackleton, a estas alturas, ya sabía que en tales condiciones anímicas y físicas el proyecto se volvía inabarcable, y decidió darse una última oportunidad: rebajaría considerablemente las raciones, en la creencia de que así lograría llegar al Polo Sur y regresar victorioso.

Sin embargo, la Antártida pronto lo devolvió a la realidad. El día amanecía con las mismas desavenencias climáticas —y personales—

de las últimas jornadas, y a la vista de que apenas avanzaban, el explorador irlandés decidió dar por finalizada la expedición. Era el 9 de enero de 1909, y se encontraban a tan solo 187 kilómetros de su objetivo. Cansado, con los dedos de los pies al borde de la amputación, consciente de que otros lo intentarían antes de que él se recuperase de sus heridas, miró a sus compañeros y, esbozando una extraña sonrisa, les gritó:

—Regresamos, es preferible ser asnos vivos que leones muertos…

No obstante, la Expedición Nimrod, como ya era conocida popularmente, no constituyó fracaso alguno. Aquellos hombres aguerridos habían traspasado esa línea invisible que marcaba el inicio del polo magnético: las cien millas, puesto que se habían quedado a apenas noventa y siete.

La vuelta fue extremadamente dura; no solo debían arrastrar los pesados trineos con las escasas provisiones que aún les quedaban sino que, para colmo de males, debían cargar con el cuerpo maltrecho —bien es cierto que poco pesado dado su estado— de Jameson Adams, al que más tarde se unió Frank Wild, que enfermó de disentería.

Fue un milagro, quizá el primer logro de la mentalidad luchadora de Shackleton, y de sus dotes casi sobrenaturales para lograr la supervivencia propia y la de su equipo en las condiciones más extremas que se puedan imaginar. Durante días y parte de las noches llegaron a recorrer una media de cuarenta kilómetros, ya que en la mente de todos estaba la orden que antes de partir había dado Shackleton a sus suboficiales:

—Hayamos regresado o no de nuestra empresa, partan el 1 de marzo cuando despunte el alba.

A apenas cincuenta y cinco kilómetros del glaciar Erebus, donde se suponía que permanecía anclado el barco a la espera de los expedicionarios, los sorprendió una fuerte tormenta de nieve que los obligó a permanecer en sus tiendas durante un día entero. Las posibilidades de llegar se reducían considerablemente, más aún cuando Marshall cayó rendido; su cuerpo ya no podía más. Tan solo les quedaban cuatro días; había que tomar una decisión rápida…

Fue entonces cuando Ernest, agarrándose al calor del último clavo, sin pensarlo dos veces dejó a sus compañeros y partió junto a

Wild a toda la velocidad que le permitían sus maltrechas piernas: tenía que llegar al refugio de Hut Point aunque en ello le fuera la vida, cosa que, en este lugar, era algo más que una frase hecha…

La tarde del 28 de febrero alcanzaron su destino. A lo lejos, desde aquellas alturas, se apreciaban los mástiles del *Nimrod*. La tripulación se debatía entre los que querían zarpar en la fecha señalada y los que deseaban quedarse a pasar el invierno polar, para después ir en busca de los cadáveres de sus compañeros y así darles una digna despedida, como sin duda se merecían aquellos héroes.

Un joven grumete cuya opinión en tales disquisiciones contaba poco, estaba apostado junto a la proa de barco, observando la magnificencia de los hielos que como un manto de satén se extendían en lontananza, ascendiendo con elegancia por las elevadas montañas hasta que estas quedaban sepultadas en su totalidad. Y fue en ese instante cuando su rostro lechoso palideció aún más; de su boca apenas si emergieron leves sonidos guturales, hasta que, sobrepuesto a la impresión inicial, gritó como si en ello se le escapara el último hálito vital.

—¡Hay alguien en el refugio! ¡Alguien ha encendido el fuego y se ve la columna de humo! ¡Están vivos!

El resto de los marineros acudieron a la voz de alarma del grumete, comprobando que el muchacho no se equivocaba. La euforia cundió entre la tripulación: sus compañeros habían logrado sobrevivir. Horas más tarde, Ernest Shackleton y Frank Wild abordaban el *Nimrod* entre vítores, sonrisas y alguna lágrima, y tres días más tarde lograban traer de vuelta, casi moribundos, todo sea dicho, a Eric Marshall y Jameson Adams. La hazaña de estos cuatro valientes, que habían superado en más de quinientos kilómetros el anterior registro marcado por Scott y el propio Shackleton en 1902, no tardó en dar la vuelta al mundo. La gloria lo aguardaba con los brazos abiertos; pero él sabía que esa gloria era efímera, tan limitada como lo era la propia vida. Porque lo que él ansiaba era otro tipo de gloria: la eterna…

La tragedia nacional

Los años sucesivos fueron un cúmulo de parabienes, homenajes, conferencias y algún libro en el que se narraba la epopeya vivida por la tripulación del *Nimrod*, y especialmente de los cuatro supervivientes. El objetivo de Ernest era, en base a su popularidad, obtener más inversores para emprender una nueva aventura a los hielos del sur, contando, ahora sí, con las instituciones científicas que antes le negaron el apoyo. Y en ello estaba cuando se produjo una tragedia que conmocionó a la opinión pública en el Reino Unido.

Por aquellas fechas de preguerra, los exploradores polares permanecían al margen de los conflictos políticos que auguraban años poco venturosos para la humanidad. La carrera por llegar al Polo Sur se había puesto en marcha casi una década atrás, y muchos eran los que querían, ahora sí abiertamente y sin vestir sus expediciones de pomposos argumentos cuyo afán era contribuir al avance de las ciencias, ser los primeros y reclamar aquellas tierras cubiertas por los hielos milenarios para sus respectivos países. Así estaban las cosas cuando los medios de comunicación británicos anunciaron a bombo y platillo que el explorador noruego Roald Amundsen había decidido, a última hora y tras conocer que Robert Peary ya había conquistado el Polo Norte, desviar la ruta que lo llevaba en dirección al Ártico para dirigirse al sur y afrontar, de una vez por todas, la conquista del Polo Sur. Shackleton aún no contaba con el dinero necesario para emprender tamaña expedición. Apenas si había pasado un año desde que estuvieran a punto de perecer, y aún eran muchos los cabos que tenían que amarrar. La rabia y la pena le encogían el alma al adivinarse como espectador de una aventura que le hubiera gustado protagonizar, mucho más cuando esos mismos medios lanzaron las campanas al vuelo anunciando que otro de sus grandes héroes, el capitán Robert Falcon Scott, había decidido participar en dicha carrera tras recibir un mensaje del propio Amundsen desde la isla de Madeira anunciándole sus objetivos. Las velas del *Terra Nova* ya rompían las aguas del Atlántico en dirección a un sueño…

Los hombres de Amundsen partieron de su base en la bahía de Ballenas, en el mar de Ross, el 19 de octubre de 1911, llevando con ellos cuatro trineos y cincuenta perros, que a la postre se adivinarían fundamentales para llevar a cabo sus propósitos. Y así,

después de seguir una nueva ruta que ellos mismos abrieron, y que los obligó a ascender los terribles montes transantárticos antes de afrontar la vasta planicie sembrada de trampas en forma de grandes grietas en el hielo de la meseta continental, el 14 de diciembre de ese mismo año levantaban las lonas del campamento Polheim, en el Polo Sur, donde antes de partir dejaron varios utensilios y la bandera noruega, así como una carta que atestiguaba que ellos habían sido los primeros en alcanzar esta latitud. Las posibilidades de perecer al regreso eran muy altas…

Robert Falcon Scott, siguiendo la misma ruta que apenas un año y medio antes había estado a punto de costarle la vida a Shackleton, llegó treinta y cinco días después. Es posible que al contemplar la bandera de su «enemigo», Scott fuera consciente de que desde ese mismo instante la muerte lo abrazaba despacio…

La vuelta, con los caballos que los habían acompañado hasta entonces ya muertos, y todos los elementos en contra de su supervivencia, hicieron que Scott escribiera en su diario, que sería publicado un año más tarde, las siguientes palabras:

> Moriremos como caballeros. Espero que esto demuestra que la capacidad de sacar fuerzas de flaqueza y de sufrir no ha desaparecido de nuestra especie […]
>
> Si hubiésemos vivido, podría contar una historia de penalidades, resistencia y valor de mis compañeros que habría conmovido el corazón de todos los ingleses. Estas apresuradas notas y nuestros cadáveres contarán la historia…

En el diario, Scott dejaba patente la valentía que mostró el capitán Lawrence Oates, un gigantón de treinta y dos años nacido en Londres que, consciente de la carga que estaba suponiendo su precario estado de salud para el regreso de sus compañeros, la noche en que precisamente cumplía años, se dirigió a los expedicionarios, y antes de salir de la tienda y perderse entre la fuerte ventisca les dijo:

—Voy a salir; puede que por algún tiempo…

Meses más tarde, los cadáveres del resto de los exploradores eran encontrados en el interior de la tienda, a apenas diecisiete kilómetros de un depósito de alimentos que, sin duda alguna, habría

supuesto su salvación.

Si bien Scott no alcanzó la gloria reservada a los héroes por haber logrado ser el primero en colocar la bandera del Reino Unido en el Polo Sur, su historia de supervivencia lo convirtió en un mito. Sus diarios fueron posteriormente publicados —y convenientemente revisados con anterioridad por James Barrie, autor de *Peter Pan*—, y causaron tal conmoción que muchos no dudaron a la hora de comparar su historia a la de otro héroe nacional: el almirante Nelson.

A esas alturas la tragedia había relegado a un segundo plano la aventura protagonizada por Shackleton y los suyos no mucho tiempo antes. Pero aquella es tierra que precisa de grandes personajes y de grandes épicas, por lo que las intenciones de una nueva expedición despertaron el orgullo patrio, algo mermado por el logro del noruego. Así, el capitán Ernest Shackleton dejaba por escrito, en una mezcla de lastimero *mea culpa* y de eufórico orgullo, cuál sería su inminente objetivo:

> Desde el punto de vista sentimental es el último gran viaje polar que pueda hacerse. Será un viaje más importante que ir al Polo y regresar, y creo que le corresponde a la nación británica llevarlo a cabo, pues nos han derrotado en la conquista del Polo Norte y en la conquista del Polo Sur. Queda el viaje más largo e impresionante de todos: la travesía del continente.

Atrapados en el hielo

Una vez más, conseguir los fondos para sufragar la ambiciosa expedición no solo llevó muchos meses, sino muchas súplicas y concesiones por parte de los organizadores. Pero al fin, gracias principalmente al apoyo del gobierno británico y a un rico magnate llamado James Key Caird, que aportó la fantástica cantidad de 24 000 libras, unido a que los derechos de información fueron vendidos con anterioridad a la partida al *Daily Chronicle*, a comienzos de 1914 Shackleton adquiría a una compañía noruega la

impresionante goleta *Polaris*, un barco que nunca antes había navegado y que, al margen de estar construido con planchas de roble y de pino noruego, estas habían sido recubiertas además de madera de ocote, una especie arbórea tan resistente que los maestros constructores debían trabajar con un tipo de herramienta especial.

Era, por qué no decirlo, una obra de arte cuyos detalles habían sido cuidados al extremo, así como su resistencia a las fuerzas desbocadas de la naturaleza, a las que sin duda se iba a enfrentar en unos meses. Y Shackleton, recordando el viejo lema familiar *Fortitudine Vincimus* —«Vencemos gracias a la resistencia»—, decidió rebautizar el barco: nacía así, fiel a su traducción —«Resistencia»— una leyenda: el *Endurance*…

Por aquellas fechas, Shackleton ya se había convertido en un auténtico referente para su tripulación. El hecho de que, al contrario de otros, antepusiese la propia vida y la de sus marineros a la obsesión casi diabólica por alcanzar antes que nadie sus objetivos, lo hizo garante de una lealtad casi ciega por parte de aquellos que lo acompañaron en todas y cada una de sus expediciones. Un ejemplo de ello fue su compañero durante la de 1909, Frank Wild, que inicialmente no veía en aquel tosco irlandés al hombre capaz y preparado que se suponía para una aventura de tales dimensiones. Wild acabaría reconociendo que jamás antes había conocido a nadie igual. Cuando peor se encontraban, acariciando la guadaña de la negra dama, al borde de la congelación, Shackleton, consciente de la debilidad de su compañero lo obligó a consumir parte de la minúscula ración de comida que les correspondía cada día. Fue una galleta, poco más, pero suficiente para que desde aquella inolvidable jornada, Frank Wild, ahora segundo de a bordo, jurase fidelidad eterna a aquel hombre.

Así, el 1 de agosto de 1914 el majestuoso *Endurance* zarpaba desde el puerto londinense. El barco aún se encontraba navegando por aguas inglesas cuando tres días más tarde el primer ministro Winston Churchill puso en conocimiento de la nación que Alemania acababa de entrar en guerra con Rusia, por lo que el «contagio» a otros países europeos era inminente.

Ernest, atento a los acontecimientos que se estaban

desencadenando, veía pasar los minutos con la misma zozobra que le recordaba constantemente que en un mar de aguas bravas ni el más sólido de los buques evitaría irse a pique. En este caso lo que se podía ir a pique era su aspiración de iniciar la expedición, ya que en sus filas destacaban varios hombres que perfectamente podían ponerse al mando de un buque de guerra. En las siguientes jornadas, la tensión se apoderó de la tripulación; tras meses de intensos preparativos, un imprevisto ajeno a todo cuanto ellos controlaban les plantaba cara, como si de una maldición se tratase; como si el viento del frío quisiese evitar que aquel hombre de aspecto bonachón y tamaño considerable, casi tanto como su tozudez, emprendiese el camino que lo había de llevar a realizar la empresa más espectacular jamás llevada a cabo. Y como el destino a veces corta los hilos con los que los dioses manejan al ser humano, el 8 de agosto, tras cuatro días de incertidumbre y dolor intestinal, el *Endurance* dejaba atrás las costas británicas.

Minutos antes, el Almirantazgo había enviado un telegrama tan escueto como aliviador: «Prosigan».

Y ellos, habitantes de las nubes, preferían alejarse de estas, porque en la vieja Europa los aires parecían traer olor a sangre y a trinchera, y los cielos se llenaban por momentos de grandes bombarderos con la intención de hacer mucho daño.

La travesía de casi dos meses y medio hasta Argentina se hizo pesada, especialmente porque la falta de combustible los obligó a quemar parte de la madera que pensaban utilizar para construir la cabaña que debería ser la base de la expedición, y llegado el caso, aguantar el invierno austral. Una vez en Buenos Aires, ultimaron los detalles de la expedición, cargaron los setenta perros que iban a acompañarlos a lo largo de las jornadas sucesivas y se aprovisionaron más aún; las noticias que llegaban desde el sur no eran precisamente venturosas. Los fríos aún no habían dejado paso a una primavera más cálida, y el hielo, que a estas alturas no se había quebrado, era el dueño y señor del mar de Weddell, y se atisbaba como una nueva amenaza para Shackleton y sus hombres. Amenaza a la que, dejando obsesiones a un lado, el legendario irlandés, que poco antes de partir había sido nombrado Sir por las proezas llevadas a cabo en todos aquellos años de difícil exploración, no parecía prestar una atención especial.

El 26 de octubre de 1914, el barco, flamante en su traza y aterrador en su aspecto, pintado de negro para que su silueta destacara aún más entre los azulados hielos de la Antártida, zarpó en dirección a la isla de San Pedro, donde se estimaba que realizarían su última parada antes de afrontar el resto de la travesía hasta el Atlántico Sur, donde enfilarían el tramo final de la navegación.

Es importante destacar que a bordo del *Endurance* viajaba un voluntarioso fotógrafo autodidacta australiano llamado Frank Hurley, que años atrás, al mismo tiempo que Ernest se debatía entre la vida y una muerte demasiado avariciosa de regreso del glaciar Beardmore, «asaltaba» en su cabina del tren al legendario explorador polar, también australiano, Douglas Mawson, ofreciéndole sus servicios para la expedición que este estaba preparando. Sea por la razón que sea, al veterano aventurero hubo de hacerle gracia la férrea voluntad y la ilusión que mostraba el muchacho, porque unas jornadas más tarde Hurley recibió una notificación que cambiaría el rumbo de su vida: había sido aceptado.

Es posible que nunca sepamos quién sacó más beneficio de aquel inesperado acuerdo, si Mawson o Hurley, porque el trabajo que este desarrolló durante los meses que duró la empresa, al margen de un elevado número de fotografías de una calidad excepcional, también filmó varios cientos de metros de cinta de acetato que posteriormente servirían para montar la exitosa película *La casa de la ventisca*, gracias a la cual Mawson alcanzaría el Olimpo de los mitos. Dicha cuestión no pasó desapercibida para su nuevo jefe, que apostó por el terco en extremo australiano, en uno de los más grandes aciertos que Ernest tendría durante los meses que duraría la Expedición Imperial Transantártica; meses que acabarían por transformarse en años…

Así las cosas, el 5 de noviembre el barco noruego entraba en el puerto de Grytviken, el que fuera hasta mediados de la década de los sesenta el principal puerto ballenero del Atlántico Sur, en el que las aguas estaban teñidas de un desagradable color rojo y las playas aparecían rebosantes de los restos descuartizados de los grandes cetáceos. No obstante, la comunidad noruega que habitaba el remoto enclave recibió a los expedicionarios con júbilo, haciendo

gala de una exquisita hospitalidad. Una vez allí, Shackleton confirmó las noticias que recibiera en Buenos Aires once días atrás: los avances meteorológicos no se presentaban halagüeños, ya que las placas de hielo alcanzaban al norte masas oceánicas jamás vistas; al menos por el hombre de entonces.

El carácter optimista de nuestro protagonista, una vez más, hizo que extrajera lo que de positivo tenía la inesperada eventualidad, y la planificada en principio como corta estancia en la isla acabó por alargarse un mes completo. Tiempo que aprovecharían para entrenar a los perros, tomar muestras geológicas de la región, aprovisionarse con víveres más frescos y, sobre todo, para que los hombres descansaran y afrontaran así el último tramo del viaje antes de llegar a la Antártida con fuerzas renovadas.

Era importante que, además, se fueran conociendo entre ellos, y que las pequeñas disputas que habían experimentado en jornadas anteriores quedaran en el olvido. Cuenta Carolina Alexander, en su fantástico libro *Atrapados en el hielo*, que dos de los tripulantes que abandonarían el barco en la capital argentina, un tal Irving y otro personaje llamado Barr, se enzarzaron en una discusión cuyas consecuencias no fueron todo lo correctas y civilizadas que debieran haber sido:

> A Irving le hicieron un corte en la cabeza con una espada y a Barr le rompieron una gran maceta en la cara.

Qué duda cabe que para Ernest Shackleton las «relaciones sociales», a punto de afrontar el mayor riesgo de sus vidas, tenían que ser fundamental y necesariamente correctas. No olvidaba que él había sufrido en sus carnes con Robert Falcon Scott las consecuencias nefastas que se derivaban de una mala relación entre personas cuyas existencias dependían en gran medida del comportamiento recíproco de unos con otros, y estaba convencido de que entre las causas de la muerte del ya legendario capitán de la Marina Real Británica y de todos sus hombres, en una parte muy importante radicaba el carácter altivo, distante y en ocasiones dominante que este manifestaba hacia los que consideraba inferiores. No en vano una de las características principales de los barcos de Scott era su división en zonas estancas en las que, dependiendo del rango, cargo o disciplina, se separaban a unos

miembros de la tripulación de otros, al punto de que hasta que no llegaban a su destino apenas si tenían contacto entre ellos. Y eso era algo que Shackleton rechazaba de firme. Sobrevivir sin confiar en el hombre que tenías al lado se antojaba una tarea harto difícil.

El *Endurance* ya estaba preparado para partir hacia su destino incierto. El 5 de diciembre de 1914, cuando las alarmas antiaéreas despertaban entre la población del viejo continente miedo y desesperación, los aventureros, guiados por la mano firme del capitán Frank Worsley al timón, y por la decisión y el pundonor del irlandés, vieron cómo, según se alejaba el barco, la bahía Cumberland de Grytviken iba adquiriendo unas dimensiones liliputienses, rodeada por un impresionante circo de montañas cubiertas por el hielo y la nieve. Ahora sí, no había marcha atrás…

Al cabo de unas semanas, el poderoso navío polar rompía los hielos del mar de Weddell, abriéndose paso con cierta dificultad con la vista puesta en la bahía Vahsel, donde estaba previsto que los expedicionarios tomaran tierra. El sonido de los grandes bloques helados que como un puzle imperfecto y colosal parecían oponerse al paso del *Endurance*, eran similares al canto de una sirena que atrae al marinero osado hacia una muerte horrible. Sirena ronca, todo sea dicho, porque los crujidos calaban en lo más profundo del ánimo de los miembros de la tripulación, que, temerosos, se refugiaban en sus camarotes, conscientes de que en cualquier momento las extremadamente resistentes maderas del casco se astillarían en mil pedazos.

Hurley, que en cierto modo se acabaría convirtiendo en el cronista de la expedición, y no solo por sus fotografías sino por su más que rica prosa, escribía a mediados de aquel mes:

> Todo el día hemos usado el barco como ariete. Admiramos nuestro resistente barquito, que parece deleitarse luchando contra nuestro enemigo común, destrozando los témpanos con gran estilo. Cuando hace impacto, se detiene, se estremece desde la galleta a la sobrequilla, y entonces, casi de inmediato, el hielo empieza a quebrarse y nosotros, cual una cuña, forzamos la grieta poco a poco para poder pasar.

Imaginemos por un instante el esfuerzo titánico de estos

hombres luchando contra los elementos, como un apéndice más de un barco que desde esos momentos parecía quedar condenado, navegando hacia la leyenda… E igualmente imaginemos a Shackleton, Wild y Worsley atravesando el Círculo Polar Antártico la noche de Navidad. Y con la flema que caracteriza a los hijos de la Gran Bretaña, estrechándose las manos el día de Año Nuevo en el puente de mando, mientras el «clan de los escoceses» cantaba viejas canciones prohibidas en otro tiempo, iluminados por el sol de medianoche… El vello se eriza, y no por el frío.

En su avance, el *Endurance* despertaba la curiosidad de unos mansos pingüinos emperador, que al no saber qué era ese extraño artilugio tan negro como sus lomos, no salían huyendo; se limitaban a observar.

Es importante, llegados a este punto, que los remita a las extraordinarias —muy por encima de lo habitual— fotografías del constantemente citado Frank Hurley, pues una vez más el tópico se hace real: «Vale más una imagen…», porque por mucha intención que ponga a la hora de dibujar con palabras el entorno por el que intentó salir adelante el entrañable barco, no es comparable a contemplar una sola de esas impactantes instantáneas. Su visión lleva a cualquiera a la conclusión de que, fuera cual fuese el objetivo de la expedición, aquellos hombres estaban hechos de otra pasta.

Con el paso de los días el tiempo empeoró. Las nubes oscurecían el cielo, y este, como la mano de un dios inmisericorde, parecía que iba a aplastarlos a todos dando rienda suelta a su cólera en forma de fuertes vientos, de más hielo, más nieve… El *Endurance* quedaba atrapado por los grandes bancos más de lo previsto, y la fuerte presión que los hielos ejercían sobre la quilla desplegaba un siniestro concierto de maderas crujiendo y chirriando, que con la llegada de la tibia noche austral emergía como los lamentos de los espíritus de los que dejaron la vida sobre estas blancas praderas.

Sin embargo, aquel espectáculo único que inducía a cierta calma, escondía en su seno los elementos con los que se gesta la tragedia. El barco, al quedar «encallado» en los hielos, se movía a la deriva llevado en volandas, y haciendo que se fueran alejando poco a poco de su primer destino, la base antártica de Vahsel Bucht.

Al amanecer del 21 de enero, la situación empezaba a cobrar

tintes dramáticos, ya que la deriva circular de las aguas del mar de Weddell los alejaba cada vez más de tierra, augurando que los tiempos venideros no serían excesivamente fáciles.

Y así, a punto de cerrarse el primer mes del año, Hurley volvía a reflejar en su diario lo que todos intuían pero nadie se atrevía ni tan siquiera a susurrar:

> Atrapados en el hielo […] Parece que estaremos atrapados toda la estación. Una notable bajada de temperatura a medianoche, registrada a quince grados bajo cero. Esto ha tenido por efecto congelar muchos de los pequeños estanques y cimentar los témpanos, lo cual no augura nada bueno […] La idea de pasar el invierno en un barco atrapado en el hielo es muy desagradable, no solo por el necesario entorpecimiento de nuestro trabajo, sino también por la relación forzada con los marineros, que, si bien son amistosos, no simpatizan mucho con el personal científico.

El verano austral estaba llegando a su ocaso, y ni los esfuerzos de la tripulación por abrir rutas de escape, quebrando con palancas y cinceles el duro hielo, ni las horas muertas jugando al fútbol sobre el improvisado campo de nieve, hacían desaparecer el terror de verse obligados a pasar en estas condiciones el invierno que se avecinaba, más cercano conforme los hielos iban cobrando una mayor fuerza. Así las cosas, era el propio Shackleton quien daba rienda suelta a sus temores, reflejando en el diario de bitácora que

> el verano se había ido; de hecho casi no lo tuvimos… Las focas desaparecían y los pájaros nos abandonaban. En el lejano horizonte, la tierra parecía disfrutar todavía de buen tiempo, pero ya no estaba a nuestro alcance.

Tras varias semanas navegando al antojo de las corrientes heladas del mar de Weddell, el *Endurance* quedaba atrapado por el hielo. Poco más era lo que se podía hacer, salvo prepararse para los meses de supervivencia extrema que les aguardaban.

Eran conscientes de las pocas posibilidades que tenían, pero aquel hombre de mirada limpia había logrado escapar años atrás al

peor de los infortunios, y era evidente que llegados hasta allí no iba a arrojar la toalla.

No obstante, el propio Ernest sabía que de no lograr pasar el duro invierno, jamás volvería a llevar a cabo una empresa de tales dimensiones. De Europa no llegaban noticias; no había quien las transmitiese, pero no era descabellado pensar que el continente se hallaba sumido en una guerra cruenta que iba a dejar mermados los recursos económicos de los países implicados durante décadas, amén de cercenar la vida de millones de personas.

Fue en esos momentos de desesperada impotencia cuando el médico de a bordo, Alexander Macklin, supo, tras una arenga de su líder, que las vicisitudes serían intensas, pero que con aquel hombre al frente saldrían victoriosos del infierno blanco en el que estaban quedando atrapados:

> Veíamos nuestra base, y eso resultaba, más que tentador, enloquecedor. Fue cuando Shackleton dio muestras de una de sus chispas de auténtica grandeza: no se enfurecía ni daba señales de la más mínima contrariedad; nos dijo, tranquila y sencillamente, que debíamos pasar el invierno en la placa, nos explicó los peligros y las posibilidades; nunca perdió el optimismo y nos preparó para el invierno.

Los meses fueron pasando bajo la férrea disciplina impuesta por Shackleton, cuya finalidad era que sus hombres no sucumbiesen a la desesperación y el tedio. Junio, julio y agosto se presentaban complicados, con apenas dos horas de cierta luz y el resto del día en el interior de la boca negra de un lobo helado, cuyos afilados dientes se desplazaban en silencio amenazando la integridad cada vez más frágil del *Endurance*.

Sin embargo, demostrando una resistencia sobrenatural, logró llegar a septiembre, y con ello al comienzo de la primavera. Las esperanzas de liberarse de la gélida jaula cobraron cada vez más fuerza, y los ánimos de la tripulación aumentaron al ritmo de la temperatura. La euforia se adueñó de los rudos hombres, salvo de Ernest, que en los momentos decisivos había manifestado su carácter alegre y optimista a prueba de cualquier eventualidad, y que ahora callaba, despertando el resquemor de todos…

Al amanecer del 26 de octubre, repentinamente, el barco se escoró más de
30°
a babor, abriendo vías de agua en el casco y emitiendo un sonido tan estridente que hizo que los tripulantes enmudecieran ante el desgarrado lamento del casco.

Esos instantes finales, la agonía y muerte de uno de los barcos más emblemáticos del siglo XX, sin duda el que más en la exploración polar, fueron descritos con maestría por Carolina Alexander en su magnífica obra —sin duda toda una referencia— *Atrapados en el hielo*. Decía así:

> El 27 de octubre amaneció claro y despejado pero frío, con una temperatura de veintidós grados y medio bajo cero. El hielo no había dejado de tronar, pero los hombres estaban demasiado fatigados para prestarle atención. Las bombas iban más y más de prisa y hubo quien improvisó una canción siguiendo su ritmo. La presión aumentó durante el día, y a las cuatro de la tarde llegó a su punto culminante. De un golpe, el buque se levantó con la popa en lo alto, mientras un témpano en movimiento arrancaba el timón y la cabina de popa. Luego, el témpano aminoró la marcha y el barco se hundió algo en el agua. Las cubiertas comenzaron a romperse hacia arriba, y cuando se desprendió la quilla, el agua penetró torrencialmente por todas partes.
>
> Todo había terminado. A las cinco de la tarde, Shackleton dio la orden de abandonar el buque. Se evacuó a los perros por deslizadores o toboganes de lona y se bajaron al hielo las vituallas que se habían preparado de antemano. El jefe, desde la cubierta vibrante, miró por el tragaluz del cuarto de máquinas y vio cómo las máquinas caían de lado cuando los tornillos y puntales cedieron.
>
> El *Endurance*, herido de muerte, se hundía lentamente mientras una mano invisible pero firme desgarraba sus entrañas…

La salvación

Sería demasiado extenso narrar al detalle lo acontecido a partir de esa jornada; simplemente diré que la genialidad y el temperamento afable de Shackleton estuvieron a una altura hasta ahora desconocida en ningún otro explorador antártico, tan dados a las grandes alharacas y a que se reconociesen sus méritos antes de alcanzar los objetivos. El enorme irlandés fue, es y será ejemplo descomunal de coherencia, de generosidad, de posponer su gloria a la salvación de sus hombres, fueran estos de noble cuna o de baja calaña. Su meticulosidad, unida a una sonrisa eterna y conciliadora, llevaron al capitán de la Marina Thomas
Orde-Lees,
hombre osco que meses atrás observaba cada movimiento de Ernest con recelo y desconfianza, a escribir:

> siempre es capaz de guardarse sus problemas y de mostrar una apariencia valerosa. Su inagotable alegría significa mucho para un grupo de exploradores decepcionados como nosotros. A pesar de su propia gran decepción, y todos sabemos que es desastrosa, solo se deja ver de buen humor y lleno de confianza. Es uno de los grandes optimistas vivientes…; entra en liza cada vez con el estado de ánimo con que todo boxeador entra en el cuadrilátero.

De no tomar medidas era coherente pensar que con la llegada del verano austral acabaran siendo encontrados, como ocurriera con Scott y sus hombres, congelados y con una carta póstuma entre las manos. Al inventariar las provisiones llegaron a la conclusión de que tenían existencias para aproximadamente nueve meses, racionando los alimentos y las bebidas. Semanas atrás, en Buenos Aires, tuvieron la precaución de aprovisionarse en exceso, ante los más que probables problemas que pudieran surgir durante la hasta entonces inabordable travesía transantártica. Y eso ahora, cuando ni tan siquiera habían tocado el continente, suponía el mayor de los aciertos.

Tras vaciar el barco naufragado de todo cuanto resultara útil en las jornadas venideras, en mitad de esta soledad helada, flotando

sobre un mar helado de varios cientos de metros de profundidad, levantaron el «campamento Océano», rescatando tres de los botes salvavidas de madera que viajaban a bordo del *Endurance* y que rápidamente fueron debidamente acondicionados y montados sobre las cuchillas de los trineos. Si se marchaban de aquel inhóspito lugar, y ante la posibilidad de que la banquisa se quebrara bajo sus pies, los botes irían donde fueran ellos.

En este tiempo de incertidumbre e inevitable aburrimiento, los perros, que en un principio se presentaban como una carga más que una ayuda, ahora suponían el principal foco de entretenimiento de una tripulación cada vez más desasosegada, más abandonada a su cruel destino… Y la desolación cobró tintes dramáticos cuando, ante la escasez manifiesta de carne de foca o de pingüino, se vieron obligados a acabar con la vida de una treintena de sus fieles compañeros caninos. Era el 14 de enero de 1916, y esa noche, en el nuevo campamento —al que bautizaron con el solemne nombre de «Paciencia»— un lamento común viajaba a lomos del fuerte viento, que arreciaba cubriendo los restos de los perros sacrificados…

Los días pasaban y los avances que realizaban eran muy pequeños. El estado de la nieve pasaba de ser una trampa en la que, como si de arenas movedizas se tratase, un hombre podía hundirse y desaparecer, a congelarse con la llegada de la noche y transformar sus bellas ondas redondeadas en afiladas cuchillas. La banquisa continuaba desplazándose, despacio, desesperadamente lenta. Y así, conforme marzo agotaba su existencia y daban comienzo las breves lluvias de abril, el hielo empezó a cobrar vida, a moverse bajo los pies de los exploradores, moldeando sus trazas hasta que, como si una bomba hubiera estallado en sus entrañas dejando escapar miles de pequeñas esquirlas heladas, crujió. Había llegado el momento de iniciar la navegación en los botes salvavidas, que, dicho sea de paso, se antojaban frágiles en exceso, rodeados por grandes bloques de hielo que ejercían una presión insoportable sobre sus castigadas cuadernas. Pero había llegado el momento: resistir o morir…

La blanca superficie se quebraba por momentos, merced a las fuertes olas, al viento y a la temperatura nocturna, que por esas fechas no llegaba a los cero grados. En plena oscuridad se veían obligados a amarrar los botes en los témpanos gigantes que se mecían al son que marcaba la deriva. Recordaría Shackleton tiempo

después que una madrugada, mientras descansaban en un gran bloque de hielo

> una intangible sensación de inquietud me hizo salir de mi tienda hacia las once de la noche y mirar en torno del campamento… Eché a andar por los témpanos, para advertir al guardia que vigilara atentamente por si hubiera fisuras, y al pasar por delante de la tienda de los marineros el témpano se levantó sobre la cresta de una ola y se alzó por debajo mismo de mis pies.

De este modo, tras pasar días enteros bregando contra los elementos, los hielos asesinos y el salvaje oleaje, lograron alcanzar las costas de isla Elefante, tras una última etapa de siete días luchando por sus vidas en el mar abierto del indomable Atlántico Sur. Desde que salieran desde la isla de San Pedro el 5 de diciembre habían transcurrido cuatrocientos noventa y siete días, de los cuales, ciento setenta los habían pasado a la deriva, arrastrados por la corriente helada del mar de Weddell… Pero al fin pisaban tierra firme, y un espléndido menú de focas y pingüinos se mostraba a sus desesperados estómagos. Porque, eso sí, todos tenían el hambre desbocada, simplemente porque todos habían logrado sobrevivir…

Sin embargo, aún habrían de pasar muchos meses y un nuevo invierno austral para que fueran rescatados. Tras acondicionar uno de los botes, al que bautizaron con el nombre de uno de los principales mecenas de la expedición, el *James Caird*, Shackleton tomaría la última de las grandes decisiones de este viaje inolvidable, que casi constituía por la dificultad que acarreaba un sacrificio personal; aunque, tratándose de nuestro protagonista, también cabía la mínima posibilidad de que saliese bien… El 23 de abril de 1916, al mando del pequeño bote de apenas seis metros de eslora, Ernest Shackleton y varios de sus hombres abandonaban la playa con la pretensión de alcanzar las costas de la isla de San Pedro. Y los que allí quedaron, alzando sus gorros, dejaron escapar varios hurras emocionados a los cielos. Mientras esto sucedía, Frank Wild, consciente de que probablemente no volvería a ver con vida a su venerado superior —lo que supondría la muerte de todos—, abría con sumo escrúpulo la carta que instantes antes le entregara el mismo Shackleton:

Isla Elefante, 23 de abril de 1916.

Estimado señor:

En el caso de que no sobreviviera en bote a San Pedro, hará cuanto pueda para salvar al grupo. Queda usted al mando pleno desde el momento en que el bote abandone esta isla, y todos los hombres están bajo sus órdenes. A su regreso a Inglaterra, deberá comunicarse con el Comité. Deseo que usted, Lees y Hurley escriban el libro. Cuide de mis intereses. En otra carta encontrará usted los términos concertados para dar sus conferencias, usted en Inglaterra, Gran Bretaña y el continente, y Hurley en Estados Unidos. Tengo plena confianza en usted, y siempre la he tenido. Que Dios proteja su trabajo y su vida. Comunique mi amor a mi gente y dígale que siempre traté de hacerlo lo mejor posible.

Sinceramente suyo…

E. H. SHACKLETON a FRANK WILD

El 30 de agosto, próximo el mediodía y con él una bella jornada de sol invernal, los hombres que se apostaban emocionados en la playa observaban las evoluciones del buque argentino *Yelcho*, que sin demasiada prisa parecía arriar un pequeño bote a apenas doscientos metros de su posición. Y en él, los hombres jubilosos pronto reconocieron la indiscutible figura de un corpulento irlandés; era Ernest Shackleton.

¡Al fin estaban a salvo…!

Estuvieron a punto de fenecer; tantas vivencias, anécdotas, malos momentos, desesperación… todo ello se veía resumido entre las líneas de la primera carta que, al desembarcar en Punta Arenas, Shackleton escribió a su esposa:

Lo he conseguido. Maldito Ministerio de Marina… No se ha perdido ni una vida y hemos pasado por el infierno.

La maldición, en nombres…

Expedición	Nombre	País	Fecha defunción	Lugar defunción	Causa
Expedición Southern Cross	Nikolai Hansen	Noruega	14 de octubre de 1899	Cabo Adare, Antártida	Úlcera de estómago y peritonitis
Expedición Discovery	Charles Bonnor	Reino Unido	2 de diciembre de 1901	Lyttelton Harbour, Nueva Zelanda	Caída
	George Vince	Reino Unido	11 de marzo de 1903	Isla de Ross, Antártida	Caída en el hielo desde gran altura
Expedición Antártica Nacional Escocesa	Allan Ramsey	Reino Unido	6 de agosto de 1903	Islas Orcadas del Sur	Infarto fulminante
Expedición Terra Nova	Edgar Evans	Reino Unido	18 de febrero de 1912	Glaciar Beardmore, Antártida	Muerte por congelación
	Lawrence Oates	Reino Unido	17 de marzo de 1912	Gran barrera de hielo, Antártida	Muerte por congelación
	Robert Falcon Scott	Reino Unido	29 de marzo de 1912	Gran barrera de hielo, Antártida	Muerte por congelación
	Edward Wilson	Reino Unido	29 de marzo de 1912	Gran barrera de hielo, Antártida	Muerte por congelación
	Henry Bowers	Reino Unido	29 de marzo de 1912	Gran barrera de hielo, Antártida	Muerte por congelación
	Robert Brissenden	Reino Unido	17 de agosto de 1912	Admiralty Bay, Nueva Zelanda	Cayó a las aguas heladas y pereció ahogado
Segunda Expedición Alemana Antártica	Richard Vahsel	Alemania	8 de agosto de 1912	Mar de Weddell	Enfermedad venérea
Expedición Antártica Australiana	Belgrave Ninnis	Reino Unido	14 de diciembre de 1912	Tierra de Jorge V, Antártida	Se precipitó al interior de una profunda cavidad en el hielo
	Xavier Mertz	Suiza	7 de enero de 1913	Tierra de Jorge V, Antártida	Infección alimentaria con resultado de muerte
Expedición Imperial Transantártica	Arnold Spencer-Smith	Reino Unido	9 de marzo de 1916	Gran barrera de hielo, Antártida	Muerte por congelación

Aeneas Mackintosh	Reino Unido	8 de mayo de 1916	Estrecho de McMurdo, Antártida	Desapareció entre las fracturas del hielo
Victor Hayward	Reino Unido	8 de mayo de 1916	Estrecho de McMurdo, Antártida	Desapareció entre las fracturas del hielo

El último que pasó a engrosar esta tristemente célebre lista de valientes exploradores falleció en isla de San Pedro el 5 de enero de 1922, a los cuarenta y seis años de edad, cuando se disponía a afrontar una nueva expedición a la Antártida. Su castigado corazón no pudo más.

Se llamaba, Ernest Henry Shackleton…

DOUGLAS EUGENE SAVOY, UN INDIANA JONES DE CARNE Y HUESO

Encontrar ruinas en la región por la que merodea Savoy es tan difícil como encontrar elefantes en un zoológico.

KEITH MUSCUTT, *Los Ángeles Times*

Los científicos pensaban que la existencia de estas ciudades y asentamientos en el bosque lluvioso peruano eran un mito, basta que mi padre los descubrió. Sus descubrimientos abrieron toda un área nueva de la arqueología en la selva.

SEAN SAVOY

Pasó la mano izquierda por la cornisa de su sombrero. Los que lo conocían sabían que cuando Gene realizaba este gesto, es que estaba buscando en su archivo mental algún dato, alguna vivencia, algún apoyo para salvar la situación. Hacía días que no pisaban ningún núcleo civilizado, y las pulsaciones se iban ralentizando, muestra más que evidente del agotamiento que se empezaba a apoderar de él y de su equipo. La montaña se ocultaba, salvaje, más allá de las nubes, donde los misteriosos chachapoyas levantaron su legendario reino, evitando descender de sus fortalezas de las

cumbres, pues en el purgatorio que ahora Gene atravesaba, habitaban los demonios, siempre dispuestos a acabar con sus vidas. Y lo que era peor: a devorar sus almas. En esos instantes debía tomar una importante decisión: continuar y exponerse a la muerte por inanición dada la escasez de víveres, que a estas alturas resultaba preocupante, o por el contrario retroceder e intentarlo más adelante. Y sí, en esos mismos instantes Gene miró hacia la profundidad de la ceja de selva, imaginando que lo hacía a través de los ojos de su admirado Juan Crisóstomo Nieto, el valiente juez de San Juan que en el año 1843 visitó la inhóspita región del actual Amazonas peruano, enviado para resolver un litigio de poca importancia. Sea como fuere, hubo de caer bien a los que pastoreaban por las alturas de la región, porque jornadas más tarde lo llevaron a través de los senderos de montaña a uno de los cerros más elevados. El hombre, poco acostumbrado a manchar los pantalones con el cieno de las hojas descompuestas, lo pasó muy mal. Pero en la hondura de su corazón germinaron las ganas por saber más; porque al dar ese último paso, cuando los pulmones se hiperventilan por la excesiva altitud y la batería humana está a segundos de reventar, el magistrado apreció que a no más de cien metros de distancia, envueltas por la vegetación salvaje, unas piedras se amontonaban unas sobre otras con gran orden y aún más sorprendente concierto.

Crisóstomo, que para algo había realizado tamaño esfuerzo, se encaminó con paso firme sin atender a los avisos de peligro que le lanzaba su propio cuerpo. Frente a él se elevaba una majestuosa muralla de más de veinte metros, oculta por los siglos y olvidada de cualquier registro histórico. Era Kuelap, la gran fortaleza de los chachapoyas, los misteriosos «hombres de la niebla» que siglos atrás decidieron que las alturas andinas, allí donde los Apus habitaban, eran más seguras que la frondosa selva de río o que los áridos desiertos de las costas. Y por eso levantaron estas moles pétreas, tan soberbias en sus trazas como inexpugnables en su factura; y tras la gran muralla, casas, templos, aras de sacrificio… lo necesario para que la vida, disuelta en el caldo de la religión, fuera más fácil en este entorno.

De aquella primera vez el juez regresó con una prueba sobre el mulo: una momia de cabello rubio y considerable estatura

perteneciente a un hombre de una raza desconocida en aquella parte de Sudamérica. Con los años, las expediciones, no más sencillas pero sí más frecuentes, se sucedieron, y el resultado de su búsqueda fue reflejado en el prestigioso *Boletín Geográfico de Lima*, bajo el título «Torre de Babel en Perú», porque como reflejara Crisóstomo, se encontraban ante «la obra más digna de atención pública». Y en ese mismo informe destacaba las palabras de Pedro Cieza de León, el genial cronista que con más o menos ecuanimidad se limitó a contar lo que veía a la vera de Pizarro, que sobre estos enigmáticos hombres afirmó:

> Los chachapoyas son indios blancos de una hermosura digna de soberanos, con unos ojos azules, los cuales son más blancos —de piel— que los españoles.

Dato que apoyó el inca Garcilaso de la Vega al defender que, además, los «hombres de la niebla» tenían la piel delicadamente rosada, y los cabellos tan dorados que el sol refulgía sobre ellos cuando se encontraba en su zenit.

El juez de San Juan fue vital para que gran parte de los restos arqueológicos que se ubicaban en aquella complicada geografía fueran traídos al presente, pero aquello no bastó para que el gobierno o sus instituciones científicas se interesaran por los vestigios de su propio pasado; no, porque entre otros motivos, salvo piedras, allí no había oro ni metales preciosos. Imagino que Juan Crisóstomo Nieto murió contento tras el rumbo inesperado que tomó su vida a partir del día en que despertó una vocación tardía, pero frustrado por el poco o nulo interés que unos y otros mostraron por sus descubrimientos.

Eso al menos pensaba Gene, y qué duda cabe que le quitaba parte del sueño; no deseaba que tuvieran que pasar casi cien años para que, como había hecho él mismo con el entrañable juez, alguien se acordase de su persona y de los posibles descubrimientos que pudiera hacer. Porque, no lo neguemos, el explorador busca el reconocimiento, y el éxito se transforma en fracaso dependiendo del recuerdo que quede con el paso de los siglos. Esa y no otra es la verdadera maldición de los exploradores: vivir para dar a conocer, y morir sin que nadie haya prestado atención a ese conocimiento.

Su largo mostacho, su sombrero de ala ancha, su particular indumentaria… No es extraño que Spielberg recurriese a la imagen de Gene Savoy para caracterizar al explorador cinematográfico más célebre de todos los tiempos: Indiana Jones. (Fotografía de Andean Explorers Foundation).

Tales disquisiciones pasaban por la cabeza de nuestro protagonista mientras un pálpito de humildad merodeaba por su interior, porque quién era él para echarse atrás, con más medios, más profesionales y pisando terrenos ya hollados décadas atrás. El ejemplo de hombres como Juan Crisóstomo Nieto era más que suficiente para seguir adelante; de lo contrario no valía la pena continuar persiguiendo sueños: había que abandonar.

Alzando la mirada a las alturas comprendió que la decisión que tomara marcaría su existencia. Y así, limpiando el barro que se amontonaba en sus botas, se levantó y exclamó:

—Es hora de continuar. Nos espera la gloria o el fracaso; vivir o morir, que para el caso es lo mismo.

Nace una leyenda

Douglas Eugene Savoy nació en la tranquila localidad de Bellingham, Washington, el 11 de mayo de 1927, cuando la situación del país poco se diferenciaba de la actual, con los pobres habitando las calles de las grandes urbes y los empresarios al borde de un colapso económico que se materializaría dos años más tarde.

Desde muy niño se sintió fascinado por las culturas que, antes que la propia, habitaron las grandes praderas, sumisos ante la presencia del Gran Espíritu pero fieros guerreros a la hora de defender la tierra de sus antepasados. Su vocación por toda piedra que llevase pátina de años también fue temprana. La arqueología era su pasión, y ya de niño, entre sus juegos favoritos estaba el de desenterrar pequeñas piezas que previamente enterraba. La emoción lo embargaba con cada nuevo «descubrimiento»; se creía su papel, y se veía capaz de realizar, dentro de no mucho tiempo, gestas aún mayores…

Quizá la infancia de Gene Savoy —así lo llamaban sus allegados— no sea especialmente intensa, como ocurre con otros protagonistas de estas mismas páginas. Baste decir que poco más se sabe de este período aparte de que no tuvo que pasarlo muy mal, dado que su familia no sufría de estrecheces, hasta que a los diecisiete años, en un intento por escapar del yugo paterno y hacer de su vida algo provechoso, se alistó en la Armada cuando los cañones de la Alemania nazi apagaban sus ecos ante la inminente entrada de las tropas aliadas en Berlín.

Paralelamente cursó estudios en la Universidad Católica de Portland, institución en la que no estuvo mucho tiempo pues su interés real era la religión, que en definitiva forjó un carácter conservador en extremo, en cierto modo frontalmente opuesto al idealismo y la tolerancia que mostraría años después durante sus largas expediciones.

Al fin y al cabo, todos eran hijos de Dios, y eso lo descubrió al beber de las fuentes de otros textos sagrados, en los que, al igual que mostraban sus creencias, el hombre se veía sometido al mandato divino hasta el punto de quedar completamente alienado. Fue una década de investigación y estudio en la que se empapó de disciplinas tan diversas como la filosofía, las propias religiones o el folclore de pueblos de latitudes lejanas. Y así, fascinado por los imperios que poblaron Sudamérica siglos atrás, se puso en marcha:

Perú, un país que por entonces se antojaba ignoto y que presentaba una red de comunicaciones en un estado tan primitivo que hacía posible que muchos vestigios del pasado permanecieran inviolados. Con este pensamiento, y con el objetivo de dar con ellos, Gene llegó a la zona norte, la más desprotegida, infestada de bandas de forajidos que crecían como piojos entre el cabello enmarañado de la selva.

Transcurría el año 1957, y él, con apenas treinta años cumplidos, se ponía al frente de una expedición; había llegado el momento de arrancar a la densa vegetación y a la tierra argamasada los secretos que ocultaba desde tiempos remotos. Sin embargo, aquella primera tentativa fue un rotundo fracaso. Al poco de iniciar el periplo, la falta de experiencia y el desconocimiento del terreno hizo que los víveres se acabaran, y lo que era más importante y necesario: el dinero con el que pagar a los miembros del equipo. No obstante, el aprendiz de explorador no sufrió gran quebranto, y sobreponiéndose a la situación, consciente de que otros antes que él habían padecido serios reveses antes de alcanzar la gloria, optó por permanecer en aquella inhóspita región, conviviendo con sus gentes, que al observar su gran mostacho y el largo cabello rubio que asomaba bajo el inamovible sombrero no podían evitar una sonrisa cómplice. Fue en ese período cuando Gene oyó hablar por vez primera de las sorprendentes expediciones que llevó a cabo un hombre de aspecto frágil, poblada barba y fe a prueba de bombas, que casi un siglo antes que él dejó una vida por otra al hallar en compañía de varios campesinos de esta misma región una extraña fortaleza en las alturas. Su nombre era Juan Crisóstomo Nieto, juez de la ciudad colonial de San Juan de las Chachapoyas, y explorador tardío que descubrió a ojos de nuestro protagonista la existencia de una enigmática cultura, cuyos vestigios dirigirían el rumbo de la vida de Savoy: «los hombres de la niebla».

El misterio de los chachapoyas

Pero antes de afrontar el que sería el mayor de sus retos, y ávido por disfrutar de emociones fuertes que, además, estuvieran unidas a la demostración de que el hombre del pasado no era tan estúpido

como se pensaba y fue capaz, por ejemplo, de llevar a cabo una navegación primitiva —hasta ese instante ignorada por la comunidad científica—, cuestión que años más tarde se encargaría de demostrar el noruego Thor Heyerdahl, Gene también realizó sus tentativas, primero navegando en una balsa de junco desde las costas del Perú hasta las playas pacíficas de México, y posteriormente intentó dar la vuelta al mundo, con el objetivo de demostrar que grandes imperios como el inca, el egipcio o el japonés surcaron las aguas de mar austral, dejando pruebas de sus travesías en lugares tan lejanos como la isla de Pascua, las islas Marquesas o el mismo Cuzco, la capital del Tahuantinsuyu.

Sin embargo, como ya se ha dicho antes, si hubo una cultura que fascinó sobremanera a Savoy, esa fue la de los indígenas chachapoyas, nombre que los escribanos españoles pusieron a los miembros de aquellas comunidades, y que hoy bien podría parecer un desagradable exabrupto, pero que, en realidad, se deriva del original *sachapuyas*, cuyo significado, ya saben, es «los hombres de la niebla», o «los habitantes de las nubes». En fin, la fonética a veces juega estas malas pasadas…

Sea como fuere, tan romántica definición provenía del hecho de que las ciudades chachapoyas siempre se encontraban a varios miles de metros de altitud, en una actitud defensiva incomprensible para los historiadores actuales, ya que, como he reflejado líneas atrás, a esas cumbres casi nadie subía, y el que lo hacía, casi siempre perecía a manos de los guerreros de este pueblo. Ellos, por el contrario, jamás atravesaban el blanco manto, pues tenían la creencia de que allí habitaban los descendientes de los demonios del inframundo, personas de piel cetrina y costumbres bárbaras cuya única finalidad era robarles su bien más preciado: el espíritu.

Pero como todo en su tiempo, esas nubes de raso se tiñeron de rojo cuando los demonios, incapaces de frenar a aquellos que procedían de más abajo, observaron cómo la soldadesca del poderoso imperio inca lograba alcanzar sus fortalezas y someter a los bravos guerreros chachapoyas; eso sí, permitieron que continuaran venerando a sus dioses pero asumiendo al gran Inti como divinidad suprema.

El inca Garcilaso de la Vega refería en una de sus crónicas que

> estos chachapoyas adoraban a las culebras y tenían el ave cúntur por su principal dios. Traen estos indios por tocado y divisa en la cabeza una honda, por la cual son conocidos y se diferencian de otras naciones; y la honda es de diferente hechura que lo que usan otros indios, y es la principal arma que en la guerra usaban, como los antiguos mallorquines.

A lo que el eclesiástico y cronista Antonio de la Calancha añadía:

> Estos indios que habitan en montañas adoran una estrella que llaman Chuquichincay, porque dellas i otras que la acompañan se forma una figura de estrellas que paresce tigre a sus ojos; se cree que es que nosotros llamamos signo de Leon, que consta de 27 estrellas muy lucientes, dos de primera magnitud, que la una es de mejor influencia entre todas las del cielo, entra en la imagen a los dos de Agosto, y sale della a los nueve de Setiembre, adoran estas estrellas, que dicen es tigre, porque les defienda destos animales.

Llegados a este punto, y a fin de recapitular, podemos decir que:

1. Los chachapoyas solo habitaban en las alturas.
2. Eran de piel blanca, ojos claros, y cabello rubio o pelirrojo.
3. El ardor que mostraban en la batalla no pasaba desapercibido.
4. Adoraban a una estrella y a los dioses que habitaban en ella.

Dicho lo cual, pocas dudas quedan de que se trata de uno de los pueblos más extraños, enigmáticos y desubicados de cuantos podemos encontrar en la América precolombina. Y estos fueron argumentos más que suficientes para que Gene Savoy se sintiera obsesivamente atraído por tan fascinante cultura; y para que nosotros hoy los recordemos en estas páginas…

Pero regresemos por unos instantes a la figura del citado juez de paz de la urbe selvática y sorprendentemente bella de San Juan de las Chachapoyas, porque la historia que este hombre protagonizó, casi de forma involuntaria, despertó en Savoy el espíritu indomable

que dominaba su alma.

Las cumbres del Amazonas andino estaban sembradas de fortalezas construidas por los enigmáticos «hombres de la niebla». Fue el comienzo de la fascinación…

En mi anterior trabajo, *Desafíos a la Historia* —Libros Cúpula, 2010—, la misteriosa ciudad de las alturas ya ocupaba un lugar destacado, así como la épica que llevó a cabo el letrado Juan Crisóstomo, en un tiempo en el que recorrer estos senderos de montaña constituía precisamente eso, un desafío, en este caso a la mismísima muerte. Decía así:

> La cultura chachapoyas es rica en yacimientos, tal y como podemos comprobar. Pero es que además, sus ritos, su extraño culto a la muerte, lo escarpado y escondido de sus construcciones, lleva a pensar que esta gente se quería ocultar de algo, o estar más cerca de eso mismo; algo que dada la elevación de las ciudades parecía venir de los cielos —lo que ellos llamaban dioses.
>
> Un ejemplo de su intento por perdurar más allá de la muerte son las numerosas momias que se han descubierto

atribuidas a este pueblo. Y donde más se han hallado —más de cien fardos funerarios acompañados de cerámicas y joyas— es en la conocida Laguna de los Cóndores, un lugar de inusual belleza situado a noventa kilómetros de la ciudad colonial. El sitio arqueológico es de una riqueza sin parangón, pues junto a los propios cuerpos momificados hay diversos murales de arte rupestre con varios miles de años de antigüedad, lo que da una idea de la sacralidad del enclave y de los ritos que allí se celebraron desde tiempos inmemoriales. Además, ocurre como en Karajía; que lo inhóspito de la selva en la que se encuentra, y la dificultad que ha existido para llegar hasta el lugar, advierten del interés que pusieron sus creadores para que nadie, o casi nadie, lo descubriera…

Iniciar la ascensión a la ciudad de la niebla es comprobar que el camino desde la capital de la amazonia peruana hasta Kuelap es terrible. Hoy día se puede subir parte en 4×4, pero el periplo es tan enrevesado, tan peligroso, que hace añorar a los animales que antaño se utilizaron para subir hasta la sagrada urbe. La pista es un auténtico barrizal. En algunos tramos, con abismos de más de dos mil metros de altura y apenas metro y medio de ancho, solo cabe un coche, y los camiones madereros bajan a tumba abierta por el mismo sendero. Pero allí permanece. La ciudad perdida se atisba entre la neblina, olvidada por los siglos y protectora de enigmas incomparables. Una vez arribamos a la explanada que hay a las puertas de Kuelap el último esfuerzo se antojaba imposible. No en vano, a más de tres mil metros la ascensión de apenas media hora se hacía insufrible. La hoja de coca poco ayudaba para combatir el soroche, el mal de altura. Y así, ante nosotros aparecía el mismo muro ciclópeo que viera Crisóstomo más de siglo y medio atrás, una muralla de piedra de veinte metros de altura que rodea la ciudad en los más de quinientos metros de largo por ciento veinte de ancho. Contemplando este universo mágico en las alturas de los Andes, en la casa de los Apus, las preguntas se amontonaban: ¿Quiénes eran aquellos que

habitaban el enigmático enclave? ¿Por qué vinieron a levantar esta enorme mole de piedras a una altura tan bestial, en un lugar prácticamente inaccesible? Las primeras investigaciones dieron por hecho que se trataba de una ciudad defensiva, pero los últimos descubrimientos concluyeron que ante la falta de herramientas, armas o cualquier utensilio bélico, su función, por ende, debía de ser otra… ¿Defenderse? O quizá ocultarse, pero ¿de quién…?

El acceso al interior del recinto se realiza por un sendero entre dos muros enfrentados de unos tres metros de ancho que va estrechándose hasta poco más de medio metro, lo justo para que solo se pudiese entrar en fila india. Dentro todavía se aprecia la estructura de unas cuatrocientas casas redondas, y multitud de edificaciones ceremoniales que en su día tuvieron un tejado cónico de paja. Sobre todas sobresalía el Tintero… Se trata de una elevación de seis metros de altura por trece de ancho con forma de botella invertida. En su interior se hallaron una veintena de enterramientos en perfecto estado, lo que junto a los cientos de esqueletos y tumbas que había en la superficie, ha obligado a revisar las teorías primigenias. Lo que se creía ciudad defensiva puede acabar siendo, según las últimas investigaciones, una urbe ceremonial y un importante centro de ritos sagrados chachapoyas.

El recorrido por la ciudad es espectacular. Las construcciones se encuentran en un estado de conservación envidiable, pese a estar cubiertas por la vegetación y los troncos retorcidos. Todo allí remite a un pueblo tan ignoto y misterioso como los etruscos, de los que casi nada se sabe.

El principal enigma es su situación en la cima de los Andes. ¿Quién vivía allí? Por qué levantaron esos enormes muros continúa siendo un misterio; baste decir que se necesitó tres veces más cantidad de piedra de la que se empleó para elevar la Gran Pirámide de Keops —se movieron y tallaron más de setecientas mil toneladas. Y esta titánica labor la llevaron a cabo unas gentes que, al

igual que los incas —posteriores—, no conocían la rueda —que de poco les habría servido en este escarpado territorio—, y en consecuencia tampoco la polea, imprescindible para elevar los bloques más pesados. Quizá el «pueblo de la niebla» vivía aquí para defenderse de algo que procedía de más arriba. No olvidemos que los dioses superiores en todas las culturas antiguas venían de las estrellas; estrellas que aquí, en los Andes, tenían más cerca que en cualquier otro lugar.

En compañía de los arqueólogos peruanos, ya en el interior de la ciudadela, dimos con una especie de tubos que se hundían en la tierra aproximadamente tres metros y tenían cincuenta centímetros de diámetro. Aquello era parecido a los depósitos en los que los incas almacenaban el grano. Pero lo que allí se guardaban no eran precisamente alimentos: en el fondo de estos improvisados almacenes había huesos humanos. Y es que no solo el Tintero, el templo mayor, fue un importante recinto ceremonial; en el interior de las casas que lo rodeaban también había enterramientos de este tipo, lo que hablaba del carácter sacro de la ciudad, donde la tierra estaba santificada por sus dioses y donde debían descansar sus sacerdotes, gobernantes y personajes importantes de la sociedad. Y como toda urbe sagrada de aquellos tiempos, también debía de existir un lugar para efectuar sacrificios humanos.

Muchas son las teorías que aseguran que las culturas de esta parte de América no realizaban matanzas ceremoniales, pero no hay que indagar demasiado para ver que es un error. En la parte oeste de la ciudad hay una especie de puerta al vacío; si se cruza, solo el aire sostiene los pies. Es evidente que se trataba de una puerta ritual, y el que traspasaba aquel arco sutil lo hacía para calmar la ira de sus dioses.

Aquello pasó, dejando a Kuelap perdida en su propio tiempo, una época que se revive cuando se cruzan sus senderos atrapados por la selva y el rumor del viento anuncia la llegada de esos dioses…

Así las cosas, tal y como veremos a partir de estas líneas, nuestro particular Indiana Jones encontró motivos más que sobrados para permanecer un tiempo investigando, explorando, estudiando, en definitiva, una parte de América que hasta aquellos momentos permanecía sumida entre esas mismas brumas que desde el alba del tiempo primigenio parece proteger a las míticas ciudades que se ubican en las alturas, allí donde únicamente los hombres de la niebla y los Apus convivían en aparente armonía…

La ciudad de los muertos

Hace pocos meses, tras regresar de un viaje que me ha permitido recorrer nuevamente algunos de los lugares que ya fueron explorados en su tiempo por grandes aventureros, y que tienen cumplida referencia en este libro, he sido capaz —creo— de entender por qué Savoy sintió ese mismo picotazo al que constantemente hacía referencia el arqueólogo egipcio Auguste Mariette, cuando llevado por la eufórica vocación que atesorara desde niño afirmaba que «cuando el pato egipcio te pica, su veneno recorre las venas toda la vida». En este caso Egipto queda demasiado lejos, pero el pato tiene múltiples formas, y fue una de tantas la que inoculó la pasión que el explorador norteamericano sintió hasta el día de su muerte por la selva amazónica, y especialmente por lo que en ella se ocultaba. Y uno de esos tesoros del pasado, a los que Savoy se acercaría con la curiosidad de un niño y la inconsciencia de un aventurero, fueron los milenarios y misteriosos sarcófagos de Karajía.

Corría el año 1970. El mundo se conmovía en el mes de abril cuando el célebre bajista de los Beatles Paul McCartney anunciaba su separación definitiva del grupo con el que había saltado al universo de la música; mientras una misión, la *Apollo XIII*, aspiraba a alcanzar la Luna, sin ser conscientes de que pasaría a la historia por lo fatídico del viaje interestelar. Chile respiraba aires de cambio ante la llegada al Palacio de la Moneda del político socialista Salvador Allende, y en España, la conmoción se apoderaba del país y del resto del mundo civilizado cuando el dictador urdía en las sombras sus planes de venganza por el asesinato del presidente

Carrero Blanco, en lo que sería el último consejo de guerra celebrado en España, con el resultado de pena de muerte para los condenados.

Aislado de tanto cambio, Savoy navegaba por los ríos Napo, Ucayali y Marañón buscando la razón que explicara el motivo de permanecer tantos meses en este infierno verde, lejos de sus seres queridos y padeciendo los avatares de un entorno que conforme pasaban los días se hacía más irrespirable.

Por esas fechas, Savoy ya era una celebridad, no tanto por los hallazgos que había realizado, que cierto es que eran varios y de relativa importancia, como por haber logrado consolidar una suerte de religión que se apoyaba en sus fuertes creencias, en su excentricidad manifiesta, y en una fe que en momentos puntuales de su vida resultó vital. Hacía once años que había fundado la Comunidad Internacional de Cristo, Iglesia del Segundo Advenimiento, donde anunciaba extasiado que la segunda llegada del Mesías ya era una realidad. Además, pretendía dar consistencia a la nueva secta asegurando que las enseñanzas que esta promulgaba no eran sino una evolución de las que en su momento defendieron los esenios, la comunidad judía a la que algunos autores aseguran que perteneció el mismísimo hijo de María, que habitó las cuevas que se hallan en la desértica orografía que se ubica a orillas del mar Muerto, en cuyo interior siglos después un desconocido pastorcillo descubriría, en la zona de Qumran, una suerte de ánforas atiborradas de viejos manuscritos, algunos de los cuales pudieron ser reconstruidos después de pasar por las múltiples manos que lavan sus culpas en el mercado negro de Jerusalén, llegando a ser conocidos como los Manuscritos del mar Muerto. En ellos se mostraba una vida rica en detalles y absolutamente desconocida del nazareno…

Las crónicas del juez Crisóstomo no ofrecían margen de error: allí, a más de tres mil metros de altura, se encontraba la gran fortaleza de Kuelap, un marco imposible para un entorno de ensueño.

Este batiburrillo de creencias y aspiraciones no pareció asustar a Silvia Ontaneda cuando al comienzo de esa misma década decidió aceptar la proposición de matrimonio que le hizo el explorador de Bellingham. Era evidente que a partir de entonces su vida, al menos durante los veintiún años que permanecieron juntos, no iba a ser monótona…

Pero ubiquémonos nuevamente a comienzos de 1970, cuando Gene Savoy luchaba contra las empalizadas que descendían con violencia a una y otra margen del Marañón. La noche anterior había llovido copiosamente y a esas horas del amanecer el río bajaba cargado de aguas turbias. El casco del bote se defendía orgulloso, pese a lo cual el aventurero era consciente que, de seguir así, en unas decenas de minutos se irían a pique. A la derecha, los montes de Yamón se elevaban a los cielos; al menos eso intuía, porque la neblina era la dueña y señora de las alturas.

Templó los nervios y, agarrando con fuerza el timón desvió la trayectoria y se acercó lentamente a la orilla peruana. No temía tanto la fuerza de los troncos precipitándose contra el frágil casco de madera como las anacondas que habían encontrado entre aquella maraña sin rumbo fijo su confortable hogar. Eran muchas las

noches que al calor de la hoguera había compartido conversación con los nativos que habitaban en las profundidades de estas selvas, y no menos las ocasiones en las que había salido, como un susurro maldito, el nombre de la yacumama, la gran anaconda, la señora de estas tierras a la que todos veneraban y todos temían… a partes desiguales.

Y esa leyenda hizo mella en Savoy cuando tiempo atrás, después de haber visitado un poblado habitado por los fieros indígenas *piros*, observó el gigantesco y sibilino surco que había quedado en el barro, y que se perdía como si de una serpiente invisible se tratase hasta las orillas del río. El curaca del clan le había asegurado que yacumama los había visitado dos noches atrás, y como pago se llevó a dos muchachas sanas y vírgenes que jamás regresaron.

Savoy emprendió camino dejando atrás el maltrecho bote y el no menos ruinoso motor. El río no perdonaba, y si decidía cobrarse su particular impuesto, nada impedía que finalmente lo hiciese. Y él, valiente y sagaz, pero cauto por encima de todo, optó por cargar los fardos a las espaldas y continuar abriendo trocha en dirección a San Juan de las Chachapoyas. Una vez allí las opciones de continuar jungla adentro eran más razonables; cuando el cuerpo descansara y la mente planificara…

Fue en esta localidad donde supo de la existencia de unos extraños sarcófagos, seguramente pertenecientes a la misma cultura que levantó Kuelap, muy cerca de la inhóspita Laguna de los Cóndores, un lugar alejado de la civilización que las leyendas indígenas nombraban una y otra vez como una de las entradas al mítico reino de El Dorado. Las conversaciones que mantuvo con los arqueólogos Daniel Morales e Ian Mackay fueron esa última gota que colmó un vaso repleto de avidez por descubrir. Ellos llevaban años abriendo caminos en las selvas nororientales peruanas, y en los últimos tiempos habían descubierto en los barrancos de Yampata, Solmal y Karajía, en la provincia de Luya, un total de quince cavernas en cuyo interior se encontraban los misteriosos sarcófagos de trazas gigantescas y aspecto, por qué no decirlo —dejando constancia de que se trata de una opinión personal—, tan similar a las no menos enigmáticas cabezas que se diseminan por una pequeña isla que se ubica en mitad del Pacífico. Al margen de esta apreciación, Savoy se puso en marcha y varias jornadas más tarde

entró en la laguna, un lugar tomado por el silencio en el que, abriendo las percepciones como solo puede hacerse en lugares así, se podía respirar la densidad sobrenatural que parecía —y aún parece— proteger el enclave.

Allí, colgados de las barranqueras, eran identificables los cuerpos retorcidos de decenas de momias que parecían revolverse contra su cruel destino, encadenadas desde tiempos inmemoriales a este purgatorio del que pocos, vivos o muertos, lograban escapar. Y junto a estas, en unos miradores de difícil acceso, los singulares sarcófagos parecían observar desde sus cuencas vacías el horizonte eternamente verde que emergía desde cualquier punto de la laguna. En su interior, los cuerpos maltrechos de gentes pudientes, de chamanes y sacerdotes, de reyes y nobles, de hombres… y de dioses. Savoy quedó fascinado por el entorno y el silencio que lo envolvía, y sin dudarlo rebautizó el sitio arqueológico como «La ciudad de los muertos»; porque en las profundidades de este mundo perdido la selva parecía dibujar siniestros edificios y templos de pesadilla…

El interior de Kuelap, Gran Pajatén o Gran Saposoa poseía unas características comunes, que hablaban de un pueblo guerrero muy asido a sus supersticiones. En la imagen, la zona de los sacerdotes de Kuelap, donde estos fueron enterrados.

No en vano, pese a que el lugar ya había sido visitado en sucesivas ocasiones por exploradores y aventureros de otro tiempo, no fue hasta 1984 que se produjo un inventario real de lo que allí se encontraba, redescubriendo de esta forma al mundo uno de los lugares más fascinantes que el hombre puede pisar en esta América ignota. Fue el escritor Federico Kauffmann quien puso en marcha una expedición con el objetivo de rescatar del olvido esta joya de nuestro pasado:

> Era el 23 de junio de 1984 cuando de pronto se presentó ante nuestros ojos un cuadro espectacular, jamás imaginado, y que daba la sensación de ser irreal. Estábamos frente a la gruta que cobija a los sarcófagos más conspicuos de todos cuantos fueron construidos por los antiguos chachapoyas […] Ya que solo era posible acceder a la gruta que cobija los sarcófagos escalando con cuerdas, nos limitamos en aquella oportunidad a explorar los sarcófagos a distancia, provistos de largavistas y apostados en el lugar más cercano a la gruta al que nos permitía acceder el barranco, distante unos cincuenta metros en línea recta […]
>
> Una apreciación del conjunto de los sarcófagos de Karajía permite advertir que su apariencia humana se debe, sobre todo, a la cabeza-máscara que portan, por ser este el único elemento anatómico realmente plástico que los acompaña. En segundo lugar, también por la forma alargada y cilíndrica y la insinuación de lo que serían los hombros; finalmente también el hecho de estar colocados verticalmente, dando la sensación de tratarse de fantasmagóricos personajes que permanecen de pie. Caímos en la cuenta que los sarcófagos evocan paralela y veladamente los contornos de un falo, correspondiendo la cabeza-máscara a lo que sería el glande.
>
> La gruta, cavada ex profeso en la peña, protege los sarcófagos de la lluvia. Como ya señaláramos, el hecho de que esta se ubique en un sitio de muy difícil acceso no debe interpretarse necesariamente como un recurso destinado a protegerlos de intrusos.
>
> El Grupo 1 lo integraban originalmente ocho

sarcófagos, arrimados unos a otros por los costados. Cuando abordamos la gruta, vimos que, tiempo atrás, una de estas cápsulas se había desplomado y había sido virtualmente tragada por el abismo. Aquello debió de suceder en 1928, durante el terremoto que asoló la región y que todavía es recordado por su violencia.

Junto a estos, en una siniestra orgía ósea, los contraluces de las oquedades permitían ver los restos de aquellos que marcharon tiempo atrás y que permanecían mudos en este reino del silencio, observados por la mirada inquieta de los exploradores que, como Savoy, contemplaban las máscaras funerarias, con los ojos dibujados en la superficie de madera mirando a los profanadores desde el amanecer de los tiempos. Los pájaros habían hecho de las suyas; buscaban la protección de la muerte para construir sus refugios, y ello propició que algunos cráneos se desmoronaran, cayendo al suelo con tal violencia que se habían partido, diseminándose sobre la tierra en varios pedazos.

La escena era dantesca, pero al mismo tiempo evocadora. Savoy, y los que llegaron antes y después que él, eran conscientes de que en este sitio donde el olor a más allá se antojaba cercano en exceso, el aventurero se enfrentaba al pasado con tal violencia que ya no podía retroceder; se había consumado el bautizo y el explorador nacía a una nueva vida: desde ese momento jamás podría dejar de buscar…

El gran descubrimiento: dos enclaves del tiempo antiguo

Es difícil explicar, incluso cuando, como es el caso, intentamos describir con palabras las imágenes que se guardan como un tesoro en la retina, la vivencia en primera persona, el cúmulo de sensaciones que se agarran al alma con tal fuerza que causan un violento espasmo emocional que ya jamás se olvida. Dicho de otra forma: sea lo que fuere que reviste estos lugares actúa como un potente «veneno» que se introduce en nuestro ser, como una droga

que genera más y más adicción.

Por ello, los que hemos tenido la oportunidad de sufrir y disfrutar de los avatares de una expedición podemos llegar a intuir los múltiples estímulos que merodearon la mente de Gene Savoy cuando, tras convertirse en un experto explorador, al contrario de lo que ocurre con la mayoría fue capaz de salvar las barreras que imponía su propia maldición y logró que su nombre pasara a la historia como el descubridor de dos de las ciudades perdidas más fascinantes que existen en nuestro extraordinario planeta.

Hablar de Gran Pajatén es hacer referencia a un enclave en el que la leyenda, el misterio y la propia orografía del terreno invitan a pensar en el porqué de su origen, de su ubicación, de su traza… En el Perú advierten que su descubrimiento se atribuye erróneamente a nuestro protagonista, pues otros antes que él ya lucharon contra la densa vegetación de las alturas selváticas de esta región amazónica y lograron pisar las míticas ruinas mucho tiempo antes. Sin embargo, a pesar de que era sitio de paso para los indígenas que se internaban en la jungla en sus incursiones de caza, no fue hasta 1964 que se escribió un nombre como descubridor oficial del lugar, y este es el del alcalde de Tayabamba, capital de la provincia de Pataz, Carlos Tomás Torrealba Juárez, que buscando para su comunidad tierras más amables para la agricultura que las que generalmente abren los campesinos en esta región arcillosa de América Latina, se topó sin pretenderlo con una enigmática ciudad oculta por la vegetación y que coronaba las alturas, a más de 2800 metros sobre el nivel del mar.

Eso, al menos, es lo que nos cuentan las crónicas con mayor o menor acierto, porque imagino que las leyendas que hacían referencia a una urbe protegida por la maleza en las alturas selváticas, tan repleta de oro que era imposible transportarlo en toda una vida, también influyó para que el buen alcalde buscara esas nuevas tierras, y ya de paso, si era posible, un futuro de color dorado para él y sus paisanos.

Así las cosas, lo que no se le puede arrebatar a Gene Savoy es el mérito de haber nombrado, si no por vez primera sí de manera definitiva el inhóspito lugar. Porque desde 1965, año en que el explorador norteamericano accedió a la gran urbe atravesando sus anchos muros de piedra, esta es conocida como Gran Pajatén. No en

vano él y nadie más que él consiguió que este rincón perdido, tan fascinante como misterioso, dejara atrás su injusto anonimato y regresara al presente para mostrarnos las maravillas que guarda con celo el pasado de la humanidad. Y una de ellas es precisamente esta…

Gran Pajatén se encuentra en la cuenca del río Abiseo, tan inaccesible que incluso hoy se emplean demasiadas horas para llegar hasta sus muros. Pertenece, como ya habrán imaginado, a la cultura chachapoyas que se asentó en esta difícil región del Perú andino, y a pesar de que el todopoderoso inca llegó hasta aquí en 1470 —tal y como demuestran los restos de cerámica que se han hallado en el lugar—, esto no influyó ni en su arquitectura ni en sus peculiares creencias.

Incluso la cercanía de la laguna en la que se hallan los sarcófagos a los que anteriormente hacíamos mención, ha llevado a pensar a los arqueólogos que los nobles incas eran enterrados en el lugar siguiendo la tradición de la cultura que habían, en cierto modo, conquistado. Pero regresando a nuestro relato, cuando Savoy tuvo conocimiento del descubrimiento de esa ciudad de las que los mitos patacinos hablaban, y a la que nombraban de manera muy sugerente «El Dorado», no tardó en recorrer la larga distancia que separaba la capital peruana de Tayabamba, y así, en el mes de noviembre de 1965, cuando los calores y la humedad alcanzaban su cota más elevada en la época de lluvias de la selva, Gene se puso en marcha hacia las alturas, acompañado de varios guías que conocían sobradamente la región y del mismo Torrealba, que seguramente jamás intuyó que aquel hombre de sombrero de ala ancha y poblado mostacho iba a acabar por robarle la efímera gloria que pocos meses atrás había alcanzado.

En la mente de Gene surgió una cuestión que todavía hoy se hacen investigadores y arqueólogos: estas fortalezas de grandes muros casi infranqueables a esta altura, para defenderse… ¿de quién?

Cada tarde, el jefe de los porteadores, un hombre enjuto pero forrado de pura fibra, antes de clavar las piquetas del campamento vertía sobre el suelo de la selva el contenido de un recipiente singular, un misterioso líquido de tonos pardo-negruzcos, que guardaba con sumo cuidado envuelto en un paño de terciopelo, tan espeso como el contenido de la propia botellita.

—Es el pago a la Pachamama —decía—. Estamos en tierra sagrada y hay que pedir muchos permisos…

Las palabras de Torrealba cubrían el incómodo vacío que solía dejar la curiosidad mal saciada. Al fin y al cabo, esta era tierra de chamanes desde tiempos remotos. Así al menos lo veían quienes habían traspasado la inhóspita vegetación de la ciudad fortificada de Kuelap, donde los antepasados de estos hombres rudos y de modales distraídos habían logrado controlar la magia. Así al menos lo explica Kauffmann Doig en su interesante obra *Los chachapoyas*:

> Sin duda Kuelap debió paralelamente ejercer como sede de rituales, para los que debieron destinarse espacios

especiales en el conjunto monumental. Consideramos, asimismo, que la apariencia misma de Kuelap debió de encerrar un valor emblemático, si nos atenemos especialmente a la posibilidad de que la puerta de entrada y el pasaje en rampa que conducía a los depósitos podrían haber evocado una vagina y la ciudad entera simbolizar las entrañas de la Pachamama, la oferente de los comestibles.

Los rituales que debieron de tener lugar en Kuelap estaban probablemente dirigidos ante todo a exorcizar las catástrofes atmosféricas originadas por el fenómeno de El Niño, por cuanto estas afectaban a la producción de los alimentos y hacían asomar el fantasma del hambre. Quien debía escuchar las súplicas y en reciprocidad mostrarse benevolente, evitando que sobrevinieran los azotes climáticos, debió de ser imaginado como el numen que gobernaba sobre los fenómenos atmosféricos. Una especie de Dios del Agua que es materializado en los Apus: cimas imponentes o relieves montañosos de una particular topografía. Este ser sobrenatural debió de personificar también al Sol o Inti. Por su parte, la tierra fértil la encarnaba la Diosa Tierra o Pachamama, que del mismo modo recibía veneración, puesto que se la tenía como la donante directa de los alimentos, siempre y cuando su «consorte», el Dios del Agua, la fecundara con sus lluvias en la medida y en el tiempo apropiados.

Permítame el lector que, llegados a este punto, lo haga partícipe de una de mis muchas reflexiones, hechas a pie de viaje, que es donde más tiempo hay para pensar y para observar… Porque el símbolo está presente de manera contundente en estas culturas ancestrales, y su poder es soberano y real. Por ello no es difícil encontrar en lugares como el citado, o Pajatén y Gran Vilaya, piedras que quedaron revestidas con el poder de la magia con la que las consagró el mago. ¿En qué forma? Precisamente en la ya comentada: la del símbolo. Por otro lado, cada vez que he tenido oportunidad no he dejado de manifestar que la arqueología, especialmente en el Nuevo Mundo sudamericano, nada tiene que ver con la que se practica en el Viejo Continente. Aquí hemos perdido la capacidad de combinar la tradición, los mitos y el dato

empírico, constriñendo la arqueología a un puñado de datos carentes de vida. Sin embargo, en América «la piedra continúa viva». Eso es al menos lo que creen arqueólogos como mi querido amigo Quirino Olivera, conservador del prestigioso Museo de las Tumbas Reales del Museo de Sipán, para quien no es posible disgregar los estudios de campo sin atender a las tradiciones y los mitos de las comunidades que habitan en los lugares donde se producen los descubrimientos. Y parte de este *modus operandi* es llevar a cabo los mismos rituales que los chamanes actuales continúan desarrollando, especialmente cuando se sumergen en el corazón de la zona sagrada. Eso es algo que yo mismo he podido comprobar cuando en el año 2007 organizamos una expedición a las montañas selváticas de Yamón, en la frontera de Perú con Ecuador, con el objetivo de hallar unas pinturas rupestres en las que, entre otros muchos «disparates», el hombre del pasado dejó plasmada una escena en la que un grupo de estilizados cazadores, armados de lanzas, ponían cerco a un curioso animal cuyo largo cuello sobresalía por encima de sus cabezas. Por aquel entonces, el propio Quirino, o el profesor Ulises Gamonal, descubridor del sitio, no pudieron más que mostrar en su rostro la misma sorpresa que se asomaba a los nuestros, porque aquel ser surgía en los paredones de este mundo perdido sugiriendo que se trataba de un animal antediluviano; un dinosaurio, para ser más exactos… —*Desafíos a la Historia*, Libros Cúpula, 2010.

Es evidente que el hombre no llegó a convivir con seres que se extinguieron hace más de sesenta y cinco millones de años, simple y llanamente por una cuestión cronológica. Eso al menos nos dice machaconamente la historia oficial, pero lo cierto es que ese ser de pesadilla permanece como un testimonio imposible de un tiempo que, en pleno siglo XXI, se nos antoja lejano y preñado de interrogantes. Pues bien, además, el extraño representante de una supuesta paleofauna extinta fue pintado en los abrigos de montaña del cerro de Yamón, una zona sagrada desde cientos, posiblemente miles, de años atrás, tal y como parecen confirmar las espectaculares escenas de arte rupestre que allí se custodian, donde los chamanes, y nadie más que ellos, podían entrar. No en vano allí se iniciaban en los ritos del tiempo pretérito, controlando la magia natural en estado puro. Y este extremo es algo que Quirino y el

grupo de arqueólogos a los que acompañábamos sabían a la perfección, por lo que antes de acceder a este entorno de belleza salvaje llevaron a cabo el ritual, orientado por un chamán y con el firme propósito de que la Pachamama concediese la bendición de pisar su suelo más íntimo. Y esta, al menos aquel día, aceptó…

Dicha escena, u otras similares, es probable que hicieran de Savoy un hombre más tolerante con los habitantes de aquellos *pongos* —cerros—, e incluso que fuera suavizando sus creencias adquiriendo una visión más cercana de todo cuanto lo rodeaba. Porque la vida bullía sin descanso, y en todo aparecían representados los signos de los dioses, el poder que el curaca utilizaba para sanar, para ver el otro lado o para entrar en contacto con las divinidades. Y lugares como Gran Pajatén se atisbaban como santuarios que todavía entonces guardaban con celo todo este saber. Solo había que llegar hasta allí, y después «revivir» la piedra como hicieran los antiguos curacas.

Savoy sabía que se encontraba en una tierra que fue origen y causa de terroríficos conflictos. También era consciente de que muchos de estos no se resolvieron con veinticinco centímetros de machete en el costado; el temor a la oscuridad y a las fuerzas que en ella se alojaban era más poderoso que miles de soldados caminando juntos hacia el campo de batalla. Y es que, tal y como asegura Inge R. Schjellerup en su libro *Incas y españoles en la conquista de los chachapoyas*, la habilidad de estos reinos chachapoyas para sobrevivir al acoso de los ejércitos jíbaros, por poner un ejemplo, en ocasiones dependía de

> sus cualidades como chamanes o magos. Descola, tomando un ejemplo de los achuar (jíbaros) de la selva ecuatoriana, menciona que uno de los pretextos más frecuentes para la escalada de un conflicto era una muerte inesperada atribuida a la hechicería. El asesinato de un miembro inocente de un grupo de oposición era frecuente, y el concepto que lo respaldaba era la noción de responsabilidad colectiva para vengar la muerte.
>
> El chamán era una persona muy importante y decisiva para hechizar a la gente; así, en las antiguas incursiones, la caza de cabezas como trofeos fue tan común que pudo

> haberlo sido igualmente en Chachapoyas. En las pinturas en rocas y en las fuentes históricas, las cabezas trofeo aparecen como un rasgo cultural de esta región […]
>
> Hechiceros y magos deben de haber formado parte de la estructura jerárquica o posiblemente hayan prestado sus servicios amenazando a los malhechores políticos con daños sobrenaturales. El hecho de que el pueblo chachapoyas sea conocido por sus hechiceros y el recuerdo del mito oral de Kuelap nos muestran que sí existió esta clase de poder sociopolítico, y que probablemente también existieron las llamadas tierras de nadie, que servían de parachoques territoriales entre los curacazgos.

Es probable que en otra época los senderos que ahora afrontaba con gran esfuerzo Gene Savoy perdieran su brillo esmeralda por el tono rojizo de la sangre de los caídos. Sangre que bañaba el ritual y permitía que los dioses saciaran su sed; al menos durante doce meses más…

En este entorno, como una isla que estaba siendo deshecha por las crecidas de los ríos Huallaga y Abiseo, se elevaba en las alturas un lugar mágico, jamás tocado por el hombre. No al menos por el hombre moderno hasta que Torrealba, quizá enfermo de fiebre áurea, lo rescató del olvido para que, como ya mencionáramos líneas atrás, los méritos acabara por acumularlos nuestro particular Indiana.

Tras días de dura expedición, abriendo nuevos senderos, pretendiendo pisar la misma selva que poco antes abriera la expedición de campesinos al mando del juez de Tayabamba, al fin se apostaron frente a los muros de la ciudad perdida. Savoy, clavando su pico en el verde que como un jardín se extendía frente a la entrada natural de Gran Pajatén, respiró profundamente mirando el suelo que se extendía bajo sus pies. Estaba extenuado, pero estaba allí…

El mausoleo de Los Pinchudos

Imaginar lo que Colón hubo de sentir cuando observó cómo el agua

del mar de los caribes salpicaba sus botas debe de ser muy similar a atravesar por vez primera la entrada de la ciudad amurallada de Gran Pajatén. Savoy era consciente en esos instantes de que esas ruinas que él veía por vez primera, nunca jamás iban a ser vistas del mismo modo por otros hombres; y yo mismo, al escribir estas líneas, no puedo dejar de sentir cierta emoción al pensar en ello. Por lo tanto, una vez más permítame el lector que traiga al presente uno de los pasajes más memorables del cine del pasado siglo; ese en el que un envejecido Colón encarnado en la figura del genial Gérard Depardieu, repudiado por aquellos que tiempo atrás lo utilizaron, castigado por los avatares de una vida intensa, se dirige al todopoderoso Sánchez, el secretario de Isabel la Católica, y orgulloso le dice:

—Mirad ahí. ¿Qué es lo que veis?

—Veo iglesias, veo palacios, veo campanarios. Veo la civilización, y veo torres que llegan hasta el cielo…

Y el Almirante de la Mar Océana, sabedor del poco tiempo que le queda, le descubre la realidad:

—Todo ello creado por gente como yo. No importa el tiempo que viváis, Sánchez. Hay algo que nunca cambiará entre nosotros: yo lo hice… y vos no.

Ahí se oculta la incansable motivación de quienes persiguen sus sueños. Más aún si, como ocurría en aquel lejano 1965 con Gene Savoy, esos sueños lograban conquistarse. La muralla, al igual que ocurría en Kuelap, se estrechaba conforme se penetraba al interior de la ciudadela, que aparecía sumida en un tiempo impreciso, como si, al margen de la densa vegetación que se había apoderado inmisericorde de las construcciones, hubiese sido abandonada de un día para otro; como si esos dioses de los que hablan las tradiciones de esta parte del mundo hubieran descendido de las alturas en las que habitaban y se hubiesen llevado a hombres y mujeres, a grandes y pequeños, a reyes y plebeyos…

Frente a él se apostaban una veintena de edificios circulares, con toda seguridad las casas de la clase media de Gran Pajatén, en cuyo perímetro se adivinaban los mismos y extraños ornamentos de otras ciudadelas chachapoyas, seres sacados de una pesadilla que hubo de imaginar el chamán en un estado alterado de conciencia, porque es difícil asumir que dichas representaciones correspondían a una

certeza, tan perfectas en sus trazos que resumían en apenas cinco líneas un increíble conocimiento del arte lítico.

Caminaron despacio, como si sus pies estuvieran recubiertos de almohadillas; como si temiesen que al emitir cualquier sonido despertaran a los espíritus de los primigenios nativos. Porque daba la sensación de que en cualquier momento estos aparecerían enarbolando sus temidas hondas a través del frágil velo de la espesa niebla.

Allí no había oro, ni plata; ni tan siquiera cuentas de jade. Pero sí mucha piedra, desgastada y muerta. Muerta, claro, pero no enterrada…

Savoy admiraba la ciudadela sin mover una pestaña, sonriente, deslizando por la palma de su mano derecha la hoja afilada del machete; el leve dolor confirmaba que no estaba siendo víctima de un trance onírico.

La jornada de la llegada a Pajatén pasó rápida; los expedicionarios no querían quebrar la armonía del entorno y optaron por permanecer sentados, contemplando aquella maravilla que regresaba de un pasado ignoto en todo su selvático esplendor.

Amaneció a eso de las cinco. El jefe de porteadores se dirigió al señor Torrealba en actitud desafiante. Si bien era cierto que habían alcanzado su objetivo, allí, salvo alimañas, vegetación y ruinas, poco más había. No se correspondía a ese El Dorado del que tanto hablaron en días precedentes, y ellos, hombres rudos de gran valentía, no estaban dispuestos a que la aventura del alucinado gringo los dejase henchidos de más esperanzas y vacíos de oro, que al fin y al cabo es por lo que habían apostado, con el consiguiente riesgo de perecer en el intento.

El alcalde de Tayabamba los miró dejando entrever cierto temor. Volvió la cabeza a su alrededor, pero no había rastro del norteamericano; era como si se lo hubiese tragado la tierra; como si en su inquieto pasear nocturno hubiese caído a una fosa, pasando a engrosar la larga lista de sacrificios a los dioses que se cobraron estas montañas.

La selva tembló ante el poderoso estruendo del Winchester 70 de Savoy. Torrealba, desconcertado, inició una desbocada carrera hacia el lugar desde el que se había producido la detonación. Allí, mirando a las montañas infinitas se encontraba Eugene, hipnotizado

por la fuerza del manto que parecía cubrir el cuerpo de Inti emergiendo de las entrañas de estas rocas a casi tres mil metros de altitud. Fue una salva, una manera de homenajear el nacimiento de un dios antiguo, mucho más que el hombre. Y una lágrima resbaló por la mejilla del peruano…

Tras recorrer el enclave y realizar un inventariado preliminar, Savoy y los suyos emprendieron el camino de regreso. Gran Pajatén había sido descubierta, al menos para ese mundo que se debatía en profundas crisis o que paladeaba lentamente una guerra tan fría como diabólica, y Gene Savoy había sido el elegido para dar a conocer el fantástico hallazgo.

Tal fue la conmoción que causó la difusión del fascinante descubrimiento que inmediatamente se puso en marcha una expedición bien nutrida de efectivos y material científico encabezada por el arqueólogo Víctor Pimentel Gurmendi.

Las instantáneas que realizó en esta ocasión el fotógrafo fueron de tal belleza que el propio presidente del Perú, Fernando Belaúnde, requirió una nueva expedición a un lugar que, amén de rescatar el conocimiento de sus ancestros, se perfilaba como un sitio arqueológico preñado de secretos, en el que dar con el sepulcro de uno de los enigmáticos reyes que dominaron los vastos territorios que surgían como una ensoñación entre las nubes, al igual que ocurriera años atrás en la ciudadela de Palenque, en el estado mexicano de Chiapas, cuando Alberto Ruz descubrió la insólita tumba de Pakal el Grande.

Esta segunda expedición fue dirigida igualmente por Gurmendi. Pero en este caso era especial, porque a ella se unió el arqueólogo Duccio Bonavia, un hombre inquieto que participó intensamente en las labores de catalogación de la nueva ciudad perdida.

Así las cosas, aseguraba el ya citado Kauffmann Doig que

> lo que distingue de modo inequívoco a Pajatén es el carácter portentoso de su arquitectura y la abundancia y gran variedad de los motivos simbólico-decorativos expuestos en las paredes de algunos de sus recintos. Con todo, la arquitectura de Pajatén no difiere en gran manera de la que desarrolló la cultura chachapoyas, tanto la pública como la de culto y funeraria.
>
> Entre los torreones se abren paso plazoletas

embaldosadas. Dos de estas están provistas de sendas huancas, o piedras de carácter mágico-religioso, alargadas e hincadas en el suelo. De acuerdo a estudios del autor, en el área inca estos monolitos simbolizaban falos, que al ser hundidos en el suelo aludían a la fertilidad simbólicamente.

Porque en Gran Pajatén la representación de extraños pájaros, de seres que parecen arrancados de la piedra que «ilumina» la Puerta de las Estrellas de Tiahuanaco, en Bolivia, como si del propio Viracocha se tratase, o de los motivos geométricos que perfectamente pasarían por logotipo de cualquier marca deportiva, es desconcertante.

Once años después a la visita que realizara Savoy en 1965, un campesino de la zona, que por esas fechas habitaba en la localidad de Los Alisos y que se llamaba Santos Escobedo, en una de las múltiples incursiones en esta selva, con el propósito de vestir su pobreza de dorado metal, llegó hasta las cercanías de Pajatén, y allí, colgados de la montaña, descubrió la presencia de unos extraños ídolos de madera que parecían balancearse a merced del viento, siguiendo el ritmo anodino de una danza ancestral que mucho hubo de impresionar al pobre Escobedo, porque cuentan que poco después perdió la razón y decidió que a partir de aquel instante su vida había de transcurrir a la vera de aquellos misteriosos seres… Su corta vida, dicho sea de paso, porque a los pocos días del inesperado encuentro, el pobre hombre, aquejado del mal de la locura, abandonó este mundo, como si aquellos ídolos de madera hubieran despertado de su letargo secular para llevarse el alma del desgraciado buscador de tesoros.

Sea como fuere, infausto final aparte, Escobedo tuvo tiempo para anunciar su inesperado descubrimiento: una fabulosa necrópolis a la que los huaqueros de la zona habían bautizado como Los Pinchudos, a la vista del tamaño desproporcionado que dichas tallas mostraban en sus partes pudendas.

Allí, en las entrañas de una grieta que se asomaba a la barranquera, unos ojos pintados sobre los mausoleos retaban a los exploradores. Cinco de ellos se encontraban en un estado de conservación extraordinario, con más de cuatro metros de altura y dos o tres de diámetro, y otros parecían algo más deteriorados. Los

cuerpos de aquellos que durmieron el sueño eterno en este lugar eran colocados sobre una suerte de lascas de piedra, con el objetivo de que la humedad de la tierra no afectara a los cadáveres.

En este mundo sobrenatural no podían faltar los mismos motivos mágicos que ornamentan las ciudades de Pajatén y Kuelap, especialmente los extraños pájaros que parecen ignorar al viajero, incrustados de perfil sobre la roca ocre.

Al verlos por vez primera en la citada Kuelap, imagino que el mismo pensamiento que pasó por mi cabeza hubo de transitar la mente de otros antes que yo: demasiado parecidos a los dioses-pájaro Manu Tara de la isla de Pascua; igual que los sarcófagos de Karajía, tan misteriosamente similares a los moai de la isla de la soledad; y las cuevas, donde, al igual que en Rapa Nui, el hombre entraba en contacto con la divinidad, y con la muerte… En fin, qué le vamos a hacer: así de irónica se muestra a veces la historia, tan casual que resulta causal…

Gran Saposoa, el culmen de una vida de aventura

Son muchas las ciudades perdidas que continúan durmiendo su particular sueño en las profundidades de las selvas de la región del Huallaga, en las sierras de San Martín. Savoy rescató de ese olvido lugares como las miles de construcciones de piedra que se ocultaban en el valle de Gran Vilaya. Y así, en un lejano mes de julio de 1985 Gene Savoy aseguraba a *The New York Times* que

> … los edificios de la ciudad se elevan sobre la cresta de la montaña al menos a lo largo de veinticinco millas. La expedición calcula que hubo diez mil trescientas cincuenta estructuras de piedra en la red defensiva que se levantó a lo largo de la cresta, y trece mil edificios de piedra más en los tres lugares principales de la ciudad. Las estructuras de piedra, algunas de casi cuatro metros de longitud, fueron construidos sobre terrazas que van hasta las laderas de la montaña como escaleras. En el complejo hay sorprendentes

> edificios circulares con puertas, ventanas, paredes y nichos. Las paredes se elevan tan alto como un edificio de quince pisos.

Las imponentes construcciones nos remontan a un pasado al que viajamos en el tiempo recorriendo la extensa distancia que nos separa: mil trescientos años.

Cuando Savoy llegó allí, fue consciente de que se hallaba ante el mayor y más extenso complejo de ruinas que se haya descubierto en nuestro tiempo, junto a Gran Saposoa, todo sea dicho. A la vista está que el lugar fue levantado para servir de protección a los que optaron por refugiarse en su interior siglos atrás. Y nuestro protagonista llegó a la conclusión de que Gran Vilaya podría ser la mítica ciudad de Rabantu, a la que de manera velada aludían las crónicas incas como el lugar al que huyó de la conquista española el último de los grandes reyes del Tahuantinsuyu: Manco Inca, que marchó acompañado de su séquito y de parte del fastuoso tesoro que poseían al corazón de la selva, allí donde nadie había de encontrarlos; allí donde debían levantar una nueva civilización…

Ya en 2000, cuando media humanidad parecía seguir aterrada, el devenir de un mundo que con la llegada del nuevo milenio iba a perecer víctima de la rebelión de las máquinas, guiada por la díscola informática que llegado el momento tomaría las riendas de sus propias decisiones, Gene Savoy, a sus setenta y tres años, prefería afrontar la venida del nuevo milenio buscando entre los restos de un glorioso pasado. Y así, recorriendo sus queridos senderos de la selva de montaña de esta remota región del planeta se disponía a realizar su último gran descubrimiento. Es probable que él, hombre de fortaleza natural y carácter decidido no atisbara el final de su vida, pero no menos cierto es que el cuerpo ya, a esas alturas, iba más lento que su mente.

El «efecto 2000» quedaba lejos de estas selvas de San Martín, y Gene, acompañado de sus fieles ayudantes, los magníficos arqueólogos Miguel Cornejo y Alberto Bueno Mendoza, «padecía» las vicisitudes de su nuevo camino. A lo lejos, los ríos Huabayacu y Huallabamba parecían confluir, dotando de vida un entorno que en tiempos pasados permitió que las comunidades asentadas en este difícil territorio al menos no pasaran hambrunas.

Los tramos de ceja de selva eran especialmente agrestes en este

sector, y Gene se veía obligado a parar más de lo deseado; las fuerzas se escapaban y él, pese a los intentos por retenerlas, ya no afrontaba estas expediciones como antes. Y lo sabía; pero la euforia por un nuevo descubrimiento solapaba la tristeza que se le agarraba como una sanguijuela al corazón, desangrando su mente de joven impetuoso y devolviéndolo a su cuerpo de anciano fatigado por una existencia de penurias y excesos.

Los Apus, a esta hora de la tarde encendían los fuegos celestiales, y una miríada de tonalidades anaranjadas y rojizas se asentaban sobre las cumbres andinas. Al culminar el ascenso, Savoy supo que allí quedaba su legado, el culmen de una vida que aportó mucho. Frente a él se elevaban las piedras ciclópeas de casas, muros, palacios y templos de Gran Saposoa. En extensión, el mayor hallazgo arqueológico de nuestro tiempo.

Savoy dejó que su mirada se perdiera como ya lo hiciera la primera vez que visitó Kuelap; el instante en que la maldición del explorador empezó a rondarlo. Y así, respirando lentamente, dejó que su mente se fusionara con los Apus de las montañas, y comprendió que ese y no otro era el regalo que estos le hacían, ahora que afrontaba el último tramo…

Douglas Eugene Savoy murió el 14 de septiembre de 2007, a los ochenta años de edad en su casa de Reno (Nevada, Estados Unidos). A lo largo de su vida descubrió más de cuarenta ciudades perdidas en el bosque húmedo de la montaña peruana y dirigió medio centenar de expediciones extremas; sufrió el ataque de grupos de asaltantes y guerrilleros; fue mordido por serpientes; picado por mosquitos que le contagiaron la temida malaria, y enfermó de hepatitis. Incluso se le acusó de cobrar cifras astronómicas por realizar expediciones de veintiún días con jóvenes exploradores, para que estos aprendieran el duro oficio de la búsqueda…

Sea como fuere, logró esquivar la fría mirada de la muerte en tantas ocasiones que Steven Spielberg se fijó en su fuerte personalidad para crear, como ya dijéramos anteriormente, al legendario aventurero Indiana Jones. En una de las últimas entrevistas que concedió poco antes de fallecer, tuvo una deferencia con el entrevistador que nunca antes había tenido con nadie: confesó cuál había sido el secreto de su éxito, la clave para llevar a cabo tamañas aventuras que culminaron en importantes hallazgos

sin apenas sufrir grandes inconvenientes, al menos vitales:

> Mis descubrimientos están basados en corazonadas; quizá en parte ha influido mi desfachatez, gracias a la cual he abierto el camino a los científicos.

Y a todos los que con gran emoción se acercan a los mágicos lugares que se ubican en este fantástico rincón del planeta, y cuyos senderos fueron abiertos por el machete y la fe a prueba de dobleces que mostró este rudo hombre de gran mostacho y sombrero de ala ancha; ese mismo sombrero que la tarde que Savoy contemplaba absorto la morada de los dioses, encaramado en las alturas de Gran Saposoa, los Apus le arrebataron con delicadeza soplando un dulce viento sobre su cabeza; cobrándose en cierto modo el pago a tantas décadas de concesiones a un explorador que nos ofreció el mayor de los regalos; el fruto de un trabajo comprometido y valiente en la forma de un importante legado: el de nuestros antepasados…

HENRI LHOTE, EL HOMBRE QUE OBSERVABA A LOS «MARCIANOS»

Tras una expedición muy publicitada en la década de los cincuenta, las pinturas de las montañas de Tassilin-Ajjer fueron presentadas como el mayor museo de arte prehistórico del mundo entero.

Diario de Estudios
Norteafricanos

Los «marcianos» abundan en Yabbaren y hemos podido trasladar no pocos frescos espléndidos referentes a su estancia. Brenans había señalado algunos, pero las mejores piezas le habían pasado por alto, pues son prácticamente invisibles y para volverlas a la luz ha sido menester un buen lavado de las paredes con esponja.

HENRI LHOTE

El sol aún se asomaba al rostro del explorador; los labios, pese a haberlos hidratado con sumo cuidado al regreso de la zona seca, aún se despellejaban al sentir el contraste con el frío ambiente. Las quemaduras se podían sanar; las físicas al menos, porque esas que

se agarraban al alma quedaban como cicatrices que acompañarían a Henri hasta el día de su muerte. Había logrado llegar allí donde pocos antes que él plantaron las rodillas en señal de sumisión a lo que se mostraba frente a sus ojos, humillados porque al fin se hallaban en la tierra de los dioses, y estos parecían observarlos desde su tiempo asomándose en los abrigos de montaña de este desierto sin fin.

El director del Museo del Hombre de París se desplazó hasta el sur de Argelia cuando apenas nadie lo hacía, convencido de que en estos remotos parajes, al contrario de lo que afirmaban las tesis oficiales, sí había habido asentamientos humanos. (Fotografía de Wikimedia Commons).

Su maestro, el gran arqueólogo Henri Breuil, acababa de recibir el grado de Comendador de la Legión de Honor francesa, y a estas alturas, cuando ya no existía engaño en la certeza de que enfilaba el ocaso de su existencia, estaba eufórico; por el mérito concedido, el más alto y honorable que pudiese obtener un arqueólogo, que en este caso era además prehistoriador y abad, y por su pupilo, el más aventajado de los que se sentaban en la primera fila de pupitres de su clase en la cátedra de Prehistoria en el Collége de France. Porque aquel muchacho de ojos chispeantes y desmesurado interés por el pasado más arcaico supo, desde que se cruzó con él por vez

primera, cuál era el talón de Aquiles del viejo profesor: el arte rupestre, la creación sin creatividad; el testamento que los hombres de un tiempo pretérito legaron a las generaciones venideras en lugares tan poco accesibles que era fácil caer en la tentación de pensar que fue a propósito; que no querían que su testimonio fuera descubierto. Al menos no con facilidad, como si desearan ocultar un conocimiento, en ocasiones incomprensible a ojos de nuestro tiempo.

Las representaciones de Tassili salen con fuerza de la piedra ocre, como un testimonio pasado que todavía hoy se nos escapa. (Fotografía de Diego Cortijo).

Sin embargo, aquel día parecía estar cansado. Hacía pocas horas que había regresado del sur de Argelia, de una incursión más,

aparentemente sin muchas novedades. Henri, tras jornadas de duro camino, sufriendo el castigo de las afiladas y ardientes lascas que sembraban el territorio, ascendió solo a la meseta de Tassili. Las bestias no podían más, y obligarlas a culminar la terrible subida era condenarlas a morir reventadas.

Él, acostumbrado a sufrir hasta la extenuación, continuó. Los tuaregs quedaron con el equipo científico en las faldas de la ladera. Sería trágico que se perdiesen los dibujos y las muestras que había tomado a lo largo de las semanas de expedición. De este modo, como los eremitas que deciden emprender su último viaje para guarecerse en la oscuridad de las cuevas sagradas, donde hombres y dioses pueden entablar comunicación cara a cara, el que por esas fechas era director del Museo del Hombre de París se echó lo imprescindible a la espalda y comenzó a andar.

A cada paso, el grueso polvo del desierto se introducía por sus fosas nasales, provocándole una tos seca que conforme avanzaba la ascensión se iba volviendo más y más desagradable. La cara, a estas alturas, era una mezcla de sudor y barrillo, tan tintada que de ir desnudo nuestro protagonista se hubiera confundido fácilmente con el entorno, mimetizado con unas piedras que aumentaban de tamaño según se acercaba a la parte más desconocida y abrupta de la meseta.

A mediodía alcanzó la cumbre, y una vez allí, sin previo aviso, su formación científica se resquebrajó en mil pedazos. Porque él, hombre abierto a nuevas tesis, que aprendió que todo lo que nos venía de ese pasado era interpretable, pero que era necesario mantener la misma distancia tanto temporal como emocional, en ese instante sintió que se encontraba frente a un imposible; algo que no debía existir. En esta remota región de Yabbaren, a la que los nativos tiempo atrás bautizaron como «Los Gigantes», algo ocurrió en el pasado que despertó la imaginación o el miedo, o ambas cosas, en los clanes que habitaron el lugar. Allí, oculto al abrigo de montaña más colosal aparecía una misteriosa representación, un ser de más de cinco metros de altura que, salido de una pesadilla, parecía observar a Lhote con desprecio, consciente de la reacción que despertaría en los pocos locos que llegasen hasta este desolado entorno.

Era aquel uno de los momentos que marcan una vida, y Lhote,

arrodillándose frente a la fabulosa representación, solo pudo murmurar:

—Es… el gran dios marciano.

Salvar nuestro pasado

Henri Lhote nació en 1903, y poco es lo que sabemos de su infancia, ya que, habiendo quedado huérfano desde muy niño, en plena adolescencia empezó a desempeñar las más variadas labores en la Ciudad de las Luces, donde seguirle la pista es tarea ardua, aunque él mismo diría años después que de los diez a los veinte años aprendió a defenderse en cualquier entorno y situación, porque no había mejor escuela de vida que los empedrados de la fantástica urbe. Muchacho curioso y de grandes inquietudes, vio en el ejército la oportunidad de una nueva vida, de viajar a lugares remotos, como el Protectorado de Marruecos o la enigmática Argelia, tierras ambas de las que los jóvenes soldados regresaban fascinados, alabando el contraste que existía entre el Viejo Continente y esas tierras aún más viejas.

Animales, escenas de caza, momentos cotidianos… y sobre estas

representaciones otros seres que como demonios de un mundo primigenio surgen despertando demasiadas incógnitas. (Fotografía de Diego Cortijo).

Tras sufrir un aparatoso accidente que le dejaría secuelas de por vida, y que impidió que pudiera consumar una brillante trayectoria como aviador militar, cuando cumplió los veinte años, sin caer en la tentación de tirar por la borda sus sueños a la vista de los constantes infortunios, por fin consiguió que lo trasladaran al norte del continente africano para llevar a cabo una labor nimia en apariencia pero que le permitiría desarrollar esas mismas inquietudes a pie de terreno y descubrir, saborear, el conocimiento de culturas ubicadas en las antípodas de la suya. Y es que, con apenas dos mil francos y un puñado de libros sobre las plagas africanas —en especial la de la langosta—, el joven Lhote inició el que sería el viaje más importante de su existencia, con fuertes dosis de ilusión y una experiencia nula en lo que a la supervivencia en este entorno extremo se refería.

Es probable que al cabo de los días las langostas descubriesen que cuanto más cerca se situasen de Lhote, más garantizarían su propia supervivencia, porque este, a cada jornada entablaba relación con los hombres del desierto, aprendía de su conocimiento del medio, entendía la enorme diferencia cultural que existía en apenas una franja de mil kilómetros cuadrados. Gentes que habitando un mismo país se regían por otros dogmas, por otras creencias, por dioses mucho más antiguos que los nuestros. Y así, tras más de tres años respirando cada palmo de aquel árido desierto, con un aprendizaje sin parangón, Lhote regresó a la civilización, no sin antes contrastar en voz de los señores de las arenas, que más allá de lo razonable, donde los hombres del norte no admitían que jamás hubiese habido núcleos poblacionales estables, se ubicaban unas extrañas representaciones del «tiempo anterior», tan insólitas como aterradoras.

A su llegada a París fue recibido con cierta cortesía, al punto de que hubo quien entendió que aquel hombre aunaba las virtudes del buen explorador, a saber: humildad, conocimiento y ciertas dosis de locura, lo que en un futuro inmediato podría dar muchas alegrías a la comunidad científica gala.

De este modo, su valentía, pundonor y amplísimos

conocimientos sobre el desierto más grande del planeta, le valieron ser premiado con un doctorado en la prestigiosa Universidad de París. Había llegado el momento de poner en marcha la expedición; o al menos eso creía, porque su sueño se vio momentáneamente truncado con el estallido de la segunda guerra mundial, y por una lesión que sufrió durante la misma, estando de servicio, que lo postró en cama durante casi una década. Pero Lhote siempre supo reponerse a las vicisitudes y extraer lo mejor de la peor de las situaciones. Ese tiempo de obligado descanso lo empleó en poner en orden las ideas, en planificar al extremo la expedición, y en conseguir el beneplácito de universidades e instituciones científicas que a la postre habían de ser quienes subvencionaran los altos costes de una empresa como aquella.

Las figuras estilizadas con grandes cráneos y de ojos ovalados también son una constante en los abrigos de montaña de la meseta de Tassili. Que cada cual interprete lo que desee… (Fotografía de Diego Cortijo).

Y por fin llegó el día. Henri Lhote era consciente de los múltiples peligros que acarreaba realizar una incursión en el desierto, mucho más en vista del elevado número de personas y material técnico y científico que debían llevar. El pillaje en esta tierra no estaba

penado; era imposible poner barrotes al desierto. Además, la situación en el país se presentaba convulsa después de que, tras años de conflictos internos orquestados por la resistencia argelina en contra de la ocupación francesa, si en el norte la lucha la dirigían grupos clandestinos armados, en el sur, los pocos que se atrevían a llegar hasta aquellos recónditos lugares hablaban de guerra abierta.

No en vano, dos años antes, en 1954, nacía el Frente de Liberación Nacional, dispuesto a emprender a costa de lo que fuese la lucha armada para acabar con la represión que con la excusa de defender a los *pied-noirs* y a la Argelia francesa —los *pied-noirs* o «pies negros» eran colonos de origen judío o europeo que se vieron obligados a abandonar Argelia con la independencia de 1962—, acabaron con la vida de más de un millón de civiles, arrasaron más de diez mil aldeas, y torturaron a los insurrectos para acabar con los movimientos hostiles de liberación.

Y así, con esta «apacible» situación política y social, en el mes de febrero de 1956 Henri Lhote partió, encabezando un grupo de ocho especialistas en las más diversas disciplinas, entre los que se incluía el guía tuareg, y algo más de una veintena de camellos para transportar los equipos de investigación y de acampada. A lo lejos, más allá de los macizos de Djanet, los aguardaban los habitantes de otro mundo…

Antes, durante y después

Recordaba en mi anterior trabajo, *Desafíos a la Historia*, que

> los encuentros de Lhote con el desierto eran habituales en aquellos años desde que cayeran entre sus manos, siendo muy joven, los escritos de varios geógrafos y arqueólogos que ya en 1933 ponían sobre el papel la aventura protagonizada por varios miembros de la Legión Extranjera francesa, al mando del capitán Charles Brenans. Transcurrían los duros años de la primera guerra mundial (1914-1918),
> cuando este batallón de militares decidió cruzar la frontera

de lo aconsejado, allí donde se encontraban los últimos asentamientos humanos, y continuaron la marcha entre los desfiladeros y las planicies de un territorio seco, agresivo con quienes se atrevieran a profanar su silencio. Y este grupo de valientes lo hizo, llegando hasta donde antes que ellos nadie se había atrevido: a casi mil cuatrocientos kilómetros de Argel, a un punto de la geografía argelina en el que historiadores y arqueólogos aseguraban que jamás se ubicaron poblaciones humanas, ni antes, ni ahora.

Se equivocaban; y la prueba más evidente eran los miles de pinturas que se escondían del inmisericorde sol en los abrigos de esta meseta de mucha altura, a más de setecientos metros sobre el nivel del mar.

Al capitán Brenans se le pusieron los ojos como platos, pues lo que en un principio era un rutinario reconocimiento de la zona próxima al puesto militar de Fort Polignac, se convirtió, sin buscarlo, en uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de la historia. Tras bajarse del camello y pisar las ardientes arenas del valle de Ighargharen, lugar que hasta entonces no había sido «profanado» por los europeos, vislumbró una serie de frescos en los que seres deformes y monstruosos parecían habitar un mundo de pesadilla, guardianes de esa vasta superficie que se perdía hasta donde alcanzaba la mirada. Era el lugar al que los nómadas llamaban Tassilin-Ajjer, «La meseta entre los dos ríos» en el antiguo dialecto de los bereberes.

Así las cosas, hubo otro «loco» antes que Lhote que llegó hasta el entonces legendario enclave. Y lo que describió hizo que en su mente, ya de por sí calenturienta, empezara a bullir la idea de ir más allá de lo que lo hiciera su admirado Brenans; esa misma idea que tras jornadas de marcha hacía que una amplia sonrisa se dibujara en el rostro del explorador conforme veía que el desierto se desdibujaba y la montaña crecía según se aproximaban al oasis de Djanet, allí donde desde siglos atrás habitaban los bravos tuaregs de la tribu Kel Azjar. El alivio fue fugaz. Apenas si duró cuarenta y ocho horas, tiempo que los expedicionarios tuvieron para reponer fuerzas y descansar. A partir de este punto se sumergían en tierra de nadie, posiblemente la región más inhóspita de esa parte del planeta. Lhote lo sabía, y al cabo de varios días de fatigosa marcha,

tras apartar la arena que cubría las hojas de su cuaderno, empezó a escribir:

> Las bestias tienen entrecortado el aliento por el esfuerzo, la pendiente es cada vez más empinada y la mole de pedruscos se va haciendo más imponente. Algunos camellos se desploman bajo la carga, que cae rodando torrentera abajo; los hombres deben acudir a todas partes. En los guijarros se perciben rastros de sangre, pues sin excepción todos tienen despellejadas las patas y se han dañado las pezuñas con las aristas cortantes de las rocas. El animal que lleva las grandes cajas con los tableros de dibujo acaba de desplomarse bajo su carga, que ha chocado contra una peña, y está claro que jamás podrá incorporarse. Mando sacar los tableros y tomo la decisión de que nos los carguemos al hombro. Cada uno recibe su parte y aquí comienza el calvario para todos, pues aún no se divisa la cima y el sendero se encrespa más y más bajo nuestros pies…

Independientemente del «gran dios marciano», sin duda alguna la figura más llamativa de la región —y tristemente la que menos se ve dado su nivel de deterioro—, también aparecen otros seres con cabezas ovaladas que parecen «flotar» sobre el resto, como si estuvieran volando. (Fotografía de Diego Cortijo).

El desierto de arena formaba parte de los espejismos, y la mole pétrea de la meseta de Tassili surgía de las entrañas de la tierra conformando un espectáculo sobrecogedor, como una fortaleza

dispuesta a defender con bravura su secreto.

A estas alturas de viaje, la sangre que se evaporaba sobre la piedra ya no impresionaba; sí lo hacían aquellas rocas retorcidas que cuando caía la noche parecían demonios que regresaban a la vida para acabar con los infortunados que se pusiesen en su camino. Seguía escribiendo Lhote:

> Lo deforme y lo fantástico de sus contornos finge graneros desfondados, castillos de ruinosos torreones, decapitados gigantes en actitud de súplica. Atraviesan ese dédalo y en él se entrecruzan desfiladeros de suelo arenoso, angostos como callejas medievales. Quien allí se aventura cree hallarse en una ciudad de pesadilla.

No es difícil imaginar la dureza del lugar dada la riqueza narrativa de su descubridor. Pero ahora sí, la parte más complicada de la travesía ya la habían superado, y en las alturas los aguardaba la justa recompensa a tanto esfuerzo.

Lhote, de complexión fibrosa y voluntad de hierro, no se descorazonó cuando una vez en la cima, donde el terreno se allanaba engañosamente, observó que la densa vegetación salvaje obstruía el tramo de acceso al lugar. Tras ímprobos esfuerzos logró adentrarse entre dos paredones afilados que parecía que iban a cerrarse en cualquier momento, aplastando a los que en fila india se adentraban en el corazón mismo del Tassili. Al otro lado se adivinaba un paraje lunar, preñado de abrigos de montaña en los que ya se atisbaban las primeras trazas de arte rupestre, en el mural natural más grande de la historia de la humanidad. Lhote quitó la goma de su cuaderno y escribió:

> Estábamos literalmente trastornados por la variedad de estilos y de temas superpuestos, en suma, nos tocó enfrentarnos con el mayor museo de arte prehistórico existente en el mundo, con imágenes arcaicas de gran calidad pertenecientes a una escuela desconocida hasta el presente […] Detrás de la selva de matojos había aún más, un mundo desolado y repleto de pinturas jamás vistas por el hombre blanco.

De manera compulsiva, olvidando las duras jornadas para llegar hasta allí, y obviando las que aún les quedaban de trabajo, Henri Lhote comenzó a calcar las representaciones, como si guardase la certeza de que algún tipo de magia las haría desaparecer de un momento a otro. Arrastrándose por el suelo logró llegar a los abrigos más recónditos y reflejar sobre el papel lo que allí había, comprobando que junto a representaciones de animales más o menos extrañas —rinocerontes de siete metros de envergadura, elefantes, gacelas…— se podían observar con detenimiento frescos realizados en tonos ocres y negros que mostraban escenas de caza de gran realismo. Y así, el primer estudio sobre el terreno no dejó lugar a la duda: la gigantesca muestra de arte rupestre se perdía en los albores del tiempo, muy anterior a las culturas mesopotámica o egipcia, pero con una plasticidad y concepción artística que tiraba por la borda todo lo conocido hasta entonces sobre el pasado del Sahara. Porque esos animales, algunos desubicados de su hábitat natural, aparecían en ocasiones rodeados de misteriosos seres blancos que volaban o que eran objeto de la veneración de los clanes tribales que entonces habitaban el lugar.

A las escenas de caza se suman otras en las que aparecen los extraños «cabezas redondas», auténticos polifemos que parecen someter a los clanes tribales que por aquel entonces habitaban el vergel que era el Sahara. ¿Acaso se trata de los dioses? (Fotografía de Diego Cortijo).

Para llegar hasta el lugar donde se encuentran las principales pinturas hay que ascender por una tierra plagada de lascas como cuchillas, donde el calor puede jugar una mala pasada. Pero merece la pena… (Fotografía de Diego Cortijo).

La expedición de Lhote se prolongó durante dieciséis meses y tuvo repercusión mundial. A pesar de la dureza y de las condiciones extremas que tuvieron que soportar, fueron finalmente guiados por tuaregs hasta los dos yacimientos más impresionantes de toda la región. No en vano su viejo amigo el capitán Brenans ya le advirtió años atrás que las pinturas más impresionantes se situaban en la zona de más difícil acceso, junto al macizo de Yabbaren; representaciones que rompían en mil pedazos los cánones de lo establecido, porque no se correspondían con nada parecido a todo lo hallado hasta la fecha.

Razón no le faltaba. Con el corazón a punto de estallar, Lhote y dos de sus acompañantes, su joven alumno Jaques Vilet y el fotógrafo de la expedición, Phillippe Letellier, tomaron asiento sobre unas piedras planas, y con la mirada perdida observaron en silencio lo que tenían enfrente; no hacían falta palabras, solo observar en silencio…

Hay que retroceder un tanto para verlo en conjunto. El

> perfil es simple, y la cabeza redonda y sin más detalles que un doble óvalo en mitad de la cara recuerda la imagen que comúnmente nos forjamos de un ser de otro planeta. ¡Los marcianos! Qué título para un reportaje y qué anticipación. Pues si seres extraterrestres pusieron alguna vez pie en el Sahara, hubo de ser hace muchísimos siglos, ya que las pinturas de esos personajes de cabeza redonda del Tassili cuentan, por lo que deducimos, entre las más antiguas. Los «marcianos» abundan en Yabbaren, y hemos podido trasladar no pocos frescos espléndidos referentes a su estadía. Brenans había señalado algunos, pero las mejores piezas le habían pasado por alto, pues son prácticamente invisibles y para volverlas a la luz ha sido menester un buen lavado de las paredes con esponja.

Pero no era el único, pues una vez lograron escapar de las redes de su embelesamiento, pudieron clasificar otros

> seres de cabeza redonda y protuberancias similares a pequeños cuernos, otros con cabezas redondas más evolucionados, una especie de diablillos, el dios astronauta que parece tener una antigüedad mayor que la del gran dios marciano.

En otros pasajes pétreos, esos misteriosos polifemos con escafandra parecían conducir a un grupo de mujeres en estado de gestación al interior de unas singulares «burbujas», en la que fue bautizada como la «escena del rapto».

Y como Tassili es un enigma de proporciones casi tan grandes como la superficie que abarca, junto a las misteriosas creaciones también se localizaron trazos de una escritura primigenia y desconocida que harían que el nacimiento de los primeros textos, hace cuatro mil años en la región de Babilonia, quedaran relegados a un segundo puesto en virtud de lo hallado por Lhote y su equipo.

Las dataciones posteriores arrojaron que las pinturas de Tassili nos remontarían más de diez milenios en el tiempo, cuando esta región del orbe terrestre, como ya dijera con anterioridad, era lo más parecido a un Jardín de las Hespérides que en nada previo la llegada de la imparable desertización.

«Nos enfrentamos a figuras extrañas, tan diferentes de todo el arte prehistórico, que nos hace movernos en un mundo absolutamente aparte», confesó sin rubor Lhote al ver por vez primera la efigie amenazadora, con los brazos extendidos y el cuerpo lleno de protuberancias del llamado «dios Sefar», cuyo cráneo ovalado se alzaba a más de cuatro metros del suelo, mientras otras no menos misteriosas entidades parecían implorar en actitud de rezo. Aquellos seres flotaban en el espacio, provistos de artilugios similares a nuestras escafandras, con ceñidos monos de una sola pieza y lo que parecen ser cierres en el cuello y las muñecas, alcanzando dimensiones inimaginables en el arte prehistórico.

En la región de Ananguat, rodeada por los cauces secos de dos ríos que se extinguieron miles de años atrás, Lhote encontró otra escena inquietante:

> Más abajo, otro hombre emerge de un ovoide con círculos concéntricos que recuerda un huevo, o, abusando de la imaginación, un caracol. Toda prudencia es poca para interpretar semejante escena, ya que nos hallamos ante unos temas pictóricos sin precedentes.

Sea como fuere, ante él se abría el testamento de piedra de los hombres del Paleolítico Superior y del Neolítico en forma de más de quince mil muestras de pintura —aunque se estima que podría haber más de ochenta mil— y, por cierto, ni un solo enterramiento humano, lo que podría ser argumentado desde la perspectiva de que este, al igual que otros en lejanas latitudes, era un sitio sagrado exclusivo para chamanes y hechiceros.

La ciencia, a pesar de las reticencias iniciales dado lo que allí había representado, admitió que Henri había descubierto la «Capilla Sixtina de la Prehistoria», pero no estuvo de acuerdo con otras teorías del genial explorador, hipótesis que defendió hasta el fin de sus días y que indicaban que algo había ocurrido en la más remota antigüedad, una suerte de extraños mensajes grabados por seres del pasado.

Categorías de pinturas encontradas por Lhote

1	Seres de cabeza redonda y cuernos de pequeño tamaño.
2	Diablillos.
3	Dibujos del Período Medio con hombres de cabeza redonda.
4	Hombres de cabeza redonda evolucionada.
5	Período decadente de las cabezas redondas.
6	Hombres de cabeza redonda muy evolucionada.
7	Período de los Jueces de Paz o terminal.
8	Hombres blancos longilíneos del período prebovidense.
9	Hombres cazadores con pinturas corporales del período bovidense antiguo.
10	Estilo bovidense.
11	Período de los carros.
12	Período de los caballos montados o de los hombres bitriangulares.

GORDON COOPER Y EDGARD MITCHELL, LA EXPLORACIÓN ESPACIAL

El universo, tal y como lo percibimos, es un sistema interactivo entre los procesos físicos y la actividad creativa inteligente.
Un buen símil sería decir que si usted cree en Dios, entonces Dios todavía está aprendiendo y sigue creando.

EDGARD MITCHELL

Algunos de mis colegas astronautas creen en los OVNI, e incluso han tenido ocasión de verlos desde una nave o desde tierra, pero han preferido no hablar de ello por miedo a que la prensa manipule la información. Ha habido tantas historias raras que se muestran reticentes a verse implicados en este asunto.

GORDON COOPER

El espacio: la última frontera. Eso es al menos lo que nos han dicho hasta ahora, porque parece que nuestro propio planeta ya no guarda secretos suficientes para satisfacer nuestra innata curiosidad; porque miramos con desprecio, ese desprecio tan característico de

nuestra especie soberbia y primermundista, lugares que no poseen nada interesante que nos saque del atolladero crítico en el que estamos sumidos, más allá de su naturaleza salvaje. Porque si no hay petróleo, gas o coltan ya no merece la pena pisarlo. Quizá por ello todavía permanecen vírgenes las grandes fosas marianas; el edén perdido de Mount Mabu, en Mozambique; la Antártida, el continente helado…

Miramos el universo con grandes telescopios intentando localizar ese lugar con el que entablar un contacto; esa otra Tierra que aguarda nuestra visita, porque hemos pasado de planeta acosado en la década de los sesenta y setenta del pasado siglo por hordas de marcianos cabezones y mal encarados —casi tanto como los dioses del mundo antiguo— a especie colonizadora que lanza sus tímidos mensajes al espacio, esperando que alguien los recoja desde las inmensidades cósmicas, observando con ojo miope ese concepto de infinito que encoge nuestra limitada razón de ser.

Los resultados de nuestras incursiones parecen haberse disparado en los últimos tiempos; por un lado, el descubrimiento de múltiples exoplanetas con posibilidad de albergar vida ha hecho que la comunidad científica, tan reticente a la hora de hablar de «otros planetas habitados», esté empezando a valorar la posibilidad de un contacto que no se reduzca a una cuestión de amebas o microorganismos.

Quizá el punto de inflexión lo haya marcado en 2010 el descubrimiento, a tan solo veinte años luz de la Tierra, de la estrella enana roja Gliese 581, más fría y pequeña que el Sol pero alrededor de la cual orbitan tres planetas, uno de los cuales se halla a una distancia tal que ha permitido plantear la posibilidad de que su temperatura media oscile de los
0°
a los
40°,
lo que a su vez implicaría que pudiera haber agua líquida, necesaria para la formación de cualquier tipo de vida.

Es Zarmina, nombre con el que bautizó a esta «superTierra» —dado que su masa es 3,1 veces mayor que la de nuestro mundo— su descubridor, el astrónomo californiano Steven Vogt, auténtico estandarte en la búsqueda de planetas extrasolares, y que ha llegado

a afirmar tajantemente en relación a este descubrimiento que

> creo que hay un ciento por ciento de posibilidades de que el planeta albergue vida, ya que presenta unas condiciones muy adecuadas para ello.

Llegar hasta allí se antoja improbable; al menos para nuestra generación y posiblemente para las inmediatamente venideras. Pero su importancia radica en que abre un amplísimo abanico en el que se ubican otros planetas en nuestra propia galaxia con idénticas condiciones para la vida, o quién sabe si mejores.

Parece como si se estuviera concienciando a la humanidad para «algo» con lo que no voy a conjeturar para no caer en ese saco en el que se encuentran mentes conspiranoicas, ufólogos trasnochados y algún que otro contactado que ha dejado de tomarse la medicación. No hay que obviar que en estos dos años, científicos de renombre han sorprendido a la comunidad internacional con sus impactantes declaraciones. Posiblemente, el que abrió el melón fue el omnipresente Stephen Hawking, que meses atrás se destapó con unas «confesiones» que aún están levantando el denso polvo que se agarra a las levitas de la ortodoxa clase científica.

Porque su densa mente matemática no admite la posibilidad de que entre los cien millones de galaxias que puede haber solo en nuestro universo no haya vida microbiótica, o más evolucionada. Y es aquí donde saltó la polémica, ya que Hawking advirtió que para el bien de la humanidad es mejor que no se produzca el contacto, en previsión de que esos alienígenas más evolucionados que nosotros, simplemente porque ellos sí han logrado la tecnología suficiente para llegar antes, buscaran proveerse de recursos, y después, en algo que caracteriza al ser humano, dejar el entorno como un erial sin prestar atención al daño causado y marcharse… Incluso llegó más lejos al afirmar que

> algunos extraterrestres evolucionados podrían haberse convertido en nómadas y tener intención de colonizar los planetas a los que llegaran.

Para el gran científico británico, un encuentro de tales dimensiones podría devenir en unas consecuencias muy similares a

las que tuvo el Descubrimiento de Colón y su entrada en contacto con unos indígenas que no sabían si aquellos hombres cubiertos de un extraño metal que refulgía con el sol eran dioses, o lo que posteriormente se adivinó: algo más cercano a los demonios de tradiciones que únicamente eran recordadas entre susurros…

Pero como digo, Hawking ha sido tan solo el primero de lo que parece ser una corriente de opinión que está, en estos mismos momentos en los que lee estas páginas, haciendo tambalearse los cimientos de la hasta ahora inamovible y fría institución científica.

Quizá el último eslabón de esta cadena de «concienciación» lo conformen los integrantes —algunos de ellos— de la prestigiosa sociedad científica británica Royal Society, que a comienzos de 2011, y a través de las páginas de su revista *Philosophical Transactions*, advertían que los gobiernos del mundo deberían prepararse para un posible encuentro con una civilización extraterrestre que podría ser violenta.

La publicación dedicó por aquellas fechas un número completo al asunto de la vida en otros planetas, argumentando que si el proceso de evolución ha seguido en todo el universo patrones darwinistas, tal como ocurre en la Tierra, las formas de vida extraterrestre que contactarían con nosotros podrían compartir nuestra tendencia a la violencia y la explotación de los recursos; algo que ya dijera poco antes el citado Hawking.

Por ese motivo, en una petición sin precedentes en la historia de la humanidad, un colectivo de científicos reclamaban, apoyados en la trayectoria de la propia Royal Society, que las Naciones Unidas configurasen un grupo de trabajo dedicado a «asuntos extraterrestres» con la capacidad de delinear un plan a seguir en caso de que se produjera un contacto alienígena y de que estos mostrasen una actitud hostil. Llegados a este punto resulta difícil no caer «entre las garras» de una cierta euforia, porque que un colectivo de científicos de prestigio incontestable hable de extraterrestres, de contacto, de peligro para la humanidad más bien parece propio de un «megafilm» de la factoría hollywoodiense que de respetables y embatados hombres de ciencia.

Incluso el profesor de paleobiología evolutiva de la Universidad de Cambridge, Simon Conway Morris, salió de su anonimato y, sin tapujos, en un ejercicio de cierto catastrofismo nunca antes visto en

miembros de este colectivo, anunció que «debemos estar preparados para lo peor» en el supuesto de que la historia nos pusiera en el brete de coincidir con una civilización extraterrestre. El profesor Morris considera que la vida biológica debe de tener en todo el universo unas características similares a las de la Tierra, al punto de que está convencido de que si existen alienígenas inteligentes, «serán parecidos a nosotros», lo que para él, «dada nuestra no muy gloriosa historia, debería hacernos reflexionar».

Edgar Mitchell fue el sexto hombre en pisar la Luna, experiencia de la que regresó absolutamente transformado. No en vano estando en el satélite natural terrestre ya llevó a cabo unas nada «ortodoxas» experiencias telepáticas con gente de la Tierra que en su momento levantaron gran revuelo. (Fotografía de NASA).

Pero no es el único. Por su parte, los profesores John Zarnecki, de la Open University, y Martin Dominik, de la Universidad de Saint Andrews, llegaron al extremo de reclamar en el artículo que abría el medio de difusión de la Royal Society un plan «responsable» que estuviese dirigido por expertos y científicos y evitase los «intereses de poder y el oportunismo» tan propios de algunos miembros de nuestra especie en caso de que los extraterrestres llegaran a nuestro planeta, ya que la más que probable «falta de coordinación» que presumiblemente se daría en ese hipotético caso debía evitarse,

según estos científicos, con la creación de un «marco general de trabajo» que surgiría de un «esfuerzo verdaderamente global gobernado por un grupo político con la suficiente legitimidad».

Que vivimos un momento histórico es indudable, y parte de ese momento es esta extraña y hasta hace pocos años «imposible» forma de ver el contacto entre civilizaciones interplanetarias.

Y ahora, cuando esos mismos hombres de ciencia que en el pasado no solo rehusaron hablar de este tema, sino que «marcaron» los pasos a aquellos que sí lo hacían, quizá sea conveniente recordar a los que en un acto de valentía impropia de su rango, adormecidos por los poderes para los que trabajaban, se enfrentaron a lo establecido, a lo políticamente correcto, al secreto que reviste cualquier acción militar, y conmovidos por su propia experiencia decidieron contarlo. Ese fue el principio de su ostracismo, pero también el instante en el que sus conciencias dejaron el lastre que arrastraban durante años.

Dos de ellos, héroes de guerra, militares modélicos, aguerridos astronautas, son los que ocupan las páginas que siguen…

Edgar Mitchell, el sexto hombre que pisó la Luna

La noticia saltó a los rotativos de medio mundo con la fuerza de esas informaciones que no dejan a nadie impasible; a nadie. Su protagonista era un hombre ya entrado en años, pero lo suficientemente importante como para que sus palabras no pasaran desapercibidas. El cable, transmitido por la agencia Europa Press, decía así:

El exastronauta Edgar Mitchell reitera
que Estados Unidos oculta OVNI

> El exastronauta de la NASA Edgar Mitchell, que participó en la misión espacial a la Luna del *Apollo XIV* en 1971, ha insistido en una conferencia sobre OVNI que los alienígenas existen y que el gobierno estadounidense

oculta naves no identificadas, según el periódico *Daily Telegraph*.

Mitchell, el sexto hombre que pisó la Luna, afirmó en una intervención en la Conferencia X, dedicada a la vida extraterrestre, que intentó investigar el Incidente Roswell, un supuesto choque de una nave extraterrestre en la localidad estadounidense del mismo nombre (Nuevo México), en julio de 1947, pero que sus averiguaciones habían sido «frustradas por las autoridades militares».

En este sentido, indicó que él mismo llevó el asunto ante el Pentágono, pero que cuando parecía que iban a dejarlo acceder a los informes, «toda la investigación se vino abajo». Además, sostuvo que las autoridades militares silenciaron a los vecinos de la zona.

«No estamos solos —valoró—. Nuestro destino es terminar formando parte de una comunidad planetaria. Tenemos que estar dispuestos a ir más allá de nuestro planeta y de nuestro sistema solar para averiguar lo que está ocurriendo realmente allí fuera».

No es la primera vez que Mitchell, que creció en Roswell, apunta que el citado incidente estuvo relacionado con extraterrestres, aunque el gobierno norteamericano ya identificó el supuesto OVNI en su día como un globo aerostático de observación climática.

Por ejemplo, el año pasado Mitchell sostenía esta tesis en una entrevista radiofónica recogida por el periódico *Daily Mail*, en la que dijo que «los alienígenas habían entrado en contacto con los humanos muchas veces», pero que los gobiernos han ocultado la verdad desde hace sesenta años. Además, afirmaba ser consciente de «muchas visitas de OVNI a la Tierra» que habían sido encubiertas.

Un portavoz de la NASA no ha tardado en desmentir estas consideraciones al señalar, en declaraciones a la CNN, que ellos no realizan «ningún seguimiento» de OVNI. «La NASA no está envuelta en ningún tipo de encubrimiento de la vida alienígena en este planeta o en cualquier otro», sentenció.

Sea como fuere, y dejando a un lado la trivialidad con que las agencias de información tratan estos asuntos, al punto de mostrar una más que evidente falta de conocimiento de lo que se mueve alrededor de ellos, lo cierto es que las contundentes palabras de Edgar Mitchell no pasaron desapercibidas para la todopoderosa agencia espacial norteamericana, que se vio en la obligación de salir a la palestra, representada por uno de sus más ilustres integrantes, para desmentir, al menos en la parte más díscola, el discurso del astronauta retirado.

Pero ¿qué ha llevado a este profesional de la astronáutica a emprender su particular cruzada —después de su viaje interestelar— para convencer a quien desee escucharlo que hay una realidad fascinante que nos están ocultando, y que tras esa misma realidad se podría encontrar el ansiado contacto con civilizaciones de otros planetas? Es probable que en la infancia de Mitchell se hallen muchas de las respuestas que podrían arrojar luz a tantas incógnitas…

Edgar Dean Mitchell nació en Texas, Estados Unidos, en 1930, pero su infancia transcurrió más o menos tranquila en la localidad de Roswell, Nuevo México, rodeado de animales y contemplando las llanuras áridas del desierto más extenso de Norteamérica. Un día, mientras su soldadesca de plástico vencía a los bravos indios sioux que se apostaban sobre la colina de arena, un destartalado avión aterrizó en la granja de su progenitor.

El joven Mitchell, apenas un imberbe muchacho, quedó fascinado por la belleza de esos hierros retorcidos y decadentes. Del aparato bajó un rudo *banstormer* luciendo una desgastada cazadora de cuero marrón de cuyo cuello asomaba una imponente estola de lana de oveja. Estos solitarios personajes eran pilotos veteranos que tras la primera guerra mundial, y después de haber sido condecorados por su heroico ardor en la batalla, eran olvidados por esa clase política a la que gustaba —más que a los propios militares— colgarse cuanta medalla cayese entre sus manos. Su vida a partir de entonces se asía al difícil espíritu del feriante, y se dedicaban a recorrer el país, de feria en feria y de festival en festival, mostrando sus dotes de pilotaje realizando acrobacias imposibles que hacían las delicias de mayores y pequeños, a bordo de viejos aviones que con toda seguridad tuvieron su momento

glorioso, pero que ahora despertaban las dudas de cuantos se apostaban a su vera, más interesados por ver si el artilugio se levantaba en el aire y una vez allí no se precipitaba contra el suelo.

Aquel día, Edgar no fue capaz de atender a la razón que dictaba que no montara en el avión, que se esfumó ante la pasión por experimentar la sensación de volar. Y así, sin dudarlo un instante, aceptó la invitación del veterano piloto, y durante unos minutos supo que la libertad no precisaba de alas; al menos de carne y hueso. La experiencia lo marcó de por vida, al extremo de que con tan solo catorce años obtuvo la licencia de piloto.

Tres años después, su pasión por volar se vio algo mermada dado el interés que despertó en su mente adolescente un misterioso incidente que se produjo muy cerca de donde vivía, y que poco tiempo después pasaría a ser el «incidente» OVNI más importante de la historia reciente.

El calor, aquel 2 de julio de 1947, se dejaba sentir con fuerza. Pocos eran los que atendían a las informaciones que algunos periódicos destacaban en sus portadas y que afirmaban que pocos días atrás un piloto privado de Boise, Idaho, llamado Kenneth Arnold, había tenido un misterioso encuentro con nueve objetos desconocidos que

> tenían forma de medias lunas, ovalados en la parte frontal y convexos en la trasera… se veían como grandes discos planos.

Arnold, ese 24 de junio de 1947 rastreaba la abrupta zona que se abre en los alrededores del monte Rainier, en el estado de Washington, intentando localizar los restos de una aeronave militar que había desaparecido pocas horas antes en la misma región, cuando frente a él aparecieron los extraños artefactos voladores, que además estaban hechos de un material que reflejaba el sol con tanta intensidad que no permitía que en determinadas circunstancias pudiera mirarlos fijamente, amén de la elevadísima velocidad que desarrollaban.

Ajeno a dichos acontecimientos, Mitchell oyó a su padre hablar con el *sheriff* de un extraño incidente que había ocurrido en el rancho del granjero Mack Brazel.

Este se encontraba recogiendo el ganado cuando se percató de

que en una gran extensión de terreno se hallaban esparcidos, en varios metros a la redonda, los restos metálicos de un objeto que, sin lugar a dudas, se había estrellado en el lugar sin que él hubiera sido consciente de que el incidente había tenido lugar.

La situación pasó de ser una anécdota a recorrer la población de Roswell a la velocidad de la pólvora cuando unos ciudadanos de la localidad, el ferretero Dan Wilmot y su esposa, afirmaron haber visto a las diez menos diez de la noche de ese inolvidable 2 de julio, cómo

> de repente, un gran objeto brillante se desprendió del cielo, desde el sureste. Marchaba hacia el noroeste, hacia Corona, Nuevo México, a una enorme velocidad.

La conmoción que causó en la pareja no es cuestión baladí. El misterioso OVNI sobrevoló su casa a una velocidad endiablada, y tan cerca que pudieron apreciar que de su interior se desprendía una no menos enigmática luminosidad que permitía apreciar que se trataba de un artefacto

> parecido a dos platos invertidos que se unían por los bordes.

Dan Wilmot mantuvo el silencio durante una semana, a la espera de que alguien más afirmase haber observado el objeto errático, a fin de no caer en las redes de aquellos que, sin perder un segundo, hubieran hecho escarnio de una historia tan singular. No obstante, lo que el bueno de Wilmot no sabía es que pocas jornadas después, el 7 de julio, se produjo un «extraño» episodio que tuvo como protagonista a Lydia Sleppy, que por esas fechas trabajaba en la emisora de radio de Albuquerque, y entre cuyas múltiples labores se encontraba la de atender la llegada de teletipos a la redacción. El rumor ya recorría las calles de Roswell; todos sabían que en las tierras de Brazel había ocurrido algo extraño que, de un modo u otro, había despertado el interés de los militares que se hallaban en la base del Ejército del Aire de Roswell.

A las cuatro de la tarde recibió la excitada llamada de su colega John McBoyle, periodista de vocación que se había hecho con la propiedad de la emisora de KSWS de la localidad, y cuyas penurias

económicas le impedían tener un teletipo en propiedad, por lo que cada vez que precisaba dar una información relevante recurría al aparato de su compañera. Así las cosas, tal y como queda reflejado en el ya clásico trabajo de Berlizt y Moore *El incidente*, al descolgar el teléfono, McBoyle, preso de los nervios, temeroso de que alguien lo estuviese escuchando, gritó:

> —¡Lydia, prepárate para una primicia! Deseamos que lo transmitas en seguida a la *ABC*. ¡Atenta! Se ha estrellado un platillo volante… No, no bromeo. Se ha estrellado cerca de Roswell. He estado allí y lo he visto. Es como un fregadero aplastado. Algún granjero lo ha arrastrado con su tractor debajo de un refugio para el ganado. El ejército está allí y van a recogerlo. Toda la zona se encuentra ahora acordonada. Y escucha: comentan algo acerca de un hombrecillo que se hallaba a bordo. Transmite esto por el teletipo ahora mismo mientras sigo pendiente del teléfono.

Ella, que confiaba en el buen hacer de su colega, no pudo evitar una sonrisa sardónica al escuchar la rocambolesca historia. Pero fue ese buen hacer el que la convenció de que debía realizar lo que él le indicaba. Así que comenzó a teclear el contenido de la información mientras él parecía hablar paralelamente con otra persona a través de otro teléfono. Inesperadamente, el teletipo paró la emisión. Lydia no pudo evitar una mueca de incomprensión.

Entonces advirtió a su interlocutor de lo que estaba pasando, a lo que este respondió: «Aguarda… ahora vuelvo». Segundos después el teletipo comenzó a funcionar, pero al contrario de lo esperado, se dispuso a recibir un cable. La muchacha se estremeció; la sonrisa inicial que le había despertado todo este asunto se tornó en miedo irracional. Alguien, desde un lugar que no llegaba a adivinar, le enviaba el siguiente comunicado:

> Atención, Albuquerque: no transmita. Repito: no transmita este mensaje. Detenga inmediatamente la comunicación.

Lydia, buscando ese clavo al que asirse en las circunstancias que no pintan demasiado bien, preguntó a McBoyle a través del hilo

telefónico qué debía hacer. Él, aún más nervioso que al inicio de la conversación, únicamente acertó a lanzarle una advertencia:

> —Olvídate de todo. Nunca lo has oído. No supondrán que lo sabes. No se lo cuentes a nadie.

El secretismo impuesto en aquel tiempo y en aquella zona respondía a motivos ajenos a encuentros con naves extraterrestres y a sus supuestos tripulantes; aquello no había sido más que un incidente inesperado que se unió a los múltiples avistamientos que se producían en esas fechas sobre los cielos de Nuevo México. Es importante destacar que en Los Álamos se encontraba la comunidad científica que, siguiendo las pautas marcadas por el Proyecto Manhattan, y bajo las más estrictas medidas de seguridad, se hallaba desarrollando nuevos prototipos de armamento, cuya culminación era la fabricación de bombas atómicas. Y no solo eso: además, bases como White Sands eran usadas para probar los prototipos de cohetes
V-2
que, entre otros, habían creado científicos nazis —ahora al servicio de la Inteligencia norteamericana— como Herbert von Braun, y que ayudaría a nuestro primer protagonista Edgar Mitchell —y a otros cinco antes que él— a poner los pies en la Luna. Asimismo, en la base de Roswell se encontraba el 509 Grupo de Bombarderos del Ejército del Aire norteamericano, que a la sazón era el único grupo de combate de aquel tiempo entrenado para operar con el citado armamento nuclear.

Pensemos pues que en 1947 Roswell, El Álamo o Alamogordo eran los lugares más restringidos del planeta, e igualmente pensemos que alguno de esos prototipos pudo escapar a su control, lo que facilitó que se produjera una fiebre de avistamientos de «platillos volantes» de manera masiva e incomprensible. No en vano, tal y como reflejan Berlizt y Moore en un catálogo de gran valor, en la franja que va del 25 de junio al 2 de julio de dicho año —antes del supuesto *ufocrash*—, se produjo un número tan elevado de avistamientos, y a la vez tan detallado por los testigos, que no deberíamos pasarlo por alto. Respetando la redacción inicial, aunque no sea del todo correcta:

25 de junio de 1947	Un objeto con forma de platillo, de un tamaño de la mitad de la luna llena, se movía encima de Silver City, Nuevo México, según informó un dentista local, el doctor R. F. Sensenbaugher.
26 de junio de 1947	Leon Oetinger, médico de Lexington, Kentucky, y otros tres testigos, declararon haber visto un objeto alargado, plateado y con aspecto de globo, pero que no podía confundirse con un globo o con un dirigible, que volaba a gran velocidad cerca del borde del Gran Cañón.
27 de junio de 1947	John A. Petsche, electricista de la Phelps Dodge Corporation, y otros testigos, informaron haber divisado un objeto con forma de disco sobrevolándolos y que, al parecer, se posó en tierra a las 10.30 de la mañana, cerca de Tintown, en las proximidades de Bisbee, en el sudeste de Arizona, cerca de la frontera de Nuevo México.
27 de junio de 1947	El comandante George B. Wilcox, de Warren, Arizona, dio cuenta de una serie de ocho o nueve discos, perfectamente espaciados, y que avanzaban a gran velocidad con movimientos inseguros. Declaró que los discos pasaron por encima de su casa, a intervalos de tres segundos, dirigiéndose hacia el este, y estimó que se encontraban a una altura de unos trescientos metros por encima de las cumbres de las montañas.

27 de junio de 1947	W. C. Dobbs, habitante de Pope, Nuevo México, declaró haber visto, a las 09.50 de la mañana, «un disco blanco que brillaba como una bombilla eléctrica», y que pasó por encima de la localidad. Minutos después, el mismo objeto, u otro similar, fue avistado, cuando se dirigía hacia el suroeste por encima de las White Sands Missile Range, por el capitán Detchmendy, quien informó de ello a su superior, el teniente coronel Harold R. Turnen. A las 10.00 de la mañana, David Appelzoller, de San Miguel, Nuevo México, informó que un objeto similar había pasado por encima de la ciudad, de nuevo en dirección suroeste. El coronel Turner, de White Sands, reaccionó, inicialmente, anunciando que no se habían lanzado cohetes desde la base a partir del 12 de junio. Más tarde, por temor a la histeria, lo «identificó» oficialmente como un «meteorito diurno».
28 de junio de 1947	El capitán E Dvyn, piloto de caza, que volaba en las proximidades de Alamogordo, Nuevo México, presenció el paso debajo de su avión de una «bola de fuego con una poderosa cola azul detrás», la cual pareció desintegrarse mientras la observaba.
29 de junio de 1947	Los pilotos del Ejército del Aire dirigieron una investigación

	respecto de un objeto que se comunicó había caído cerca de Cliff, Nuevo México, a primeras horas de la mañana, pero no encontraron nada, aparte de un curioso olor que flotaba en el aire.
29 de junio de 1947	Un equipo de expertos en pruebas de cohetes, a las órdenes del doctor C. J. Zohn, de servicio en *White Sands Proving Grounds*, observaron un disco de color plateado que realizaba una serie de maniobras a elevada altitud por encima del radio de acción de las pruebas secretas con cohetes.
30 de junio de 1947	Trece objetos plateados con forma de disco fueron vistos por un ferroviario llamado Price cuando desfilaban uno tras otro por encima de Albuquerque, Nuevo México. Inicialmente se dirigieron hacia el sur, pero desviaron bruscamente su rumbo hacia el este, y luego invirtieron dramáticamente el sentido de la marcha hacia el oeste, antes de desaparecer. Price alertó a sus vecinos, y todos ellos salieron de sus casas para observar, desde los jardines, las maniobras que tenían lugar encima de ellos en el firmamento.
30 de junio 1947	Información del *Daily News* de Tucumcari, Nuevo México, del 9 de julio: «La señora Helen Hardin, empleada de Quay Country Abstract Co., informó el martes, 8 de julio, que vio un

	platillo volante desde su porche delantero, cerca de las 11.00 de la noche del 30 de junio, que se movía de este a oeste a elevada velocidad. Manifestó que tenía un tamaño aparente al de la luna llena, con un color levemente amarillo. Lo observó durante seis segundos, en la parte baja del cielo y más bien hacia las afueras de la ciudad que dentro de ella. Al principio pensó que se trataba de un meteorito, pero observó en el artefacto un movimiento de balanceo cuando se acercó al suelo. Y tampoco caía de la forma en que lo hacen los meteoritos.»
1 de julio de 1947	Max Hood, ejecutivo de la Cámara de Comercio de Albuquerque, informó haber visto cómo un disco azulado zigzagueaba a través del firmamento noroccidental, por encima de Albuquerque.
1-6 de julio de 1947	Siete informes por separado de discos voladores sobre el norte de México, desde Mexicali a Juárez.
1 de julio de 1947	El señor y la señora Frank Munn informaron haber observado un gran objeto que se movía hacia el este por encima de Phoenix, aproximadamente a las 09.00 de la noche.
2 de julio de 1947	El señor y la señora Dan Wilmot, de Roswell, Nuevo México, observaron un objeto grande y brillante en el momento en que pasaba por encima de su casa,

viajando hacia el noroeste a mucha velocidad.

Así las cosas, en este ambiente tomado por la fiebre ufológica, el joven Mitchell atendía estupefacto a lo que unos y otros, testigos y medios de comunicación iban detallando con el paso de los días. La confirmación llegaría el 8 de julio, cuando el teniente Walter Haut, sin la autorización del responsable de la base de Roswell, el coronel William Blanchard, quién sabe si llevado por el extraño sentimiento de euforia que se estaba apoderando de este rincón de Nuevo México, lanzó la siguiente nota de prensa, recogida con gran agrado por la Associated Press, que definitivamente y a través de sus cables internacionalizó el asunto:

> **Base de Roswell del Ejército del Aire, Roswell, N. M.**
> **8 de julio de 1947, por la mañana.**
>
> Los numerosos rumores referentes a un disco volador se convirtieron en realidad ayer, cuando el oficial de Información del 509 Grupo de Bombarderos de la Octava Fuerza Aérea, en el aeródromo de Roswell, tuvo la suerte de poder disponer de un disco mediante la cooperación de uno de los rancheros locales y del comisario de Chaves County.
>
> El objeto volador aterrizó en un rancho cerca de Roswell en algún momento de la semana pasada. Al no tener servicio telefónico, el ranchero lo guardó hasta que pudo ponerse en contacto con la oficina del comisario, quien a su vez lo notificó al comandante Jesse A. Marcel, del 509 Grupo de Bombarderos, Servicio de Información.
>
> El oficial actuó inmediatamente y se recogió el disco de la casa del granjero. Fue examinado en el aeródromo del Ejército del Aire en Roswell, y a continuación, el comandante Marcel lo envió a sus superiores del Cuartel General.

No es cuestión de analizar un suceso tan complejo como el acaecido en Roswell más allá de las referencias que se están haciendo, porque indudablemente influyó sobremanera en las

posteriores actuaciones que caracterizarían al por entonces joven e imaginativo Edgar Mitchell. El clima de cierta crispación que se vivió por aquellos días en la pequeña localidad de Nuevo México ayudó a despertar en el futuro astronauta el interés por posibilidades que, de otro modo, posiblemente su formación académica cientifista jamás hubiera ni tan siquiera valorado.

No obstante, al «asunto Roswell» se le dio carpetazo tiempo después ante la sorpresa de la mayoría, argumentando que el objeto estrellado en la granja del señor Brazel ni era una nave de otro planeta ni mucho menos habían encontrado a su tripulante envuelto por un maravilloso traje de hierro que acabaron con su vida. La explicación oficial aludió a un proyecto ultrasecreto que por esas fechas se estaba desarrollando, también en la zona, llamado «Mogol», y que pretendía «espiar» los avances que la Unión Soviética estaba realizando en todo lo referente a su incipiente arsenal nuclear. Este proyecto consistía en lanzar grandes globos aerostáticos a los cielos que debían alcanzar considerables alturas; primero para pasar desapercibidos a ojos del enemigo, y en segundo lugar porque esa era la única forma de captar las ondas liberadas por una explosión nuclear y no ser destruido segundos después.

La Fuerza Aérea de Estados Unidos confirmó que los restos hallados en Roswell correspondían a una pieza del Proyecto Mogol, concretamente al globo número 4.

El asunto se cerró, pero ni mucho menos se zanjó. Y así, con este equipaje de vivencias poco habituales, Edgar Mitchell fue creciendo, madurando la posibilidad de que lo mismo que él cada noche se tumbaba en el verde prado que rodeaba el viejo rancho y pasaba las horas embelesado contemplando la miríada de estrellas que tachonaban la bóveda celeste, «alguien» en otro planeta lejano estuviese en esos momentos haciendo lo mismo; porque sería maravilloso que existiesen otros mundos habitados con los que poder entablar contacto, bien a través de nuestra pobre tecnología, o de nuestras poderosas pero absolutamente desconocidas capacidades mentales. Y él, que jamás aceptó un «no puedo», se vio pisando esos otros mundos, soñando con llegar a tocar las estrellas…

Apollo XIV, una declaración de intenciones

La mañana del 4 de octubre de 1957 sucedió algo que afianzaría la vocación de Mitchell, que sin parpadear atendía a las informaciones que llegaban desde el otro lado del Atlántico procedentes de la actualmente extinta Unión Soviética. Tan solo dos años antes, la «adolescente» Agencia Espacial Norteamericana había anunciado a bombo y platillo que se hallaban en el camino correcto para, en poco tiempo, lograr enviar al espacio el primer satélite artificial —posiblemente la tecnología nazi tuvo mucho que ver en este avance tan fortuito en la carrera espacial—. Y en un ejercicio de cortesía sin parangón, invitaba a los países democráticos a participar en el por entonces proyecto más importante que había abordado la humanidad hasta la fecha. El objetivo era que el satélite estuviera en órbita coincidiendo con el IGY, el Año Internacional Geofísico, que había quedado establecido por el Consejo Internacional de Uniones Científicas desde el 1 de julio de 1957 al 31 de diciembre de 1958. La cuestión es que se había detectado un pico de especial intensidad en la actividad solar para ese año, y la comunidad científica internacional había alertado de la necesidad de lanzar al espacio un satélite que realizara un mapeo terrestre tras el fenómeno solar.

Así las cosas, aquel día de 1957 medio mundo atendía a lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética con una mezcla de admiración y temor. Porque los teletipos que procedían de Moscú aseguraban que había sido lanzado el *Sputnik I*, el primer satélite artificial creado por el ser humano, que a su vez había sido construido en tiempo récord.

Las protestas del gobierno estadounidense no se hicieron esperar. En plena Guerra Fría, el zarpazo que acababa de pegarles el enemigo era profundo; casi tanto como la conmoción y la histeria que se desencadenó en las calles de las principales ciudades norteamericanas, que veían en aquel aparatito poco más grande que un balón de baloncesto una especie de arma que todo lo observaba y que a todo llegaba, cargada de misiles deseosos de ser disparados contra la población estadounidense.

A esta ofensiva diplomática los soviéticos respondieron «contraatacando». Y así, en el mes de noviembre de ese mismo año

lanzaron al espacio el *Sputnik II*, que además iba con sorpresa en su interior: una pobre perrita llamada *Laika*, que ha pasado a ser la protagonista indiscutible de la primera barbacoa espacial de la historia. Pero las posibles implicaciones armamentísticas del asunto, o la propaganda política que de ello se derivaba, y que pretendía mermar los ánimos del contrincante, a Edgar le importaban poco. Él, hombre de ciencia pero humanista por encima de cualquier situación, veía en aquella proeza un salto evolutivo de proporciones inimaginables.

Tras licenciarse en ingeniería aeronáutica por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, no tardó en ser reclutado por la Marina, y poco tiempo después, en ser uno de los primeros en pilotar el espectacular *Sr-71 Blackbird*, los aviones de combate más completos y espectaculares de aquel tiempo. Fue a bordo de los *Sr-71* donde destacó por sus dotes de mando, su carácter reflexivo y su extraordinaria capacidad para manejar estas complejas aeronaves.

De este modo alguien se fijó en él, y en 1966 fue transferido a la NASA, donde culminaría una de las carreras más brillantes y lograría el principal de sus sueños: viajar al espacio.

Templando los nervios, se ubicó en la parrilla de salida cuando, en 1969 y tras un tiempo de preparación muy duro, fue elegido como piloto suplente para la misión del *Apollo X*. Sus cualidades no pasaban desapercibidas, y poco después fue seleccionado para formar parte de la fatídica misión del *Apollo XIII*, pero en el último minuto alguien —a quien le estará eternamente agradecido— pensó que era mejor reservarlo para la siguiente: la misión del *Apollo XIV*.

Así, el 31 de enero de 1971, impulsado por un cohete *Saturn V*, el módulo lunar despegó desde el Centro Espacial Kennedy, en Florida, alunizando el 5 de febrero. Durante su estancia en el satélite terrestre se llevaron a cabo numerosos experimentos científicos, recogieron cuarenta y tres kilos de piedras lunares y explosionaron diferentes cargas de dinamita para comprobar de qué manera se propagaban las ondas expansivas. Además, su compañero Alan Shepard tuvo la curiosa ocurrencia de llevar entre su equipaje un palo de golf con el que golpeó dos bolas sobre la superficie lunar

ante la sorpresa de toda la humanidad, y Mitchell, que no quiso quedarse atrás, optó por lanzar la primera jabalina que, con toda seguridad, batió todas las marcas establecidas en la Tierra.

Sea como fuere, al margen de los experimentos que debían realizar, y de las curiosidades que amenizaron el fatigoso periplo, Edgar Mitchell, pensando en las capacidades psíquicas como medio de contacto, decidió llevar a cabo sus propias experimentaciones, que acabarían por cambiar el rumbo de su vida.

Aseguran los biógrafos que aquellos que han pisado la Luna regresan con una perspectiva diferente de nuestra existencia, y que incluso se acrecienta esa parte espiritual que todos llevamos dentro. En el caso de Mitchell, al que ya le «venía de serie», es probable que se reafirmara en el momento en que puso en marcha una serie de experimentos psíquicos, entre los que destacaba el intento de contacto telepático con personas de la Tierra, como una forma de demostrar que ni la distancia ni los obstáculos que hubiera afectaban a la posibilidad de que tal operación se pudiera llevar a cabo. Y por lo que se aprecia, funcionó…

Un año después, en 1972, abandonó la NASA para dedicarse por entero a la vocación que ahora ocupaba su existencia, y que se haría realidad tan solo un año después, cuando fundó el Instituto de Ciencias Noéticas a raíz de las profundas experiencias que tuvo durante su viaje interestelar, y cuyo objetivo era —y es— realizar y apoyar la investigación de áreas que hoy día la ciencia no contempla, como determinados fenómenos psíquicos. Atrás quedó la Luna, la NASA y el interés de los estamentos militares; y frente a él, el universo…

OVNI, pruebas y espiritualidad de un hombre transformado

El objetivo de Edgar Mitchell quedó esbozado en el libro *El camino del explorador*, donde pretende establecer un intenso vínculo entre la ciencia y la espiritualidad. Pero no se quedó ahí. Sus incursiones en la investigación ufológica le hicieron ganar numerosos seguidores, pero aún más detractores, especialmente de las

instituciones para las que en el pasado trabajó y a las que tantos momentos de gloria dio.

Porque Mitchell, que siempre demostró no tener demasiado pelo en la dermis lingual, denunció la existencia de OVNI, el conocimiento de este polémico tema por parte de esas mismas instituciones, y su origen extraterrestre. No en vano en 1997 formó parte del programa de desclasificación que organizó Steven Greer, director del Centro para el Estudio de la Inteligencia Extraterrestre (CSETI), a través del cual testigos civiles y militares declararon en el Congreso estadounidense haber estado implicados en sucesos relacionados con OVNI. El motivo era averiguar si el gobierno había capturado naves alienígenas y reutilizado material para desarrollar nuevas tecnologías. Y es que el sexto hombre que pisó la Luna estaba convencido de la realidad de este extremo, y de que dicha información había sido encubierta porque formaba parte de un proyecto secreto que estaba desde hacía décadas en manos de una administración gubernamental paralela, que trabajaba de manera independiente a las directrices que marcaba el presidente y el todopoderoso Pentágono. Así reflejaba sus opiniones años atrás en la revista que dirijo…

Como astronauta y figura pública, ¿por qué le pareció necesario hablar sobre el tema OVNI?

Mi mayor interés se centra en la naturaleza del universo en que vivimos. ¿Cuál es nuestra relación con la realidad más grande? Si los OVNI forman parte de la misma y estamos negándola, ¿qué pasa entonces? Esto supone una falta de toma de conciencia y no lo acepto. Salí al espacio para aprender sobre el universo, para adquirir nuevas perspectivas e ir más allá de los límites de la existencia conocida. Si estos fenómenos nos aportan nueva información sobre el cosmos, entonces debemos ir hasta el fondo.

¿Qué lo llevó a fundar el Instituto de Ciencias Noéticas?

Fue un intento de responder a las preguntas perennes: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? Creo que, ahora que el método científico ha capacitado a la humanidad para aumentar su conocimiento de forma exponencial, nos convertimos en una especie *fairing*, una especie que se conoce a sí misma, que sabe hasta dónde puede llegar, y uno de los interrogantes más

importantes ahora es saber cuál es la naturaleza de la conciencia. ¿Cómo nos permite ser seres inteligentes? Por desgracia no tenemos buenas respuestas para esa pregunta.

¿Ha llegado a alguna conclusión?
Tras veinticinco años de investigación, creo que vivimos en un universo que se organiza solo, que es inteligente y creativo, que es capaz de aprender, equivocarse y evolucionar; por tanto debe ser considerado más como un organismo que como un cúmulo de partículas de materia según las leyes de la física.

¿Le causó problemas el hecho de que los medios de comunicación tergiversaran sus esfuerzos para efectuar experimentos telepáticos mientras estaba en el espacio?
La verdad es que no. Los experimentos no fueron tergiversados por las personas que los conocen y los llevan a cabo habitualmente. Los parapsicólogos del momento captaron la atención con los experimentos y estaban encantados con los resultados. Personalmente, ni siquiera utilizo el prefijo «para» en relación con estas ciencias… Resulta impropio. Ahora tenemos buenos modelos de cómo actúan las funciones *psi* y comprendemos bastante bien sus mecanismos.

¿Podría explicar cómo funcionan esos modelos?
Todo está interconectado, eso nos dice la física cuántica. Naturalmente, los místicos llevan diciéndolo desde hace miles de años. Sin embargo, la ciencia se ha estado preguntando cómo es posible que la mente obtenga información más allá del entorno inmediato por medio de la telepatía o la visión remota. El término que se emplea ahora en física para describir estos fenómenos es «carente de localidad». La conciencia humana en su totalidad no está contenida dentro de los límites del espacio-tiempo. El mecanismo para explicar los fenómenos *psi*, recientemente descubierto, se llama holografía cuántica. Se descubrió que la emisión de energía de cada objeto cuántico —subatómico— es lo bastante coherente para obedecer a las leyes de la holografía. El holograma cuántico posee una información muy rica y no se emplaza en un sitio determinado, es «no local», por así decirlo. Por ejemplo, la mesa de este salón está aquí, tal y como la

experimentamos. Pero también es un holograma —una onda de forma que aporta información por todo el universo—. Este tipo de holografía cuántica permite explicar toda la gama de funciones mentales como la telepatía y puede arrojar luz sobre lo que parece ser la interacción entre alienígenas y humanos durante las denominadas experiencias de abducciones. Si estas son físicamente ciertas y acontecen con la frecuencia que se pretende, tendría que haber habido un mínimo de trescientas al día durante los últimos cuarenta años. Creo que ello requiere un componente mental.

¿Qué tipo de personas ha consultado durante sus investigaciones sobre el fenómeno OVNI?
Es importante confiar en personas que han estado allí y han obtenido datos de primera mano sobre el fenómeno. Las únicas que conozco con esas características han sido miembros de organizaciones de espionaje, militares y miembros del gobierno cuyos deberes oficiales consistían en investigar el fenómeno OVNI. También he consultado a grupos que realizan entrevistas a personas implicadas en el encubrimiento gubernamental de Roswell y otros lugares. A esa gente le gustaría salir a la luz pública, pero les preocupa romper su juramento de confidencialidad.

¿Por qué sigue el gobierno estadounidense encubriendo el fenómeno OVNI?
Podría decirse que al principio estaba justificado que encubrieran una operación de tales características. Pero estos sistemas altamente clasificados y de acceso limitado otorgan poderes absolutos a las personas implicadas; y eso fue precisamente lo que ocurrió. Desde la Administración del presidente Eisenhower, los dirigentes de alto nivel desconocen lo que ocurre con los programas negros, sobre todo con este. Ya no hay informes en archivos accesibles, de forma que ya no pueden conseguirse libremente. Contestando a su pregunta, diría que el gobierno no descubre nada porque no sabe qué hay que descubrir. Por eso se inventan historias ridículas, como la utilización de maniquíes, para dar una explicación con alguna lógica a los cuerpos que se encontraron en el incidente de Roswell.

¿Cuál es su postura en relación con la realidad del fenómeno OVNI?
No tengo experiencia de primera mano sobre ninguno de estos

fenómenos, pero si la gente con la que he hablado dice la verdad, entonces la respuesta es afirmativa: hemos recibido visitas de extraterrestres. Se han producido accidentes de naves y se han recuperado cuerpos y materiales; algunos componentes se han reutilizado y otros se han duplicado. Quizá lo más inquietante de todo es que el encubrimiento oficial respecto a la reutilización de esa tecnología alienígena se deba a que ha escapado a su control y ha pasado a manos privadas, es decir, algunos grupos están utilizando fondos de «presupuestos negros» sin un control gubernamental adecuado. Son grupos disidentes y están fuera de control.

¿Son los OVNI que habitualmente se ven en el cielo producto de esta tecnología recuperada por este grupo clandestino?
No lo sé. El 13 de marzo de 1999, una de las formaciones de luces más grandes nunca vistas —las denominadas «luces de Phoenix»— volaron sobre Sedona, Tucson y Phoenix, en Arizona. Algunas tenían forma de «v» y otras eran triangulares; cada una de ellas medía al menos trescientos metros de longitud. Durante una hora y media miles de personas en Phoenix las vieron moviéndose entre ciento cincuenta y quinientos metros por encima de sus cabezas a una velocidad que alguien llamó «de globo», es decir, a unos cincuenta o setenta kilómetros por hora. Esta velocidad era anómala, ya que los OVNI no suelen desplazarse tan despacio. Parecía como si fuera un despliegue hecho a propósito. También resultó extraño que la prensa no informara de esto hasta el mes de mayo y solo durante un breve período de tiempo. Tampoco hubo comentarios oficiales.

¿En torno a qué elementos gira actualmente la investigación OVNI que está realizando?
Indagamos la forma en que los grupos clandestinos han estado haciendo malversaciones de dinero del gobierno. Hay algunas corporaciones ocultas y estamos haciendo todo lo posible para rastrear de dónde procede el dinero. Cuando buscas en los registros oficiales, no encuentras nada. La falta de documentación ya es por sí misma reveladora de anomalías.

¿Qué le han dicho los investigadores sobre lo acontecido en el

supuesto accidente de un OVNI en Roswell?
Me han contado que aquellas personas que estaban en el Ejército entonces, ocupando puestos de responsabilidad en relación con estos sucesos, están ahora dando la cara y diciendo lo que ocurrió: hubo un accidente extraterrestre en Roswell. Cada vez estoy más convencido de que dicen la verdad, porque contamos con unos ciento cincuenta militares y gente del gobierno dispuestos a hablar.

Es evidente que hay mucha confusión en relación con el tema OVNI. ¿Cómo separa la gente de a pie la verdad de la ficción?
Hay que ser muy metódicos y cuidadosos. Hay mucha desinformación. La cuestión de si la verdad se ha mantenido secreta o no, puede contestarse así: no se ha mantenido secreta. Ha estado siempre a la vista, pero ha sido objeto de desinformación para desviar la atención y crear confusión, de forma que no se descubriera la verdad. La desinformación es otra forma de encubrimiento y es una técnica que se practica desde hace al menos cincuenta años.

Empezamos por Gordon Cooper, otro gran astronauta, con una trayectoria en el ejército norteamericano digna de un héroe, que acabó defendiendo no solo que se produjeran avistamientos de OVNI por parte de miembros del propio ejército, sino que se estaba usando la tecnología extraterrestre para fines «no demasiado éticos». (Fotografía de NASA).

¿Cree que la realidad de los OVNI puede afectar a la vida de la gente si se descubre?

No sé si realmente cambiará la vida de alguien. De lo que hablamos aquí es de nuestro conocimiento de una realidad más grande, de

nuestro lugar en el universo. La realidad de extraterrestres que visitan la Tierra debería ser un hecho natural, igual que nosotros vamos a la Luna. Simplemente forma parte de cómo son las cosas. Tenemos que comprender esto y emplazarlo en un contexto más amplio: la naturaleza de nuestra existencia y nuestro lugar en el cosmos. Hasta hace poco, lo habitual era aceptar que estábamos solos y que la Tierra era el único lugar donde había vida, y esto ya no lo cree casi nadie. Eso cambia nuestro concepto de quiénes somos y cómo encajamos en una realidad más grande. ¿Supone esto alguna diferencia respecto a cómo nos ganamos la vida? No, pero representa una diferencia en la comprensión que tenemos de nosotros mismos y nuestra relación con esa realidad mayor. No es una cuestión cotidiana a menos que haga cambiar tu conducta y te convierta en un ciudadano más responsable. Creo que es importante hacer ver a la gente que hay mucho más de lo que vemos y creemos.

Edgar Mitchell fue a la Luna atravesando cientos de miles de kilómetros de las vastas planicies estelares, quizá como un científico, pero regresó como un humanista. Porque, como él mismo reflejaba,

> viajando a través de doscientas cuarenta mil millas entre las estrellas y la Tierra, percibí de pronto el universo como algo inteligente, armonioso y pleno de amor. Sentí su energía primordial. La más grande e inescrutable de todas […] Bajamos a un mundo silencioso y muerto; estático, como tal vez fue desde el principio de los tiempos. Era sobrecogedor, pero debimos poner la máxima atención en nuestras misiones específicas. Ansiaba gozar de esa vista mágica. La falta de atmósfera altera la percepción de las cosas.

O quizá la renueva. Al menos para tener la valentía de afrontar su futuro enfrentándose a los dogmas aprendidos y buscando respuestas; respuestas que para él llegan desde más allá de las estrellas…

Gordon Cooper: «Aquello no era terrestre»

Fue, hasta el día de su muerte el 4 de octubre de 2004, uno de los mayores defensores, quizá con menos vehemencia pero igual contundencia, de las tesis de nuestro anterior protagonista.

Lee Gordon Cooper nació en Oklahoma el 6 de marzo de 1927, y al igual que Mitchell, antes de pasar a formar parte de la NASA fue un brillante piloto de combate de la Marina norteamericana.

Inició su carrera militar en 1945 cuando se alistó en el Army Air Corps —así se llamaba entonces al Ejército del Aire americano— y posteriormente trabajó en investigación clasificada, al punto de que a finales de los cincuenta estuvo directamente implicado en el desarrollo de uno de los proyectos más efectivos de la Guerra Fría: el avión espía
U-2.

La carrera de Gordon Cooper en la agencia espacial comenzó en 1959 al convertirse en uno de los primeros astronautas del *Mercurio*, el primer intento americano de enviar hombres al espacio.

Su primer vuelo interestelar lo llevó a cabo el 15 de mayo de 1963, y en esa ocasión orbitó alrededor de la Tierra veintidós veces a bordo del *Mercurio* 7, permaneciendo en el espacio más de treinta y cuatro horas. Pero sin duda su mayor logro llegó el 21 de agosto de 1965, cuando nuevamente orbitó en el *Géminis* 5, por espacio de ocho días, tiempo en que su compañero Charles Conrad y él dieron ciento veinte vueltas a la Tierra, demostrando que el tiempo que se estimaba de llegada a la Luna no resultaba perjudicial para la salud del ser humano.

En 1970, Cooper abandonó la NASA y se jubiló como teniente coronel, y posteriormente fue nombrado presidente de la Galaxy Aircraft Corporation en California. Así las cosas, y a la vista de su currículum de «explorador espacial», es posible que hasta el día de su muerte fuera una de las personas más cualificadas para hablar del siempre áspero asunto de los OVNI y de la posibilidad de que estos estuvieran tripulados.

Y es que desde que la NASA se constituyera como tal en
1958 ha

habido numerosos testimonios de pilotos y astronautas que afirman haber visto las evoluciones de estos extraños artilugios voladores. Y es posible que ninguno de ellos se haya mostrado tan abierto al respecto, hasta el punto de que ha admitido públicamente haber tenido un par de encuentros de este tipo. Así lo destacaba en una entrevista que concedió, al igual que Edgar Mitchell, a la publicación que dirijo, y más concretamente a mi estimado colaborador Tim Coleman:

¿Qué puede decirnos sobre su primer incidente OVNI en 1951, cuando estaban estacionados con el escuadrón de cazabombarderos 525 en la base de la Fuerza Aérea en Neubiberg, Munich (Alemania)?
Comenzó cuando un vigilante observó algo raro a través de sus binoculares: un grupo de objetos sobrevolando la base. Durante cerca de un día y medio, una serie de objetos de gran tamaño estuvieron sobrevolando la base en dirección este-oeste. Decidimos enviar cazas para que los observaran. Era difícil evaluar su tamaño, pero parecían muy grandes, tenían aspecto metálico y se asemejaban a platillos lenticulares dobles.

¿Intentaron interceptarlos?
Sí, pero no pudimos acercarnos lo suficiente. Eran mucho más rápidos que nuestros cazas y volaban mucho más alto. Se desplazaban a una velocidad supersónica, pero mi impresión *a posteriori* es que podían alcanzar esa velocidad siempre que querían. Además, eran capaces de efectuar maniobras imposibles: se paraban de repente cuando nos acercábamos y efectuaban virajes drásticos inmediatamente. En aquella época no disponíamos de una tecnología que permitiera hacer esas cosas.

¿Cree que estaban pilotados por alguien?
Sí, estoy convencido. Seguramente, cada uno de ellos llevaba un piloto. Observé una formación —y hubo muchas— con dieciséis objetos a la vez, todos en formación y virando juntos. Para mí eso significaba que estaban siendo controlados de forma inteligente y que tenían comunicación entre sí para coordinar las maniobras.

¿Tuvo este incidente gran repercusión en la época?

No hay que olvidar que entonces sabíamos muy poco de lo que estaban haciendo los soviéticos, de forma que bien podía tratarse de tecnología rusa avanzada. Mi rango militar era entonces muy bajo y desconocía la tecnología secreta que se estaba produciendo en mi país.

¿Le parece que podía haberse tratado de tecnología soviética o americana avanzada?
No lo creo en absoluto. Ahora estoy convencido de que eran de origen extraterrestre. Posteriormente descubrimos que los soviéticos no eran capaces de producir ningún artefacto con esas características de vuelo. Además, como esto ocurrió hace cincuenta años, si hubiera sido un arma secreta de nuestro ejército, a estas alturas lo sabríamos.

¿A qué conclusión llegaron los oficiales respecto a estos objetos?
Me llevé una gran sorpresa cuando dijeron que los objetos eran vainas que volaban muy alto. Sin duda no era una conclusión muy lógica teniendo en cuenta que volaban en formación y a gran velocidad.

Aquel no fue sino el primero de los avistamientos que tuvo Cooper, y que le hicieron comprender que algo extraño estaba pasando en los estamentos militares, incapaces de valorar, o de simplemente saber, qué había detrás de aquella poderosa tecnología. Así continuaba la entrevista…

¿Podría describir su segundo incidente OVNI en la Base Aérea de Edwards, en 1957?
Yo era el director de proyectos de una serie de programas aéreos de pruebas que tuvieron lugar en el lecho del lago seco de Mojave, en Edwards. Estábamos haciendo aterrizajes de gran precisión en el lecho del lago. Una serie de fotógrafos de la Fuerza Aérea estadounidense estaba grabando los aterrizajes con cámaras de vídeo para su posterior análisis. Un día, los muchachos vinieron corriendo a mi oficina y me dijeron que un platillo volante acababa de pasar por encima de sus cabezas: había desplegado tres patas y luego aterrizado en el lago seco, a unos cincuenta metros de distancia. Cogieron las cámaras y se acercaron a él para filmarlo.

Cuando estuvieron muy cerca, la nave se elevó, las patas de aterrizaje desaparecieron, se ladeó y salió disparado a gran velocidad.

Y entonces, ¿qué ocurrió?
Hice revelar la película inmediatamente. Luego revisé la forma de presentación oficial del incidente. A medida que hacía llamadas me iban remitiendo a puestos superiores hasta que llegué al coronel. Me pidió que pusiera los negativos en una bolsa de mensajería y los enviara al Pentágono. También me ordenó que no sacara copias. Esa fue la última vez que los vi.

¿Vio usted la película?
No tuve ocasión de proyectarla, pero sostuve los negativos a la luz y pude ver con mis propios ojos lo que habían filmado. Era una buena película, con excelentes primeros planos. Parecía el típico platillo volante, pero sin cúpula. De hecho era muy similar a los objetos que había visto en Alemania. Era metálico y lo bastante grande para que cupiera una tripulación humana. En aquella época estaba implicado en la investigación clasificada en el centro de pruebas y sabía perfectamente que no disponíamos de tecnología como esa. Asimismo, estoy seguro en un 99 por ciento que los rusos tampoco la tenían. Sin duda estaba viendo un vehículo procedente de otro lugar distinto de la Tierra.

¿Además de la película quedaron pruebas de algún otro testimonio?
Ninguno del aterrizaje, y según mi información los fotógrafos no sufrieron ningún efecto nocivo ocasionado por la exposición a la nave cuando despegó.

¿Hizo algún seguimiento para descubrir qué había pasado con la película?
Dentro del estamento militar no es posible hacer eso con material clasificado a menos que estés directamente implicado, y yo no lo estaba. Todo lo que sabía fue a parar al Pentágono. Imagino que buena parte del material con esas características era metido en un expediente que luego se olvidaba. Seguramente tienen salas llenas con películas así que ni siquiera están clasificadas. En general, si quieres mantener algo secreto, no lo clasificas. Esto lo aprendí

cuando trabajaba en el programa del avión espía
U-2.
En dicho programa no incluíamos clasificaciones. Cuando clasificas algo, los congresistas estadounidenses intentan hacerse con ello y difundirlo por todo el país. Nuestro sistema de clasificación no es siempre el mejor modo de mantener algo secreto.

¿Por qué cree que intentan mantener en secreto el asunto OVNI?
Desconozco el motivo exacto, y seguramente hay varios. Creo que el secretismo comenzó durante la segunda guerra mundial, o muy poco después. Creían que el público se asustaría si se enteraban de que alguien tenía vehículos mucho más avanzados que los nuestros. Tal vez pensaron que eso crearía el pánico, así que empezaron a decir mentiras y luego ya no pudieron parar. A estas alturas han dicho tantas que no saben cómo salir del atolladero. Sería muy incómodo admitir ahora que desde entonces todo han sido mentiras.

¿No cree que quieren desclasificar esta información?
Creo que a cualquier presidente le gustaría no tener que perpetuar las mentiras, pero hasta que pase algo con lo que no puedan seguir negando y ocultando los hechos, van a seguir así.

Ha habido rumores de que varios astronautas americanos han tenido encuentros con OVNI cuando estaban en el espacio o en la Luna. ¿Qué hay de cierto en esas historias?
Algunos de mis colegas astronautas creen en los OVNI, e incluso han tenido ocasión de verlos desde una nave o desde tierra, pero han preferido no hablar de ello por miedo a que la prensa manipule la información. Ha habido tantas historias raras que se muestran reticentes a verse implicados en este asunto. También existe la idea falsa de que la NASA posee protocolos secretos en el caso de contacto extraterrestre y que los astronautas tienen órdenes estrictas de no hablar sobre posibles avistamientos. No tengo pruebas de que esto sea cierto.

¿Qué puede contarnos sobre el supuesto avistamiento de un OVNI por parte de James McDivit durante el vuelo del Geminis 4?
Es verdad que McDivit tuvo un avistamiento con alguna forma de objeto no identificado. Vio un objeto metálico brillante por la

ventanilla frontal de su nave. Ese objeto no aparecía señalado en su mapa de basura espacial. Lo describió con forma cilíndrica, pero no pudo evaluar su tamaño ni la distancia a la que se encontraba. Consiguió hacer una foto, pero el brillo que reflejaba impidió determinar qué era y la forma que tenía.

Hemos entrevistado al astronauta Edgar Mitchell del Apollo XIV, y el viaje al espacio supuso para él una profunda experiencia espiritual. ¿Le ocurrió a usted algo parecido?
Creo que todo el mundo cambia después de un viaje espacial. El mayor efecto que tuvo sobre mí fue en el sentido de hacerme más humilde. Cuando miras este maravilloso universo que Dios ha creado para nosotros, te das cuenta de lo pequeño que eres. Te permite tener una perspectiva más auténtica de cómo son las cosas.

Teniendo en cuenta su especialidad de ingeniero aeronáutico, ¿cómo cree que los OVNI consiguen hacer lo que hacen?
Estoy muy interesado en sus sistemas de propulsión. También está claro que si has de salir y entrar en la atmósfera continuamente, necesitas un vehículo con forma aerodinámica. Hemos realizado algunos diseños y comprobado que la forma de platillo volante es excelente, porque permite desplazarse a gran velocidad. Además, las maniobras se efectúan sin ondas de choque que provoquen explosiones sónicas, con lo cual pueden atravesar nuestra atmósfera silenciosamente.

¿Qué intenciones tenía cuando asistió a la Comisión de las Naciones Unidas?
Pensaba que podíamos formar un grupo para recoger información sobre los OVNI, así como de avistamientos en todo el mundo. Nuestra intención era que las investigaciones se llevaran a cabo por medio de la ONU. En algunos países como Francia y Rusia el gobierno coopera con grupos de ufólogos, así que pensamos que si disponíamos de toda la información reunida, nos permitiría determinar más fácilmente lo que era real y lo que no. Por desgracia, no llegamos muy lejos. Se habló mucho del asunto, pero como suele ocurrir con la ONU, nunca se pasó de las meras conversaciones.

¿Qué piensa del supuesto accidente de un OVNI ocurrido en Roswell, Nuevo México, en 1947?
He tenido ocasión de conocer a algunas personas implicadas en ese incidente. Creo que es muy posible que se estrellara un OVNI en la zona. No tengo ni idea de qué pudieron hacer con la chatarra. Me gustaría pensar que la reciclaron y construyeron algo útil partiendo de todo lo que habían aprendido. Eso hubiera sido lo lógico, pero no lo sé.

¿Se sintió desilusionado cuando no resultó elegido para ir a la Luna?
Claro. Me hubiera encantado ir. Las decisiones se debieron en gran medida a factores políticos y no salí elegido. Pero estuve cerca de serlo para el *Apollo X*. Fue frustrante, pero más lo fue para la tripulación. Descendieron pero no alunizaron. Tan lejos y tan cerca…

¿Cree que el mundo cambiaría dramáticamente si se confirmara la existencia real de extraterrestres?
Es difícil decirlo. No estoy seguro de si realmente cambiaría tanto. Depende del grado de contacto. Tengo la creencia de que hay un gran potencial respecto a lo que podemos aprender de ellos. Creo que son exactamente igual que nosotros en muchos aspectos, solo que más altos, más rápidos y mejores.

¿Por qué cree que no se han dado a conocer de forma inequívoca?
Por prudencia. Seguramente nos consideran bastante primitivos. Pero pueden venir y aterrizar en el patio de mi casa cuando quieran —se ríe—. Les daría la bienvenida.

Hace unos años John Glenn regresó al espacio a bordo del Shuttle*.*
¿Ambiciona usted regresar al espacio?
Por supuesto. Quiero ir a Marte. Cuando tengan organizada la misión a Marte, estaré preparado para tal viaje —se ríe con ganas—. Bueno, admito que no estoy en la lista, pero me he ofrecido repetidas veces. Tengo que ver cómo me las ingenio para deslizar mi nombre hasta el principio de esa lista.

Como decía líneas atrás, Cooper falleció el 4 de octubre de 2004, víctima de una afección cardiaca que impidió que el último sueño

de este hombre, al igual que ocurriera con John Glenn, se hiciera realidad. Pero qué duda cabe de que con su trabajo, al igual que el de Mitchell, ha sentado las bases para que ahora, más de cuatro décadas después de sus respectivas epopeyas, la ciencia no tenga miedo a relacionarse con este antiguo tabú. Solo por eso, la batalla de estos dos astronautas, exploradores, en suma, del tiempo futuro, ya ha sido ganada…

OTTO WILHELM RAHN, EL NAZI QUE BUSCÓ EL GRIAL

Mis antepasados más remotos fueron paganos; los más recientes, herejes.

OTTO RAHN, *La cruzada contra el Grial*

No hacen mal a nadie —los cátaros—, sus rostros están flacos y abatidos por los ayunos; no comen el pan de los perezosos y trabajan para sustentarse. Cierto que no hay sermones más cristianos que los suyos y que sus costumbres son puras.

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Tiempos difíciles. Alemania permanecía sumida en una crisis que la ahogaba, impidiendo que su pueblo pudiese flotar en aquel mar de miseria. Y la muerte, siempre atenta, se movía con destreza entre la podredumbre, apretando con su tenaza las vidas de millones de desgraciados.

En este marco de entreguerras, cuando la década de los treinta del pasado siglo se aproximaba a su ecuador, el *Reichsführer* Heinrich Himmler, a la sazón creador, gurú y guía de la poderosa Orden Negra, las temidas SS, fijó su atención en un joven arqueólogo de aspecto enfermizo y vocación firme.

El desconocido destilaba pasión por la historia pasada, pese a que, como reflejara en su libro *La cruzada contra el Grial*, mostrara unas tesis arribistas en exceso, cuando no próximas al delirio. No obstante, como la cabeza de Himmler bullía en el caldo de la locura y de las teorías disparatadas, hizo lo imposible por lograr que aquel hombre le explicara el motivo de sus desvelos. Y así, en 1933, al regreso de uno de sus viajes por el Languedoc francés, se vio atravesando las columnas de alabastro que permitían el acceso a la que, tres años después, sería la oficina en Berlín de la *Studiengesellschaft für Geistesurgeschichte Deutsches Ahnenerbe*, la misteriosa Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana.

Allí, sentado en un sillón Victoriano de caoba, observando el aleteo de un pajarillo que se afanaba en construir su nido antes de que llegaran los fríos del otoño, lo aguardaba Heinrich Himmler. A su lado, con un ejemplar de su libro entre las manos, Alfred Rosenberg, Jefe del Servicio de Asuntos Exteriores del partido nazi y principal ideólogo del apocalipsis que estaba gestándose, lo instó con un gesto firme de cabeza a que tomara asiento.

Fue entonces cuando Otto Rahn, sin mostrar más miedo que el que hubieron de padecer sus amados cátaros de la tierra de Oc, cuando entre cantos y aleluyas se encaminaban hacia la pira encendida por los cruzados, fue consciente de que estaba destinado a formar parte de un proyecto cuyos propósitos no compartía.

Pero su búsqueda precisaba de nuevos bríos y de medios más sofisticados, y aquellos soldados vestidos con uniformes negros, quién sabe si para disimular la oscuridad de su interior, parecían estar ávidos por facilitárselos…

Los comienzos

Otto Wilhelm Rahn nació el 18 de febrero de 1904 en la ciudad de Michelstadt, cuando aún faltaban diez años para que resonasen las armas en la primera guerra mundial, aunque las relaciones entre Francia y Alemania comenzaban a enquistarse. La intención de los galos por apropiarse de Marruecos había encendido las hostilidades,

y los teutones, dirigidos por el káiser Guillermo II, no estaban dispuestos a perder un enclave estratégico tan importante a todos los niveles.

Caricatura realizada en 1936 en la que aparece perfectamente caracterizado un lánguido Otto Rahn, que por esas fechas enfilaba el final de su existencia…

Ajeno a estas cuitas, Otto mostró desde muy pequeño un abierto interés por el esoterismo y el ocultismo, contrastando con la férrea disciplina que pretendía imponer su padre, protestante y juez de Maguncia. La influencia paterna lo llevó años después a estudiar Derecho, pero su manifiesta sensibilidad lo convirtió en un magnífico pianista que pasaba largas horas atendiendo a las notas que como lamentos de un nostálgico pasado escapaban de su viejo

piano.

Sin embargo, su pasión era la arqueología, campo en el que cualquier posibilidad era factible, porque cada vez que se arrancaba un trozo de historia a las arenas, esta podía ser reescrita; más aún la historia que respiraba Otto, tan preñada de nobles doncellas, honorables caballeros, hechiceros y algún que otro sortilegio.

Así, cuando a la edad de veintidós años ingresó en la Universidad de Giessen para estudiar Derecho, su desmesurada vocación por reinterpretar el glorioso pasado de sus ancestros lo llevó, ya en Friburgo, a asistir con devoción a las clases de Historia y Filología Germánica, con la mirada del Quijote que, no atendiendo a las aspas de molino, se abalanza sobre los puños de los gigantes. Y allí, entre esos puños es donde nuestro protagonista se encontraba realizado, fiel a su lectura esotérica que todo lo abarcaba, mucho más el pretérito del tiempo.

En esos días flirteó con el movimiento *völkisch*, o más bien los movimientos, porque tras dicha denominación se sumaban un entramado de tendencias, siempre con la misma base, que pretendían recubrir el folclore popular, a la tradición del pueblo, al mito y a la superstición con una pátina pseudohistórica con la que validar casi cualquier idea, siempre con la espada del conservadurismo nacionalista blandiendo sobre sus conceptos.

No en vano el propio Adolf Hitler plasmaría en *Mi lucha* que «las ideas básicas del movimiento Nacional Socialista son populistas —*völkisch*—, y los ideales *völkisch* son los ideales del Nacionalsocialismo», estableciendo de esta manera un nexo indisoluble que sería el germen de excéntricas interpretaciones de textos medievales, por poner un ejemplo, y de expediciones que en ocasiones acabarían siendo ideadas y puestas en marcha por Otto Rahn.

Pero si hubo, en este marasmo de interpretaciones torticeras más o menos acertadas, algo que cautivó al joven Rahn, fue la lectura de diversos trabajos en los que se hacía mención a un misterioso movimiento religioso de corte extremista, que en los años más oscuros de la Baja Edad Media se asentó a las faldas de la cordillera pirenaica, protegido de miradas curiosas por cumbres altivas y fortalezas inexpugnables. Sí, por aquellas fechas de carreras por los largos pasillos de la universidad, gracias a las clases que impartía su

profesor favorito, el barón de Gail, el futuro *Obersturmführer* de las SS oyó por vez primera la palabra «cátaro»…

El catarismo, la doctrina de los herejes

«Este es un nombre común a varias sectas heréticas que pregonaban una extremada sencillez en las costumbres, como principal culto religioso».

Así, con la parquedad propia del que rechaza lo diferente, describían años atrás las enciclopedias más prestigiosas la corriente espiritual que gobernó la Occitania durante más de dos siglos, para gozo de los habitantes de esta sinuosa geografía que libremente se acogieron al nuevo movimiento, en el convencimiento de que la Iglesia alcanzaba cotas de corrupción imperdonables… hasta para los pontífices.

En aquel tiempo, la prosperidad de esa tierra fue la envidia de una Europa salvaje, sumida en batallas intestinas que han hecho de la Baja Edad Media uno de los períodos más oscuros de la historia de la humanidad, con permiso del siglo XX, claro está. En esta región se daban cita las creencias de Oriente y Occidente en perfecta armonía, porque no se trataba de un movimiento contestatario; era una religión que ya nada tenía que ver con el atosigante catolicismo que encarnado en la presencia de los papas parecía empeñado en forzar su propia decadencia.

En este marco de desesperación, con un siglo XII que despertaba entre el sonido de las espadas y el goteo constante de la sangre, los enfrentamientos se multiplicaban por el Viejo Continente, atisbando un futuro plagado de recelos y odios fraternales. Y entonces surgió el catarismo…

Los inicios del movimiento permanecen difusos en un tiempo impreciso, pero son muchos los investigadores que aseguran que la génesis de su espiritualidad hay que buscarla en el siglo XI, y concretamente en la persona de Bogomil, el «amado de Dios», el «hereje» búlgaro creador de la religión que acabaría por llevar su nombre y que pretendía la pobreza, la no violencia y la vida de recogimiento para todos sus cofrades… Siempre recubierta de un envoltorio ultraortodoxo, que era el que se respiraba en la región de

la Tracia —Europa balcánica—, donde Bogomil recogió las enseñanzas de diversas creencias empapadas de paganismo para dar forma a su nueva espiritualidad.

Pronto los bogomilos, así llamados por razones más que obvias, salieron de sus madrigueras desembarcando en lejanas regiones del occidente europeo con un saco de credos heresiarcas. No en vano, para mayor oprobio de esa Iglesia milenaria y tan ardiente de pecado como el fuego de los avernos, lo que en un principio pasaba por ser un culto resultado de los estertores del reciente milenarismo, se empezó a convertir en algo más molesto; porque aquellos que se acercaban a los seguidores de Bogomil lo hacían en la convicción de que, tal y como promulgaban sus sabios espirituales, el aspecto crístico de Jesús era una falacia, de ahí que los milagros del nazareno fueran interpretados como parte de una espiritualidad no tangible; negaban a su vez la valía de las ceremonias o de los sacramentos de la Santa Madre Iglesia; su concepción de la vida, de la espiritual y de la física, apenas si divergía de la concepción dualista de inspiración maniquea; su contacto con la divinidad no precisaba de templos ni de intermediarios, siendo la propia casa el mejor lugar para acudir al consejo divino.

Así las cosas, con las invasiones bizantinas y posteriormente las otomanas, el bogomilismo inició su caída en picado, y sus seguidores, o bien permanecieron ocultos en pequeñas comunidades de las montañas de Bosnia, alejados de las miradas afiladas de los inquisidores, o bien se acabaron convirtiendo al islam que promulgaban los poderosos turcos del siglo XV. Pero la semilla ya había germinado, y lo que en sus inicios se veía como un culto marginal y avocado a la desaparición, comenzó a preocupar a los mandatarios de Roma, que observaron como una molesta china se les colaba en lo más profundo de la sandalia vaticana.

En este ambiente de exterminio de los viejos cultos, y de imposición de los todavía más antiguos, en el año 1167 el dignatario bogomilo Niketas, a pesar de la fragilidad de su apariencia, logró atravesar medio mundo conocido para, desde la lejana Constantinopla, arribar por los sinuosos senderos pirenaicos hasta el corazón de la Occitania. Si bien es cierto que el catarismo, en una derivación descarada del culto del «amado de Dios», ya

había empezado a crecer en estos abruptos parajes, faltaba el espaldarazo definitivo que permitiese la creación de una Iglesia propia. Y ese día llegó.

El citado Niketas pisó por vez primera la región que nos ocupa para celebrar el que ha sido considerado el primer Concilio Cátaro, en Saint-Felix-de-Caraman, en el que participaron más de cien perfectos —cátaros revestidos—, tras el cual quedaron constituidos cuatro obispados que validaban la doctrina de los conocidos como «hombres buenos»: el de Agen, el de Toulouse, el de Albi y el de Carcassonne.

Del trascendente evento quedó por escrito, de puño y letra del patriarca Niketas y en primoroso latín, la siguiente carta:

> En el año 1167 de la Encarnación del Señor, en el mes de mayo, en estos días la Iglesia de Toulouse trajo al Papa —o Padre— Nicetas al Castillo de Saint-Felix, y una gran multitud de hombres y mujeres de la Iglesia de Toulouse y de otras Iglesias vecinas se reunieron para recibir el consolamentum que el Papa Nicetas les confirió. Después, Robert de Epernon, obispo de la Iglesia de los franceses, llegó con su consejo. Marc de Lombardie llegó con su consejo. Sicard Cellerier, obispo de la Iglesia de Albi llegó con su consejo. Bernard Cathala llegó con el consejo de la Iglesia de Carcassonne, y el consejo de la Iglesia de Agen también estuvo presente. Todos reunidos de manera innumerable, los hombres de la Iglesia de Toulouse quisieron tener un obispo, y eligieron a Bernard Raimond. Igualmente Bernard Cathala y el consejo de la Iglesia de Carcassonne, requerido e invitado por la Iglesia de Toulouse, y del parecer, voluntad y la decisión de Sicard Cellerier, eligieron a Guiraud Mercier. Los hombres de Agenais eligieron a Raimond de Casals. Después Robert de Epernon recibió el consolamentum y la ordenación del Papa Nicetas para ser obispo de los franceses. De la misma manera que Sicard Cellerier recibió el consolamentum y la ordenación episcopal para ser obispo de Albi. E igualmente, Marc recibió el consolamentum y la ordenación episcopal para ser obispo de la Iglesia de Lombardía. Igualmente Bernard Raimond recibió el

> consolamentum y la ordenación episcopal pare ser obispo de la Iglesia de Toulouse. También Guiraud Mercier recibió el consolamentum y la ordenación episcopal pare ser obispo de la Iglesia de Carcassonne. Y también Raimon de Casals recibió el consolamentum y la ordenación episcopal para ser obispo de Agen. Tras lo cual el Papa Nicetas dijo a la Iglesia de Toulouse: «Vosotros me habéis pedido que os explique si las costumbres de las Iglesias primitivas eran ligeras o rigurosas. Yo os diré que las siete Iglesias de Asia fueron separadas y delimitadas entre ellas, y ninguna de ellas hizo nada que fuera en contra de los derechos de las otras. Y las Iglesias de Rumanía, de Dragovitie, de Mélenguie, de Bulgaria y de Dalmacia fueron separadas y delimitadas, y ninguna hizo nada que fuera en contra de los derechos de las otras. Y así tienen paz entre ellas: hechas iguales unas de otras […]» Y así fue hecho y ejecutado. Pierre Isarn mandó hacer esta copia de una vieja carta, hecha a partir de aquella que delimitaba las Iglesias como ha sido escrito más arriba, el lunes de agosto, décimo cuarto día después del comienzo del mes, año 1232 de la Encarnación del Señor, Pierre Poullain ha transcrito todo esto por su demanda y su orden.

Fue el inicio; al menos así lo vieron sus padres fundadores. Ahora bien, con el paso de los siglos más parece que fue el comienzo del fin, ya que con los años, pocos, todo hay que decirlo, desembocaría en un movimiento imparable, en el que convergían las enseñanzas paganas y esotéricas de Oriente con las tesis más conservadoras del catolicismo. Y así, casi sin pretenderlo, se extendió por Italia, Alemania, España… ubicando su centro espiritual en un lugar protegido por montañas mágicas en las que en tiempos pasados tuvieron su reino los «reyes melenudos», la dinastía merovingia. Era la tierra de los llamados «hombres buenos», ese lugar que decidió no seguir expresándose en la *Langue Dei* y optó por hablar su propia lengua espiritual: la *Langue d'Oc*

.

La tierra del Grial

El Languedoc había alcanzado un nivel de prosperidad tal que lo convertía en una región al margen del resto del territorio galo, una pieza muy codiciada y cada vez más alejada cultural y económicamente de su entorno, algo que los monarcas veían con evidente malestar. Entre aquellas abruptas montañas convivían, en un ejemplo de tolerancia impropio de su tiempo, judíos, arrianos, cristianos y, por supuesto, los cátaros.

En aquel mundo pasado en el que el belicismo se palpaba en el ambiente, el Languedoc se ocultaba tras la formidable cordillera pirenaica, inmerso en una evolución social, filosófica y religiosa sin parangón hasta la fecha. Aires de cambio que tomaban los cielos, y a los que la sede romana, poco acostumbrada a que le llevaran la contraria, ya no veía como un inocente y fugaz movimiento, sino como una caterva de desalmados capaces de contagiar con su entusiasmo y humildad al resto de pueblos colindantes.

Y en este instante de crispación, la silla de Pedro fue ocupada por un joven y fanático hombre de fe, por cuya obra y gracia estaba a punto de iniciarse uno de los peores genocidios de la historia: Inocencio III.

El pontífice, considerado uno de los más destacados de la Edad Media, llegó al mundo en la localidad de Anagni en el año 1160, y fue bautizado con los santos sacramentos con el nombre de Lotario di Segni. Cuando era solo un muchacho, inició los estudios de Teología en la Universidad de París, que más tarde completaría con los de Derecho en Bolonia. Pero además de una sólida formación, Lotario tenía otras «virtudes» que lo empujarían hasta la silla de san Pedro años más tarde.

En especial, fue su tío, el papa Clemente III
(1187-1191)
quien le abrió las puertas del éxito, al concederle la distinción púrpura en 1189, cuando tenía solo veintinueve años. Fue también gracias a él que dispuso de una inmejorable escuela sobre las intrigas y los entresijos de la curia, lo que le sería de gran ayuda una vez consagrado papa.

Esto último ocurrió en 1198, y decidió adoptar el nombre de Inocencio III. Poco después de tomar el poder, el nuevo pontífice se

lanzó a restaurar la autoridad papal en Roma y en los Estados Pontificios. La mejor forma de protegerse ante posibles agresiones era adueñándose de los territorios colindantes, y así lo hizo.

Sin duda alguna, durante su gobierno el poder del papa llegó a sus cotas más altas, e Inocencio no dejó pasar ninguna oportunidad para dejarlo bien claro. En cierta ocasión, con motivo de una misiva al patriarca de Constantinopla, Inocencio se expresó en estos términos: «Cuando Jesús dijo a Pedro: "Apacienta mis corderos", no le pidió solo que guiara su Iglesia, sino que gobernara todo el universo». ¡Ahí es nada…!

Inocencio III quiso dejar muy claro que la autoridad del papa estaba por encima de cualquier hombre, fuera este monarca o emperador. Proclamó una bula papal, *De contemptu mundi*, donde plasmaba toda su doctrina teocrática: como representante de Dios sobre la tierra, el papa tiene poder sobre cualquier hombre, rey o emperador, así como la potestad de coronar o deponer a su antojo.

Al igual que algunos de sus antecesores en el trono, Inocencio también quiso pasar a la historia como un papa promotor de cruzadas, liberador de Tierra Santa. Así que no dudó en predicar la Cuarta Cruzada
(1202-1204),
que en un principio tenía como finalidad el ataque contra territorios egipcios. Sin embargo, los venecianos —auténticos patrocinadores de aquella empresa— desviaron las tropas y se dirigieron a Constantinopla, provocando una de las mayores atrocidades en nombre de Dios —en este caso del dios dinero— que se recuerdan. En un principio, Inocencio condenó aquella descontrolada acción, pero luego decidió aprovecharla para intentar la sumisión de la Iglesia griega.

Sea como fuere, las intenciones del joven pontífice se evidenciaban como demasiado transparentes conforme iba transcurriendo su gobierno.

Muy poco tiempo antes ya había demostrado cuáles eran las líneas a seguir, en suma, las trazas de la nueva Iglesia, al devolver a esta al anterior concepto de Estado, con lo que se otorgó poderes absolutos para legislar sobre aquello que según su consideración pudiera atentar contra los intereses eclesiales, que en definitiva no eran sino los suyos, o al menos su concepción extrema de la

teología a predicar. De este modo, la posibilidad de caer en las redes de la herejía eran altas: únicamente había que llevar la contraria a los férreos postulados readaptados por el fanático Lotario para ser candidato a la excomunión, algo a lo que vasallos de todo linaje temían con visible espanto; porque este era un tiempo en el que se atisbaba a las hordas demoníacas de la corte infernal cabalgando por los campos del Viejo Continente a lomos de caballos negros, y pensar en lo que los aguardaría más allá de esta vida, con un dios solemne y justiciero, y un demonio ansioso por darles su justo castigo, no resultaba especialmente halagüeño. Así las cosas en este fascinante tiempo —seguramente irrepetible— era difícil distinguir quién representaba a quién, y un sentimiento de temor se adueñó del suroeste europeo, el lugar en el que estaban surgiendo filosofías religiosas que en nada comulgaban con esa ultraortodoxia.

La mirada de los purpurados se fijó, de manera casual —como se gestan las grandes catástrofes—, en un acontecimiento luctuoso que tuvo lugar en la tierra cátara, la antigua Septimania judía. Allí, los senderos de montaña, tan abruptos como la tortuosa mezcla de creencias, eran recorridos día y noche por unos extraños personajes vestidos de negro con una enorme cruz roja de doce puntas alumbrando el pecho. Aquellos extraños predicadores que siempre iban en parejas, se acercaban a las poblaciones más recónditas, a los grandes núcleos urbanos, a los palacios o granjas… con el fin de ofrecer su concepción del Evangelio, con humildad y pobreza, como fue la Iglesia crística en sus inicios, en insólito contraste a la lujuriosa ambición que los dueños de la fe mostraban, confundiendo sin pudor la riqueza espiritual, de la que por su cargo habían de hacer gala, con la material.

Y es que a veces el destino, ese tan negro como el alma de aquella Iglesia, o como las capas de los cátaros, se pasea por la historia haciendo de las suyas, jugando con la soberbia del hombre. En el año 1208, cuando esta tierra alejada y desconocida no formaba parte de las intenciones de ningún rey con ansias de conquista, ocurrió un suceso, ridículo y fugaz, pero clave para la historia venidera. Pierre de Castelnau, legado pontificio en Languedoc, que al margen de hombre versado en las ciencias teológicas debía de ser un gran estratega y desconocido clarividente, consciente de que los tiempos que se avecinaban no

cobraban el color de la alegría y apesadumbrado ante el cariz que iba tomando su amada Iglesia, no se le ocurrió otra cosa que decir:

> Mal están dirigidos los asuntos de Nuestro Señor en el Languedoc. Pero para que se orienten un gran crimen habría de producirse contra la Santa Madre Iglesia, que con ello se justificase la intervención de los ejércitos. Quiera el cielo que haya de ser yo la primera víctima.

Ese irónico destino negro se carcajea de nosotros, y en esta ocasión, una vez más quedó de manifiesto. A mediados de febrero de ese año, Castelnau caía abatido, muerto por una mano anónima para la que los freires de Roma pronto encontraron nombre y apellidos: Raimundo VI, conde de Tolosa, uno de los emblemáticos nobles de esta tierra que desde aquel momento quedaba abocada a la perdición. Inocencio III ya poseía la excusa precisa para acabar con aquel brote de herejía en medio de la cordillera pirenaica, la clave necesaria para condenar a la caterva de malnacidos que parecían querer independizarse del poder establecido. Era el momento; el Santo Padre encomendó al rey Felipe de Francia que debía emprender la cruzada contra la herejía cátara, desde el silencio largo tiempo esperado.

Raimundo de Tolosa luchó con fe y valentía desde el primer momento, manteniendo firme su inocencia, pero de poco sirvió. La decisión ya estaba tomada, y la orden proclamada: había que defender a la madre Iglesia de la agresión a la que estaba siendo sometida por parte de aquellos hijos del demonio. Y de este modo, de la noche a la mañana, miles de soldados comenzaron a apiñarse en torno a la ciudad de Lyon, buscando la riqueza material y la salvación de sus almas…

Ajenos a lo que ocurría más allá de las cumbres montañosas que parecían protegerlos de cualquier evento, los cátaros seguían expandiendo su doctrina, realizando sus labores diarias y pensando que, de ser ciertos los rumores que llegaban desde las tierras del Ródano, los tiempos venideros se intuían tan negros como las oscuras nubes que cubrían la cordillera.

Mientras, a no demasiados kilómetros de allí, las vastas milicias del monarca francés iniciaban su estrategia con un único objetivo: exterminar al enemigo. Y para que tal premisa se hiciera efectiva, al

mando de las tropas de los cruzados se puso a un noble de oscura personalidad y grandes dotes de mando: Arnau Amalric, que además era clérigo del Císter y cuyos escrúpulos no eran conocidos por ninguno de sus enemigos, ya que amigos, lo que se dice amigos, muchos no debía de tener. Su avidez de sangre estaba siempre dispuesta para combatir la herejía.

Al cabo de unos días en la tierras prepirenaicas se apostaba un ejército tan poderoso que al caminar hacía temblar el suelo en varios kilómetros a la redonda; más de cien mil hombres que portaban orgullosos los pendones reales y cuya única intención era eliminar de la faz de la Tierra a aquellos lujuriosos que con la falsa palabra recorrían los caminos del Languedoc.

Las hordas de cruzados, con el saqueo como botín y la mano de Inocencio III perdonando sus pecados, recorrieron los campos entonando eufóricos cantos de muerte. Era un ejército de mercenarios curtidos en Tierra Santa, dispuestos a todo con tal de saciar sus ansias de oro, sangre y sexo.

No tardaron en plantar sus tiendas frente al primer bastión cátaro, Béziers, la gran ciudad del norte. El 22 de julio de 1208 más de veinte mil personas, jóvenes, ancianos, mujeres, cristianos inclusive, fueron pasados a cuchillo o quemados en el interior de la iglesia de la Magdalena, mientras Amalric, que en algún momento de su vida hubo de nutrirse de las enseñanzas de los mismísimos infiernos, sin pestañear pronunció una de las frases más célebres de la cruzada albigense: «Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos en los cielos».

La afrenta no tenía parangón; Béziers había sucumbido sin remisión, víctima de su propia incapacidad, pero era tan solo el comienzo. El holocausto estaba en marcha…

La apatía que los caballeros occitanos mostraron desde un principio contrastó con la del vizconde de Carcasona, Raimond Roger Trencavel, joven enérgico y combativo que, previendo el incierto futuro que se avecinaba, preparó a su pueblo para la defensa de la histórica ciudad.

Además, en un supuesto asedio irrefrenable, siempre contaba con la baza de su familia política, encabezada por el rey de Aragón, Pedro II. No en vano Trencavel estaba casado con la cuñada del monarca, Agnès de Montpellier, y ello lo «obligaba» moralmente a

apoyar la causa del matrimonio. No obstante, la duda de que la «conquista» no acabara en esa región rondaba la cabeza del regente español. Pese a ello, cuando los cruzados llegaron a las puertas de la ciudad, orgulloso baluarte de los visigodos de muros impenetrables y capital del catarismo, la intercesión de Pedro II no mermó la avidez de sangre «hereje» que manifestaba Amalric. Sin embargo, algo de humanidad debió de despertar el monarca aragonés a un ser tan despiadado, ya que en un alarde de inusual condescendencia perdonó la vida al vizconde de Carcasona y a doce de sus caballeros. Pero eso sí, la ciudad habría de caer bajo su yugo con las consecuencias que ello acarreaba: saqueos, incendios, violaciones y sangre, mucha sangre sobre el empedrado…

La negativa retumbó en todos los rincones del amurallado enclave.

Pese a que nuestro protagonista llegó a formar parte, casi por obligación, de las míticas SS de Himmler, el amor por la arqueología prevaleció a las ideas políticas y Otto Rahn encauzó su vida a la búsqueda de un sueño apetecido por todos: el Santo Grial, pero no en la forma de cáliz…

En un último intento por evitar la catástrofe, el legado papal citó a Raimond de Trencavel en tierra de nadie, auspiciado por las leyes de caballería que protegían a los emisarios de ambas partes. Pero Amalric no respetó el pacto, y con una frialdad que sobrecogió a su propia soldadesca, apresó al vizconde. Carcasona, decapitada política y espiritualmente, fue devastada, arrasada, sumida en el infierno de un terror desconocido hasta entonces. Sí, la palabra de Dios «misericordioso» fue olvidada en esas jornadas. A fin de cuentas, qué importaba si su ministro en la Tierra aplaudía los «actos de fe» con insolente satisfacción…

Con la desaparición del aguerrido Trencavel apenas transcurridos cien días desde su encarcelamiento en una sórdida estancia de la ciudad sitiada, Simón de Monfort, hombre ducho en el arte de la guerra, con muchas y laureadas epopeyas en tierra del infiel, ocupó la vacante que había dejado, no sabemos si asesinado o muerto de impotencia, su antecesor en el mando de Carcasona. El catarismo, herido en su corazón, asistía a la caída definitiva.

Las muertes se sucedieron por doquier. En Minerve, el vizconde Gillaume vio cómo sus vasallos morían quemados, en lo que a partir de esos momentos sería una práctica habitual en el propósito de implantar a toda costa la doctrina cristiana.

Fueron tiempos oscuros. La luz del fuego iluminó las madrugadas occitanas, extendiendo por los valles el llanto silencioso de un Dios que no entendía cómo se podían acometer semejantes atrocidades en su nombre.

Es mejor obviar los detalles de una cruzada, que por no calificarla de genocidio, optaron por llamar así, en un intento de maquillar bajo los postulados de la fe el horrendo crimen que se estaba cometido contra la humanidad.

Sin embargo, las ascuas cristianas no pudieron esquilmar la esencia de unas gentes fieles a sus principios y creencias pese a los suplicios a los que fueron injustamente sometidos. No obstante, cualquier maltrato pareció ser insuficiente para la mente enfermiza

de Simon de Monfort, guiado por una fe sin fisuras. Jean Blum, en la obra *Misterio y mensaje de los cátaros*, asegura, como ejemplo de su evidente falta de escrúpulos y piedad, que

> en la primavera del año 1210, Simon vuelve a partir a la guerra. Se apodera de Bram, y para dar ejemplo, hace cortar los labios y la nariz y sacar los ojos a sus defensores. Uno de ellos, sin embargo, recibirá el beneficio de una relativa clemencia: conservará un ojo a fin de guiar el lamentable cortejo de ajusticiados hacia el castillo de *Cabaret*, próxima presa, a cuyos defensores se intenta espantar. En efecto, estos entregan las armas sin combatir.

El yugo papal atosigaba cada vez con mayor estrechez lo que antaño fuera el corazón de la civilización europea, maldita envidia de gobernantes y clérigos.

El tiempo pasaba, y la contienda, para disgusto evidente de la monarquía y de la curia pontificia, se prolongaba más de lo estimado, con las inevitables pérdidas humanas y, sobre todo, económicas. La guerra salía cara.

Cuando todo parecía perdido, cuando la espada de Damocles se cernía sobre los cuellos de los últimos resistentes cátaros, la aparición en escena de nuevos combatientes insufló aires de esperanza entre una población abatida y condenada al exterminio. La fuerza y tesón que mostraban los «insurrectos» no era cuestión del azar; habían sido testigos del asesinato de su gente, del saqueo de sus pueblos y de la violación de sus mujeres, lo que gestó en su interior un odio profundo e indestructible hacia aquellos invasores que con la palabra sagrada en una mano y la espada en la otra decidieron aniquilar a los pobladores de una región próspera y pacífica.

Por sus venas corría la sed de la venganza y el deseo de acabar con la vida de las hordas papales. A la cabeza de estos se encontraban Olivier de Termes y, distinto y distinguido, querido por el pueblo y alabado por la soldadesca, Trencavel *el Joven*, hijo del mártir vizconde de Carcasona y uno de los más aguerridos y valientes luchadores contra la poderosa milicia de los cruzados. Los años de tregua se sucedían con tanta facilidad como se iniciaban las

hostilidades. Las nuevas generaciones se instalaban con fuerza en el poder.

La llegada del papa Honorio IV no supuso el fin del conflicto; tan solo un paréntesis para reorganizar la contienda.

Amaury de Monfort, hijo del batallador Simon, flirteaba en la corte con un cada vez más detestable príncipe Luis, empeñado en culminar la obra iniciada por su padre y a las puertas de ser coronado rey. Mientras, en París las conjuras se multiplicaban por doquier, y Raimundo VII tomaba el mando del condado de Tolosa a la muerte de su padre.

En el mes de enero de 1226, Luis VIII ocupó el trono galo, ordenando como prioridad suprema descargar todas las fuerzas de la cristiandad sobre el Languedoc y así destruir de una vez por todas el pensamiento hereje. Occitania quedó dividida con saña y acero.

Deseada pero no esperada fue la muerte del monarca cuando contaba treinta y siete años de edad. La sombra de un inminente resquebrajamiento de la nación sobrevoló el pensamiento de los asediados. ¡Lejos se hallaban de la verdad! Más habría valido que el déspota no hubiera fallecido, pues si terrible era su mano, peor era la que estaba por llegar.

Once años contaba por aquellas fechas el heredero. Fue por ello por lo que asumió el cargo de regente Blanca de Castilla, la esposa del monarca fallecido, mujer carismática y con las ideas posiblemente más claras que sus antecesores.

Para acabar de una vez con la molesta situación, ordenó arrasar campos y cultivos al paso de las tropas francesas, de tal forma que al cabo de pocos meses los habitantes de la región se vieron expuestos al acoso de epidemias, hambrunas y, en consecuencia, la muerte paulatina de toda la población.

Raimundo VII comprendió que nada se podía hacer ya sino calmar los ánimos de doña Blanca, y para ello se personó en la corte de París, siendo apresado sin dilación. Hubo de admitir todos los requerimientos impuestos por la cruel dama, así como la humillación de ser flagelado públicamente. Caía así un icono, un símbolo otrora indestructible en la lucha contra el invasor. La Inquisición tomó posiciones en aquellos lugares donde había que finalizar la tarea; los cátaros fueron conducidos a la hoguera sin

remisión, rápidamente o a fuego lento, todo dependía del grado de culpabilidad que estimaran los señores del Santo Oficio.

Un bastión resistió, empero, hasta el final con obstinado pundonor. Montségur, el mítico castillo ubicado en las estribaciones de la tierra languedociana, último reducto del catarismo, el guardián de un secreto que siglos más tarde Otto Rahn buscaría con desesperación y que en ese instante había de ser rescatado a toda costa…

La convicción de que la herejía llegaba a su fin, de que habían acabado con el mal que asolaba a la región, propició que los años venideros fueran seguros para aquellos que optaron por resguardarse a la sombra del imponente castillo de Montségur.

«¡Arqueros! La sangre ha de servir para saciar vuestro apetito espiritual. Que no quede con vida ni uno de esos que reniegan de la palabra de Nuestro Señor».

Quien con tanta pasión se dirigía a la soldadesca era el senescal de Carcasona, Hugues de Arcis. A su mando, más de diez mil soldados sedientos por ganar la gracia de Cristo a costa de la vida de los desarrapados que «cobardemente» se guarecían en las entrañas de aquella fortaleza áspera y contaminada. En las alturas, conscientes de los suplicios que los aguardaban, los últimos cátaros se preparaban para soportar el asedio, el terrible ataque que habría de sumir al Languedoc en una etapa de oscuridad y miseria.

Desde esos momentos, Montségur pasaría por ser el centro de una filosofía de vida que comenzaba a respirar con dificultad, aprisionada por todos sus flancos.

Reconstruido a comienzos del siglo XIII con permiso de Raimundo de Perella, dueño y señor de las tierras, a petición de los cátaros Raimundo Blasquo y Raimundo de Mirepoix, la edificación del mismo corrió a cargo del ingeniero Arnaud, quien un tanto escamado y no menos sorprendido observó cómo aquellos dos hombres de aspecto bonachón y negros ropajes asesoraban todos y cada uno de los pasos que él disponía. De hecho, Montségur no estaba concebido únicamente como una fortaleza, sino también como un templo en permanente armonía con el movimiento de los astros. Sus recovecos y rincones eran puntos de inicio y final por los que se ofrecía entrada a solsticios, equinoccios, alineamientos solares, planetarios, etcétera. En fin, un lugar de culto a la herejía.

En febrero de 1243 se celebró el Concilio de Béziers, primera gran ciudad «conquistada» por los cruzados, para determinar que Montségur, su último reducto, tenía que caer. Blanca de Castilla veía severos enemigos en aquel pedazo de terreno que tocaba los cielos, y así, en el mes de mayo, las sanguinarias huestes se encaminaron a los confines de la Occitania. El fin estaba ya cercano…

Durante semanas los habitantes del castillo resistieron estoicamente.

> Raimundo de Perella, anciano señor del soberbio castillo; Pierre-Roger, su intrépido y sanguinario yerno, aunque dedicado en cuerpo y alma a la causa de Occitania; la Dama Corba, esposa de Raimundo, simpatizante cátara e hija de Marquesia de Lantar, cátara revestida; la doncella Esclarmonde, hija de castellanos, adolescente enferma con los ojos abiertos a la fealdad del mundo y al esplendor del reino entreabierto por la ley cátara; maese Bertrand d'en Marti, patriarca venerado y jefe espiritual de Montségur, predicador afamado en todo el Languedoc; los suyos, hombres y mujeres revestidos, fieles a la fe a pesar de las persecuciones y de las desgracias, ciento cincuenta hombres y mujeres dispuestos a afrontar la hoguera, última etapa de su búsqueda; los hombres de armas, ciento cincuenta entre los más valientes de la tierra de Oc, pequeños señores y caballeros desposeídos, arqueros, campesinos con el amor a su tierra anclado en el corazón; las esposas y amigas de los guerreros, que, al final del asedio, habrán combatido y hecho tantos méritos como los hombres. Una población heterogénea, muy fuertemente unida por dos sentimientos que constituyen el privilegio de seres nobles: una fe sincera y un patriotismo ardiente.

Las esferas de granito golpeaban los muros, el agua escaseaba y la comida se convertía en un bien demasiado preciado. Fueron nueve meses, doscientos ochenta días con un final escrito antes del asedio.

Bertrand d'en Marti cerró los ojos. Una tristeza infinita disipó las

dudas de los guerreros. «Continuar o no». La suerte no estaba de su parte; poco se podía hacer ya. Su pelo cano se alborotó cuando volvió la vista hacia la muralla. El viento golpeaba con fuerza, trayendo consigo los gritos amenazantes de aquellos salvajes, abominables despojos de la especie humana. El anciano maestro se dirigió a los suyos:

—Habéis demostrado una lealtad inquebrantable. Hemos luchado por defender nuestra fe y nuestro honor. El tiempo se ha cumplido y nuestra misión está a punto de concluir. Que la gracia os guíe en la vida y en la muerte, que es la continuación de la verdad, del bien y del espíritu.

El 16 de marzo de 1244 sucumbían abrasados por las llamas del terror los miembros de la última comunidad de Montségur, después de pactar con sus enemigos dos semanas de «tranquilidad» previas a la entrega pacífica de las armas y de la fortaleza.

Aseguran las crónicas que horas antes de la toma de Montségur, cuatro «insurrectos» escaparon al asedio por la única parte que los cruzados no custodiaban. Y es que quién iba a imaginar que alguien iba a estar tan fuera de sus cabales para descender en plena noche por la pared norte del castillo, ni más ni menos que un precipicio infranqueable. Sin embargo, el tesón y el instinto de supervivencia en ocasiones supera cualquier obstáculo, y los valientes escaladores consiguieron escapar a la muerte, cruel dama que sin duda alguna aquella madrugada los rondó con insistencia manifiesta.

Y como la historia en ocasiones es justa con aquellos que se atreven a desafiarla, los nombres de los proscritos han viajado a manos de la tradición oral hasta nuestros días: Amiel Alicart, Hugues, y un tal Pichel de Poitevin. Del cuarto se desconoce absolutamente todo. Lo que parece ser más evidente es que a ellos les fue encomendada la difícil tarea de poner a salvo, lejos de las sucias manos de sus enemigos, el preciado tesoro que era custodiado en la fortaleza ubicada en el «monte seguro». Al anochecer, una llama mortecina iluminó la cercana cumbre del Bidorta. Era la ansiada señal, el mensaje inequívoco que alertaba a los condenados de que su legado espiritual ya se encontraba a buen recaudo, lejos de aquel campo de muerte y desolación. Su particular Grial jamás sería ensuciado por las manos de los cruzados…

La búsqueda de Otto Rahn

La vida de Otto Rahn estuvo, qué duda cabe, íntimamente ligada a esta región del sur de Francia. Nuestro protagonista no dejaba de fabular sobre qué llevaban los últimos cátaros cuando, en un alarde de inconsciencia, se lanzaron por la inexpugnable pared norte de la montaña. Es evidente que la proeza iba más allá de la mera supervivencia. Rahn estaba firmemente convencido de que su objetivo había sido poner a salvo un tesoro de valor incalculable, tras el cual ahora se hallaba él. Y es que, ¿por qué arriesgarse para que joyas y oro no fueran presas del saqueo? ¿O acaso no eran tales los bienes allí custodiados, sino algo de una importancia mayor? ¿Tantas molestias para qué? Otto Rahn, miembro desde el año 1936 de las *Schutz Staffel* hitlerianas —SS—, especialista en historia medieval, en ese tiempo ya era la cabeza invisible de una búsqueda que se ha mantenido durante siglos: la del Santo Grial.

Los oscuros años de la Edad Media vieron cómo resurgía con fuerza la leyenda y supuesta localización del Grial. El relato, reflejado en el evangelio apócrifo de Nicodemo, asegura que la sagrada copa fue cogida por José de Arimatea después de que Jesús hiciera uso de ella para consagrar el vino durante la última cena, y más tarde, después de que Cristo fuera crucificado, el portador del Grial vertió unas gotas de la sangre del nazareno en su interior. De ahí su enorme valía: guardar la sangre del Hijo de Dios.

En el año 1180, coincidiendo con el auge de la doctrina cátara, dio inicio la aparición sucesiva de cuatro obras que marcaron el comienzo del mito griálico: *Perlesvaus* y *Parsifal*, de Wolfram von Eschenbach; *Estoire dou Graal*, de Robert de Boron; y *Perceval*, de Chrétien de Troyes.

El que pasó por ser el texto más leído e interpretado de todos, el de Eschenbach, mostraba un objeto sagrado que poco tenía que ver con la copa. Más bien representaba una piedra esmeralda cuya magia y poder eran ilimitados, pues no en vano se había desprendido de la frente del mismísimo «ángel de luz» en su caída a los abismos infernales. Además, Eschenbach dejó patente que su poema era el más fiel y documentado de todos cuantos habían tratado el tema, pues él tuvo como confidente al maestro provenzal Kyot, trovador y cronista que se pretendía a sí mismo como

caballero templario.

Su fama vendría siete siglos después con la interpretación que de su trabajo realizó Otto Rahn que, sin lugar a dudas, acudió a Occitania obsesionado por encontrar el preciado tesoro, pero posiblemente no en la forma de cáliz, sino de piedra preciosa.

No en vano la tierra del Sabarthès, a pocos kilómetros de Montségur, ha estado desde siempre ligada al Santo Grial. Los guiños son habituales. El autor Jean Blum refleja que

> a una jornada de camino, el bosque de Teille abriga un refugio forestal llamado del Grial; el escudo de armas de Ussat se halla adornado con una soberbia copa-Grial; una gruta excavada en el zócalo que soporta el castillo de Montreal-de-Sos presenta todas las apariencias de un ofertorio, y en una de sus paredes se encuentra un cuadro extraordinario: la lanza y la copa figuran en él y, al lado, dos cuadros encastrados uno en el otro con seis gotas de sangre y pequeñas cruces.
>
> Otro argumento es el relato que narra la tradición popular en el que se habla de la cruzada de Raimundo IV en Tierra Santa antes de la epopeya cátara: lo representa trayendo la lanza que había atravesado el costado de Jesús. Y copa y lanza no se han separado nunca…

Si a ello unimos la certeza de que cuatro valientes se descolgaron por la pared norte de Montségur para poner a salvo el tesoro, la posibilidad de que fuera escondido en alguna de las cavidades que se reparten por la zona adquiere mayor peso.

Como si de un sutil conjunto de engranajes se tratase, en el poema de Eschenbach se hacía mención a una cueva llamada Fontane la Salvasche. En la misma habitaba un anciano eremita, conocedor de los grandes secretos, y este decidió iniciar al protagonista del relato, Parsifal, en las claves ocultas del Grial. El sabio, conocedor de la bondad y honor que anidaban en el corazón de su discípulo, lo introdujo en otra cueva cercana, y una vez allí, le mostró un altar sobre el que había un pequeño cofre.

Los paralelismos son sorprendentemente llamativos. En el Sabarthès existe una oquedad que desde el siglo XI es conocida con el nombre de Fontanet. No muy lejos de la misma está la llamada

del Eremita, en la que además se halla un altar que aseguran los historiadores era utilizado, primero por cátaros y posteriormente por templarios, para mostrar la «Piedra del Grial» durante sus iniciaciones y liturgias. Por si esto fuera poco, la citada roca era custodiada en el interior de un arcón, situado a su vez en un agujero en la pared que todavía hoy es visible. Demasiadas casualidades para tratarse de un texto meramente alegórico…

Además, es importante reseñar que los heterodoxos conocían a la perfección la existencia de otro ritual, al margen del consolamentum, que practicaban los cátaros:

> Era una especie de festín místico denominado «manisola»; al parecer, se trataba de un acontecimiento del mismo tipo que el paso del Grial entre los caballeros que lo servían con el propósito de obtener alimento material y espiritual. En Muntsalvach, la montaña del Grial, gobernaba un misterioso personaje, el Rey Pescador; en Montségur, la fortaleza catara, la castellana era Esclarmonde de Foix, una mujer con tanta fama de espiritualidad y bondad que incluso sus enemigos la respetaban, hasta el punto de que cuando murió, todos se negaron a creerlo, asegurándose que en realidad estaba dormida en una de las cavernas que se extendían bajo su fortaleza. Corría el rumor de que entre los grandes tesoros rescatados antes de la caída del castillo se encontraba una cierta «copa preciosa» que, al parecer, se utilizaba en la «manisola». Fuera esto verdad o no, lo cierto es que el tesoro cátaro jamás fue recuperado; desapareció en las cavernas de la montaña de Montségur, en una de las cuales se decía que había un cáliz tallado en la pared.

Hace tiempo, camino de la cercana aldea de Rénnes-le-Château, donde me enfrenté a la extraña historia del abad François Bérenger Saunière —que como digo, aunque apasionante, es otra historia—, entré en contacto con el escritor Xavier Musquera. Sabía de sus trabajos y estudios, por lo que si alguien podía arrojar luz sobre los símbolos escondidos en las cuevas del Sabarthès, ese era él. No en vano estuvo durante años, al igual que décadas atrás hiciera Rahn, buscando rastros que avalaran la presencia de los cátaros en dichas

cavidades. Kilómetros y kilómetros aún por explorar, y no menos ya explorados. Pero los mensajes permanecían allí ocultos, como parte del rito que tuvieron que pasar los iniciados para llegar a ser «perfectos» de una religión paralela, y Xavier, acompañado de otros «curiosos», dio con ellos… y así me lo hizo saber:

> Dichas cuevas aún poseen en sus inmediaciones dos espacios amurallados. Son muros simbólicos y no de defensa, pues apenas si miden un metro de altura. El primero de ellos, el exterior, representa el límite del recinto e indica al adepto que, cruzándolo, daba el primer paso para acceder a un conocimiento general y esotérico. Posteriormente, y después de aceptar la regla interior de los creyentes, el adepto penetraba en el segundo recinto. Allí sería preparado para entrar a la oquedad en la cual realizaban la iniciación completa, convirtiéndose en perfecto.
>
> En la localidad de Ussat les Bains se halla la célebre cueva de Lombrives, en la que el ya citado Otto Rahn buscó incesantemente el Santo Grial. En dicho lugar se refugiaron los cátaros del condado de Foix, así como algunos de sus principales líderes. En sus paredes aún se conservan distintas inscripciones pertenecientes a épocas pasadas. Algunas fueron realizadas por los calvinistas del siglo XVI, y otras son de inspiración masónica y republicana, cuya datación se centra alrededor de 1850. A pesar de todo, a poco que se conozca la simbología cátara, podemos identificar fácilmente dichos símbolos: estrellas de cinco puntas, pentágonos, cruces solares, griegas y antropomórficas.
>
> La cueva de Ussat, conocida como la de Bethleén, posee aún los restos de una muralla auténticamente defensiva, así como los de una cisterna. Allí se encuentra un pentágono lo suficientemente grande para que un hombre con brazos y piernas abiertos quede inscrito en sus ángulos. El pentágono es uno de los símbolos más representativos del catarismo. Fue Antoine Gadal, arqueólogo y teósofo —y en cierto modo guía de Otto Rahn en estas tierras—, quien encontró en dicha cueva una pequeña paloma grabada en

una placa de bronce, y que es uno de los pocos objetos cátaros que se conservan. El *Lectorium rosicrocianum* —fraternidad rosacruz de origen holandés— expone en el museo de Tarascón de su propiedad distintas piezas que pertenecieron a ese mecenas del catarismo.

Al comienzo de nuestro itinerario, a medida que visitábamos las cuevas «iniciáticas», y ante nuestra sorpresa, los compañeros de viaje comenzaron a salpicar las paredes con agua y luego a frotarlas con un paño. Poco a poco fueron apareciendo líneas, trazos y signos desconocidos. También algunas cruces, un perfil humano con un báculo y el dibujo simplificado y de fácil interpretación del famoso ritual cátaro del consolamentum.

Precisamente en esta oquedad se halla lo que podríamos denominar un «fresco» realizado, según algunos estudiosos, por los caballeros de la Orden del Temple.

Dicho fresco, desgraciadamente muy deteriorado, conserva todavía los trazos suficientes para saber que estaba compuesto por dos cuadrados concéntricos realizados en color negro y rojo. El primero de ellos estaba adornado con cruces de brazos iguales —cruces griegas y de san Andrés alternativamente—. En el cuadro central: seis gotas de sangre acompañadas de pequeñas cruces. A la derecha el dibujo de una lanza, y una espada con una mano empuñándola. Finalmente, y coronando el conjunto, hallamos el círculo en el cual apoyamos nuestra cabeza. Un círculo solar o bien una «copa» vista desde arriba. Toda la simbología del Grial está presente: la sangre, la lanza, la espada y la copa. La tradición griálica había penetrado en tierras occitanas.

Rahn acudió por vez primera al sureste francés en el año 1931, atraído por la leyenda negra del lugar… y de otra algo más brillante. La impresión que provocó en el inquieto muchacho la visita a la región fue tal, que en el año 1933 salió a la luz su obra ya citada *La Cruzada contra el Grial*, en la que con total apasionamiento y no pocas licencias narrativas, hablaba de su experiencia y sus hallazgos:

Cuando el sol se va de Provenza y Languedoc, se arquea en cirros de oro sobre los Pirineos que, intrépidos y nobles, se elevan en el cielo azul. Cuando las sombras de la noche se han cernido ya sobre la llanura provenzal, continúan aún largo tiempo siendo bendecidos y transfigurados por los rayos del sol poniente.

En Montségur, los caballeros más nobles de Occitania protegían a la Iglesia del Amor. ¡Las montañas, en torno a las cuales y a lo largo de los milenios se había entretejido el mito y la fábula; las cuevas, en cuyo laberinto mágico pervivía el recuerdo de los antepasados y de las civilizaciones ancestrales; los bosques y las fuentes, en los que sabían inspirarse para sus cantos y oraciones, eran sagrados para los occitanos!

La noche de la caída de Montségur, un fuego se hallaba encendido en la cumbre nevada del Bidorta. No era una hoguera, sino un fuego de alegría. Cuatro cátaros mostraban a los perfectos de Montségur que se disponían a morir, que la «Mani» estaba a salvo.

En su condición de cátaros hubieran preferido, junto a sus hermanos, tomar el camino de las estrellas en la hoguera del Camp des Crémats. Cuando subían por el camino atravesando el valle del encanto y bordeando el lago de los druidas en su ascensión escarpada hacia el Tabor y el Bidorta, cuando, al norte, veían llamear las hogueras de Montségur, lo que ponían a salvo no era ni oro ni plata, sino el «deseo del paraíso».

Los campesinos del pueblecito de Montségur, suspendido sobre la garganta del Lasset, cual nido de abejas al pie de las rocas sobre las que se asienta el castillo, cuentan que el Domingo de Ramos, mientras que el sacerdote dice misa, en la espesura del bosque se encuentra el tesoro de los herejes. Pobre de aquel que no haya abandonado el monte antes de que el sacerdote entone el *ite misa est*. Con estas palabras se cierra el monte, y quien busca el tesoro muere por las picaduras de las serpientes que lo guardan…

Las pesquisas lo llevaron a la convicción de que Eschenbach no se había limitado a crear una composición artística y poética, sino que en una segunda lectura, entre líneas, el alemán reflejó otra historia muy diferente y más relevante. Los hechos acaecidos en las faldas de Montségur, así como los personajes principales de toda la trama, estaban retratados en los párrafos de *Parsifal* con meridiana claridad. Consciente de la importancia de su descubrimiento, el *Obersturmführer* detalló sus conclusiones en otro libro de título revelador: *La corte de Lucifer*. Decía así:

> Wolfram von Eschenbach da el nombre de Parsifal al buscador del Grial… Su traducción al provenzal es Trencavel «el que resuelve bien» […] La madre de Trencavel y su hijo se consagraron a la herejía.
>
> Rechazaron la cruz como símbolo de la salud. El Grial era, según mis conocimientos obtenidos, el símbolo de la creencia herética que fue depositado en la tierra de los puros, como relata numerosas veces Eschenbach en su poema.

Durante todo el siglo XIII, los trovadores y cronistas florecieron como agua de mayo, seguros de que su aportación sobre este asunto les permitiría pasar a la historia, y muchos fueron los que creyeron adivinar la existencia de la citada fortaleza —la del Grial—, con los elementos que en la misma eran custodiados.

En 1270, el poeta alemán Albrecht von Sharffenberg escribió en su obra *Der jüngere Titurel* —«El joven Titurel» (a la sazón abuelo de Parsifal)— que

> en la tierra de la Salvación, en el bosque de la Salvación, se alza una montaña solitaria, llamada Monte de la Salvación, que el rey Titurel hizo rodear con una muralla, construyendo en la cima un espléndido castillo que serviría como Templo del Grial; porque en aquel tiempo el Grial no estaba instalado en un sitio fijo, sino que flotaba invisible en aire.

¿Montségur? Es probable…

Los días pasaban y el insaciable Otto Rahn no cesaba de recorrer

los pueblos y aldeas de la comarca, entablando conversación con los paisanos, que sin saber con quién «se las traían» no dudaban a la hora de narrar con pelos y señales los detalles del asunto en cuestión. La satisfacción del alemán le inyectaba nuevas fuerzas, pues no en vano se sabía en el camino correcto.

Estudiando minuciosamente los textos de Eschenbach, estos se perfilaron como la guía indiscutible para desentrañar el misterio que se ocultaba entre la salvaje vegetación de aquellos abruptos pagos. El poeta del medievo citaba en uno de sus pasajes la presencia de un trovador de nombre Guiot de Provins, que a finales del siglo XII pasó varias noches en la corte de Carcasona. Como era preceptivo, el artista ensalzó las glorias y gestas de la noble y querida casa de los Trencavel, dueños y señores del vizcondado en el que se ubicaba la histórica ciudad cátara, defensores de la doctrina que siempre habían tenido a gala mostrar los miembros de dicha casa.

La perseverancia de Rahn lo llevó a autoafirmarse en la creencia de que la bella Esclarmonde de Foix era prima carnal del vizconde de Trencavel. El parentesco de ambos, y la trágica muerte de la dama a la conclusión del asedio, sin renunciar jamás de su fe, convencieron a Otto Rahn de que la noble hereje estaba siendo representada en el *Parsifal* en la figura de la protagonista del relato, la mujer que portaba la sagrada copa, la única, además, que podía hacerlo, dueña y señora del secreto y regenta del castillo de Muntsalvatsche, el Monte de la Salvación. Las pistas se encadenaban una tras otra, y eso era más que suficiente para aseverar que existía una amplia similitud entre ambos parajes: el Muntsalvatsche de Eschenbach y el Montségur de los cátaros.

No obstante, muchas eran las sorpresas que estaban por llegar. La reveladora conversación que Rahn mantuviera con un pastor, así de simple, aumentó la expectativa de hallar en una de las profundas cuevas que recorrían la Occitania, y más concretamente en la ya citada comarca del Sabarthès, el ansiado objeto.

> Cuando todavía se mantenían en pie las murallas de Montségur —aseguraba Rahn—, los «puros» guardaron en ella el Santo Grial. El castillo estaba en peligro. Las huestes de Lucifer se encontraban ante sus murallas. Ansiaban

tener el Grial para volver a colocarlo en la diadema de su príncipe, que se precipitó a la tierra durante la caída de los ángeles. En estas circunstancias, llegó al cielo una paloma blanca que abrió en dos el monte Tabor.

Esclarmonde, custodia del Grial, lanzó la valiosa reliquia a la montaña, que volvió a cerrarse al recibirla, y así fue salvado el Grial… Cuando los demonios entraron en el castillo, ya era demasiado tarde para ellos. Montados en cólera, todos los «puros» perecieron entre las llamas, excepción hecha de Esclarmonde, guardiana de la preciosa reliquia. Una vez cerciorada de que el Grial se encontraba en lugar seguro, oculto en el interior de la montaña, subió a la cima del Tabor, se trasformó en una blanca paloma y voló curiosamente hacia los montes de Cachemira. Esclarmonde no ha muerto.

Los diferentes encuentros que Otto Rahn mantuvo con arqueólogos de la zona, expertos conocedores de la orografía del terreno, le permitieron atisbar un hilo de esperanza, una posibilidad que con el paso de los días, en base al extensísimo volumen documental que iba acumulando, se afianzó en la idea de que el sagrado cáliz —u otro objeto al que llamaban Grial— se encontraba en una de las impresionantes cuevas del Sabarthès.

Destacaban dos cavidades por encima de las demás por su profundidad y laberíntica formación, que permitían ocultar cualquier cosa por grande que esta fuera sin correr el riesgo de ser descubierta. Eran Lombrives y Bethleén; la primera, la mayor de Europa, con una sala de ciento diez metros de altura en la que podría caber sin gran esfuerzo la catedral de Notre Dame de París, desde la primera hasta la última piedra.

La tradición oral asegura que los últimos cátaros, espantados por el trato dado a los suyos en las faldas de Montségur, partieron antes de que se desencadenara la catástrofe rumbo a Ussat para ocultarse en Lombrives, buscando la imparcial protección de la Madre Tierra. Con ellos llevaron parte de sus enseres sagrados, o al menos eso defendió a capa y espada Antoine Gadal, el arqueólogo que instruyó a Otto Rahn en los múltiples secretos que se hallaban a buen recaudo en algún rincón de la cueva.

El mismo Gadal reflejó que esta comunidad de «renegados»

pudieron perecer en un segundo genocidio tras ser tapiada la entrada por orden y mandato de los hombres del senescal. Pero la gruta era enorme, y sus salidas, conocidas por unos pocos, muchas…

Pese a ello, la esperanza del joven nazi por toparse con algún vestigio no mermó; más bien fue aumentando con el paso de las semanas. Sus incursiones en el interior de las cuevas lo premiaron con el descubrimiento de diversas piezas, así como inscripciones de evidente origen cátaro y templario.

Esto indujo a los generales nazis, en base a los años de trabajo ininterrumpido del incansable Otto Rahn, a pensar que la sagrada reliquia estaba custodiada en las entrañas de la tierra cátara. Y para encontrarla, tan solo había que seguir las pistas dejadas por Eschenbach…

Así las cosas, si misteriosa fue la vida del *Obersturmführer*, no menos lo fue su muerte. En el año 1937 y tras realizar su última visita reconocida a Occitania, escribió en *La corte de Lucifer*:

> Por siempre recordaré el Sabarthès, el Montségur, el castillo del Grial y el Grial, que puede haber sido aquel tesoro de los herejes sobre el que leí en los registros de la Inquisición.
>
> Reconozco públicamente que me hubiera gustado encontrarlo.

Unas semanas antes de su desaparición llegaba esta misiva a un amigo de confianza:

> Me preocupa muy seriamente mi patria… Yo soy un hombre tolerante, no puedo ya vivir en mi hermosa patria; ¿en qué se ha convertido?

El 13 de marzo de 1939 moría víctima de la «endura», un extraño ritual en el que decidió acabar con su vida al más puro estilo cátaro. Fue hallado en el corazón del glaciar Wilder Kaiser, según informó el diario institucional nazi *Vólkischer Beobachter —El observador popular—*, en posición de loto y congelado. Sea como fuere, son muchos los rumores que apuntan a que esos últimos meses Rahn deseaba salir de la espiral de terror en la que, a

causa de su búsqueda, se había visto atrapado. Su única manera de lograrlo era la muerte, tuviera esta la forma que tuviese… En el interesante foro *www.labusqueda.org*, formado por expertos apasionados por esta no menos apasionante historia, se concluye que:

> se rumoreaba que Rahn había fundado dentro de las SS un círculo neocátaro donde se viviera el ideal cátaro de pureza. En el verano de 1936, las SS le ordenaron hacer una expedición a Islandia. Las experiencias más destacadas de este viaje formaron parte de algunos capítulos de su segundo libro *La Corte de Lucifer*. Aun después de la supuesta muerte de Rahn y de la ocupación de Francia, la Ahnenerbe organizó una expedición a Montségur que duró desde junio de 1943 a noviembre de 1944. Dicho grupo multidisciplinar estaría formado por geólogos, historiadores y etnólogos […] Este equipo llevaba instrucciones precisas dejadas por Rahn para investigar las grutas de las poblaciones de Ussat y Ornolac en busca del tesoro cátaro, sin embargo, parece que no encontraron lo que tanto esperaban. Himmler se estaba impacientando ante el huidizo Grial, por lo que decidió darle un nuevo enfoque al problema, no tan científico sino desde la lógica militar. Es por eso que algunos investigadores aseguran que decidió enviar al coronel de las SS Otto Skorzeny, famoso por la operación de liberación de Mussolini cuando se encontraba en un hotel de alta montaña en Italia. Hombre de acción y al más puro estilo James Bond, utilizó planeadores para sorprender a los centinelas y concluir con éxito su misión. Uno de estos investigadores es el americano Fioward Buechner, que en su libro *La copa esmeralda* establece lo que podría llamarse la «hipótesis Skorzeny». Skorzeny y un grupo de sus mejores hombres revisaron las cuevas que Rahn había investigado, y llegó a la conclusión de que era demasiado fácil, y que de haber querido ocultar cualquier cosa se hubiera buscado un lugar más inaccesible. Así que subió a Montségur y repitió lo que aquellos cuatro cátaros hicieron la madrugada del 16 de

enero de 1244 momentos antes de su caída, descolgándose por la garganta de Lasset, que es la más inaccesible y, por tanto, no estaría vigilada. Desde allí estableció las posibles rutas de escape, y según Buechner lo encontraron en una cueva cercana al Tabor. El tesoro estaría formado por miles de monedas de oro, doce tabletas de piedra con inscripciones extrañas y una copa con la base de esmeralda y tres brazos de oro con el mismo tipo de escritura. Recordemos que Rahn estaba convencido de que el Grial no era una copa, sino una o un grupo de tablillas de piedra o madera donde probablemente en caracteres rúnicos estaba contenido todo el saber esotérico, y en donde, según Wolfram von Eschenbach, figurarían todos los nombres de los futuros reyes bendecidos por el Grial. Rahn junto con Antoine Gadal creen en la existencia al menos de dos griales diferentes que estarían depositados en lugares distintos. Uno de ellos es el Grial cristianizado y templario de la copa que contuvo la sangre de Cristo recogida por José de Arimatea. Sus investigaciones indican que este Grial estuvo depositado en el castillo de Montreal del Sos, donde encontraron grabados en los que aparecía el Santo Cáliz asociado a una lanza, sin duda la del centurión Longinos. De aquí pasó a San Juan de La Peña y posteriormente a la catedral de Valencia, donde aún permanece. El otro Grial, el cátaro de la tradición hiperbórea, estaría formado, como ya hemos dicho, por la piedra —esmeralda— o tablillas de piedra y habría estado custodiado en Montségur. Para los cátaros el Grial no podía ser una copa, pues va en contra de su ideología, ya que creían que la figura de Jesucristo era espiritual y que por tanto no podía ser clavado a ninguna cruz, siendo este uno de los pilares de la herejía […] Parece ser que a partir de 1939 no se tienen noticias de Rahn, lo que motiva que se produzcan un sinfín de extravagantes hipótesis sobre el final de sus días, el cual se fijó oficialmente el 13 de marzo de ese año. La versión oficial de su muerte es que se suicidó, muriendo congelado y de hambre en las montañas del Wilder Kaiser, tal vez rememorando el suicidio ritual

cátaro, la endura, que era dejarse morir de hambre, siguiendo el ejemplo del trovador Bertrand de Bom, que murió congelado, como él mismo nos cuenta en *La Corte de Lucifer*. La doctrina catara, como la de los druidas, permitía el suicidio, pero exigía que no se hiciera por tedio, miedo o sufrimiento, sino en un estado de perfecto desapego de la materia. Todos estos datos fueron publicados por el *Vólkischer Beobachter* en su esquela de defunción. Otros dicen que se suicidó con cianuro en lo alto del monte Kufstein, que es una de las montañas sagradas de la antigua religión alemana. Se sabe que Otto cayó en deshonra frente a la jerarquía nazi en 1937, y por razones disciplinarias fue trasladado al campo de concentración de Dachau. Siendo más plausible que hubiera sido demasiado explícito en su ideología antinazi y fuera descubierto por sus compañeros SS para ser posteriormente ejecutado como traidor.

Las cuevas de la región del Sabarthès, en el sur de Francia, estaban plagadas de recovecos en los que, según nuestro protagonista, tanto cátaros como templarios llevaron a cabo sus rituales «paganos», y donde, seguramente, se ocultó parte del tesoro de unos y otros.

Incluso hay quien defiende que la muerte de Rahn fue ficticia, que se simuló, porque aunque este en cierto modo trabajaba para el *Reich* inmortal de Hitler y Himmler, su búsqueda era otra; quizá se dio cuenta demasiado tarde. En el citado trabajo, se defendía tal tesis como sigue:

> En el invierno de 1938-1939 escribió al SS *Reichsführer* solicitando su baja inmediata de las SS. No sabemos lo que pasó, pero Rahn aseguraba que lo habían traicionado y que

su vida estaba en peligro. También se habla de una supuesta homosexualidad. Otros investigadores sostienen la tesis de que Otro Rahn no murió realmente, como asegura el escritor francés Christian Bernadac, el cual en su libro *Le Mystére Otto Rahn. Du catharisme au nazisme (El misterio de Otto Rahn. Del catarismo al nazismo),* no publicado en España, aporta pruebas de que Otto se encuentra vivo —se encontraba vivo hasta, al menos, 1975— y presenta documentos confeccionados por él mismo en 1945. Es más, cuando los alemanes invadieron Francia, asegura que Rahn dirigió en secreto las excavaciones en Montségur y en otros enclaves cátaros. Aunque se empieza a dudar del fallecimiento a partir de un artículo publicado en mayo de 1979 en la revista alemana *Die Welt*, donde se asegura que Rahn vivía y trabajaba para la inteligencia alemana como agente. Parece ser que ya antes de la guerra, en los años treinta y junto al francés Antoine Gadal, habían formado un complejo grupo esotérico denominado «La triple alianza de la Luz» de raíces rosacruces, siendo utilizado por redes de información dedicadas al espionaje. Sin embargo, para el escritor Ernesto Milá, Rahn, que pertenecía al Estado Mayor de Himmler, era de ascendencia judía, por lo que hubo de pedir su baja en las SS en el año en que los certificados de pureza racial comenzaron a exigirse en esta organización. El mismo general SS Wolff firmó su esquela en la prensa como ya hemos comentado, honor que de ningún modo se hubiera concedido a un traidor. Es curioso que nadie le diera de baja en el Registro Civil, y más todavía que siguiera trabajando a las órdenes de Wolff bajo el nombre falso de Rudolf Rahn —como se insinuó en su momento—; también se asegura que se hizo la cirugía estética. Otra coincidencia un tanto significativa es que a Rudolf Rahn se le asignó la misma secretaria que tuvo Otto Rahn. Este «nuevo» Rahn sirvió al III Reich como agente secreto en Oriente Medio, actuando como agitador en el levantamiento proalemán de Irak en 1945. Finalmente murió en los años setenta dirigiendo un importante

consorcio industrial alemán, víctima de una enfermedad pulmonar que ya se había manifestado en su juventud.

Sea como fuere, la literatura vertida sobre el protagonista de este capítulo, o más bien sobre su vida, es mucha, y tan contradictoria que serían necesarias varios cientos de páginas más. Porque lo que es evidente es que fue un soñador, un hombre que apoyándose en una ideología criminal y descontrolada finalmente se vio absorbido por ella; probablemente cuando más cerca estaba de alcanzar su secreto; cuando más próximo estaba de tocar su Grial…

FRANCISCO DE ORELLANA, EN BUSCA DE EL DORADO

Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro y esmeraldas que llevaba a los pies en medio de la laguna, seguíanse luego los demás caciques que le acompañaban. Concluida la ceremonia batían las banderas… Y partiendo la balsa a la tierra comenzaban la grita… Con corros de bailes y danzas a su modo. Con la cual ceremonia quedaba reconocido el nuevo electo por señor y príncipe.

JUAN RODRÍGUEZ FREYLE

Naturalmente vagos y viciosos, melancólicos, cobardes, y en general gentes embusteras y holgazanas […] Idólatras, libidinosos y sodomitas […] ¿Qué puede esperarse de gente cuyos cráneos son tan gruesos y duros que los españoles tienen que tener cuidado en la lucha de no golpearlos en la cabeza para que sus espadas no se emboten?

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

A comienzos de 2011, los medios de comunicación de medio mundo, al menos esos que atienden a las informaciones que no solemos encontrar en programas de corazón, mostraron un vago interés, pero interés al fin y al cabo, por una serie de informaciones que con cuentagotas estaban surgiendo de la Amazonia; más concretamente de una de las zonas más carismáticas, donde entre otros, el ya citado Percy Harrison Fawcett anduvo buscando su ciudad perdida. La historia, pese a haber salido de la oscuridad de las buenas noticias, había tenido sus inicios en la década de los setenta del pasado siglo, cuando el paleontólogo Alceu Ranzi, por aquellas fechas profesor de la Universidad Federal de Acre, realizó un descubrimiento que, dicho sea de paso, no despertó el interés de la comunidad científica hasta bastante tiempo después, simplemente porque era imposible…

El asunto dio comienzo en 1977, cuando el citado Ranzi volaba desde la población de Porto Velho en dirección a Rio Branco. Fue un descubrimiento casual, como casi todos los grandes hallazgos que dejan pátina en esta cosa llamada historia, porque al observar el verde manto de la selva amazónica que como un universo aparte se tendía infinita sobre la tierra que quedaba varios kilómetros bajo su perspectiva, se percató de que allí, en una pequeña superficie de bosque talado había una figura geométrica de gran tamaño; tanto como para verla desde la altitud a la que se encontraba. Tan nítida surgía en mitad de aquel pedazo arrancado con saña a la jungla, que se apreciaba con toda claridad que se trataba de dos círculos concéntricos perfectos, allí donde salvo vegetación, ahora talada, poco más debía de haber.

Con el paso de los años, Ranzi y su equipo de colaboradores, entre ellos varios fotógrafos que sobrevolaron la región en aviones más pequeños con el objetivo de llevar a cabo vuelos a escasa altura para de esta forma documentar las diferentes formaciones que, como por arte de magia, iban surgiendo conforme avanzaban las grandes retroexcavadoras. Es una paradoja terrible como pocas, ya que ese desastre que a la postre supondrá la tala indiscriminada del pulmón del planeta, a su vez está propiciando la aparición de estructuras que regresan al presente desde un remoto y desconocido pasado para transformar radicalmente nuestra concepción de la historia.

Así las cosas, Ranzi, con las fotografías entre las manos y grandes dosis de ilusión inició un periplo por diferentes universidades de Norteamérica, y al citar la región en la que habían sido obtenidas, la respuesta por parte de los académicos siempre era la misma:

—*Impossible*.

Simplemente porque esos ilustrados científicos de cabeza cuadrada no admitían que hasta la llegada de los conquistadores españoles —y en especial portugueses— a estas tierras, ya entrado el siglo XVI, salvo pequeñas comunidades de «no contactados» que subsistían como podían en las entrañas de estas selvas primigenias, donde no existían los bosques de renovales de otras latitudes, no había nada más. Hablar por tanto de extraños geoglifos de gran tamaño, tan antiguos o más que sus «gemelos» de Nazca, constituía una aberración histórica sin más. Porque ello obligaba a admitir que pudo haber comunidades humanas con una estructura social algo más desarrollada que la de los poblados de nativos, al punto de que quisieron dejar parte de su conocimiento con las gigantescas formaciones, en una actitud que hoy día se nos antoja inexplicable. Es probable que su funcionalidad no fuera más que ritual, o que, como defiende uno de los arqueólogos que a día de hoy trabaja en el proyecto, el finlandés Martti Pärssinen, no fueran más que «grandes pozas para el cultivo de tortugas amazónicas». Pero llegados a este punto eso da igual, porque lo que subyace detrás de este gran descubrimiento injustamente relegado al olvido es que en las profundidades de las selvas más tupidas pudo haber existido una gran civilización tan desconocida como protegida por la selva; una cultura de la que nada sabemos, y de la que con cuentagotas van surgiendo vestigios como los más de doscientos sesenta geoglifos que ya hay localizados, o las gigantescas estructuras geométricas que parecen estar unidas por grandes rectas cuya profundidad es de más de dos metros y su ancho de casi doce, sin contar con las «grandes avenidas» de hasta cincuenta y dos metros.

Hace unos meses tuve la oportunidad de entrevistar al citado Pärssinen en compañía de mi querido amigo y gran explorador, el español Diego Cortijo; bueno, más que entrevistar, charlar con un hombre que posee la misma pasión por el tema que nosotros, meros interlocutores aquel día. Y es que da igual la cultura, la raza, el

lugar donde se haya nacido… la atracción que genera esta región del planeta desde tiempos pasados es tal que une a gentes de las más diversas creencias, razas, condición social, y tendencia «científica». La conversación fue larga, interesante, plena de información, de anécdotas y de propósitos futuros, quien sabe si comunes. Y es posible que el momento álgido se alcanzara en el momento en que le preguntamos por el mito —o no— de El Dorado, esa ciudad legendaria que con tanto ahínco buscaron los conquistadores y por la que la mayoría entregaron sus vidas entre grandes padecimientos, tan lejos del hogar… Porque la franja de varios centenares de kilómetros en los que se estaban —están— produciendo los importantes descubrimientos, la región de Acre con el río Xingú al sur, era la misma en la que los exploradores de la primera mitad del siglo XX habían buscado Paititi, la expresión física del mito, un reino perdido en mitad de la jungla al que habrían huido tras la conquista de Cuzco por parte de la soldadesca de Pizarro, que a lomos de grandes caballos y vestidos de relucientes armaduras habían entrado tras el baño de sangre en la regia ciudad, atravesando los empedrados de la capital del imperio inca. Pues bien, esa otra ciudad en la que se ocultaron se decía rebosante de grandes joyas, simplemente porque el Inca, a su marcha desde las alturas de la fortaleza de Sacsahuamán, había llevado consigo gran parte del tesoro de sus ancestros. El trágico episodio era reflejado como sigue por el sacerdote de la Compañía Salesiana Juan Carlos Polentini Wester, un auténtico defensor de la existencia del Paititi:

> Cuando los españoles se fueron en busca de Manco Inca a Vilcabamba, parece que fue el momento en que los Orejones y Príncipes de sangre real que se salvaron de la matanza del Cusco huyeron con cuarenta mil hombres según algunas tradiciones, o con ochenta mil familias según otros documentos, miles de llamas con víveres, estatuas de los incas, y todo el oro que los españoles codiciosos todavía no habían recogido. Y el rumbo que tomaron fue hacia el Gran Paititi. Saliendo hacia el norte cruzaron el Valle Sagrado, siguieron hasta Choquecancha y Mantto donde dejaron las huellas de su paso ya que parece que haya sido un lugar de reunión, pues no todos habrían salido juntos desde el Cusco.

Mapa del siglo XVI en el que aparece representado el reino de Paititi, la versión real del que es considerado el gran mito de la América precolombina: El Dorado.

¿Se imaginan? ¿Dar con la ciudad perdida, capital de un reino a su vez escondido? Parece de película, pero es probable que en muy poco tiempo se logre llegar hasta allí. El propio Martti Pärssinen relataba que en la zona de Riberalta, también en Acre, se han hallado los restos de una imponente fortaleza, lo que unido a los geoglifos y a las estructuras a ras de tierra que demuestran la existencia de una civilización perfectamente estructurada, para él es la evidencia de que se hallan a las puertas del Gran Reino de Paititi, que, dicho sea de paso, se preocupa de desvincular de lo que considera un mito: El Dorado. Paititi no sería más que eso: el lugar al que huyeron los incas para protegerse del fiero ataque de aquellos demonios que cabalgaban a lomos de seres negros de cuatro patas, y que indudablemente es real. Fernando Jorge Soto Roland, profesor de Historia y director de la Expedición Vilcabamba 1998, advertía de su existencia, y del error que en ocasiones se

comete al buscar en el lugar equivocado, llevados por los textos de los cronistas españoles de Indias:

> Lo cierto es que existieron dos Paititis. Uno, conocido como la cultura del Gran Paititi y que correspondería a la antigua etnia de los Musus, que fue anterior, contemporáneo y confederado al Tahuantinsuyu incaico. Estaba formado por muchas naciones selváticas —llamadas antis— y su fama llegó hasta el propio Cusco, Paraguay, Bolivia y la zona del Río de la Plata. Las Sierras de Parecis eran el centro neurálgico de este «imperio amazónico» y su poderoso gobernante era denominado con el título de Gran Paytiti. Con este fuerte «monarca» es con quien pactaron los incas, formando la confederación antes nombrada, que duró hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI.
>
> El «otro Paititi» es el Paititi peruano, en donde habitaron y gobernaron los incas después de la invasión ibérica. Esta zona corresponde a la actual región de la meseta de Pantiacolla —y que en las crónicas de Garcilaso de la Vega aparece con el nombre hoy olvidado de Abisca o Ha bisca—. En esta zona, muy poco explorada aún hoy en día, los señores huidos del Cusco levantaron ciudadelas, tambos y fortificaciones para proteger la retaguardia de aquellos dignatarios incas que siguieron la ruta hacia el Paititi boliviano. A pesar de existir pruebas documentales que confirman lo antedicho, una larga tradición académica —hoy cuestionada— considera poco probable la penetración incaica en lo profundo de la selva, negando la existencia de culturas amazónicas desarrolladas, capaces de recibir y, eventualmente, absorber a los Señores vencidos del Cusco.
>
> Consideramos que este prejuicio no se condice con los datos testimoniales recogidos en crónicas, «noticias» e informes recopilados a lo largo de los siglos XVI y XVII por soldados, aventureros y misioneros; ni con los descubrimientos recientes practicados en territorios de Perú y Bolivia —puestos de avanzada de factura incaica y restos pertenecientes a la cultura de los Musus y Moxos.
>
> El Paititi fue real. Es real, existe; aunque no con las

características mitológicas que tanto el mesianismo como el deseo desenfrenado de riquezas materiales le han otorgado a lo largo de los siglos.

¿Hay algo detrás de las montañas? Lo más probable es que así sea.

Las futuras expediciones, seguramente, terminarán dándonos la razón.

Las futuras… o las pasadas, que antes que nosotros, antes incluso que Martti Pärssinen o Alceu Ranzi, por estas selvas sin senderos ya anduvieron hombres geniales como mi explorador de cabecera, el coronel Fawcett. Sí, mucho antes que él lo intentó otro gran explorador, en un tiempo de dificultad, sin apenas medios ni conocimiento del entorno, pero con mucha fe en lo que estaban buscando. Su nombre era Francisco de Orellana, y esta es su historia…

El hijo de la conquista

Trujillo, 1511. Han pasado quinientos años desde que en la ilustre y señorial localidad cacereña viniera al mundo uno de sus ciudadanos más admirados y reconocidos —según en qué partes del planeta—. Y es que la historia es diversa y contradictoria dependiendo del prisma con el que se observa. Nosotros lo haremos con el único que nos interesa: el que muestra al ser humano que en las líneas siguientes se va a hacer dueño y señor de estas páginas.

Poco es lo que se sabe de la infancia de Francisco de Orellana en la noble ciudad, pero los cronistas se ponen de acuerdo a la hora de mostrar su fascinación por los grandes héroes de una conquista que por aquellas fechas apenas si estaba poniéndose en marcha. A su alrededor nada había que saciase sus incipientes ansias por viajar a lugares inexplorados, sitios a los que la mano de Dios ya no llegaba. La mente era el mecanismo más eficaz para paliar el espíritu desbocado de un muchacho que ya por entonces tenía clara su trayectoria vital. Nada por explorar… bueno, más bien casi nada, porque el joven Orellana atendía con evidente deleite a las tertulias que los ancianos mantenían alrededor del fuego ya caída la noche,

donde cobraba un especial protagonismo el bestiario de seres infernales que habitaban en las cercanas montañas del norte, en esas tierras a las que pocos se atrevían a entrar y que formaban parte de las dehesas de la Casa de Alba. Años más tarde, quien con más crudeza y dramatismo definiría lo que allí se ocultaba, lo que tanto terror despertaba entre caballeros y sacerdotes, entre ancianos y pequeños…, en suma, entre las gentes de bien, fue el padre carmelita Eusebio Niéremberg, que en su obra escrita en 1600, *Curiosa Philosophiae*, decía lo siguiente:

> Existe en este reino un áspero valle infectado de demonios, un lugar que los pastores creen habitados por salvajes, gente ni vista ni oída de lengua, de usos distintos a los nuestros, que andan desnudos y piensan ser solos en la Tierra.
>
> Algún testigo declaró haberles oído voces góticas y otras imposibles de entender.

El pueblo de Trujillo homenajea en su quinto centenario a uno de sus paisanos más ilustres.

Eran las inhóspitas Dehesas de Jurde, hasta bien entrado el siglo XX uno de esos lugares que querían alcanzar el tren del progreso, pero que vestidos por el halo maldito de la leyenda negra, surgían a ojos de la civilización como uno de los lugares más miserables del viejo continente. Ese tiempo ya pasó, y hoy día es un lugar de cita obligada para los que gozan de realizar otro tipo de expediciones: las que propone el turismo rural y de aventura. Pero por aquellas fechas, habiendo comenzado el siglo XVI, se mostraban como ese último lugar en el que dar rienda suelta a tanta adrenalina contenida.

Sea como fuere, Orellana pronto entendió que su presente se encontraba allende los bravos mares atlánticos, donde uno de sus más ilustres familiares estaba llevando a cabo una gesta,

sanguinaria pero gesta al fin y al cabo, tal era la difícil conquista de uno de los imperios más poderosos y extensos que haya conocido la historia: el inca. Porque, todo sea dicho, su abuela materna tenía trazas de consanguinidad con el clan de los Pizarro, por lo que en el caso que nos ocupa, la huella genética también pudo ser determinante para las empresas que no mucho tiempo después protagonizaría Francisco de Orellana.

De este modo, cuando apenas si despuntaba una sombra de barba en su rostro, a la edad de dieciséis años embarcó rumbo al Nuevo Mundo, donde se pondría a las órdenes de un hombre curtido en la batalla, fiel a su soldadesca pero exento de escrúpulos: el propio Pizarro.

Ya en tierras del incanato, Orellana quiso ganarse la mirada de su admirado familiar tomando parte en las batallas contra los hijos del Tahuantinsuyu, en las que destacaría por su enorme valor, su pundonor y, sobre todo, por la nobleza que mostró cuando de ser misericordioso con el enemigo se trataba.

Años más tarde, en una de las incursiones que se llevaron a cabo ya en tierras ecuatorianas, ese mismo ardor en el conflicto lo dejó sin un ojo. Fue en un enfrentamiento con los indígenas manteños, que en principio recibieron a los soldados de España con parabienes y regalos, ya que estaban convencidos de que, o bien eran enviados de los dioses, o bien eran las propias divinidades que se habían encarnado en aquellos extraños seres. No en vano el historiador búlgaro Tzvetan Todorov reflejó la sorpresa que causaban aquellos hombres a lomos de sus musculosos caballos, al punto de que cuando alguno caía de su montura, se producían escenas esperpénticas como esta:

> Como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron, que volvieron las espaldas dando voces a los suyos diciendo que se habían hecho dos, haciendo admiración de ello, lo cual no fue sin misterio.

Esta fue una de las grandes bazas de la conquista: el desconocimiento de los pueblos indígenas que se encontraron en el camino de la hoja de la espada toledana de los españoles. No obstante, fue en esta tierra, concretamente en la provincia de

Esmeralda, donde Orellana oiría hablar por vez primera de un mito, que con el fulgor del oro acabaría por convertirse en su obsesión. De hecho, el marino Bartolomé Ruiz, que anduvo tiempo antes de descubrir las costas de Ecuador a las órdenes del mismísimo Cristóbal Colón, al poner pie en tierra dejó escrito que

> salieron algunos indios a él acaecidos de oro, y tres principales, puestas unas diademas, y dijeron al piloto que se fuese con ellos.

En una América en la que no había grandes minas de oro —tampoco pequeñas—, las piezas que los nativos poseían en cantidades jamás soñadas advertían que estas debían de proceder de algún lugar desconocido; la fuente aurífera más grande del planeta, un lugar que los indígenas protegían del conquistador pues para ellos el oro no era más que un material con el que elaborar sus objetos sagrados, y veían en la voracidad del hombre blanco un ansia peligrosa y desmedida capaz de llevarlos a enfrentamientos bizarros, al punto de que acabaron creyendo que los conquistadores se comían el dorado metal. Así nació la leyenda; así nació El Dorado…

Bruto, tozudo y carnicero… La expedición de Gonzalo Pizarro

Cuando en el año 1524 Pizarro puso en marcha la conquista de Perú, es posible que no fuera consciente de que la avaricia es incompatible con los sueños, y además no conoce límites. Sus por entonces compañeros de conquista Hernando de Luque y Diego de Almagro, a los que había visto sangrar en muchas ocasiones, y con los que había vislumbrado las puertas del cielo en otras, acabarían por sumir aquella Nueva Castilla en una guerra civil que terminó como el rosario de la aurora. Pocos eran los que a esas alturas se acordaban de las palabras de Pizarro, cuando consciente de que sus soldados eran presa del desánimo y del cansancio, tras varios años de duras campañas en Panamá, viendo que el futuro de aquel limitado ejército era la deserción, en la isla del Gallo, en uno de los

momentos más épicos de la conquista, se dirigió a ellos con la idea de que realizaran un último esfuerzo. Así lo recordaba el historiador José Antonio del Busto:

> El trujillano no se dejó ganar por la pasión, y desenvainando la espada avanzó con ella desnuda hasta sus hombres. Se detuvo frente a ellos, los miró a todos y, evitándose una arenga larga, se limitó a decir, al tiempo que, según posteriores testimonios, trazaba con el arma una raya sobre la arena:
>
> «Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro a Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere».
>
> Un silencio de muerte rubricó las palabras del héroe, pero pasados los primeros instantes de la duda, se sintió crujir la arena húmeda bajo los borceguíes y las alpargatas de los valientes que, en número de trece, pasaron la raya. Pizarro, cuando los vio cruzar la línea, no poco se alegró, dando gracias a Dios por ello, pues había sido servido de ponelles en corazón la quedada. Sus nombres han quedado en la historia.

De este modo se lanzaron los doce valientes —más el porquero de Trujillo— a la toma de una tierra desconocida y hostil, pero plena de riquezas que, dicho sea de paso, de algún lugar debían de proceder.

Los años pasaron y la conquista se hizo más severa; más aún cuando esa misma codicia a la que aludía líneas atrás cegó de poder a los seguidores de Diego de Almagro, y por otro lado a los que veían en Pizarro a su líder real. Orellana, imagino que en parte por la consanguinidad que los unía, se decantó desde los inicios del enfrentamiento por el oficioso virrey del Perú.

La región de selva en la que Orellana buscó su dorado particular está «sembrada» de impresionantes cascadas que surgen como las lágrimas de aquellos que dejaron la vida buscando un sueño maldito. (Fotografía de Diego Cortijo).

Y no le salió mal. Después de la cruenta batalla que se desarrolló en los llanos de Cachipampa, donde se dirimió el destino de la capital del incanato, Cuzco, que era el objeto de deseo de almagristas y pizarristas, las tropas del último, encabezadas por el hermanastro pequeño del conquistador, Gonzalo Pizarro, e integradas por varios cientos de indígenas chachapoyas acabaron con las pocas fuerzas que le quedaban al ejército enemigo. El propio Diego de Almagro contempló la cruel derrota, y a lomos de una burra se dirigió hacia la gran fortaleza de Sacsahuamán, donde permaneció escondido por espacio de varias horas, hasta que fue hecho prisionero, sentenciado, y condenado a morir por garrote vil. Finalizaba así uno de los episodios más sangrientos y «pintorescos» de la conquista de Perú: hermanos contra hermanos, vecinos contra vecinos, conquistadores contra ellos mismos…

Orellana, que era hombre emprendedor, bravo guerrero, pero espíritu generoso, tras la contienda marchó a Ecuador y se instaló en Santiago de Guayaquil, ya en 1538, población de la que acabaría siendo gobernador. Durante el tiempo que permaneció tranquilo en

la ciudad ecuatoriana se preocupó muy mucho de aprender algunos de los dialectos más extendidos de cuantos se hablaban en las selvas más allá de la terrible cordillera andina, se empapó de sus usos y sus costumbres y se convirtió en un regente querido y emprendedor. Así, durante su estancia en Guayaquil llegó a sus oídos que Gonzalo Pizarro, por esas fechas ya gobernador de Quito, estaba reclutando fuerzas con el firme propósito de iniciar una expedición a las entrañas de la selva en busca de otro de los lugares míticos que las leyendas indígenas daban por reales: el País de la Canela.

Si bien es cierto que no era El Dorado, este nuevo enclave no desmerecía en nada al lugar del que supuestamente los incas —y otras culturas— extraían el oro en cantidades desorbitadas; además, una vez iniciada la búsqueda, el objetivo de esta, fuera uno u otro, bien merecía la pena.

De este modo, y puesto que si hoy día las conexiones son complicadas no es difícil imaginar cómo eran por entonces, Orellana partió en dirección a la capital del país para ofrecer sus servicios al menor de los Pizarro. La travesía se demoró más de la cuenta, y cuando nuestro protagonista arribó a la gran urbe, ya hacía días que Gonzalo había partido a la cabeza de dos centenares de españoles y algo más de cuatro mil nativos. Pero como suele ser común en el explorador vocacional, los ánimos de Orellana no flaquearon, y apoyado por la férrea voluntad de veintitrés de sus más fieles hombres, emprendió camino con el objetivo de llegar hasta el campamento de su inmediato superior; sin lugar a dudas se moverían más rápido que sus perseguidos.

No obstante, hay que reflejar que la cordillera en esta tierra es especialmente escarpada, alcanzando cotas de hasta 6768 metros —los que tiene el Nevado Huascarán—, por lo que la ascensión fue penosa, larga y desmoralizante. A ambos lados del sendero que iban abriendo entre las lascas de la montaña se abrían inmensos cortados, profundas quebradas que parecían conectar con el más hondo de los infiernos. Pero aquellos hombres, con fe y vocación a partes iguales, lograron superar el primer envite que les lanzaba la naturaleza, y tras llegar al altiplano, la reseca puna, el desierto de altura, observaron que a lo lejos, como si fueran dioses que desde las alturas contemplaban sus dominios, se extendía la infinita mancha verde de la selva. Ya estaban cerca…

Si la ascensión fue extremadamente dura, el descenso no lo fue menos. El frío, el soroche —mal de altura—, las escarpaduras del terreno, las noches al raso… dieron paso a una humedad insoportable y a una temperatura que convertía el entorno en una atmósfera asfixiante, imposible de respirar.

Los veintitrés valientes, con los ánimos tan bajos como sus existencias, se sumergieron en esa maraña de vegetación sin rumbo fijo hasta que, imagino que por designio divino, hallaron la aguja en el pajar; a lo lejos, no muchos metros más adelante, la columna de humo anunciaba que había vida. La certeza de que se encontraban próximos al campamento de Pizarro les dio nuevos bríos, y en un esfuerzo sobrehumano lograron llegar hasta sus compañeros.

No obstante, antes de entablar contacto con la soldadesca, algunos indígenas que se encontraron en el camino, aterrados al contemplar a Orellana y sus hombres, dieron fe del porqué de tal pavor. Así lo reflejó el cronista Pedro Cieza de León:

> El carnicero Gonzalo Pizarro, no contento con quemar a algunos indios que no habían cometido falta alguna, ordenó después que se arrojara a otros tantos a los perros, que los despedazaran con sus fauces y los devoraron.

Así se las gastaba el menor de la familia, que tras preguntar a los indígenas que le salieron al paso por la ciudad de oro, y ante la cara de incomprensión de estos, que con seguridad no entendieron sus palabras, optó por el uso de «medidas más expeditivas» para que los que contemplaran la aterradora imagen finalmente hablaran. Pese a todo, nada es lo que parecían saber de El Dorado, del País de la Canela, o de cualquier otro mito…

De este modo, Orellana y los suyos alcanzaron a Gonzalo y al amplio ejército de doscientos caballeros, cuatro mil indígenas y dos mil cerdos. Pero hay momentos en los que lo mejor es desaparecer de la faz de la Tierra, en un segundo, sin dejar rastro de nuestra existencia ni de nuestro padecimiento. Este fue uno de ellos, porque la estampa que tuvieron ante *sí* los devolvió a una realidad demasiado dramática; casi esperpéntica. Alrededor del campamento los hombres se apostaban con la mirada perdida, hambrientos y cansados, conscientes de que los mitos a veces tienen una máscara en exceso desagradable. Porque allí donde deberían encontrarse los

exóticos árboles de la preciada especia o antiguas ciudades revestida de dorado metal, salvo manglares, selva, alimañas y lagunas, poco más había…

La situación se volvía desesperada. Los conquistadores veían cómo los caballos, acostumbrados a fuerza de penurias a sobrevivir en los ambientes más hostiles, empezaban a caer, víctimas del hambre, de las enfermedades, o simplemente reventados por el cansancio. Fue entonces cuando, dejando caer al lodo el sueño de alcanzar un lugar que a esas alturas se antojaba inexistente, Gonzalo Pizarro tomó la determinación de enviar a su hombre más capacitado hacia la muerte, o a la salvación de todos. Ese soldado era el férreo Orellana, que como ya dijera líneas atrás, en el tiempo que permaneció como gobernador de Santiago de Guayaquil se preocupó de aprender las lenguas que hablaban los pueblos selváticos, lo que en circunstancias tan extremas como la que estaban viviendo, sin víveres para un supuesto retorno, era vital. Así, encogidos por la humedad y el calor, más hambrientos que el Lazarillo de Tormes, guiados por las palabras y el carisma del menor de los Pizarro, los supervivientes de la fatídica expedición se pusieron manos a la obra, construyendo en pocas semanas un sólido bergantín con el que Orellana y sesenta valientes más se habían de aventurar río abajo hasta dar con algún núcleo poblado que los pudiera socorrer. Y para ello hubieron de construir hornos en los que doblegar el duro hierro de las herraduras de los caballos muertos para fabricar clavos con los que fijar a la estructura del barco las cuadernas, talar árboles tan grandes que al caer provocaban tal estruendo que sobrecogía a los desnutridos hombres, hacer fuelles con la piel de los equinos… Todo era aprovechable en este reino de los mosquitos del que todos ansiaban escapar. Así, cuando el bergantín estuvo terminado, aún tuvieron fuerzas para lanzar a los cuatro vientos gritos de gozo al comprobar que su suerte parecía virar de rumbo, el mismo que tomaba aquel pequeño barco que, ahora sí, flotaba sobre las aguas turbias del caudaloso río.

Al amanecer de un día lluvioso partió Orellana, atisbando en la mirada siempre chispeante de Pizarro un hálito de esperanza en aquel cascarón que se alejaba de la orilla, precipitándose corriente abajo a gran velocidad y chocando con las empalizadas que, pese a

la crecida del día anterior, permanecían agarradas con sus largas uñas de madera a los fondos, como una trampa que amenazaba con destruir el frágil casco del bergantín, permitiendo que sus sinuosas habitantes disfrutasen de un gran e inesperado festín. Porque en las caóticas troncadas habitaban las temidas anacondas, cuya reina, la descomunal yacumama de las tradiciones aborígenes, merodeaba por los afluentes y ríos de esta región del planeta deseosa por paladear nuevas carnes…

Con el paso de las jornadas, la sensación de que estaban condenados a morir fue cundiendo entre los navegantes. Ya no tenían qué llevarse a la boca, y como al estómago se lo engaña la primera vez, pero ni una más, imaginemos por un momento la dramática escena de un grupo de hombres, a punto de fenecer por inanición, devorando los trozos de cuero que llevaban consigo, o cocinando las suelas de las botas en caldos infames que eran condimentados con hierbas desconocidas que únicamente disimulaban el olor desagradable del guiso, pero no el sabor.

Hace unos meses —permítame el lector el inciso— tuve la oportunidad de navegar por el mismo río por el que casi cinco siglos atrás Orellana y los suyos estuvieron a punto de perecer, y pese a que la compañía de los guías de la selva da cierta tranquilidad, la sensación de que en un momento determinado puedes perderte en esta maraña de quebradas, pequeños afluentes y mucha jungla es tan acongojante que empequeñece el alma y genera un estrés difícil de explicar. Y hoy día contamos con modernos sistemas de GPS, con teléfonos por satélite que indican tu posición casi en cualquier lugar del planeta, con cartografías prácticamente exactas de lugares nunca antes pisados por el hombre… y aun así es inevitable sucumbir a la presión que ejerce la selva, y que quizá es parte de la fascinación que despierta en el viajero, siempre cuando sales de ella, todo sea dicho.

Poco se han de diferenciar las comunidades indígenas que encontramos a la vera de los grandes ríos del Amazonas con aquellos que recibieron y atacaron a Orellana y sus hombres durante el descenso del gran río. (Fotografía de Diego Cortijo).

Pues bien, en la época a la que estamos viajando en nuestra particular máquina del tiempo, salvo un conocimiento extraordinario de las estrellas y un sextante, poco más es lo que tenían a su alcance para entrar, y lo más importante, salir airosos de ese entorno.

Y aun así, con la mirada de san Pedro sobre sus cogotes, el 3 de enero de 1542 la esperanza entró como una bocanada de aire fresco en los corazones de los expedicionarios, al observar que en una de las orillas del río Napo surgían casas hechas de chonta. Allí había un asentamiento humano, y el cacique que hacía las veces de chamán y gobernante, un tal Aparia, los recibió con evidentes muestras de buena voluntad y, sobre todo, con grandes cantidades de alimentos.

Busto de Francisco de Orellana que podemos encontrar en su ciudad natal. (Fotografía de Wikimedia Commons).

Los días pasaron y Orellana empezó a pergeñar un plan para remontar el río, que a estas alturas había subido su caudal en más de dos metros y arrastraba a la deriva toda suerte de troncos y ramales, ya que en su cabeza estaban los hombres que había dejado atrás. Si bien es cierto que antes de partir Gonzalo Pizarro y él habían acordado que mientras Orellana buscaba ayuda y alimentos su superior intentaría descender bordeando la orilla hasta reencontrarse nuevamente con él, los supervivientes del bergantín no estaban por la labor de, una vez salvadas sus vidas, emprender nuevamente una aventura que no auguraba un final venturoso para sus físicos. Además, se mostraban absolutamente convencidos de que Pizarro y sus hombres no habían logrado sobrevivir durante tanto tiempo, mucho menos realizando el ímprobo esfuerzo de abrirse camino entre la vegetación, sin un rumbo fijo salvo las trazas que mostraba el cambiante río a cada crecida, sin alimentos que fortaleciesen sus maltrechos cuerpos, y sin más agua que la que podían arrancar al entorno. Aun así, puesto que Orellana siempre

fue objeto de la fidelidad de sus hombres, a los que, dicho sea de paso, había puesto a salvo, logró que estos aceptaran permanecer durante un par de semanas más en los dominios de Aparia, en la creencia de que ese era tiempo más que suficiente para que Pizarro y los suyos llegasen hasta su posición. Pero esto no ocurrió, y un mes más tarde, ya en un nuevo bergantín más grande y resistente que el que habían tenido que improvisar tiempo atrás, se lanzaron al descenso del río con los víveres en las bodegas y el corazón encogido. Algo parecía susurrar al oído de nuestro protagonista que Pizarro aún se encontraba con vida…

El descenso del Napo fue difícil y vertiginoso. A ambos lados el paisaje que se abría a sus ojos no invitaba a parar demasiado en las orillas: grandes árboles desconocidos por los conquistadores, extrañas especies de aves, y ojos rojos como las ascuas que amenazantes se asomaban desde cualquier posición cuando la noche les recordaba los insignificantes que eran.

Al cabo de las jornadas, y de manera inesperada, arribaron a la confluencia de dos ríos: el afluente por el que ellos habían descendido y otro de similar tamaño que en el punto en el que se hallaban a esas alturas de viaje se fusionaban dando paso a una descomunal masa acuática en la que resultaba imposible desde una orilla ni tan siquiera atisbar la contraria. Es probable que el tamaño de dicho río actuase de protección natural para los expedicionarios, ya que conforme continuaron su periplo fueron atacados por comunidades indígenas que habitaban en la región y que ya no mostraban la veneración de otros pueblos, quizá más sumisos, que habían visto en aquellos hombres vestidos con relucientes trajes plateados la representación más o menos carnal de sus amados y a la vez temidos dioses.

La sorpresa de la tripulación fue mayúscula, especialmente cuando junto a varios indígenas pequeños pero muy mal encarados observaron la presencia de unas mujeres guerreras muy altas, de cuerpos esculturales y expresión no mucho más amable que la de sus paisanos. Orellana y sus hombres, como era de esperar de los soldados del reino español, combatieron con valentía y honor; y en un lance de esta guerra de guerrillas lograron tomar cautivo a un indígena, que obviando los métodos para que hablara les aseguró que en esta parte de la selva habitaba una comunidad de fieras

mujeres temidas por el ardor que las caracterizaba al entrar en batalla. Su reina se llamaba Conori, y era, sin margen para la duda, la más fiera de toda ellas. Incluso, el prisionero aseguró que en sus dominios poseían riquezas tales que satisfarían las ansias de oro y joyas de los voraces españoles, cuestión esta que avivó aún más los ánimos del pequeño ejército de Orellana.

Además, aquel hombrecillo les desveló el legendario nombre de las terribles atacantes: las llamaban amazonas…

Fue así como el 24 de agosto de 1542, tras una travesía que ya forma parte de la historia del Descubrimiento, Orellana y sus sesenta acompañantes llegaron a la desembocadura del colosal río por el que habían estado navegando los dos últimos meses. La bravura del océano levantaba olas gigantescas que no parecían amedrentar a la fuerte corriente de tonos ocres del fabuloso caudal. Así las cosas, contra viento y marea —que en este caso es el tópico más acertado— lograron llegar a las costas de la isla brasileña de Cubagua. Era el 11 de septiembre, y tras meses de agonía, estaban a salvo. En el camino dejaron amigos, compañeros, y a unas extrañas mujeres que parecían sacadas de un enigmático sueño y que habían luchado con la valentía y pundonor que se esperaba del más noble de los soldados. Así, en honor a su recuerdo, aquel gran río fue reclamado para la corona de España y bautizado desde aquella jornada con el nombre de Amazonas…

El origen del mito… o cómo bañarse en oro

Durante siglos, la ciudad perdida de El Dorado ha originado tanta literatura que es difícil establecer la línea que separa los datos puramente históricos de los generados por leyenda. Sea como fuere, los cronistas parecen ponerse de acuerdo a la hora de afirmar que la primera vez que se oyó hablar del fascinante lugar fue en el año 1536, cuando el conquistador andaluz Gonzalo Jiménez de Quesada entró en contacto con los indígenas muiscas, y tras una leve resistencia, estos no tuvieron más remedio que rendir las armas ante la ofensiva y superioridad del hombre blanco. Los soldados descubrieron en este pueblo del altiplano de la cordillera oriental a gentes con un conocimiento astronómico fascinante, tan

evolucionados o más que los mayas y aztecas en México, que veneraban al Sol, a la Luna, y al agua.

Martti Pärssinen, uno de los arqueólogos que en fechas recientes ha descubierto los restos de una gran civilización en las entrañas de la selva, que desde su punto de vista podría ser la frontera del Gran Reino de Paititi.

Jiménez de Quesada quedó fascinado ante la destreza que mostraban a la hora de alear el oro con cobre puro, utilizándolo en los rituales que celebraban para conmemorar la elección del *zipá*, el nuevo cacique, y que asperjaban con varios tubos el oro mezclado y reconvertido en un polvo muy pegajoso sobre el cuerpo del protagonista del ritual. No es extraño por tanto suponer que la imaginación de los rudos caballeros se desbordó al ver el poco valor que aquellos salvajes daban al dorado metal, pues si lo derrochaban de esa forma, es porque tenían que tener mucho más. De ello daba fe el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo:

> El gran señor circula constantemente cubierto con una capa de polvo de oro tan fino como la sal molida.

> Considera que resultaría menos hermoso llevar cualquier otro ornamento. Sería ordinario ponerse armaduras de oro moldeadas o esculpidas, pues otros señores ricos las llevan cuando lo desean. Pero empolvarse con oro es algo exótico, insólito, novedoso y más costoso, ya que por la mañana reemplaza lo que lava la noche anterior, que de este modo se pierde, y lo hace todos los días del año.

El rumor del reino del «indio dorado» —o del «rey dorado»— acabó subiendo la temperatura de los primeros buscadores, que vestidos con el corsé y la disciplina del ejército imperial español, sufrieron en sus carnes los avatares de la fiebre del oro, las penurias de la búsqueda y el rigor del fracaso.

Esto ocurría ya entrado el año 1537 en la laguna de Guatavita, un cráter de origen meteórico que actualmente se puede visitar —con seguridad, claro está— en el municipio colombiano de Sesquilé. Y es que a tal extremo llegó la fascinación de lo que allí ocurría, que ya en 1636, Juan Rodríguez Freyle, autor de la *Crónica de la conquista de Nueva Granada* —más conocida como *El carnero*— dejó escrito:

> En aquella laguna de Guatavita se hacía una gran balsa de juncos, y aderezábanla lo más vistoso que podían. A este tiempo estaba toda la laguna coronada de indios y encendida por toda la circunferencia, los indios e indias todos coronados de oro, plumas y chagualas. Desnudaban al heredero […] y lo untaban con una liga pegajosa, y rociaban todo con oro en polvo, de manera que iba todo cubierto de ese metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado —de pie—, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la barca cuatro caciques, los más principales, aderezados de plumería, coronas, brazaletes, chagualas y orejeras de oro, y también desnudos. Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro y esmeraldas que llevaba a los pies en medio de la laguna, seguíanse luego los demás caciques que lo acompañaban. Concluida la ceremonia batían las banderas. Y partiendo la balsa a la

tierra comenzaban la grita, con corros de bailes y danzas a su modo. Con la cual ceremonia quedaba reconocido el nuevo electo por señor y príncipe.

Los geoglifos de tamaño gigantesco que están surgiendo en la selva talada, unidos por «avenidas» de gran tamaño, indican que la creencia de que en esta región del planeta no evolucionaron civilizaciones desarrolladas es errónea.

Tan espectacular resultó la escena para los españoles que pudieron contemplarla, que la fama de aquel recóndito lugar acabó por extenderse hasta cada rincón del nuevo imperio, como decía anteriormente engordando a cada relato, aumentando conforme iba recorriendo kilómetros, y los apasionados conquistadores hallaban en ella un motivo más que destacado para no sucumbir a la desidia y a las enfermedades que a partes iguales les regalaba esta tierra de

radicales contrastes.

No en vano existía la certeza de que aquel círculo imperfecto de aguas verdosas estaba atiborrado de los grandes tesoros que el «indio dorado» y sus encarnaciones anteriores habían vertido a la laguna sagrada. Y así, porque aquellos hombres debían de ser tercos como mulas, ya en el siglo XVI el capitán Antonio de Sepúlveda llevó a cabo uno de los despropósitos más singulares de cuantos relatan los cronistas. Haciéndose acopio de varios miles de indígenas, y situándolos en fila india —fila que iba desde la orilla de Guatavita hasta el exterior del cráter—, los armó de cubos, y con más fe que cabeza ordenó vaciar el gran estanque, con el firme propósito de desecarlo y, ya de paso, reclamar para sí mismo las múltiples riquezas que se estimaba dormían en el fondo de las aguas, cubiertas por el fango y la escasa vegetación acuática. Sea como fuere, pues como digo partían nueces a cabezazos, Sepúlveda logró en un esfuerzo titánico que las aguas de Guatavita descendieran casi un metro, quedando fascinado por la gran cantidad de oro y esmeraldas que consiguieron rescatar de sus orillas. Si a esa profundidad lograron extraer varios cientos de kilos del precioso metal, solo con imaginar lo que podría haber más abajo el bueno del capitán español comenzaba a salivar. Sin embargo, la colosal empresa pronto fue abandonada, porque tamaño esfuerzo no se justificaba con lo poco que bajaban las aguas y las cantidades que iban encontrando, cada vez en menor número. Una vez terminaba la plataforma de la orilla de la laguna, esta iniciaba un descenso vertiginoso hasta una profundidad que nadie era capaz de estimar.

Aun así, sirvió para que con la misma velocidad el mito fuera cobrando forma, y para que con el paso de los años se establecieran dos «soportes físicos» para el mismo: uno quizá enmarcado dentro de los límites de la leyenda, y otro quién sabe si más real.

Porque por un lado estaban los que defendían la existencia de la capital del reino del «indio dorado», un lugar en el que hasta los adoquines eran de oro, y por otro los que consideraban que tal ciudad existía en las profundidades de la selva, y que allí habían huido más de cuarenta mil hombres acompañando al último de los incas tras la conquista, llevando con ellos el fabuloso tesoro que se suponía a la familia real del incanato. Y por supuesto, hubo quien

pensó que ambas tesis eran perfectamente compatibles; entre ellos el propio Francisco de Orellana.

Sea como fuere, la vida no deparó al trujillano su ansiado descubrimiento; más bien muchos calentamientos de cabeza a raíz del firme empeño que demostró siempre por convencer a propios y extraños de que aquella leyenda no era tal.

Recuerde el lector que nos habíamos quedado en el momento en el que nuestro protagonista, navegando como un pelele al antojo de los devaneos de las aguas, lograba llegar por fin a tierra firme, tras meses de exploración y demasiado sufrimiento. Orellana estaba consumido por el esfuerzo y por el cargo de conciencia de no haber emprendido el rescate de los hombres que dejó atrás. Porque cualquiera de ellos hubiera podido salvarse de haber viajado con ellos en el bergantín; o al menos hubiera tenido más posibilidades. Sin embargo, Gonzalo Pizarro, que debía de ser más bruto que un arado, logró de manera inexplicable librarse de las lianas que lo abrazaban para que no escapara de la selva, y una vez en Quito, ebrio de ira, denunció a Orellana por alta traición. De los cuatro mil que partieron, apenas si llegaron a Quito ochenta, más muertos que vivos, y ningún cerdo… Aquel hombre de aspecto bondadoso y querido por los suyos los había dejado abandonados como a perros, condenándolos a muerte sin apenas mover un dedo por salvar sus almas. Así las cosas, en el año 1543, ya en tierras españolas, Orellana fue sometido a juicio y exculpado de las graves acusaciones que contra él vertía el pequeño de los Pizarro gracias a las declaraciones que realizaron sus propios hombres, alabando su serenidad, la honestidad con la que intentó afrontar la situación, y la valentía a la hora de tomar la decisión de poner a buen recaudo a los que, al menos en esos días, aún estaban con vida.

La imagen del conquistador y explorador del Amazonas ha sido reflejada incluso en los sellos de correos. De él se dijo que fue hombre justo, generoso y apasionado de esta tierra lejana y hostil.

Su final fue, como corresponde a una vida azarosa y plena de aventuras, tan inesperado como injusto. Tras dos años en los que intentó conseguir los fondos necesarios para fletar cuatro naves con las que partir nuevamente hacia su amado Nuevo Mundo, Orellana comprendió que cuando ya no tienes nada que ofertar, nada es lo que vales, y puesto su patrimonio en la nueva empresa, al no alcanzar los mínimos requeridos y tras arruinarse, la corona desestimó la expedición, dejando al marino sin patrimonio y sin ilusión. Bueno, esto último no lograron arrebatárselo, porque él, tozudo como pocos, desatendiendo las órdenes reales partió de mañana rumbo a lo desconocido. Al cabo de los meses, no sin

grandes sobresaltos que los hicieron permanecer en un constante ojo avizor, llegó a la gran desembocadura de un río jamás imaginado al que un lustro antes había puesto nombre, y sin mirar atrás se internó en la inhóspita selva, atravesando sus turbulentas aguas, para no regresar jamás.

El Dorado siempre parecía estar más lejos de donde aquellos inigualables hombres llegaban; aunque, quién sabe, quizá Orellana logró alcanzar su sueño, consciente de que las leyendas indígenas advierten que aquel puro de espíritu que atraviesa las puertas del reino perdido ya jamás puede regresar. Sin duda alguna, si alguien mereció tal premio, ese fue Orellana…

Los que buscaron El Dorado en tiempos de conquista

1535	Sebastián de Belalcázar busca El Dorado atraído por la leyenda del «indio dorado» de Guatavita.
1535	El explorador e historiador alemán Nicolás de Federmann ubicó la mítica ciudad en las actuales Venezuela y Colombia. Salvo desgracias, no encontró nada más.
1537	Francisco de Orellana y Gonzalo Pizarro abanderan la expedición más conocida de cuantas se llevaron a cabo, buscando primero el País de la Canela, y por extensión, El Dorado.
1541	El conquistador hispanoalemán Felipe de Utre se adentró en el Amazonas, ubicando El Dorado en las entrañas de esta densa selva, y salvo poblaciones de «no contactados», no dio con rastro alguno que le hiciera pensar que se encontraba en el buen camino. Fernández de Oviedo aseguró de esta expedición de doscientos cuarenta hombres que

se encontró a un cristiano cocinando un cuarto de niño

con verduras […] Pagaron por su pecado, pues esos tres hombres nunca volvieron a aparecer: Dios quiso que hubiera indios que después se los comieran a ellos.

1616

El explorador inglés Walter Raleigh, junto a su hijo, fue el primero de su país en iniciar esta búsqueda navegando en el *Destiny*. Él tuvo más suerte durante la navegación por el Orinoco y encontró algunas piezas de oro, pero ni mucho menos las cantidades infinitas que se suponían en el legendario enclave. A la vuelta a su país fue decapitado por el rey Jaime, y su cabeza embalsamada es expuesta en contadas ocasiones, recordando la maldición que aqueja a aquellos que parten en busca de la mítica ciudad.

THOR HEYERDAHL, EL HOMBRE QUE UNIÓ EL MUNDO ANTIGUO

Hay algo perdido más allá de los montes. Algo perdido te aguarda. ¡Ve!

RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

Me considero una persona muy afortunada. Hoy día la exploración resulta muy cara, porque vivimos en un mundo donde para sobrevivir tienes que escuchar la voz de los patrocinadores. Yo he tenido la inmensa suerte de no necesitar nunca dinero de nadie. La Universidad de Oslo me llevó en 1937 a las islas Marquesas, en la Polinesia, y desde entonces he vivido de las ventas de mis libros. Aunque la verdad es que jamás he tenido dinero en el banco. Ahora la competencia es enorme. Los exploradores actuales tienen que ser tan buenos en los despachos como en el mar o en la montaña.

THOR HEYERDAHL

La noche cayó como una maza sobre los hombres. Estaban

exhaustos. Los días de travesía por este océano de aguas infinitas estaban haciendo mella en el ánimo de los exploradores. Y todo por seguir las tesis de un visionario, de un antropólogo al que sus colegas veían como un proscrito, tan loco de remate como para enfrentarse a las teorías que sustanciaban las bases del pasado; tan ignoto y desconocido para él como evidente para sus detractores. Pero él no mostró flaqueza en los momentos difíciles, por lo que ahora, cuando las estrellas del tiempo pretérito se asomaban a la misma bóveda celeste que ya contemplaran sus añorados navegantes, precursores de la exploración primitiva de los mares, no estaba dispuesto a dejarse llevar por la sensación de vacío que invadía a sus acompañantes. Era mucho el tiempo y el esfuerzo empleado para que la barcaza de totora rompiera las olas, tan frágil en su apariencia que parecía que iba a desaparecer engullida en cualquier momento entre las fauces de espuma del bravo Pacífico.

Sin atender a las quejas que cada vez con voz menos susurrante iban esbozando algunos miembros de la tripulación, este gigantón de pelo lacio y dorado como el propio junco de la totora permanecía absorto, escribiendo algunas notas en el cuaderno de bitácora y contemplando extasiado los leves movimientos de la brújula. Porque conforme avanzaba la quilla en la oscuridad, la costa quedaba tan lejos que el retorno, a estas alturas, se antojaba más complicado que la empresa que se habían propuesto llevar a cabo. La solución al problema en el que se estaban metiendo era llegar a tierra; rodeada de agua por los cuatro costados, pero tierra al fin y al cabo.

La noche transcurrió lenta; casi tanto como la última docena de madrugadas. Esa noche, el jefe de la expedición no pegó ojo. Algo le decía que debía permanecer atento, atisbando en lontananza como un desesperado Rodrigo de Triana hubo de hacer casi quinientos años antes que él. Porque la esperanza es lo último que se ha de perder, y en su situación la esperanza tenía el color de la roca volcánica. El sol, a eso de las cuatro y media, emergió en el horizonte, satisfecho por su baño nocturno. Los remaches de la proa de la barcaza emitieron un leve crujido, pero lo suficientemente perceptible para que aquel hombre de profundos ojos azules, impasible a cuanto lo rodeaba, esbozara una mueca de preocupación.

Nada pudo hacer; los juncos, uno a uno, tal y como se habían unido para dar fuerza a la línea de flotación de la embarcación, se estaban desperdigando, arrastrados por el oleaje. Se estaba desintegrando; oleaje… La totora encalló en un pequeño arrecife, la puerta de un islote que surgía como esa esperanza en la que nuestro protagonista siempre había creído. Habían llegado a un punto indeterminado en el corazón del viejo mar Austral. Y lo más importante: habían logrado navegar más de cuatro mil kilómetros desde las costas del Perú, demostrando que si ellos lo habían podido hacer utilizando los mismos medios rudimentarios que tenía a su alcance el hombre cinco milenios atrás, este también podría haberlo logrado, dando respuesta de esta forma a algunas de las disparatadas concurrencias que se producían entre culturas que jamás coincidieron espacialmente, y algunas ni tan siquiera cronológicamente. Él, Thor Heyerdahl, lo acababa de demostrar…

«Nadie me cree»

Años atrás, en una de las múltiples oportunidades que he tenido a lo largo de mi vida de visitar la maravillosa isla de Tenerife, alguien me habló de un lugar tan singular como poco visitado. Si bien es cierto que mi interés por aquellas fechas era acceder a otro de los sitios emblemáticos en lo que a misterios se refiere de la isla, el barranco «maldito» de Badajoz, cuando logré ultimar la investigación que estaba realizando, atendiendo a las palabras de aquel anónimo informante, me acerqué a la cercana localidad de Güimar. Y lo que allí me encontré jamás se borrará de mi cabeza. Un hombre de pelo cano y considerable estatura me recibió a la entrada de un complejo cuidadosamente estructurado. Era el Parque Etnográfico de las Pirámides de Güimar, un lugar intencionadamente excluido de las rutas turísticas que se desarrollaban por la isla, simplemente porque el gobierno canario por aquel entonces consideraba a ese hombre un pobre loco, y como loco que era había llevado a cabo su particular obra faraónica dejando tiempo, dinero y mucho esfuerzo, convencido de que los amontonamientos de piedra que se repartían por la zona no eran ni más ni menos que los vestigios de las pirámides que siglos atrás

levantaron a los cielos los miembros de la cultura guanche; tan beréberes o más que los faraones que llegados desde Sudán, la legendaria tierra nubia, gobernaron Egipto en tiempos remotos. El gran Ramsés es un buen ejemplo de ello.

Además, la afición de este pueblo por momificar a sus muertos evidenciaba que unos y otros procedían de un origen común, por lo que no era descabellado pensar en la existencia de pirámides en esta región del planeta: en España.

Heyerdahl quedó fascinado con las extrañas elevaciones a mediados de los ochenta, al punto que reflejó en varios escritos, en referencia a las citadas pirámides, que

> si estuvieran rodeadas de vegetación y oyésemos a los loros, pensaríamos que estábamos viendo las construcciones mayas de México y Guatemala.

Y es probable. Porque aunque mucho más básicas —lo que a su vez podría denotar una antigüedad mayor que sus «hermanas» americanas—, la disposición de las mismas, orientadas hacia la salida del sol en determinados momentos del año, coincidiendo con fenómenos astronómicos tales como solsticios o equinoccios, tiraban por tierra las tesis oficiales, que defendían que se trataba de amontonamientos realizados por los campesinos de la zona para delimitar los terrenos. Así lo defendía en el año 1999 en *La Gaceta de Canarias*:

> Son estructuras arquitectónicas, y no molleros de piedra. No hemos encontrado en el interior de la pirámide el mismo material que en el exterior. Si realmente se trata de construcciones fruto de retirar las piedras de la zona agrícola —molleros—, no es lógico que en su interior solo hayamos encontrado tierra y pequeñas piedras, así como una pequeña cantidad de restos óseos animales, madera y restos orgánicos que serán sometidos a estudio del
> C-14
> en Estados Unidos, por lo que podremos datar las construcciones con un error mínimo […] Para mí los guanches eran navegantes que vinieron del Mediterráneo y del norte de África, que descubrieron las islas, que

conocían la momificación y que eran capaces de ejecutar la arquitectura típica de la época preeuropea.

Y así lo continuaba defendiendo cuando, llevado por la curiosidad, tuve la oportunidad aquella mañana de noviembre de 1999 de conversar, sentados junto a las enigmáticas pirámides, de una vida tan plena de aventura y conocimiento como víctima de los ataques furibundos de quienes vieron en este noruego de amable conversación a alguien lo suficientemente arribista como para cuestionarse determinados pasajes de nuestro pasado, remontando las primeras civilizaciones más allá del tiempo establecido a partir de Babilonia, y hablando sin tapujos de diluvios, grandes migraciones, navegación primitiva y continentes desaparecidos… Pero ¿quién era Thor Heyerdahl?

Thor Heyerdahl nació en la aburrida ciudad de Larvik, en Noruega, el 6 de octubre de 1914. Rodeado de una exuberante vegetación, cuando los avatares del frío invernal lo permitían, creció curioso de cuanto le rodeaba. En la formación de su carácter influyó sobremanera su madre, que por aquellas fechas era directora de un pequeño museo de la localidad; pequeño, pero el único que existía por entonces. Sea como fuere, en ese tiempo despertó en el joven Heyerdahl un inusitado amor por la geografía y la zoología, disciplinas que años después estudiaría en la Universidad de Oslo, como paso previo a un viaje que habría de marcar su vida para siempre…

Y ese momento le llegaría a los treinta y un años, cuando en compañía de su primera esposa, Liv Coucheron Torp, emprendió rumbo hacia los mares del Sur, tan lejos de su Noruega natal que en ese tiempo Thor, apenas un estudiante recién salido de la universidad, veía la difícil empresa como imaginaba que Colón hubo de atisbar la suya quinientos años antes. Tras meses de travesía llegaron a las playas de Tahití, en las costas asiáticas del Pacífico, donde entraron en contacto con el curaca de un clan tribal llamado Teriieroo, que como una suerte de padre espiritual los acogió en su tribu, mostrando una especial confianza en aquel hombre casi albino y de tez lechosa. Ese tiempo sirvió para que Heyerdahl experimentara un paulatino aumento de su pasión por todo lo referente a las culturas polinesias que poblaban esta región del planeta desde tiempos ancestrales. Después de un tiempo

aprendiendo las costumbres, algunos dialectos, las tradiciones y los ritos de sus admirados polinesios, el matrimonio decidió afincarse por un tiempo indeterminado en la isla de Fatu Hiva —cuyo segundo nombre, Hiva, es capital, como veremos más adelante, en los mitos que nos hablan de una navegación algo más que primitiva.

La pequeña isla, en el corazón del archipiélago de las Marquesas, se mostraba plena de contrastes: dos grandes volcanes, costas escarpadas, e incluso una curiosa bahía a la que los marineros llamaban «bahía de las vergas», ya que en la lejanía, a varias millas de la orilla, las formas de la pequeña cordillera que se alzaba a espaldas de esta poseía múltiples formas fálicas.

Fue en este lejano lugar donde Heyerdahl comenzó a orquestar sus tesis sobre la navegación primitiva y las diferentes rutas transoceánicas que pudieron haber transitado los antiguos pobladores de estas minúsculas islas. Porque lo que es evidente es que de algún lugar debían de haber llegado; un continente al que los polinesios describían en sus mitos y al que llamaban Hiva…

Los continentes perdidos

Pero antes de viajar a Hiva es interesante que atendamos a esas tradiciones, que como marabunta surgen en esta parte del planeta y que servían a los nativos que habitaban estos lejanos islotes para explicar su procedencia.

Ya comentábamos en el capítulo que protagonizaban Mitchell-Hedges y sus polémicas calaveras de cristal la atracción que causó en la persona del militar retirado James Churchward las historias que entre líneas hablaban de un continente perdido llamado Mu, que ocuparía gran parte del Pacífico Norte.

Heyerdahl por encima de todo era aventurero y científico, por lo que siempre cogió con las pinzas de la razón esas historias que la mitología nos traía del pasado; pero como buen científico, supo extraer de los mitos lo que de verdad pudiera haber en ellos. Porque en ese tiempo al que años después se remontaría Heyerdahl para explicar el citado trasiego oceánico, algo ocurrió que conmovió las almas de diferentes civilizaciones del planeta, al extremo de representarlas en la forma del arte rupestre, de petroglifos, o

simplemente protegidos por la leyenda. Sea como fuere, algo ocurrió, un evento probablemente de proporciones apocalípticas que llevó al hombre de aquel tiempo a diseminarse por el mundo, siendo una de las bases de las teorías difusionistas que con tanto ardor se preocuparía por demostrar el noruego. Algo que captó la atención, antes que a él, a gente como el coronel Fawcett o el propio Churchward.

De esta historia, que podría resultar increíble a ojos del hombre del siglo XXI, se determina que en ese mismo pasado al que constantemente estamos haciendo alusión pudo existir un intercambio cultural a lo largo y ancho del Pacífico, entre los pueblos que en ese tiempo se situaban a la vera de ambas orillas, o en las islas que permanecen precisamente eso, aisladas en mitad del gran mar Austral. Eso, o que todos y cada uno de ellos, amén de interactuar gracias a sencillas pero eficaces barcazas construidas con la caña de la totora, es lo que se deriva de las explicaciones dadas por, entre otros, el coronel Churchward.

Pero eso, como tantas otras interpretaciones de la mitología, es imposible. Al menos así de rotunda se muestra la historiografía oficial cuando se hace referencia a ello, y por esa razón Heyerdahl fue discriminado toda su vida por un determinado sector de la ortodoxia más recalcitrante. Así las cosas, tratemos de buscar otra explicación a las múltiples coincidencias que muestran pueblos que se supone que nunca se encontraron, simplemente porque no tenían nociones ni medios para emprender la navegación; algo a lo que los invito desde estas mismas líneas, porque yo, después de intentarlo hasta la extenuación, no encuentro otra posible salida, al menos que tenga una cierta coherencia más allá de la sempiterna alusión a esos dioses con antenas, a un recuerdo ancestral tan común que casi estaría guardado en nuestros genes, o a una navegación tan primitiva que a ojos de esa misma historiografía oficial se antoja imposible. Pero sigamos…

Cierto es que llegados a este punto resulta francamente difícil distinguir lo que puede ser de lo que no, y es quizá por eso por lo que los continentes perdidos continúan despertando tanta fascinación, más aún cuando se trata de explicar «anomalías» históricas como podrían ser las ciudades sumergidas de Yonaguni, Bimini o Mega, tan asidas a esas grandes catástrofes del pasado que

no se puede obviar.

Además, no debemos olvidar que el propio James Churchward afirmaba sin tapujos que tras el hundimiento de Mu, los pocos que lograron sobrevivir a la catástrofe se repartieron por diferentes partes del planeta, poblando tierras tan distantes geográfica y cronológicamente como Egipto, isla de Pascua —que sería el pico de una de las altísimas montañas del legendario continente—, el valle del Indo —Pakistán—, Asiria, el Perú anterior al inca o la Bolivia de los aymaras. Así, como reflejo en mi libro *Desafíos a la Historia*,

> el hecho de que todos estos pueblos recurriesen a templos de estructuras piramidales, que utilizasen el lenguaje de los jeroglíficos, hasta el punto de haber hallado trazos similares entre culturas tan distantes como las citadas del valle del Indo y Pascua, que en su acervo religioso aparecieran siempre deidades de tipo solar, o que todas —y quizá sea lo más interesante— aseguraran proceder de lugares que desaparecieron a consecuencia de desastres naturales, llamáranse Atlántida para asirios y egipcios; Mu, Hiva para los pascuenses, o Atl-Antis —«tierra antigua»— para los aymaras del alto Titicaca, es evidente que es demasiado atractivo para no detenerse en ello.

Y es que, a riesgo de ser reiterativo, no podemos ignorar las increíbles coincidencias, especialmente en lo que a arquitectura y mitos se refiere, de pueblos como los tiwanacus, los incas, los rapanui o los mayas, por citar solo a unos cuantos…

Por cierto, la única manera que tienen los pascuenses de navegar, al igual que los urus del altiplano boliviano y peruano, es gracias a la elaboración de las citadas barcazas con los juncos de la totora. Cuatro mil metros y casi la misma cantidad de kilómetros separan a estas culturas. Ya es casualidad…

Hiva, la montaña más alta de Mu

De la isla de Pascua ya se ha dicho casi de todo: que es el lugar más aislado del planeta; que en sus tradiciones aparece como «el

ombligo del mundo»; que la técnica empleada para levantar las plataformas funerarias es demasiado parecida a la de las culturas de la costa americana del Pacífico…

Pero hemos acudido poco a su mitología, más allá del feo y escandaloso pájaro
Manu-tara
o del dios con nombre de «marca deportiva
Make-Make».
Cuentan las tradiciones, transmitidas oralmente, que este pueblo vivía tranquilo y feliz en la lejana tierra de Hiva, una especie de continente sagrado donde disfrutaban de una cultura muy avanzada.

Siguiendo con la mitología, un fatídico día les sobrevino un tremendo cataclismo —recordemos que en esta zona de la Tierra aún quedan muchos volcanes activos que pueden crear archipiélagos o hacerlos desaparecer en las entrañas del mar en cuestión de horas—, y tras la hecatombe, su rey Hotu Matua decidió buscar una nueva tierra donde vivir, así que, acudiendo al consejo de su hechicero Haumaka, inició la migración de su pueblo con la certeza de llegar a una nueva tierra prometida. La leyenda dice que

> un día, las dos embarcaciones del rey Hotu Matua avistaron los tres islotes llamados Motu Iti, Motu Nui y Motu Kao. Uno de sus hijos exclamó: «Es una mala tierra». Entonces el rey dijo: «Nuestra tierra también es mala, también hay miseria en ella; la marea alta lo destruirá todo». Luego, las dos embarcaciones se separaron; la de Hotu Matua rodeó la isla por el este, y la de la reina Ava Reipua por el oeste. Se encontraron a la entrada de la bahía de Anakena, y cada una de las piraguas se dirigió hacia los dos puntos rocosos que la limitan. El rey se dirigió a la punta
> Hiro-Moko,
> y la reina abordó la punta llamada Hanga Ohiro. En cuanto hubo desembarcado, la reina dio a luz una hija, en tanto que en la piragua de Hotu Matua nacía un hijo de Vakai —el que sería su nieto.

Esta navegación primigenia a la que constantemente aludía Heyerdahl, envuelta por el halo del mito, terminó en las playas de Anakena, ya en Pascua. Allí se quedaron a vivir después de que el rey subiera al volcán más alto. Una vez en la cumbre se cercioró de que a su alrededor no había más que agua. Fue entonces cuando llamó a esta tierra Te-Pito-O-Te-Henua, «el ombligo del mundo».

Así, en un tiempo impreciso, fue poblada esta auténtica aguja en un pajar de aguas poco dadas a la calma. Pero es que además, cuenta la tradición rapanui que durante la larga travesía tras la evacuación de Hiva, el artesano real, llegada la noche y observando impávido cómo la balsa de madera se iba deshaciendo a cada envite del mar, empezó a tener visiones, a sufrir el acoso de un fantasma que acabó por presentarse como su padre, muerto poco antes. Quemado por el sol, cansado por los largos días de navegación, y harto de que el inefable espíritu de su progenitor le hiciera la vida imposible, optó por acudir a las sabias reflexiones del hechicero, el citado Haumaka, que lo invitó a que usando el barro y la fibra que unía los maderos modelara una talla con el rostro de su padre. Porque como es sabido, las reglas de la magia en continentes como América, Asia o África advierten que para defenderte o repeler aquello que te acosa hay que hacer una figura a imagen y semejanza y colocarla frente a tu hogar, y ese ente invisible pero terriblemente molesto dejará de importunar al infortunado. Y así lo hizo, observando cómo a su llegada a la isla sus acompañantes empezaron a modelar otras tallas, temerosos entre otras cosas de los demonios
kava-kava,
que salían durante la madrugada para disfrutar del miedo y de la sangre de los descendientes de Hiva.

Es así como la leyenda advierte que fue erigido el primer moai, pequeño pero muy similar a los actuales, tan grandes o más que los obeliscos egipcios. La mayoría fueron elevados en sus plataformas funerarias mirando hacia el interior de la isla, de espaldas al océano, excepto los siete magníficos del *ahu* Akivi, que miran al mar, hacia la lejana tierra de Hiva de donde vinieron sus antepasados.

Thor Heyerdahl fue el «explorador total», capaz de combinar su amor por la exploración con la difusión de grandes trabajos en los que exponía sus teorías y experiencias a pie de terreno. *Ra* fue uno de sus libros.

Sin ser un dato relevante, sí llama la atención porque evidentemente respondía a motivos sobradamente contundentes para que así fuera, y que a día de hoy, como tantas cosas, se nos escapan. Es como si con ello quisieran proteger a Pascua de algo; algo que nos ubicaría en el universo sutil de los espíritus, como si con las grandes estatuas quisieran que «lo que fuese», o bien no penetrase en su isla con los vientos, o bien no escapase de la misma y con ello perjudicase a los que allí quedaban. Cierto es que en el maravilloso maremagno de las creencias casi todo cabe, más en un lugar tan extraño durante el día, y en cierto modo siniestro caído el

crepúsculo, como es «el ombligo del mundo». No en vano la superstición, que aquí se toma como ley, deja escapar ligeras pinceladas de que en Pascua no todo es hermoso… O no todo lo que llegaba desde los horizontes oceánicos, porque si los moai son bustos gigantescos cuya finalidad primigenia es protegerse contra dioses o malos espíritus, que acabaron con el mítico —o no— continente de Hiva, y además fueron realizados a imagen y semejanza de esos desagradables seres, llegados a este punto las preguntas que me vienen a la cabeza son muchas, como imagino que les está ocurriendo a ustedes…

Y puesto que la navegación primitiva no es patrimonio exclusivo del Pacífico, y aunque Heyerdahl prestó más atención a esos «intercambios culturales» prehistóricos en esta parte de la Tierra, no desatendió los mitos que de igual modo se registraban en la conciencia colectiva de pueblos de ambas partes del Atlántico, en los que del mismo modo se aludía a un punto de partida común, que entre otras cosas explicaría la obsesión del hombre por construir estructuras piramidales en ambas orillas, la momificación, etcétera, etcétera…

Eso es algo que entendió a la perfección Thor Heyerdahl, y es probable que atraído por tales tradiciones acabara desplazándose hasta la isla de Tenerife, donde, como decía al comienzo de este capítulo, se acabó convirtiendo en un activo defensor de las pirámides que aún permanecían visibles y en pie en esta espléndida tierra. Porque tras ello se podía intuir que, o bien se desarrolló esa navegación primitiva, lo que nos obligaría a reescribir la historia, o bien habría que admitir en base a las pocas pruebas que tenemos que la configuración de la Tierra de cinco a diez mil años atrás fue distinta a la actual, con todo lo que de ello se derivaría; o bien habría que aceptar ambas tesis como compatibles.

Así las cosas, dejemos atrás de una vez el terreno de los mitos y vayamos al de las certezas…

Kon-tiki y *Ra*, de la teoría a la práctica

Habíamos dejado páginas atrás a un joven Thor Heyerdahl observando el horizonte azul desde su casa en Fatu Hiva,

investigando y escribiendo la que sería la primera de sus obras en la que defendería esa navegación prehistórica que contribuiría a explicar tantas «casualidades…» y que tantas críticas le granjearía.

Pero él estaba firmemente convencido, y en su cabeza comenzó a gestarse una idea que con el tiempo acabaría tomando forma y que lo haría pasar a la historia. Si bien es cierto que la segunda guerra mundial supuso un doloroso parón en sus investigaciones, ya que desde 1942 a 1945 fue alistado en la brigada paracaidista noruega, a su regreso a Polinesia, el tiempo que pasó intentado aislarse de los horrores del conflicto lo empleó para gestar el proyecto más ambicioso que habría de acometer en toda su existencia.

Gracias a la difícil Expedición *Kon-tiki*, Heyerdahl demostró que el hombre primitivo pudo afrontar las extremas travesías transoceánicas, poblando islas lejanas y dejando su huella, lo que explicaría las múltiples coincidencias que se encuentran entre pueblos lejanos, tanto cronológicamente como, llegado el caso, espacialmente. (Fotografía de akanything.wordpress.com).

Dos años más tarde, lo que poco antes permanecía oculto en cuadernos que Thor protegía con celo, o en los rincones de su propia mente, se hizo realidad en la forma de una balsa que construyeron en los astilleros del Callao, en Lima, con nueve troncos de casi catorce metros cada uno y un diámetro de sesenta

centímetros, que al modo en que lo hicieran los artesanos de Polinesia —o del lago Titicaca— habían sido unidos entre sí con lazos de cáñamo. Y para reforzar y mantener sujetos estos, se entrelazaron con otros troncos de cinco metros y medio de largo y treinta centímetros de diámetro, reforzando los laterales de la barcaza con grandes tablones de pino. Nacía la Expedición *Kon-tiki*, con el apoyo de José Luis Bustamante y Rivero, por aquel entonces presidente de la República del Perú, que acabaría siendo gran amigo de nuestro protagonista.

Y es que, pese a que Heyerdahl jamás negó, al menos abiertamente, que en aquel pasado existieran dichos puntos de partida comunes que acabaron sucumbiendo a la ira de la naturaleza, estaba convencido de que muchos de los eslabones perdidos que surgían constantemente en la historia pasada tenían su explicación en la navegación que de manera habitual realizó el hombre desde al menos cinco mil años atrás. Y para demostrarlo construyó la *Kon-tiki* con los mismos elementos que usaban en aquel fascinante pasado, acudiendo al nombre con el que los antiguos tiwanacus nombraban a su dios primordial —y que construyeron monolitos que seguían, según Thor, un patrón común en su estructura a los moai de Pascua—: el gran Viracocha, aquel que en tiempos pretéritos les envió el gran diluvio —o Unu Pachacuti—, sumiendo al planeta bajo las aguas, a excepción, eso sí, de la gran ciudad del altiplano de la que posteriormente derivarían las grandes culturas que habitarían la América precolombina. Baste decir que Tiahuanaco, la urbe más importante de dicha cultura, fue fundada hace aproximadamente cuatro mil o cuatro mil quinientos años, tiempo al que se remontaba Heyerdahl para validar sus teorías.

Así, ante la mirada atónita de la comunidad científica internacional, el explorador noruego se lanzó a la mar desde las costas del Perú, dando pie a muchos murmullos malintencionados que no auguraban un futuro venturoso, ni para la expedición ni para los miembros que la integraban. Su propósito era demostrar de una vez que antes de la llegada de Colón, mucho antes, la navegación entre las culturas que habitaban en esta parte del Pacífico y las islas polinesias fue una realidad. Era un cálido día de abril de 1947, y Heyerdahl, valiéndose únicamente de los vientos,

de la corriente fría de Humboldt, y de las mareas, puso rumbo hacia un punto incierto del corazón del océano Pacífico, consciente de que solo había dos opciones a partir de ese instante: triunfar o morir…

Y eso es lo que tenían meridianamente claro los integrantes de la expedición, que estaba formada por:

—Thor Heyerdahl, como maestro de ceremonias, líder e ideólogo de la expedición.

—Torstein Raaby, un curioso personaje que durante la segunda guerra mundial conoció a Heyerdahl poco después de permanecer tras las líneas alemanas, infiltrado y emitiendo, dados sus amplios conocimientos técnicos, la posición en la que se encontraba el buque alemán *Tirpitz*. Huelga decir que su función era garantizar el buen funcionamiento de las comunicaciones.

—Herman Watzinger, ingeniero que durante la larga travesía se preocupó de informar de las condiciones meteorológicas que les aguardaban, lo que a la postre, y en un océano tan complicado y variable como este, al final resultó vital.

—Bengt Danielson, que al margen de ser el único miembro de la expedición que hablaba español, se hizo cargo de las provisiones y de su racionamiento.

—Knut Haugland, hombre ducho en las transmisiones de radio y héroe condecorado, porque durante el enfrentamiento internacional fue uno de los artífices de que finalmente se evitara que los científicos nazis lograran desarrollar la temida bomba atómica, que posiblemente hubiera contribuido a cambiar el signo del conflicto.

—Erik Hesselberg, que al margen de dominar los pinceles con maestría, poseía un gran conocimiento en lo que a navegación primitiva se refería.

Los seis valientes permanecieron sobre la balsa durante ciento un días, y lograron recorrer más de siete mil kilómetros arrastrados por las fuertes corrientes del océano, hasta que la balsa comenzó a desintegrarse frente al atolón de Raroira, el 7 de agosto de ese mismo año. Su aventura era la prueba que faltaba para demostrar que las tesis defendidas por el noruego no se sustentaban en paja, sino en los finos juncos de la totora que usaron para construir parte de la *Kon-tiki*. Aquellos hombres del pasado poseían la técnica para elaborar las barcazas, el material y el conocimiento de las estrellas

que por entonces tachonaban el firmamento, ¿por qué entonces no iban a lograr ese intercambio al que tantas veces aludió Heyerdahl?

El éxito de la expedición fue rotundo, al punto de que el documental que se rodó durante la misma sirvió para que cuatro años después, una vez que una avalancha de curiosos entraran eufóricos de las salas de exposición ávidos por vivir las experiencias de los seis aventureros, fuera galardonado con un Oscar.

Incluso la prestigiosa publicación *National Geographic Magazine* se hizo eco de los trabajos de Heyerdahl, algunos de los cuales ocuparon sus portadas. La *Kon-tiki* naufragó, pero reflotó un mundo de posibilidades. Así relataba el propio Heyerdahl el final de esta primera gran aventura:

> Aquellas horas fueron de terrible ansiedad, durante las cuales íbamos avanzando paso a paso, de costado, contra los arrecifes. Levantamos la cubierta de bambú y cortamos con nuestros machetes los cabos que sostenían las orzas de deriva. Fue faena difícil extraer los tablones, pues estaban cubiertos de una espesa capa de lapas. Con las orzas retiradas, la balsa no tenía más calado que el grosor de los troncos sumergidos, y por consiguiente, seríamos más fácilmente levantados sobre los arrecifes. Sin las orzas y con la vela arriada, quedó la balsa de costado y a merced completa de las olas y el viento. Las olas reventaban atronadoramente, lanzando espuma en el aire, y el mar se levantaba y bajaba con gran furia. Nadie estaba a popa, pues era allí donde se iba a recibir el primer choque. Tampoco eran seguros los dos estays que venían desde la parte alta del mástil hasta la popa, porque si el palo caía, podrían quedarse colgando fuera de la balsa sobre el arrecife. Cuando nos dimos cuenta de que las olas ya habían hecho presa de la balsa, cortamos el cabo del ancla y quedamos libres. Una ola se levantó debajo de nosotros y sentimos que la *Kon-tiki* era lanzada al aire. Había llegado el momento supremo; corríamos sobre el lomo de la ola a una velocidad tremenda; nuestra desvencijada balsa crujía y gemía, retemblando bajo nuestros pies.
>
> Una nueva ola creció, altísima, detrás de nosotros,

> como una centelleante pared de vidrio verdoso. En el momento en que nos hundíamos, vino enroscándose como una garra gigantesca, y en el mismo segundo en que la vi, inmensamente alta sobre mí, sentí un choque violento y quedé sumergido entre torrentes de agua. Sentí la succión en todo mi ser con una fuerza tan inmensa que tuve que poner todos mis músculos a su máxima tensión y decirme a mí mismo: «¡Agárrate! ¡Agárrate!». Yo creo que en semejantes situaciones de desesperación, cuando el resultado es tan evidente, pueden resultar arrancados los brazos antes que el cerebro consienta en desasirse. Entonces sentí que toda la montaña de agua iba pasando y aflojando de mi cuerpo su garra endemoniada. En un segundo todo el infierno estaba otra vez sobre nosotros y la *Kon-tiki* desaparecía completamente bajo las masas de agua. La embarcación que habíamos conocido durante semanas y meses en el mar ya no era la misma. En unos cuantos segundos, aquel agradable mundo nuestro se había convertido en los despojos de un naufragio […] El arrecife se extendía como la muralla de una fortaleza sumergida. La *Kon-tiki* quedaba allá lejos, sobre el arrecife, rodeada de la espuma del mar. Era un despojo, pero un despojo honorable.

Gracias a la hazaña de Thor Heyerdahl y los suyos quedó de manifiesto que antiguos marineros procedentes del Perú pudieron poblar algunas de las lejanas islas de Polinesia, lo que ayudaría a explicar, por ejemplo, el tipo de construcción que encontramos en la isla de Pascua, más concretamente en sus plataformas —o *ahus*— funerarias más antiguas, tan similares en sus trazas a los muros que levantaron tiempo atrás las casas de los incas, en el Cuzco; que por cierto, también era conocido como «el ombligo del mundo», entre otras cosas…

A este respecto, este hombre, que ha sido considerado el último de los grandes exploradores románticos de la historia, del que el escritor e historiador Christopher Ralling dijo que era «el viajero más imaginativo del último siglo», aseguraba años atrás en una entrevista concedida al diario español *El Mundo*, que

> mi teoría de la migración, como tal, no quedó demostrada con el éxito de la expedición […] Lo que sí probamos es que las embarcaciones de balsa sudamericanas poseen cualidades hasta ahora desconocidas por los hombres de ciencia modernos, y que las islas del Pacífico están situadas muy al alcance de las embarcaciones prehistóricas de Perú. Los pueblos primitivos eran capaces de hacer travesías inmensas por el mar abierto. En el caso de las migraciones oceánicas, el factor determinante no es la distancia, sino el hecho de que el viento y las corrientes tengan o no el mismo curso general día y noche, durante todo el año. Los vientos alisios y la corriente ecuatorial van hacia Occidente debido a la rotación de la Tierra, y esta no ha cambiado nunca desde que existe el hombre.

Tiempo atrás le lanzaron el reto de demostrar sus palabras, y ni corto ni perezoso se lanzó a la aventura de cerrar muchas bocas críticas. Ese era su espíritu aventurero, porque para Heyerdahl, tal y como afirmaba en la citada entrevista

> un explorador es solo un viajero. Pero un viajero muy preparado, que sea o muy valiente o muy inconsciente, y que esté dotado de mucha intuición. Que analice las cosas, que sepa leer en los movimientos de un animal o en el giro de los vientos.

Sea como fuere, su proyecto más ambicioso, eso sí, ahora avalado por grandes inversores y sociedades científicas, llegaría años después, cuando se dispuso a demostrar que tanta pirámide, momia, deidades comunes o escritura jeroglífica solo se pudo dar en ambas costas del Atlántico acudiendo al mismo trasiego oceánico entre las costas de México y Perú y el país de los faraones. Pero si la propuesta que llevó a la *Kon-tiki* a navegar las aguas del Pacífico se antojaba descabellada, esta encendió los ánimos de sus principales oponentes, que no tardaron en considerarla un disparate. Y él, una vez más, se empeñó en demostrar que sí era posible.

De este modo nació la Expedición *Ra I* —y en 1970 la *Ra II*—, cuyos comienzos eran narrados por el propio Heyerdahl en su libro del mismo nombre. Porque para hacer la gran barcaza, ahora de

papiro, tuvieron que «leer» en las tumbas de los faraones, de donde concluyeron cómo debían construir la balsa, pues en estos libros de piedra estaba meridianamente explicado. Decía así:

> El historiador sueco Bjórn Landstróm, la mayor autoridad mundial en antiguos diseños de barcos egipcios había venido, en una de sus frecuentes visitas al país, para catalogar y dibujar cada uno de los barcos representados en las numerosas tumbas del valle del Nilo. La semana anterior, Landstróm había informado a la prensa sobre su falta de fe en las cualidades marineras de cualquier clase de embarcación de papiro, pero su primer encuentro con nuestra pila de verdaderos tallos de papiro y los experimentados constructores del Chad [lago en el que fue construida la *Ra I* (n. a.)] minaron sus convicciones y se ofreció para quedarse en Egipto y poner todos sus conocimientos teóricos a nuestra disposición. Así que el equipo empezó a trabajar. El sueco nada conocía referente a los tallos de papiro ni sobre la técnica relacionada con el amarre de cabos que habrían de sujetar los haces para formar una nave, pero sí conocía cómo tendría que ser la forma definitiva de la embarcación, además de todos los pequeños detalles que quedaban fuera de la experiencia de los negros buduma. Igualmente sabía cómo tenía que curvarse graciosamente hacia el cielo la popa de una embarcación faraónica, tan alta como la proa, y también la forma y emplazamiento del mástil bípode, y de la jarcia, vela, cabina y sistema de gobierno. Se sentó sobre un montón de papiro, y su diseño nos sirvió de plano de construcción, pues mostraba la forma y todas las proporciones. Con cuatro tallos de papiro amarrados juntos por una de sus extremidades empezaron a construir la nave que nos proponíamos probar en el mar. Empujaron dentro más tallos de papiro, y el haz, y también los cabos, fueron haciéndose más y más gruesos, exactamente como en Chad. Cuando el manojo en forma de cono tuvo unos sesenta centímetros de espesor y los cabos una mena equivalente a la del dedo meñique de una persona, se

prolongó el atado en forma de cilindro, aferrándolo bien cada sesenta o noventa centímetros con vueltas de cabos anudados y de igual mena […] Dos hombres situados en las extremidades de un gran poste de madera empujaban los rebeldes manojos de papiro bajo la superficie del agua en el estanque de ladrillo. Otros dos cortaban todas las raíces podridas de las cañas y llevaban los manojos ya bien empapados hasta los ayudantes, que aguardaban para pasar los tallos, uno por uno, a los tres hombres del Chad. Estos los introducían con todas sus fuerzas en el erizado manojo de donde iba a salir nuestro barco, hasta que los cabos que lo aferraban se ponían tan tensos como los aros de una barrica… Al tercer día empezó el choque entre la tradición y la intelectualidad. El rollo de tallos era ya tan largo que había llegado el momento de ir afinándolo por detrás, a lo que los dos hermanos buduma se negaron en redondo. Querían prolongarlo sin variar el diámetro y después cortarlo igual que una salchicha, como siempre habían hecho en su lago. Landström había hecho un plano de construcción que mostraba siete rollos separados curvados hasta un punto, adelante y atrás, y luego amarrados lateralmente para dar manga al barco. Pero los dos hermanos ya habían empezado el segundo rollo, entretejiéndolo directamente con y junto al primero, en un todo firme y compacto. Los cabos no solo iban bien entrelazados con series paralelas de cotes dados todo a lo largo de la embarcación, sino que un puñado de tallos de papiro de un rollo iban regularmente entrelazados en diagonal entre las vueltas del aferrado del rollo contiguo, formando así un conjunto inseparable. La técnica era tan superior a cualquier cosa que pudiera haber discurrido un no iniciado que los intelectuales tuvimos que capitular. Un milenio de años de práctica barrieron las teorías del lapso de una sola vida, y el resultado fue una completa amalgama de rollos flotantes de papiro, de los cuales solo el primero tenía una sección transversal en forma de luna llena, mientras que los de cada banda poseían secciones transversales graduadas de lunas crecientes y menguantes.

Los últimos años de su vida los pasó a caballo de su casa en Italia y la isla tinerfeña donde, una vez más, se enfrentó a lo establecido abriendo un centro de interpretación en el que defendía la realidad de las pirámides que allí se encontraban, y que permanecían olvidadas por los estamentos oficiales con la excusa de que se trataba de simples amontonamientos de piedra llevados a cabo por los agricultores. (Fotografía de Wikimedia Commons).

La *Ra I*, pese a las buenas intenciones de sus creadores, que confiaban atravesar el Atlántico a bordo de la misma, tras más de sesenta días de penurias y contratiempos pasó a mejor vida cuando Thor Heyerdahl dio por terminada la expedición. Habían logrado recorrer cerca de tres mil kilómetros, y aunque esta primera intentona constituyó un estrepitoso fracaso que aumentó el volumen de las voces críticas, sirvió para anotar las carencias y errores que habían dado al traste con la empresa. Así, ya en 1970, y habiendo

utilizado también papiro como material fundamental para construir la barcaza, nació la *Ra II*, con una particularidad que la hacía diferente a su antecesora: la unión de los juncos y la estructura de la misma se realizó merced a la técnica que en tiempos pasados —e incluso hoy día— utilizaron los aymaras y urus que habitaban en el lago Titicaca. Y así, en menos tiempo que el empleado en su anterior misión, apenas cincuenta y siete días, Thor y su tripulación lograron atravesar el Atlántico, desde la localidad marroquí de Safi hasta las islas Barbados. Una vez más demostraba que nuestra conciencia primermundista, soberbia en la certeza de que el avance tecnológico iba unido a los grandes descubrimientos, menospreciando a los hombres del pasado, se equivocaba. Y que quizá, milenios atrás, el hombre que habitaba en América, en Asia, en África o en Europa pudo estar conectado cultural y socialmente a través de los siete mares.

Tozudo y vivaz, Heyerdahl vivió sus éxitos con la certeza de que sus teorías quedaban demostradas, y con el paso de las décadas fueron muchos los científicos que abogaron por las mismas. Satisfecho, con una existencia intensa a sus espaldas, murió en su casa de Colla Micheri, en Italia, el 18 de abril de 2002, consciente de que su legado, a día de hoy, continúa despertando intensos debates y cada vez logra más seguidores que defienden abiertamente su causa.

Porque este hombre, ecologista convencido, y en cierto modo un profundo soñador, se empeñó en unir a los pueblos del tiempo primigenio, y con su coraje y valentía, lo logró… y así lo dejó escrito:

Los océanos unen a la humanidad, no la dividen.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, CAROLINE, *Atrapados en el hielo*, geoPlaneta, Barcelona, 2005.

ALLENDE, C., F. AMALFI, y T. GÓMEZ, *Lugares sagrados, una geografía mágica de la Tierra*, Océano Ámbar, Barcelona, 2006.

ARES, NACHO, *Tutankhamón, el último hijo del Sol*, Oberón, Madrid, 2002.

BENÍTEZ J. J., *Planeta encantado 4*, Planeta, Barcelona, 2004.

BELLOTTI, FELICE, *Tierra Maya*, Ferma Editorial, Barcelona, 1966.

BERLITZ, CHARLES Y WILLIAM MORE, *El incidente*, Plaza&Janés, Barcelona, 1981.

BINGHAM, HIRAM, *La ciudad perdida de los incas*, Perú Books, Lima, 2008.

BLASCHKE, J., R. BRANCAS, y J. MARTÍNEZ, *Los dioses de Tassili*, Martínez Roca, Barcelona, 1978.

CAMPBELL, RAMÓN, *El misterioso mundo de Rapanui*, Francisco de Aguirre Editorial, Santiago de Chile, 1988.

CAPDEVILA, RICARDO, *Antártida, más allá del fin del mundo*, Zagier&Urruty Publications, Ushuaia, 2001.

CÁRTER, HOWARD, *La tumba de Tutankamón*, Ediciones Destino, Barcelona, 1995.

CEBRIÁN, JUAN ANTONIO, *La aventura de los conquistadores*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

COARASA, RICARDO, *Hernán Cortés, los pasos borrados*, Espejo de

Tinta, Madrid, 2007.

CHAUVET, STEPHEN, *La Isla de Pascua y sus misterios*, Rapanui Press, Rapa Nui, 2001.

CHERRY-GARRAND, APSLEY, *El peor viaje del mundo: la expedición de Scott al Polo Sur*, Ediciones B, Barcelona, 2007

CUESTA DOMINGO, MARIANO, *Rumbo a lo desconocido. Navegantes y descubridores*, Anaya, Madrid, 1992.

—*Diccionario Temático Abreviado Iberoamericano*, Editorial J. R. Castillejo, S. A., Sevilla, 1989.

ENGLERT, SEBASTIÁN P., *Leyendas de Isla de Pascua*, Rapanui Press, Rapa Nui, 2001.

ESPINOSA, FRAY ALONSO, *Historia de Nuestra señora de la Candelaria*, Goya Ediciones, Tenerife, 1980.

FAWCETT, P. H., *Exploración Fawcett, a través de la selva amazónica*, Editorial
Zig-Zag,
Santiago de Chile, 1953.

FERNÁNDEZ BUENO, LORENZO, *Guardianes del secreto*, Edaf, Madrid, 2002.

—*Gótica* (Coord.), Aguilar, Madrid, 2005.

—*Desafíos a la historia,* Libros Cúpula, Barcelona, 2010.

FERNÁNDEZ URRESTI, MARIANO, *Camino a la Atlántida*, Aladena Editorial, Málaga, 2008.

GRANN, DAVID, *La ciudad perdida de* Z, Plaza&Janés, Barcelona, 2010.

GRIAULE, MARCEL, *Dios de agua*, Alta Fulla, Barcelona, 2000.

HATCHER CHILDRESS, DAVID, *El enigma de los olmecas y las calaveras de cristal*, Nowtilus, Madrid, 2010.

HERRADÓN, ÓSCAR, *La Orden Negra*, Edaf, Madrid, 2011.

HEYERDAHL, THOR, *Aku-Aku, el secreto de la isla de Pascua*, Editorial Juventud, Madrid, 1983.

—*La expedición de la Kon-tiki,* Editorial Juventud, Madrid, 1991.
—*Las expediciones Ra,* Círculo de Lectores, Madrid, 1973.

JIMÉNEZ DEL OSO, FERNANDO (Dir.), *La Atlántida y otros continentes perdidos*, Biblioteca Básica de los Temas Ocultos, Ediciones UVE, Madrid, 1980.
—*El imperio del Sol,* Espacio y Tiempo, Madrid, 1991.
—*En busca del misterio,* Puzzle, Madrid, 2005.

MAZIÉRE, FRANCIS, *Fantástica Isla de Pascua*, Plaza&Janés, Barcelona, 1973.

MENZIES, GAVIN, *1421, el año que China descubrió el mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2003.

PÁRSSINEN, MARTTI, DENISE SCHAAN, y ALCEU RANZI, *Os geoglifos do Acre*, Editora Universitaria UFPA, Belém, 2008.

PÍCEO, HÉCTOR ANTONIO, *Las pruebas materiales de la tierra hueca*, La Edad de Oro Editorial, Buenos Aires, 1987.

POPE, MAURICE, *Detectives del pasado*, Oberón, Madrid, 2003.

RAHN, OTTO, *La corte de Lucifer*, Tuscania, 2005.
—*La cruzada contra el Grial,* Ediciones Hiperión, 2002.

SIERRA, JAVIER, *En busca de la Edad de Oro*, Grijalbo, Barcelona, 2000.

SINCLAIR, ANDREW, *La espada y el Grial*, Edaf, Madrid, 1994.

VÁZQUEZ-FIGUEROA, ALBERTO, *La ruta de Orellana*, Zeta, Barcelona, 2008.

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO es autor de obras como *Las Claves del Código da Vinci* (Nowtilus, 2004), *Los Guardianes del Secreto* (Edaf, 2001), *Las Caras de la Discordia* (Nowtilus, 2004), *Gótica, secretos, simbología oculta y leyendas de las catedrales* (Aguilar, 2005), Rex Mundi (Aguilar, 2006), *La Guía del Terror, lugares en los que pasar miedo y otras rutas con misterio* (Espejo de Tinta, 2006), o más recientemente *Desafíos a la Historia*, (Libros Cúpula, 2010).

Su primera incursión literaria fue *Terrores Nocturnos* (Espejo de Tinta, 2007), y ha escrito el relato «*Falsa Irrealidad*» dentro de la antología *20 Historias inquietantes* (Minotauro, 2009).

Fue miembro fundador, junto al doctor Fernando Jiménez del Oso, de la revista *ENIGMAS del Hombre y del Universo*, publicación de la que actualmente es director.

Es locutor y guionista de las series «*América Mítica*» (I y II) e «*Indonesia Mítica*», en *La 2 de TVE*. Ha colaborado con una sección de misterio e historia heterodoxa en el programa «*El Buscador*», de *Telecinco*.

En la actualidad colabora con la sección «*La zona cero*», del programa «*La Rosa de los vientos*», del mítico locutor Juan Antonio Cebrián, en *Onda Cero*.

Notas

[*] En el muro de *Facebook* de *La Maldición de los exploradores* se pueden consultar más imágenes, vídeos e informaciones relativas a la obra y a los viajes realizados para su elaboración por el autor. La dirección de contacto a la que pueden escribir es lorenzofernandezbueno@yahoo.es <<